

Selecta

Antología de relatos románticos

Navidad

2019



Antología de relatos románticos.

Navidad 2019

Ana Álvarez, Ana Castelar, Ana Guevara, Arlene Sabaris, Ava Cleyton, Bela Marbel, Betina Shablíko, Chris de Wit, Christine Cross, Daniel de la Peña, Encarna Magin, Eneida Wolf, Fabiola Arellano, Francine JC, Karen Delorbe, Kathia Iblis, Laura Adriana López, Laura Kaestner, Lucia de Vicente, Mar P. Zabala, María Acosta, María José Avendaño, Marian Arpa, Marion S. Lee, Mavi Tomé, Maya Moon, Mayeda Laurens, Mayte Pascual, Mile Blues, Mimi Romanz, Mina Vera, Nadia Noor, Natalia Sánchez, Nieves Hidalgo, Nunila de Mendoza, Nuria Rivera, Olga Hermon, Paula Alaimo, Perla Rot, Ross Callum, Sara Lis, Sebastián Tognocchi, S. F. Tale, Vanessa Lorrenz, Verónica Mengual, Viktoria Yocarri.

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Querida lectora:

De nuevo ponemos en tus manos una colección de relatos de Navidad creada por autoras y autores de Selecta. Cada uno de ellos narra un romance acontecido en esta mágica y entrañable época del año y lo protagoniza un personaje secundario de alguna de las novelas que puedes encontrar en nuestro catálogo. Es posible también que alguno de nuestros autores haya querido regalarte una escena navideña de los protagonistas de su libro para que vuelvas a saber de ellos.

Esta Antología de relatos navideños es un obsequio a las miles de lectoras de Selecta que cada mes se entusiasman con nuestros títulos.

Me consta la ilusión, el empeño y el infinito cariño que han puesto todas las personas que han participado en la creación de cada historia, pues además de escribirla con la dedicación y el amor con que lo hacen siempre, han puesto su corazón al preparar este regalo en exclusiva para ti. Ojalá que con este aperitivo te apetezca leer las novelas de los autores a los que, con la presentación de su narrativa que es el relato que aquí encontrarás, aún no conocías.

Espero que disfrutes y que te emociones con cada página de esta recopilación.

Escritoras, escritores y quienes formamos parte de Selecta te deseamos una muy feliz y romántica Navidad 2019.

Lola Gude

Editora de Selecta

Érase una vez...

Ana Álvarez

Después del reencuentro en la facultad de derecho en Sevilla, Maika había vuelto a retomar el contacto con sus antiguos compañeros. Crearon un grupo de WhatsApp al que llamaron «Siempre amigos» y raro era el día en que no intercambiaban algún mensaje.

Por eso se sorprendió cuando aquella tarde recibió una llamada de Carlos. Había pasado más de un mes desde el encuentro y pensó que la propuesta para tomar un café o una copa se quedaría en un propósito, de esos que siempre se dicen y nunca se cumplen.

—Hola, Carlos —saludó.

—Hola. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Podría responderte lo mismo, pero eso haría esta conversación convencional e intrascendente.

—¿No estás bien?

—Digamos que no estoy mal, pero podría estar mejor.

—¿Qué te ocurre? Espero que no sea algo grave.

—No. Solo he tenido que salir del país por motivos de trabajo durante varias semanas. Eso me ha impedido llamarte antes.

—Ah.

De repente no supo qué responder. ¿Carlos trataba de decirle que no estaba bien porque no había podido llamarla?

—Seguro que creías que había olvidado la invitación a tomar un café que te hice en Sevilla.

—No he pensado mucho en ello, la verdad. Son cosas que se suelen decir y lo vas posponiendo, hasta que ya parece ridículo realizar la llamada.

—No es mi caso. Estoy muy decidido a retomar el contacto contigo. Me ha contrariado mucho este viaje urgente que ha pospuesto mis intenciones.

—Bien, ya estás de vuelta.

—Así es. Y para compensarte por la tardanza, ¿qué tal si en vez de a café te invito a cenar?

Una sonrisa afloró a su boca.

—Me parece bien. ¿Cuándo?

—¿Esta noche?
—¿Hoy? Sí que tienes prisa.
—Quiero recuperar el tiempo perdido.
—Un mes no es tanto tiempo —rió divertida.
—Depende de cómo se mire.
—De acuerdo, esta noche. ¿Dónde?
—¿Conoces Ginkgo, en Plaza de España?
—He oído hablar de él.
—Pues, si te parece, nos vemos allí a las nueve. ¿O prefieres que te pase a recoger en algún sitio?
—No, me reuniré contigo en la puerta.
—Hasta luego entonces.

Pasaban unos minutos de la hora cuando Maika bajó de un taxi en Plaza de España, profusamente iluminada con la decoración navideña. Un leve vistazo a su alrededor le bastó para verlo, de pie en la puerta. Una radiante sonrisa le iluminaba el rostro cuando se acercó hasta ella y la besó con efusividad en ambas mejillas.

—Has sido puntual —dijo él.
—Hace frío, no hubiera estado bien hacerte esperar.
—Sé esperar cuando hace falta —afirmó con una sonrisa—. ¿Subimos?
—Sí.

Le posó una mano en la cintura, guiándola hacia el ascensor. Maika sintió el leve contacto a través del abrigo, como si el calor de la piel traspasara la tela.

Miró la cara sonriente de su antiguo compañero de estudios y no vio al estudiante desaliñado de entonces, sino a un hombre maduro y muy atractivo. La edad había mejorado su aspecto en vez de pasarle factura.

Llegaron a una mesa ya reservada, desde la que se divisaba una vista espectacular de Madrid. El restaurante rebosaba clase y elegancia, y no tuvo dudas de que era un sitio fuera de lo común.

—Intuyo que hoy no cenaremos hamburguesas con sabor a cartón.
—Puedes apostar a que no. Esta es una ocasión especial, y se merece una comida y un escenario acorde a la importancia del momento.
—¿Por qué especial?
—Porque es la primera vez que salimos solos tú y yo —dijo Carlos clavando en ella una mirada cargada de intenciones—. Y espero que no sea la última.
—¿Nunca salimos juntos en el pasado?
—No. Puedo afirmarlo.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque me acordaría. Nunca hubiera olvidado una cita contigo.

Los ojos marrones se oscurecieron más, y ella sintió una corriente cálida recorrerla entera.

«Es Carlos, tu compañero larguirucho de la facultad», se dijo mientras tomaba un sorbo de vino. Pero no lo era. Era un hombre que le estaba haciendo sentir mariposas en el estómago con solo mirarla.

—Entonces —alzó la copa en un brindis, a pesar de que ya había bebido unos sorbos—, por nuestra primera cita.

—Por nosotros —añadió él.

Les sirvieron la comida, pero le costaba disfrutarla del todo. Unas sensaciones largo tiempo olvidadas se estaban apoderando de ella, porque Carlos no se molestaba en disimular que aquella cita no era precisamente amistosa, y tanto con sus palabras como con su actitud le dejaba muy claras sus intenciones. Y ella no tenía ganas de salir corriendo, como había hecho otras veces cuando un hombre se le insinuaba.

Durante años, su fracaso matrimonial la había impelido a huir de las relaciones, a disfrutar de su libertad y de su independencia, pero algo en la insondable mirada del hombre que se sentaba enfrente la atraía como un imán, y supo que se dejaría arrastrar a donde la llevara.

Carlos la observó titubear durante un momento y posar la copa sobre la mesa.

—¿Te sientes incómoda por mis palabras? —preguntó.

—Estoy un poco sorprendida, eso es todo. Esto... —ella señaló a su alrededor—, no es una cena entre amigos, ¿verdad?

—Maika —dijo con firmeza, agarrándole una mano sobre la mesa—, esto es lo que tú quieras. Ya no somos críos y, al menos yo, sé muy bien lo que deseo. Estuve enamorado de ti durante toda la carrera, pero tú comenzaste a salir con Javi, y ni siquiera te insinué mis sentimientos. Ahora te he vuelto a encontrar y eres libre; los dos lo somos, y mi corazón ha vuelto a latir más fuerte al verte. La chica reivindicativa, feminista y atrevida que me enamoró se ha convertido en una mujer preciosa, y no tengo dudas de que igual de reivindicativa, feminista y fuerte. Sé que ha pasado mucho tiempo y no somos los mismos de entonces, aunque me volvería a enamorar de la mujer que eres ahora sin ningún esfuerzo; pero, insisto, si tú solo quieres amistad, es lo que tendremos. Eso sí, no dejaré que perdamos el contacto de nuevo.

La vio afrontar su mirada con valentía.

—Debo confesar que yo no reconozco en ti al joven de antaño. Pero aquel chico no me atraía y no puedo decir lo mismo del Carlos de ahora. No sé si estoy preparada para una relación, no me he planteado volver a estar con nadie en serio después de mi divorcio, y te mentiría si te dijera que la idea no me asusta. Pero ahora, mirándote a los ojos, sé que quiero correr el riesgo.

Dejó aflorar una sonrisa y apretó la mano aún más. Los dedos femeninos se aferraron a los suyos por encima del mantel, transmitiendo sensaciones por todo su cuerpo. Sí, se enamoraría de ella de nuevo, estaba seguro. Si es que alguna vez había dejado de estarlo.

—No te presionaré. Seguiremos viéndonos y que sea lo que tenga que ser. ¿Te parece?

—Sí.

Terminaron de cenar envueltos en un halo de euforia, A través de las amplias cristaleras vislumbraban las luces navideñas que decoraban la plaza y las calles aledañas.

Después de los postres, Carlos propuso tomar una copa, pero era tarde y Maika sentía una especie de vértigo en su interior, como si se estuviera precipitando por un tobogán muy alto que ignoraba dónde la llevaría.

—No quiero beber más, con el vino ha sido suficiente para mí. Mañana tengo una reunión importante y necesito la mente despejada. Mejor damos un paseo hasta una parada de taxis.

—De acuerdo.

Tras pagar la cuenta, que Carlos insistió en abonar a pesar de las protestas de su invitada, salieron a la fría calle. Echaron a andar uno junto al otro, como habían hecho muchos años atrás. De nuevo acompañaron el paso, adaptándose uno al otro, como si el tiempo no hubiera transcurrido.

—¿Qué planes tienes para Navidad? —preguntó él.

—Nochebuena la pasaré con mi familia. Para Nochevieja no tengo planes. Tal vez vaya a casa de unos compañeros de trabajo, pero aún no lo he decidido. ¿Y tú?

—Una de las dos celebraciones la pasaré en Francia con mi hija Nicole, pero la otra estoy disponible. Puedo ir en Nochebuena y volver para Nochevieja, si te apetece que hagamos algo juntos.

Por un momento el corazón de Maika se paró.

—¿Algo como qué? —Por su mente giraron infinitas posibilidades para comenzar el año.

—Pues, tomar las uvas en la Puerta del Sol, como muchos madrileños, y después... improvisamos.

—Me gusta eso de improvisar. De acuerdo, si a tu hija no le importa, resérvame la Nochevieja.

Habían llegado a la parada de taxis, pero ninguno tenía ganas de irse. Continuaron parados en medio de la acera de Gran Vía charlando de trivialidades durante más de quince minutos. Al fin, la gélida temperatura reinante les hizo moverse. Antes de acercarse al primer vehículo de la fila, Maika se volvió y clavó en él unos ojos traviesos.

—¿Vas a dejarme ir así?

—¿Así como?

—Sin intentar besarme.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó esperanzado.

—En realidad, no. Prefiero besarte yo.

Se acercó despacio y, alzándose un poco sobre los altos tacones, rozó con mucha suavidad los labios masculinos. Los brazos de Carlos se ciñeron a su cintura y profundizó el beso. De pronto todo desapareció a su alrededor: la calle, los viandantes y el frío. Solo el resplandor de las luces se filtraba a través de los ojos cerrados.

Después de una eternidad, se separaron y se miraron a los ojos.

—Tengo que irme.

Él asintió.

—Nos vemos en Nochevieja.

—Que sepas que entonces te besaré yo.

—Me parece bien. —Esbozó una sonrisa y entró en el taxi.

Carlos permaneció de pie en la acera viendo cómo se alejaba, y sintiendo aún en sus labios el sabor de esa boca tanto tiempo deseada.

Los personajes pertenecen a la novela *¿Solo amigos?*

<https://www.megustaleer.com/autor/ana-lvarez/0000104205/>

La despedida

Ana Castellar

Era la última tarde que pasaba en aquel trabajo. Era limpiacristales en un gran edificio de oficinas. Aquella tarde estaba vacío, la proximidad de la Nochebuena había hecho que la gente saliese muy pronto ese día. En es momento, después de muchos malos trabajos, había conseguido otro en una ciudad diferente, donde iba a ser fijo, con un mejor salario y con el mismo horario todos los días, ya no tendría que estar de un turno a otro sin un sueldo cada mes.

Esa tarde la volvió a ver cuando él pasaba a recoger su material de trabajo. Ella, tan bella como siempre, sentada en su silla, trabajando en su ordenador. No lo había saludado, estaba concentrada en la pantalla del computador y él no quiso molestarla. Salió a la calle y fue a una cafetería cercana a la que solía ir después del trabajo. Hacía frío, y se dio cuenta de que era ese momento o nunca para invitarla con algo caliente. Cogió dos cafés y dos magdalenas, que la gente llamaba *cupcakes* o *muffins*, y volvió al edificio, recorrió otra vez el largo pasillo que lo llevaba hasta el rincón donde ella tenía su mesa.

—Hola —susurró nervioso.

—Hola —le contestó ella, sonriente.

—Te invito a merendar, me fijé que hoy no tenías tu termo encima de la mesa, y hace mucho frío.

—¿Es para mí? —preguntó sorprendida.

—Para los dos, si me dejas sentarme aquí contigo.

—Sí, claro, a estas horas no hay nadie, podemos estar tranquilos, pero no quiero retrasarte en tu trabajo.

—Ni yo en el tuyo, será rápido.

—No, tranquilo, el mío ya está hecho, solo estaba esperando que diera la hora para irme.

Ella cogió el café y lo destapó, no le gustaba beber con la tapa de plástico, ya se había manchado alguna vez. Él le acercó la magdalena, y ella sonrió con la inocencia de una niña.

—Me has alegrado el día —le dijo él deseando decirle que le había alegrado todos los viernes de los últimos dos años.

—Qué dices, tú eres el que me lo ha alegrado a mí, creo que eres uno de los pocos que me ve en este sitio.

—Lo mismo digo. —Y levantó su café para brindar.

Los dos sonrieron, llevaban viéndose todos los viernes a la misma hora. Él pasaba y la saludaba con un tímido «hola» que ella recibía alegre, y poco más. Habían intercambiado algo sobre el tiempo, si se iba de vacaciones, qué bien que había vuelto.

—Me voy —le dijo él.

—Pero si no has acabado.

—Me voy de esta empresa, me ha salido un trabajo fijo en otra ciudad y ya no estaré aquí el próximo viernes, por eso me he atrevido a esto, si no, no me hubiese atrevido nunca...

—Pasarían los viernes, las semanas y los dos seguiríamos con nuestras rutinas.

Los dos se miraron.

—Me alegra mucho que lo hayas hecho, yo alguna vez también he pensado en invitarte algo, decirte algo, pero me daba vergüenza. No sabía cómo empezar.

Él se rio.

—¡¡Vaya dos!! —exclamó, y ella se rio con él. Estuvieron hablando unas horas hasta que sonó su alarma, era el momento de irse y salir del trabajo.

—Ya es la hora, ¿nos vamos juntos? —le preguntó ella.

Él aceptó, fue a recoger su material para dejarlo ordenado para su sustituto mientras ella entraba en el baño antes de marchar.

En la puerta de aquel edificio, los dos se despidieron. Ella le dijo que deseaba que todo le fuera bien, y los dos se quedaron quietos sin atreverse a acercarse. Ella empezó a caminar y él se quedó viendo cómo se alejaba perdiéndose entre la gente.

Él volvió el lunes a primera hora antes de partir a su nuevo destino, quería volver a verla, le había comprado un pequeño detalle por Navidad. Caminó hasta su mesa, pero no la encontró, su ordenador estaba apagado, quizás llegaba tarde. Miró su móvil, ella estaba en línea, pero no se atrevía a mandarle un WhatsApp. Cómo le explicaría que había guardado su teléfono de una vez que había escuchado cómo se lo decía a una compañera. Ella pensaría que era un psicópata. Esperó un rato, decidió acercarse a la mesa de unas compañeras que estaban en otro recoveco y les preguntó por ella. Las dos se miraron.

—Ella ha fallecido —le dijeron.

Él no se lo podía creer.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —preguntó.

—El jueves al salir del trabajo, un coche la atropelló mientras ella esperaba para cruzar en verde, dicen que fue muy rápido, no sufrió, ni se enteró. Todavía no nos lo creemos, es como si estuviéramos esperando a que llegue en cualquier momento.

—No puede ser, yo estuve con ella aquí el viernes. No puede ser, esto es una broma de mal gusto, si no quiere saber de mí, ya está, pero esto...

—Tranquilízate, no es una broma, no íbamos a bromear con algo así, ¿por quién nos tomas?, y ella era una buena chica. Habrás confundido el día que la viste.

Él buscó su móvil y se los enseñó.

—Mira, tiene la foto de la magdalena que le compre el viernes, la puso en el WhatsApp y pone lo mejor del día con muchos emoticonos, sonriendo.

—Sí, lo subió por su cumple, se lo compramos nosotras, nos enteramos por casualidad y quisimos tener un detalle con ella, y le encantó.

—No puede ser. —Él se acordó de cuando ella había entrado al baño. «La luz no se encendió», recordó él, esas luces se encendían con el movimiento. No se había fijado hasta ese momento.

—Si quieres, te doy el número de sus padres y puedes hablar con ellos. —La chica apuntó lo en un *post-it* y se lo dio—. Lo siento, no sabía que erais tan amigos.

Él se fue dándole vueltas a lo que le acababa de suceder, tenía el teléfono de sus padres, pero no sabía si llamar. Una mano le tocó la espalda.

—Perdona.

—Sí.

—No sé cómo decir esto sin estar loca. Esta mañana, cuando venía hacia aquí, yo..., venía hacia aquí y... me pareció verla de lejos, sonriente, con su bufanda blanca que la hacía más bajita de tantas vueltas que le daba, y, cuando me senté en mi mesa, vi un CD con un lacito y una nota: «Espero que te haga soñar». Me había hablado de ese cantante y sabía que hoy es mi cumpleaños. Ese CD no estaba el viernes por la mañana cuando me fui, estoy segura de ello. No sé qué ha pasado, esto es muy raro.

Los dos se quedaron en silencio. Él salió del edificio sin decir nada, no entendía nada de lo que había pasado. «¿Ha sido real lo que viví el viernes?», se preguntó. Estaba muy confundido. Decidió seguir con sus planes, empezar su nueva vida en una nueva ciudad. Terminó de hacer las maletas y cargar su furgoneta con ellas. Se sentó en el asiento del conductor y se quedó unos minutos allí. Estaba muy nervioso con todos los cambios que se le avecinaban. Arrancó el coche y puso rumbo a su nueva vida, no sin antes volver a pasar por el lugar donde ella trabajaba. Todavía era muy pronto y la ciudad apenas estaba amaneciendo. Y allí la vio subiendo por el parque camino a su trabajo. Paró el coche, bajó y corrió para alcanzarla. Él gritó y ella se giró, le sonrió y se despidió con un gesto con la mano. Él se quedó allí parado, mirándola quieta y sonriente. Un coche tocó el claxon y él se giró, había dejado la furgoneta en medio de la carretera. Se volvió a dar vuelta rápidamente, buscándola, pero ella ya no estaba. Él sonrió, ya se habían despedido, ya nada lo retenía en esa ciudad.

Una sola vez en la vida

Ana Guevara

Mentiría si dijera que cuando conocí a Álex mi mundo se paró por completo, fue un día normal, en un trabajo normal, y si no fuera porque me rayó el coche en el aparcamiento del centro comercial, nuestros destinos nunca se hubieran cruzado. Sin embargo, una vez que lo hicieron ya no hubo vuelta atrás, estaban enredados como una madeja de lana olvidada en un cajón.

Recuerdo aquella tarde en la que vino a recogerme al trabajo. Una tarde cualquiera, llevábamos poco tiempo saliendo y estábamos en ese punto en el que en la relación es todo sorpresa, alegría e ilusión. No estaba previsto que viniera, y una vez que me quité el uniforme yo llevaba unos vaqueros algo gastados y un jersey grueso de lana. Él iba impecable, como siempre. Parecía un modelo de algún catálogo de ropa de marca, porque su familia estaba forrada y él solo vestía con los mejores géneros. Aun así, siempre me sorprendió su humildad, era una de las personas que menos importancia le daba al dinero, supongo que porque le sobraba.

Pero como os iba diciendo, vino a buscarme y nos fuimos a pasear por el centro de Madrid, sin rumbo fijo, simplemente íbamos cogidos de la mano recorriendo calles y quemando aceras con nuestros pasos. Dejamos atrás a parejas de ancianos que marchaban lentamente y a jóvenes que nos adelantaban subidos en sus patinetes eléctricos. Todo eso esta ciudad, a fin de cuentas.

La noche caía y el frío comenzaba a calar en nuestros cuerpos y en nuestro ánimo, y decidimos pararnos en una cafetería para combatir el aire gélido con un café caliente. Cuando el camarero nos sirvió las dos tazas humeantes, Álex pasó la mano por encima de la mesa para coger la mía entre las suyas.

—¿Sabes esquiar? —me preguntó a bocajarro.

—No —respondí en un susurro sin poder ocultar mi vergüenza.

El esquí es uno de esos deportes que uno asocia con las clases pudientes, como la hípica o la vela. La hija de unos trabajadores no cualificados de Leganés no podía ni soñar en irse a esquiar.

—Pues habrá que ponerle remedio —añadió con una de esas sonrisas que harían que Endesa lo contratara para iluminar estadios.

—Yo... No sé si me apetece irme a esquiar. Seguramente me caiga todo el rato mientras vosotros bajáis por la ladera como si fuerais profesionales.

Soltó una carcajada y yo no entendí dónde estaba lo que le había hecho tanta gracia.

—Bajaré a tu ritmo, te acompañaré en cada etapa del camino, y cuando terminemos el día iremos al chalet a hacer el amor delante de la chimenea encima de una piel de oso.

—Veo que lo tienes todo pensado —sonreí dando un trago a mi bebida.

— Por supuesto que sí, si voy a esquiar contigo es para tenerte entre mis brazos mientras fuera está nevando y yo estoy tumbado desnudo junto a ti delante de un buen fuego.

—Sigue —le incité.

—Te haré el amor varias veces, eso seguro, porque no me canso de tu cuerpo, para mí eres la más perfecta de las mujeres. Sí, sí, ya sé lo que me vas a decir, que no eres guapa, que te sobran unos kilos, que bla, bla, bla. Yo te veo, y veo a la madre de mis hijos, a mi compañera vital y a la persona más interesante que he conocido nunca.

Se me estaba haciendo un nudo en la garganta y notaba como las lágrimas querían asomarse al balcón de mis ojos.

—Después de hacer el amor pasaremos al jacuzzi, porque pienso alquilar una casa que lo tenga o no hay trato. Y disfrutaremos del agua caliente y las burbujas, sintiendo cómo deshacen los nudos de la jornada. Más tarde, y mientras sigues completamente desnuda, te daré un masaje. Me tomaré mi tiempo, que ya sabes que no me gusta apresurarme con estas cosas, recorreré tu cuerpo centímetro a centímetro liberando la tensión del día de esquí.

—Si me lo pintas así, me voy de cabeza contigo.

—No he terminado. Al ser mi invitada, te haré la cena y nos la tomaremos en el suelo delante de la chimenea porque cocino como el culo, y solo podré hacerte un sándwich mixto o algo similar.

Solté una carcajada, me encantaba eso de Álex. Esa capacidad que tenía de hacerme reír incluso cuando parecía que la conversación iba por derroteros muy serios.

—Y por supuesto como postre, te haré de nuevo el amor.

—Ve reservando fecha, que me apunto sin dudar a ese plan tan maravilloso.

—Cuando tú me digas, estoy a tu servicio.

Lo miré a los ojos y supe que era verdad, que lo que me había dicho había salido directamente de su corazón. Pasé mi cuerpo por encima de la mesa y lo besé. Él se sorprendió pues no se lo esperaba, pero yo no pude contenerme. Un amor así, como el nuestro, es de los que se tienen una sola vez en la vida.

Alba y Álex son los protagonistas de *La caja de palisandro*.

<https://www.facebook.com/anaeguevaraescritora>

Alberobello en Navidad

Arlene Sabaris

Alberobello. Diciembre 1942

Las calles empedradas de Alberobello^[1] recitaban nostálgicas un poema olvidado aquella mañana de invierno. La brisa sutil hacía flotar los diminutos copos de nieve, que se suspendían mágicamente en el aire antes de aterrizar en los cónicos techos de la ciudad preñada de *trullos*. El cándido paisaje que forraba las viviendas apiladas del «pueblo donde viven las hadas» parecía sacado de una postal de felicitaciones navideñas. Con sus calles estrechas, sus casas redondas y sus tejados puntiagudos, el pueblo lucía límpido pues la blanca alfombra dejada por el cielo no había sido pisada todavía fuera de la casa de Fiorella. Ella, en la calidez de su sala arreglaba con esmero los regalos para sus sobrinos... Ya había preparado la envoltura del que sería el regalo de Enrico, su marido. La sala estaba silenciosa y fría, y las piedras del *trullo* albergaban los secretos más recónditos de su corazón mientras observaba la taza de chocolate caliente sobre la mesa.

La única y diminuta ventana del frente de la casa estaba cerrada por completo para no dejar pasar el frío y ella solo podía sospechar que la nevada de la noche anterior había sido intensa. Enrico dormía profundamente a unos pasos de ella, que, esmerada, cosía el último de los botones a uno de los vestidos a rayas azules que entregaría a su sobrina más pequeña. Al terminar, colocó la pieza con cuidado junto a las demás y se recostó en la silla con profunda satisfacción. Uno de los botones sobrantes cayó al suelo y al agacharse para buscarlo encontró junto al resto de revistas una de sus viejas lecciones de inglés. La levantó con nostalgia y se acomodó para pronunciar en susurros las oraciones del libro que con tanto cariño guardaba. Recordó aquella promesa en su última carta...

...De mi parte, yo te amaré siempre y espero de corazón que estés bien y que tu silencio sea simple indiferencia. No quiero regresar a Bari solo para saber que estás cerca y a la vez lejos de mí. Prefiero intentar olvidar, aunque no pueda dejar de amarte. Y si alguna vez nos volvemos a encontrar, debes saber que no haré más por recuperarte, de lo que estés dispuesta a hacer tú por este mal llamado amor.

De pronto se encontró imaginando un encuentro casual con Ignazio en el parque donde siempre se veían. Ella actuaría sorprendida de verlo, pero no correría hacia él, sino que continuaría su

paso con seguridad y parsimonia hasta alcanzarle. Él, sin embargo, se lanzaría en una carrera a muerte hasta ella, se arrodillaría a sus pies y le pediría perdón mil veces por no haber regresado. Ella entonces le respondería en un inglés con pronunciación perfecta: *It's too late... I already married someone else, you lost your* [2]. Abrazó a su pecho el folleto arrugado y una lágrima rebelde se escapó hasta su mejilla

Escudriñó sin mucho esfuerzo su memoria para recordar la última conversación con Ignazio en el parque cercano a la iglesia, interrumpidos por la constancia del imponente campanario, donde planearon un futuro que nunca pasó.

—Tendrás que venir a escondidas, Fiorella. Donato jamás te dejará ir por las buenas... eres su hermana menor y siempre te verá como una niña.

—Puedo hacer que entre en razón, te prometo que puedo hacerlo. ¡Es mi hermano y me ama, sabe que mi felicidad está donde estás tú!

—¿Pero es que acaso no ves que es imposible? Ya lo hemos intentado aquí, cuando le digas que marcharemos a Bari ¡va a negarse!

—Estás convencido de eso, pero yo no. Verás que podré encontrarme contigo en la estación a la hora acordada y podremos irnos juntos.

—No puedo perder este tren, Fiorella. Sabes que es el único examen de admisión. Si no llegas, tendré que irme y deberás encontrarme en Bari.

—¡Eso no va a pasar! Y si pasara algo así, tengo la dirección para llegar por mi cuenta. ¡Estás preocupándote demasiado!

Recordó el valle de Itria perdiéndose ante sus ojos, cuando muchos meses después de aquella conversación, abordó el tren que la llevaría finalmente hasta él. Ya habían pasado diez años y los olivares seguían frescos en su memoria.

Fiorella se sacudió los recuerdos y limpió su rostro con valentía, tejió la trenza de su larga cabellera castaña y terminó de tomar el chocolate. Guardó con esmero la ropa de sus sobrinos y tomó en sus manos el papel que representaba el ansiado regalo que había guardado para Enrico. Él había sido bueno con ella todos esos años. Paciente, servicial, amoroso... pero no era Ignazio. Era su único defecto. Sin embargo, la trataba bien, y no podía negar que la hacía reír hasta en las situaciones más absurdas, en una época donde la alegría era uno de los mayores privilegios. El papel blanco esperaba con ansias su contenido, y ella colocó el folleto de inglés de vuelta a su lugar, el botón recogido en su cofre de costura y tomó la pluma para redactar su mensaje. Se había despertado muy temprano cada mañana para hacer lo mismo durante toda la semana, sin que él la viera. Sin embargo, él siempre despertaba y salía a buscar el café antes de que ella hubiese podido siquiera comenzar.

Aquella lágrima traviesa la había llenado de valor y tomó la decisión de una vez y por todas de echar tierra a lo que pudo haber sido y no fue, y de continuar su vida con una nueva ilusión. Su matrimonio ya llevaba cinco años de intercambio sincero, que ni la guerra había podido interrumpir pues él nunca fue al frente ya que estaba a cargo de la única oficina de correo del

pueblo. Pero en todo ese tiempo, Fiorella no había quedado embarazada ni una sola vez. Un par de sospechas quedaron relegadas a falsas alarmas, incluso una muy larga que resultó en una decepción. Solo la primera de esas veces lo compartió con él, y el resultado desastroso de la conversación cuando la noticia no fue positiva, la obligó a callar cada vez que pensaba que iba a ser madre. Esa vez ya habían pasado diez semanas de retraso y había dejado de tomar café porque la hacía enfermar del estómago enseguida. Así fue como supo que algo en su cuerpo había cambiado, cuando el café comenzó a causarle dolor en vez de placer. Habló con Gia, su amiga y cuñada, que ya había atravesado por la experiencia de la maternidad tres veces, y le rogó no decir nada a nadie. Esperó hasta las festividades para decírselo a Enrico, y esa mañana solo esperaba las palabras adecuadas para hacerle saber en aquella carta que al fin sería padre. Acarició su vientre, todavía plano, con ternura y pensó un instante en todo lo que cambiaría su vida. Se preguntó si el amor que él sentía por ella sería suficiente para amarla toda hinchada, como veía a Gia cada vez que estaba embarazada. También pensó en si arrullaría al bebé, en si su marido la consentiría y, sobre todo, en si ella misma sería capaz de amarlo un poco más. A medida que los escenarios de una familia de tres comenzaron a tejerse en su cabeza, la imagen de una Fiorella enamorada de Enrico, recostada en su pecho meciendo una criatura, se transformaba en una respuesta incuestionable. Ella podía ser muy feliz... sin Ignazio, sin Inglaterra y sin poesía. Todo era cuestión de proponerse a disfrutar lo que la vida le daba. Un hombre que la amaba con locura, un hijo que la llenaría de abrazos en las madrugadas, una vida de encanto en el pueblo que la vio nacer y todo un futuro con posibilidades ilimitadas, si tan solo ella dejaba atrás la amargura del pasado.

Recordó lo vulnerable que era su marido y pensó en cómo se transformaría su semblante cuando descubriera que su regalo de Navidad era el hijo con el que había soñado muchas veces. Al morir su padre ya no le quedaba nadie en Alberobello, pues su madre vivía en Bari y solo su amor por Fiorella, que era su familia ahora, le mantenía atado al pueblo de los *trullos*. Entonces ella empezó a escribir con renovada ilusión una corta nota para él:

*Con la nieve susurrante del invierno,
que acaricia con sutil melancolía,
hoy se llena de cantar el alma mía,
con la música feliz de un beso eterno.*

*Hoy yo llevo tu regalo aquí en mi vientre,
con el cálido resguardo de mi abrazo,
otro corazón palpita en mi regazo,
y la vida ya nos cambia para siempre.*

Con delicadeza y amor dobló el papel y lo colocó en un sobre al que escribió por fuera «Enrico», cerrándolo enseguida. Lo llevó junto al resto de los regalos a un estante que descansaba en la pared y lo ocultó con su cofre de costura. Caminó hacia la habitación, solo separada del

resto de la casa por una cortina gruesa de color carmesí y lo vio allí en la cama de ambos, profundamente dormido. Se metió debajo de las sábanas y abrazó su espalda musculosa con ternura, acarició su cabello claro y suave, y clavó sus labios al borde de su cuello por un instante solamente para no despertarlo. Agradeció su buena fortuna y cerró los ojos... después de todo, la vida sin Ignazio había resultado ser buena. Sepultó sus memorias y fue feliz de nuevo, tal vez para siempre.

Los personajes pertenecen a la novela *Un amor del pasado*, que se publicará en marzo.

<https://www.facebook.com/arlene.sabarisdeleon>

La Navidad con Martina es divina

Ava Cleyton

—¿Volver a Galicia? ¿Estás de coña? No sabes lo mal que lo pasamos mi equipo y yo por esas tierras celtas.

Flor se ha vuelto loca. No tengo otra cosa que hacer que pasar las Navidades allí. Terminé harta de meigas y brujas. Morderska consumió mis energías sobrenaturales para los restos. No quiero volver a encontrarme con un fantasma en mi vida.

—¿Tienes algún plan mejor para la Nochebuena, Martina? Tu padre no puede venir de los Estados Unidos.

—Me iré a casa de los abuelos. No te preocupes. Si tengo que pasar la Nochebuena sola, no me importa. No sería la primera vez.

—Mira que eres arisca cuando quieres, chata. Tus abuelos no están. ¿Sabes por qué?

Mi tía es la bomba. Está muerta de la risa mientras hablamos. Su tono de voz y su alegría me vienen bien. Esta semana no trabajo, ¡bendito sea Dios! Necesitaba un descanso. Después del caso Elisa no han parado de llamarme de las principales universidades para dar ponencias sobre criminología y fenómenos paranormales. Hasta Iker Jiménez quiere que vaya a su programa para contarle en exclusiva la lucha que mantuvimos con las fuerzas del Mal. Y mi regreso del Cielo. He estado muerta. Evidentemente, nadie fuera de nuestro círculo se lo cree. Salvo él. Tal vez por eso, desde que salvamos a Elisa y Hugo del Mal Infinito, mi vida es mucho mejor. La pequeña Martina nacida el día 21 de marzo, justo cuando comienza la primavera, es más bonita que un sol.

—¿Se van a Benidorm?

—¡No, Martina Harper! —escucho otra voz—. ¡Mira que eres preguntona!

Ya estamos otra vez. Es hablar de Galicia y mi mundo se vuelve irreal. ¿Os podéis creer que la voz que acabo de escuchar hablando con mi tía es la de Bruno Bernal? ¿No, verdad? Yo tampoco.

—¿Doble B?

—Sí, el mismo. ¿Cómo está mi criminóloga favorita?

—Pero, bueno, ¿qué haces tú regañándome desde el móvil de mi tía?

—A ver, cariño —interviene la hermana de mamá—. Era una sorpresa. Llevamos organizando este viaje mucho tiempo.

—¿Qué viaje? —alucino.

Ambos rompen a reír.

—Martina, no te mosquees. Solo tienes que presentarte mañana a las 5.10 de la mañana en Atocha.

—¡Un momento, un momen...! —chillo. Inútil, mi tía ha colgado. Vuelvo a marcar su número. pero la locución de apagado me hace sentir impotencia. ¿Será posible? Bruno. Lo mismo. Marco su número. No lo coge. ¡Mierda! Me estoy cabreando ¿Se han vuelto todos locos? Mis abuelos. Ellos son mi salvación.

—¡Hola, mi niña, felices fiestas!

—Abuela, ¿qué pasa?

—No me asustes, Marti. ¿Tu padre bien?

Mi abuela es única para desviar mi atención.

—Papi estará mejor que nosotras, seguro. Me acaba de llamar la tía Flor.

—¿Y? ¿Eso te parece extraño? Estamos en Navidad. Por cierto, mañana no vengas a casa que el abuelo y yo no vamos a estar.

Ganas de llorar.

—¿Cómo que no vais a estar? ¿El día de Nochebuena? O sea que este año ni aperitivo con las vecinas ni pelotas de pavo con tu salsa de amor. Ni nada.

—Nada —contesta mi abuela con un hilo de voz—. ¡Ay, qué bonita eres! ¿Y ese muchachito con el que viniste a comer el mes pasado?

No hay manera. Mi abuela no me quiere decir por qué narices mañana no está como siempre, como todos los años desde que tengo uso de razón, en casa. Ni bingo tampoco.

—¿Joaquín? Ya no estamos juntos.

—Oh, cariño. Lo siento. Porque era muy majo. Un poco jovencillo para ti. Pero como ahora las mujeres modernas os echáis los novios que queréis. Te digo una cosa, Martina.

—De nacer de nuevo, ni te casabas, ni tenías a tus hijas.

—Pues no. Todo lo contrario. Tu abuelo es el amor de mi vida. Te decía que no te veía muy convencida. Para un apaño.

No puedo más. Me da la risa.

—¿Apaño? Madre mía, abuela, ¡qué raros estáis todos! Debe ser el síndrome prenavideño. Pero se supone que lo que toca es estar más tiernos que Winie Pooh.

—Te queremos mucho, cariño. Martina, por si mañana no te veo, feliz Navidad, mi vida.

—Feliz Navidad. Pasadlo bien. Allá donde vayáis. Os quiero mucho.

Cuelgo con un nudo en el estómago. Cierro los ojos. No quiero pensar en cosas malas. Pero...

¿Y si me está ocultando algo chungo de verdad? Un cáncer, una operación de vida o muerte. No, intuyo que no es nada de eso. ¿Por qué no quiere que pase la Nochebuena con ellos?

Estoy hecha un verdadero lío. Para colmo, mi tía me ha citado a las ¿5.10 ha dicho? De la madrugada en Atocha. En el *parking*, supongo, donde queda todo el mundo.

¡¿Y Bruno?! No entiendo nada. Por si acaso preparo una maleta. Ropa de abrigo. Y paraguas.

Atocha, 5.10. Estoy mirando por todas partes. No veo a nadie. El taxi me deja cerca de la puerta de entrada al Ave. Lo mismo no sirve de nada. Mando una WhatsApp a tía Flor. Sigo pensando que, por una razón que se me escapa, han adelantado el día de los Inocentes a la madrugada del veinticuatro. Y yo, Martina Harper, la criminóloga más famosa del momento, experta en crímenes violentos, estoy aquí, como una idiota, esperando, ¿qué o a quién?! Se supone que a mi tía Flor. A ver si aparece el Passat gris con más años que el Mercedes de Lola Flores.

Lo que veo entrar en el parking es un minibús: Autocares Moreno. Me da las luces largas. ¡Joder, qué bestia, que no me he acostado! Levanto la mano para indicarle que baje el fogonazo, que le he visto. Que se ha hecho de día.

Me acerco al minibús. El conductor, al que no veo bien, insisto, a causa de la luz que me ha cegado por completo, baja y me saluda. ¡Uy, qué mono! Pienso. Parece un tipo atractivo, moreno. Su silueta es la de un hombre delgado y fibroso.

—¡A ver, majete! ¿Dónde llevas la cámara? —El muchacho se me asusta. Luego sonrío.

—¿Qué cámara? No sé a qué te referes, Martina.

—¿Cómo sabes mi nombre, listillo?

No se lo merece. Está siendo cortés, educado. Huele fenomenal. Me ha cogido la maleta y la ha colocado en el maletero. Y yo le trato como a un delincuente. La costumbre. Son muchos años tratando con indeseables. Ya no me fío ni de mi propia sombra.

—Sube, que te vas a helar. Ya me encargo yo de todo.

Con más frío que otra cosa, avanzo hacia la puerta del minibús y subo las escaleras. El habitáculo está oscuro. ¡Joder, esto no me gusta ni un pelo! ¡Mierda! Encima me he dejado el arma reglamentaria en casa. Estoy de permiso. Pero ahora mismo tiemblo. A punto estoy de darme la vuelta, bajar rápido, coger al tipo encantador que ha colocado mis maletas y neutralizarle. Estoy nerviosa, no pienso con claridad. Al darme la vuelta, me estampo con su cara de frente. Ya ha subido los escaloncillos y el espacio es demasiado estrecho.

—¡Ey, señorita, tú de aquí no te mueves!

Sin pensarlo dos veces, le agarro del chaleco y le planto una patada en la entrepierna. Todavía dolorido le estrujo con cuidado la zona más vulnerable de la anatomía masculina.

—¿Que no? ¡Pero tú a qué coño juegas! ¿Quién te manda y dónde te han dicho que me lleves?!

El muchacho está arrodillado debajo de mí.

—¡Joder, qué dolor, la leche!

Levanta las manos. Alza la cara. ¿No está muerto de la risa?

Se levanta. Sería buen contorsionista. Le tengo agarrado por los huevos. Intuye que su margen de movimiento es pequeño.

—¿Te importa encender la luz? —me suplica—. Tienes el botón debajo del volante. ¿Lo ves?

Lo veo. A duras penas, pero ahí está. Sin soltarle en ningún momento, acerco el brazo que me queda libre y doy la luz.

¡Y me quiero morir! ¡Os lo juro! Cuando miro hacia los asientos, lo que veo me deja sin habla.

—¡Sorpresa! —gritan todos a la vez

¿Que quiénes son todos?

Pues las personas que más quiero en este mundo y que no van a fallarme jamás: mi Elisa, junto a su chico Hugo, y la pequeña Martina. Tras ellos, Bruno, Lola y los niños, mis chicos, Víctor y Álvaro, a los que llevo sin ver cerca de tres meses. Mi abuela, el abuelo, mi tía Flor y, por supuesto, mi tío. Y la sorpresa final: papá, que ha venido desde Estados Unidos a pasar las Navidades con nosotros.

—¡Aíva, pero qué cabrones! —exclamo muerta de vergüenza.

La carcajada es brutal. Aún no he liberado al muchacho.

—Harper, por favor... —me indica Doble B con los ojos—. Suéltale ya, que está en la edad de hacer hijos todavía el muchachito.

Le miro. Me acaba de subir la sangre a la cara. La verdad es que le veo mucho más guapo que hace unos minutos.

—Perdón, soy Martina Harper. ¡Encantada! ¿Tu nombre?

—Eduardo. Encantado de conocerte, Martina. Tu familia me ha hablado mucho de ti. Ahora, si me lo permites, voy a llevarte a ti y a todos ellos a Galicia. A pasar la Nochebuena más divertida de tu vida y a que realices el Conjuro contra las Meigas, el más famoso de la región.

—Yo recuerdo algo de eso en la Playa de Samil. Solo espero no invocar a nuestros enemigos, Martina... —dice Elisa prudente.

—No os preocupéis. El conjuro de hoy no puede ser malo. Es Nochebuena —aclara mi abuela, que me pellizca la mejilla con cariño.

Me siento junto a Eduardo. Voy de copiloto. Me mira con una mezcla de ternura y picardía. Creo que le he gustado. Me parece que voy a empezar a tontear con él antes de llegar a Valladolid.

El bus se pone en marcha.

—Hola, soy Edu. ¡Feliz Navidad! ¡Vámonos! —exclama mi conductor parafraseando el famoso anuncio de una compañía de telefonía de hace unos años.

—Hola, Edu. ¡Feliz Navidad! —contestamos todos al unísono, muertos de la risa.

Los personajes pertenecen a la trilogía *Martina Harper*.

<https://www.megustaleer.com/autor/ava-cleyton/0000104165/>

Demonios

Bela Marbel

LEO

No había sido la mejor de las noches, un tiroteo en el centro de la ciudad había colapsado las urgencias de los hospitales en muchos kilómetros a la redonda. Allí estaba yo, cogiendo mi mochila para volver a casa, una casa vacía, cuando me avisaron de que debía doblar turno. Los sanitarios tenemos esa especie de chip que nos mete en situaciones de emergencia y, de repente, todo desaparece alrededor, el cansancio se torna energía y el sueño se esconde agazapado a la espera de un mejor momento.

Esa noche, como tantas otras, los litros de café corrían por todas partes, el problema era cuando se calmaba la situación, la adrenalina bajaba pero la cafeína seguía aún en el torrente sanguíneo.

Ahora estaba echado en mi cómoda cama; solo. El silencio me resultaba insoportable desde que Candy y Angel habían vivido conmigo. En esa época nunca había tranquilidad y me había acostumbrado, lo disfrutaba. Además, ahora, mi mejor amigo Chack se había enamorado de la que era ya su familia, la increíble Bea y sus tres hijos, eran pura locura, una maravillosa locura. Pero yo me sentía todavía más solo.

Me levanté, me puse un pantalón corto y conecté el televisor, el ruido de fondo me ayudaría. Ojalá fuera un hombre de whiskis, pero no lo era, odiaba el alcohol y ese pensamiento me llevó justo donde no quería ir: Lester.

La última vez que nos vimos fue terrible, nos dijimos cosas que nunca íbamos a poder borrar, y aun así, lo echaba de menos. Sabía que no debía quererlo, Lester no era bueno para mí, Dios, ni siquiera era bueno para sí mismo, lo sabía, pero eso no cambiaba nada, no cambiaba lo que sentía, no cambiaba las ansias de tenerlo, de estar con él, de amarlo, incluso de discutir y pelear.

Seguía sabiendo de él por Candy, era curioso porque nunca pronunciábamos su nombre, pero ella incluía un «él está bien» o «lo está consiguiendo» sin que yo preguntara. Habíamos creado algo así como un código: yo me quedaba en silencio y Candy sabía que necesitaba escuchar algo acerca de Lester.

Después de lo que pasó con la familia de Candy y Lester, cuando las autoridades descubrieron lo que Jack —el padre de Candy— y Dustin —su capataz—, estaban haciendo y la participación

de Lester en todo ello, decidió ingresar en una clínica para desintoxicarse; en realidad no fue una elección, fue una condena, debía cumplirla en un centro de rehabilitación para alcohólicos o en la cárcel. Gracias a que había colaborado con la justicia, el fiscal Stuart Lyon le había dado esa opción. En ese momento me sentí aliviado, casi feliz por él y, a pesar de todo, sabía que entre nosotros nada cambiaría.

Seis meses, ese era el tiempo que tenía que estar ingresado, pero ya había pasado un año y seguía sin señales de él. Salvo las noticias que me aportaba mi amiga. El sueño continuaba esquivándome, pero me sentía terriblemente cansado; cambié la cama por el sofá, me dejé caer en él y tomé el mando a distancia de la televisión para entretenerme cambiando de canal. Apoyé la cabeza en el respaldo y me dejé llevar a la oscuridad que tanto necesitaba.

LESTER

Estaba nervioso, y esa descripción se quedaba muy corta, me temblaban las manos, hacía ya tiempo que no me pasaba eso, me limpié la humedad que las envolvía en las perneras del pantalón, me quité el sombrero vaquero que acostumbraba a vestir y me sequé el sudor de la frente con la manga de la camisa. Debía parecer fuerte y seguro de mí mismo, tenía que ser arrogante y gilipollas, como siempre había sido, no podía parecer que el alcohol o la falta de él me habían cambiado, y, sin embargo, en este momento daría casi mi vida por una copa, casi, y esa era la palabra clave con la que hacía malabarismos para no recaer.

Se suponía que había dejado atrás un infierno, y puede que así fuera, pero los demonios no se habían ido, ellos seguían ahí, cada día, cada hora, cada segundo. La terapeuta me había dicho que necesitaba estabilidad, que no podía volver a los viejos hábitos autodestructivos, no debería volver a Leo, el bueno de Leo, la única persona, a parte de él mismo, con capacidad para destrozarlo.

Una señora entró en el portal y aproveché para colarme, sería más fácil si lo veía ya arriba; si tocaba desde bajo era muy posible que no me dejara subir.

Me planté delante de la puerta y dejé pasar los minutos, no sabía cuántos, pero sabía que demasiados, no tenía los cojones necesarios para enfrentarme a él. Después de mi estancia en el infierno, de hacer frente a Dustin, de sacar a Candy a escondidas del rancho, y resulta que no era capaz de ponerme delante del hombre más bueno del mundo para pedir perdón.

Me daba golpecitos sin parar con el sombrero en la pierna. Era uno de los muchos tics que había adquirido durante el tratamiento, Cathy decía que era algo de sustitución o no sé qué, algo como comer chocolate. Un año, hacía un año que no tomaba un trago, que no tenía sexo y ni siquiera fumaba, vaya mierda. De nuevo, traté de ensayar el discurso que había preparado un montón de veces frente al espejo. En estos momentos me había quedado en blanco.

—Leo, yo... yo... ¿Qué coño voy a decirle?

—Ejem. —Me di la vuelta para ver a una señora mirándome con curiosidad, mientras sujetaba varias bolsas.

Pensé en decirle que se metiera en sus asuntos, claro que ese sería el antiguo Lester; debía ser educado con los vecinos de Leo o él nunca me admitiría de nuevo en su vida

—Buenos días, señora —la saludé.

—Buenos días, joven. Si busca a Leo, debe de estar dormido, ha llegado de trabajar hace apenas un par de horas.

—Ya.

—Tenga. —La mujer me tendió una bolsa de papel con un exquisito olor a dulce. Los olores, eso era algo que había recuperado, y me encantaba. La forma en que el aroma a pan caliente y magdalenas recién horneadas me hacía salivar.

—¿Gracias?

—Déselos a Leo, son sus *muffins* favoritos.

Así era Leo, todo el mundo lo quería y lo cuidaba, todos menos yo.

La señora continuó su camino hacia arriba. La seguí con la mirada intentando reunir algo de valor. La puerta se abrió de golpe.

No soy capaz de describir lo que sentí, quizá algo ardió en mi interior, sé que de repente tenía la boca seca, no podía hablar, el estómago me daba vueltas y corría el riesgo de vaciarlo ahí mismo. Mis pulmones necesitaban aire, lo sabía, tenía que respirar, vamos, vamos, inspira, expira. Me concentré, pensé en Cathy durante las sesiones que teníamos, cómo me hablaba con esa voz melodiosa que infundía paz, ella se pondría tajante en este momento, me diría algo así como: si no lo haces es porque no quieres hacerlo, y entonces deberás preguntarte por qué.

No, no quería preguntarme nada. Di un paso hacia delante para entrar, pero Leo no se movió, eso hizo que nuestros cuerpos quedasen muy juntos, demasiado. ¿Por qué coño había tenido que recuperar la capacidad de oler? Su aroma alteró todo mi sistema y tuve que comenzar de nuevo con las respiraciones. ¡Joder! Craso error. Vale, no respire, me dije. Le miré a los ojos, tenía ojeras, evidentemente no había dormido. El amor por su trabajo era su droga, todos tenemos una. Mirarlo tampoco fue buena idea. Extendí la mano en la que llevaba la bolsa.

—Magdalenas —le dije.

Me miró durante no sé... tal vez, cinco minutos o cinco segundos, ni idea. Cogió la bolsa y miró dentro. Sonrió.

—¿Te lo ha dado la señora Ortega? —me preguntó sin moverse del sitio.

Solo vestía un pantalón corto, su cuerpo estaba trabajado, siempre fue fibroso, le gustaba cuidarse, pero ahora, en este año algo le había pasado, todo él gritaba sexo. O quizá fuese yo.

—Supongo —respondí.

—Así es que un año después vienes hasta aquí para darme las magdalenas que me compra mi vecina. —No dejó de mirar el interior del paquete.

—Sí, ¡no! Quiero decir, joder, no sé lo que quiero decir. Necesito sentarme.

—¿Y no tienes sillas en tu casa? O donde sea que vivas desde... desde cuándo. ¿Cuánto hace que saliste? —Estaba cerrando la bolsa con más fuerza de la necesaria, eso me dio una pista sobre lo mucho que me lo iba a hacer pagar.

—¿Podemos hablar dentro? Por favor —le pedí.

—Esa palabra es nueva. ¿Soy tu paso número uno hacia la recuperación?

—Eso ha sido mezquino.

—¿En serio? —Se rio de esa manera suya que me ponía a cien, echando la cabeza hacia atrás, dejando a la vista la garganta, con las manos en las caderas, esas caderas de las que colgaba un pequeño pantalón, dejando el resto de su cuerpo para disfrute y tortura del mío.

Di un paso más para entrar, pero él dejó de reír y me bloqueó el paso, en ese momento nos estábamos tocando y yo no podía soportarlo, pero tenía que hablar con él, no podíamos caer en la vieja rutina de irnos a la cama directamente. Intenté pensar de nuevo en mi terapeuta, ¿Cómo se llamaba?, ¡joder!, ¿y a quién le importaba? A Leo, le importaría a Leo, quizá no entonces, pero sí mañana. Respiré hondo antes de volver a hablar.

—¿Podrías ponerte algo encima?

—¿A ti?

—Ropa

—¿Crees que puedes venir a mi casa y decirme lo que tengo que hacer? Que me vista, que te escuche, que deje que limpies tu conciencia... Te diré una cosa: no. Esta vez yo pondré las reglas.

Me vi empujado contra la pared con brusquedad, oí la puerta cerrarse de golpe. Perdí la noción del tiempo. Sus manos me estaban tocando, su boca asaltó la mía, de camino al dormitorio pisoteamos el desayuno. Lo que pasó después no fue bonito, no fue tierno, no fue amor. Pero en ese momento lo sentía respirar sobre mi piel, dormía entre mis brazos, y me sentí vivo de nuevo.

—Te quiero —le susurré a sus sueños.

Leo y Lester son personajes de la novela *Mi yo contigo*, que pertenece a la serie *Segundas oportunidades*.

<https://www.megustaleer.com/autor/bela-marbel/0000953340/>

La merecida Navidad de Phillippe

Betina Shablíko

Phillippe entrecerró los ojos en un intento de contener su ira, dado que la mujer regordeta ni siquiera se dignó a disculparse después del pisotón que le había propinado y que lo había hecho meter sus pies en un charco de agua sucia. Miró ese cielo parisino encapotado que amenazaba con aplastarlo y pensó: «Al menos ya no nieva...».

Pero, al instante, una llovizna irritante y persistente comenzó a mojarle la cara.

Ni siquiera amagó con abrir el paraguas, no... Transitaría su karma con entereza y resignación. Con el mismo estado de ánimo que lo envolvía desde un tiempo a esa parte. Y no era un lapso impreciso; con exactitud, llevaba así tres años y cuatro meses desde aquel fatídico día en el que se había convertido en un joven e inexperto viudo.

Esa tarde, había salido más temprano de la oficina de migraciones donde se desempeñaba como inspector, actividad que cada vez lo deprimía más... Era casi una burla del destino tener que irrumpir sorpresivamente en hogares donde residían parejas bajo sospecha de falsa unión con el único propósito de que uno de los dos, el extranjero, consiguiera la visa de permanencia prolongada en Francia a cambio de un monto determinado. Se las conocía como «bodas grises».

Su tarea consistía en sorprenderlos en horarios tan disímiles como extraños, y, muchas veces, fingían tan bien, que esas uniones no resultaban ni tan grises ni tan falsas... Entonces, dos sujetos se le vinieron a la mente, Jean Claude Bahy y Abril, su linda chica argentina.

Phillippe se preguntaba por qué se había empecinado tanto con ellos, por qué no podía aceptar que ese rufián hubiera conquistado a esa damisela que a él, desde el primer instante, le había parecido tan digna como femenina.

Pero después de varias visitas, al final, resultaron tan encantadores que terminaron siendo todos amigos, e, incluso, lo invitaron a su segunda boda en Argentina. O, como Phillippe sospechaba, quizá a su *auténtica* boda... Pero ese último detalle ya carecía de importancia.

Además, la había pasado de maravilla en esa fiesta, más aun gracias a la compañía de esa linda morena, vecina de Abril, con quien había reído como hacía tiempo que no lo hacía... Linda e inolvidable, la morena Paola... En tiempos más felices, la habría invitado a salir sin dudarle.

Phillippe caminaba de prisa para llegar a su casa. Pero sabía que la rapidez se debía más a sus pies mojados que a su deseo de reencontrarse con su tajante soledad. Su vida conyugal junto a

Noelle había tenido sus altibajos, enmarcados en los últimos tiempos en una sospecha de infidelidad de ella para con él. A esa altura de los acontecimientos, ya no era una sospecha, sino una evidencia. Pero, para entonces, eso tampoco le importaba. Lo único que lo desvelaba era la cabal convicción de ser un auténtico desafortunado crónico.

Pasó raudo frente al escaparate de una agencia de viajes y pudo ver reflejada su expresión adusta y amargada en el vidrio de la vitrina. Sus ojos grises parecían un reflejo del cielo que, de tan bajo y tormentoso, sobrevolaba su cabeza rubia empapada.

Luego, tras su imagen, vio un cartel que sugería escapar del crudo invierno y vivir unas navidades soñadas en una paradisíaca isla. Miró con más atención y esbozó una sonrisa melancólica al leer la palabra Curazao... Otra vez, sus amigos, Jean Claude y Abril, para entonces, viviendo en América.

«Curazao», dijo para sí, y recordó que Abril le había comentado que significaba «curación» en portugués.

— Curación —balbuceó.

Iba a seguir de largo cuando un transeúnte lo empujó sin querer contra la puerta de la agencia. Aunque esa vez recibió las disculpas pertinentes, se vio a sí mismo apoyado sobre la puerta de vidrio que se abría ante él debido a que, ávidos de clientes, desde adentro activaron el portero eléctrico sin darle tiempo a escapar.

Phillipe se encontró protegido del frío parisino y, sin saber para qué, se encaminó hacia el primer mostrador que vio frente a él. Una chica rubia y desganada se puso de pie y le tendió su mano con una mal fingida sonrisa de bienvenida. Él le extendió la suya y, sin mucha convicción, dejó que ella lo embaucara con las tretas de ventas que le aseguraban la felicidad de pasar la Navidad en Curazao. Él solo quería escapar de París, de su departamento vacío y de su Navidad para nada blanca y plenamente gris.

Por eso, extendió su tarjeta de crédito y se mentalizó que para Nochebuena estaría volando hacia Curazao.

Al levantarse, su mirada se paseó por el local y, cuando estaba a punto de extender su mano para saludar a la vendedora, la visión de una melena de cabello castaño y muy lacio captó por completo su atención.

Phillipe se acercó con temor e incredulidad al mostrador donde la dueña de la melena estaba de perfil leyendo con atención vaya a saber qué... De pronto, la morena apartó la vista del papel y su cara quedó por completo enfrentada a la de Phillipe... un Phillipe pálido y desencajado.

—No lo puedo creer... —comenzó a decir ella—. Miren a quién me vengo a encontrar... ¡Phillipe Rostand!

—Paola, ¿qué haces aquí?! —En realidad, él no sabía qué preguntar. ¡*Mon Dieu!* La última vez que la había visto había sido en la boda de Jean Claude y Abril, en Villa La Angostura, Argentina, y no podía creer tenerla ahí, frente a él.

Mientras la miraba, él se preguntó si habría venido sola, incluso si tendría la visa en orden.

¿Cómo era posible que estuviera trabajando sin papeles? De pronto, recordó que ella le había comentado que tenía pasaporte español.

El hecho de saberla dentro de la ley tranquilizó a Phillipe, no hubiera deseado tener que deportarla. Y sabía que no tendría fuerzas para hacerlo. Se recordó a sí mismo en la noche de la boda mientras hablaban bajo la luna y sus ganas de besarla.

—¿Cómo es posible que no me dijeras que vendrías? —le preguntó azorado.

—¿Cómo crees que lo hubiera hecho con alguien que ni siquiera me escribió por WhatsApp? Porque nos intercambiamos números telefónicos, ¿recuerdas? —Paola enmudeció. No quería que sonara a reproche. No quería ponerse en evidencia.

—Paola, ya sabes... Esa noche te confesé cómo me sentía. Pero no creas que no pensé en ti. Muchas veces tuve ganas de llamarte, pero estabas tan lejos... y yo me sentía con tan poco para ofrecerte.

—Bueno, ya está. Cuéntame cómo estás, veo que piensas viajar... —concluyó Paola.

—La verdad... —farfulló Phillipe con timidez—, para serte sincero, no sé ni cómo llegué. —Paola lo miró extrañada. Él le explicó el incidente de la puerta y ambos terminaron a las risotadas.

—¿A qué hora sales? —preguntó él sin poder creer que acaba de hacerlo.

—En una hora. Espérame en el bar de la esquina —propuso ella con decisión. La decisión que ya no iba a esperar de él. Su mirada gris y profunda lo delataba y le hablaba de recuerdos y de promesas.

Paola sabía que él temía asumir cualquier clase de sentimiento, pero también sabía, por lo que él había pasado, que era solo cuestión de tiempo.

En ese bar hablaron y rieron. Cuando se iban a despedir, ambos se percataron de que estaban famélicos, por lo que decidieron no posponer la cena para otro encuentro y, en cambio, hacerlo juntos esa misma noche. Y, luego de cenar y hablar a corazón abierto, con mucho esfuerzo, se despidieron. Él la retuvo y se besaron con la pasión acumulada desde las tierras del sur de Argentina.

Al día siguiente, volvieron a verse.

—Partes esta noche, ¿verdad? —preguntó Paola, que ya sabía la respuesta.

—Sí —respondió él tan entusiasmado como un minero descendiendo a las profundidades—. Y tú, lo pasarás con tu familia, ¿no?

—No —respondió Paola con calma, carente de emoción. Y le explicó—: Te había contado que no tengo padre, y mi madre no vive en París... Están todos en Argentina. Estaré sola.

Phillipe sintió un nudo en la garganta. Esa chica estaría tan sola como él, pero en un país extraño.

—Paola, no debes pasarlo sola.

—¿Y tú, sí?! No te preocupes por mí. Apúrate, ya deberías estar en el aeropuerto, o perderás el vuelo.

Ambos se despidieron con la promesa de verse al regreso.

Ya en el aeropuerto, Phillipe entregó su pasaje y despachó las maletas. Mientras tomaba un café, consciente de que en unas horas ya no vería ese cielo oscuro, sino uno celeste y límpido, lejos de alegrarse, sintió ganas de llorar. Y comprendió la razón: su cielo límpido estaba entre los brazos de Paola, su Curazao estaba en su corazón lleno de ganas de amar, y no en una playa lejana.

Como un loco que había dejado la leche en el fuego, dejó el dinero del café y corrió a recuperar sus valijas. Acto seguido, trepó al primer taxi y miró el reloj que marcaba las once: vísperas de Navidad. Rogó llegar a tiempo.

Tocó el timbre de la puerta de Paola, esperando que ella estuviera y, preferentemente, sola.

Pasaron unos minutos y nadie respondió.

Phillipe volvió a sentirse pesimista, de todos modos, nunca le había importado ir a Curazao. Sabía que su lugar, en esa Nochebuena, y en esa Navidad, estaba ahí. Y deseaba con el alma que después de Navidad también...

¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Cómo había estado tan bloqueado, negado al amor y a la vida? ¿Por qué había sido tan cobarde? ¿Cómo pudo no llamar a Paola si casi todas las mañanas se despertaba pensando en ella, y si no, en algún momento del día, algo se la recordaba?

Phillipe empezó a alejarse, pero no a resignarse. De pronto, la puerta se abrió y una sonriente Paola lo invitó a pasar a su casa y también a su vida.

Él la abrazó en silencio. La miró largamente y la besó hasta el alma. La cargó en sus brazos y la puerta se cerró tras ellos.

Phillipe sabía que había llegado a su Curazao. Y también supo que jamás se alejaría de esas costas que se habían convertido en su verdadero hogar.

Phillipe y Paola son personajes secundarios de la novela *Abril en Curazao*.

<https://www.megustaleer.com/autor/betina-shabluko/0000956024/>

El anhelo de Frank

Chris de Wit

—Buenas noches, Lieke. Gracias por aceptar mi invitación.

El hombre se acercó a la mesa y corrió la silla para que su visitante se sentase.

—Es un honor degustar la comida de la que usted se siente tan orgulloso —respondió la mujer.

Frank sonrió y sus fosas nasales se llenaron del aroma a gardenias que provenía del cuello immaculado frente a él. Se le hizo un nudo en la garganta al contemplar el cabello sedoso y brillante recogido en lo alto. Cerró la mano en un puño para controlar el impulso de tomar un mechón entre sus dedos.

Una vez que se aseguró de que Lieke se encontraba donde él quería, rodeó el mueble y, de un recipiente repleto de hielo, tomó una botella de vino blanco Grand Ardèche, de Louis Latour. No era uno de los más caros, pero sí lo suficientemente sofisticado como para impresionarla.

—Espero agasajarla como se merece con los platillos que he elaborado pensando en usted —dijo mientras servía el chardonnay en sendas copas de cristal.

—Frank...

—Lo sé. Soy un hombre que a veces se deja gobernar por grandes pasiones. Lo heredé de mi padre.

La carcajada de Lieke impactó en su corazón, que latió deprisa.

—¿Era tan seductor como usted?

Sus mejillas ardieron ante la pregunta hecha con tono sensual.

—Por esa razón, mi madre no fue feliz a su lado, pero, en mi caso, pretendo una sola compañera en mi vida.

—Entonces es modesto.

—No demasiado. Me gusta el disfrute en todos sus aspectos.

El brillo en las pupilas de Lieke no le pasó desapercibido. Pero debía ir con cuidado, porque no era ninguna tonta.

—¿Qué ha preparado para mí, Frank?

«Ni se imagina», pensó, pero de inmediato se llamó al orden.

—Enseguida lo sabrá. Me gustaría que juzgase los distintos platos a medida que transcurre la cena. ¿Le parece?

—¡Claro que sí!

Ingresó en la cocina con pasos apresurados para recoger la entrada que consistía en mejillones de mar cocinados al vapor con una base de chalotes y hierbas. Apenas depositó los platillos sobre el mantel, los labios rojos y jugosos que deseaba besar con tantas ganas se abrieron en una mueca de embeleso.

—Dios mío, Frank. Esto es...

—¿Le agrada?

—A la vista resulta soberbio.

Él se sentó y en tanto se colocaba la servilleta, dijo en tono grave:

—Preferiría que me explicase cómo se siente en su boca.

Lieke bajó la mirada y esta vez fueron sus mejillas las que se pusieron coloradas.

Frank sonrió. Se daba cuenta de que él no le era indiferente, y le agradaba en extremo. Lieke representaba todo aquello que siempre había soñado en una mujer y, aunque era una osadía, había decidido conquistar el corazón de esa criatura celestial.

—Cuente con ello.

La polla de Frank se erigió como un mástil y una hoguera ascendió por su espina dorsal.

—¿Comenzamos?

Lieke asintió con una sonrisa de oreja a oreja y se llevó el primer bocado a la boca. Frank retuvo el aire en los pulmones a la espera de la impresión de la invitada. Lieke le había relatado que amaba la buena comida, y si las horas que él había utilizado en la cocina le permitían alcanzar el éxito culinario que esperaba, entonces habría ganado la posibilidad de que ella admirase su persona un poco más.

—Mmmmm —masculló Lieke cerrando los ojos.

Ante el sonido de deleite, Frank empezó a sudar. Se imaginó rodeado de ese gemido mientras ambos rodaban sobre una cama dando rienda suelta a la pasión que desde el día que se vieron había surgido entre ellos. Si bien ella podía negarlo, la atracción era innegable.

—¿Le gusta? —interrogó expectante.

No bien Lieke alzó los párpados, Frank tragó en seco. Por una milésima de segundo tuvo la certeza de que el ángel pintado por William Bouguereau en su obra *Cupidon detail* había viajado desde el siglo XIX para aterrizar en su mesa.

—Sus manos obran milagros, Frank.

Él se inclinó hacia delante y susurró:

—Espero que no sea el último de la noche.

Lieke carraspeó y sorbió más vino. En los siguientes minutos, comieron en silencio sin dejar de contemplarse. Ella terminó la primera copa bastante rápido, quizá tan sedienta de deseo como él, por lo que Frank se apresuró a llenarla.

—¿Es verdad que tendremos un nuevo vecino? —La curiosidad de Lieke interrumpió el ambiente cargado de tensión sensual.

—Sí. No recuerdo su nombre, pero es un joven recién arribado del extranjero.

Los ojos de Lieke se abrieron enormes.

—¿De verdad?

Frank asintió.

—Vino con su amigo, aunque solo uno de ellos vivirá en el edificio. Para ser más concreto, en el piso de arriba del de Renata y usted. Y permítame asegurarle que las chicas solteras de Gouda tendrán que andarse con cuidado, porque son muy apuestos.

—Quizás Renata tenga una oportunidad.

—No sé, Lieke. Su vecina es muy sencilla y estos tipos parecían bastante pagados de sí mismos.

—De todas maneras, quien conoce a Renata, jamás queda indiferente.

—Tiene razón. —Frank suspiró profundo y decidió cambiar de tema—: ¿Proseguimos con el plato principal?

Cuando Lieke se llevó una vez más el líquido blanco a los labios, él tragó saliva.

—¿Podríamos esperar un rato? Me gustaría hablar más con usted.

Frank agradeció la respuesta, porque representaba una buena chance para él.

—A sus órdenes.

—¿Cómo se encuentra su esposa Maud?

Un frío helado apagó la hoguera en la que había caído, e inhaló hondo.

—Hace un año y medio que nos separamos, Lieke.

Ella hizo un mohín con la boca.

—Lo sé. Usted me había dicho que seguían en contacto.

—Sí. Uno muy amable por respeto a nuestros hijos.

—Comprendo. —Se quedó callada unos segundos y después apuntó—: Se acerca la Navidad. ¿La festejarán juntos?

Frank meneó la cabeza, sorprendido por la pregunta.

—No. Desde que Maud y yo no somos más una pareja, nuestros hijos pasan la Nochebuena en el hogar de uno y la Navidad en el del otro.

—¿Qué día le corresponde a usted?

—Este año el 25 de diciembre.

—¿Y tiene algún plan para el 24 a la noche?

—No.

Un nuevo silencio se instaló entre ambos, hasta que Lieke lo quebró:

—¿Y no extraña a Maud?

Frank percibió el nerviosismo de ella, y supo que había llegado la hora de tomar el toro por las astas.

—Lieke, yo no amo más a mi señora.

Ella arqueó las cejas y lo escudriñó asombrada.

—No sé por qué me dice eso.

Las gotitas de sudor en el rostro tan bello frente a él encendieron su cuerpo de nuevo.

—Porque estamos tramitando nuestro divorcio y pronto quedaré libre para emprender una nueva vida.

Lieke bajó la vista.

—Me resulta un poco intimidante su tono de voz.

Ante la mirada de asombro de la mujer, Frank se levantó de la silla y, arrodillándose a su lado, envolvió sus manos con las suyas.

—Quiero saber si usted siente lo mismo que yo, Lieke.

—¿Está loco? —exclamó ella con el rostro arrojado.

—Sí, por usted. Sé que hay muchas cosas que nos separan, pero estoy dispuesto a todo para sortear los obstáculos. Soy un hombre que sabe lo que quiere y reconozco con claridad cuándo la vida otorga una nueva oportunidad.

—¿Y no le molestan las diferencias que existen entre usted y yo?

Frank frunció el ceño.

—En un principio me acobardaron, no lo voy a negar, pero con el correr del tiempo, perdieron su importancia.

Lieke suavizó el brillo de sus ojos.

—¿Qué es lo que ha cambiado?

—Yo.

—¿Usted?

—Sí. Porque he comprendido que, aunque no pueda brindarle muchas cosas, lo más importante se lo regalaré a manos llenas. Y no tengo dudas de que su corazón sabrá apreciarlo.

—Frank...

—¿No está cansada de la soledad, Lieke?

—Usted sabe que Aldert...

—Sea sincera.

Un prolongado mutismo invadió la habitación, interrumpido solo por la respiración agitada de los dos. Hasta que Lieke musitó:

—Mi esposo murió hace mucho y solo es un bello recuerdo.

—Entonces permítame confesarle algo.

—¿Qué?

—La Nochebuena es un festejo repleto de bendiciones. Simboliza la unión, la familia y el amor. Y este año deseo atreverme a cumplir un anhelo. Uno que, espero con el alma, sea el mismo que el suyo. Porque si es así, me gustaría que nos atreviésemos a disfrutarlo juntos a partir de ese momento.

Apenas Frank terminó de decir la frase, las pestañas enormes de Lieke se movieron de arriba abajo. Y al instante siguiente, acercó su rostro al de él. Frank cerró los ojos y con enorme

felicidad recibió la calidez de los labios que lo mantenían despierto en las madrugadas desde hacía demasiado tiempo.

Se levantaron juntos y, abrazándose desesperados, se besaron con una pasión desbordante, repleta de viejas ansias y también de muchas nuevas por venir. Cuando Lieke le rodeó el cuello con los brazos, Frank profundizó el beso y se dio el gusto de desarmar el fino rodete y entretejer los dedos entre las hebras que olían a vida.

—Frank —susurró ella sobre sus labios.

—Déjeme acariciarla, por favor.

—¿Está seguro de esto?

—Por completo.

—Pero...

—¿Pero? —repitió él mordiéndole el labio inferior con suavidad.

—¿Qué dirán sus hijos?

—La aceptarán.

Volviéron a darse un beso largo y cálido, hasta que Lieke se apartó un poco y balbuceó:

—¿No considerarán absurdo que dos personas de sesenta y cinco años deseen comenzar una relación?

—¡Al contrario! Se sentirán felices por la dicha que usted genera en mí. Además, mis nietos la adorarán.

Lieke sonrió y el fulgor de sus iris celestes le hicieron temblar las rodillas.

—¿Y mi fortuna? No quiero que sea motivo de conflictos.

—Quédese con ella, Lieke, y disfrútela como desee. Yo tengo todo lo que necesito.

Ella lo estrechó más fuerte.

—Jamás me interesó la ostentación. Por eso me regocija vivir en la sencillez de mi apartamento.

—Y yo trabajar en su edificio.

Lieke estalló en una carcajada.

—Es el portero más sexi que he empleado.

Él respondió con un centelleo de diversión en la mirada.

—Y también el hombre que la ama. Por favor, bésame otra vez.

Frank y Lieke son personajes secundarios de la novela *Dedicado a ti, mi amor*, cuyos protagonistas son Arturo y Renata. La novela saldrá publicada a comienzos de 2020.

<https://www.megustaleer.com/autor/chris-de-wit/0000956025>

<https://chrisdewitromance.wordpress.com/>

El regalo de Navidad de lady Belinda

Christine Cross

Londres, 1716

La fiesta de Navidad que se iba a celebrar en la mansión Crawley traía a todos sus moradores de cabeza.

Hacía meses que en la cocina se había comenzado a preparar el delicioso pudin navideño al que, cada cierto tiempo, la cocinera bañaba con un generoso chorrito de *brandy*. Los criados habían bajado los adornos que se guardaban en el desván, pulido la vajilla de plata y sacado brillo a las copas de cristal, mientras las criadas preparaban las habitaciones para los invitados.

Belinda se preguntó si alguien habría ido ya a recoger el muérdago que se colocaría en lugares estratégicos de la casa y que ofrecería una excusa a los caballeros para besar a las demás. Dejó escapar un suspiro mientras descendía por la escalera central. La madera de la balaustrada había sido encerada recientemente, y un suave olor a miel y flores silvestres flotaba en el ambiente.

—Si no deja de soñar despierta, se pisará el ruedo del vestido y se caerá por las escaleras —la reprendió su antigua niñera, que se encontraba al pie de la escalera.

—Claro que no, Betsy, ya he cumplido dieciséis años, y sé caminar como toda una dama.

La mujer esbozó una sonrisa cargada de afecto que ocultó luego tras un leve carraspeo y un ceño fruncido que no llegaba a ser fiero ni por asomo, aunque lo pretendiera.

—Pues las damas también ayudan a preparar las fiestas, milady, no se quedan remoloneando en su habitación.

Belinda alzó la cabeza con orgullo y apretó los labios en un mohín de disgusto.

—Betsy, también es la primera vez que voy a poder participar en una fiesta navideña. —El tono soñador revelaba la emoción profunda que la embargaba. Por fin iba a conocer a algunos caballeros y a bailar con ellos. Eso suponía un motivo suficiente para que el corazón le brincase alegre en el pecho—. ¿Por qué tengo que ayudar con los adornos cuando solo debería preocuparme cómo voy a hacer para lucir hermosa?

La niñera la estudió con ojo crítico. Su rostro en forma de corazón en el que brillaban sus ojos como dos preciosos zafiros; los labios suaves y delgados, del color del coral, que esbozaban una sonrisa; la piel marfileña y el cabello con la tonalidad del oro bruñido cayendo en perfectos

tirabuzones.

—Usted ya es hermosa —dijo a la postre. No pretendía adularla, sabía Dios que la muchacha no lo necesitaba, solo constataba un hecho—. Así que no necesita hacer otra cosa que obedecer a la condesa y ayudar con las guirnaldas, o no saldrán a tiempo.

Belinda soltó un bufido poco elegante y terminó de bajar la escalera, mas no se dirigió hacia la sala esmeralda, donde sabía que estaban su madre y las criadas preparando los adornos, sino hacia el despacho de su padre. Al fin y al cabo, era la niña de sus ojos, y estaba segura de que él no la obligaría a trabajar en ese día.

Como siempre, entró sin llamar.

—Papá, Betsy dice que...

Las palabras murieron en su garganta cuando se vio asaeteada por tres miradas diferentes. Dos de ellas las conocía bien. Una era cálida y resignada al mismo tiempo, la del conde; otra tenía un brillo risueño y divertido, la del señor William Browning, el mayordomo, que la había visto nacer y crecer hasta convertirse en una señorita. La tercera mirada, una bruma gris como de un día de tormenta, poseía una intensidad que hizo que su corazón se acelerase. No sabía quién era el joven, pero había algo en él, en su cuerpo firme y musculoso, en su cabello negro como el ébano y en la sonrisa sesgada, que la atrajo irremisiblemente.

—¿Sí, Belinda?

La voz de su padre se filtró apenas entre el poderoso retumbar de su corazón en sus oídos. Carraspeó, azorada, al tomar conciencia de que había interrumpido una reunión, y, sobre todo, al pensar en lo que había estado a punto de decir. Habría sonado como una niña malcriada ante el desconocido.

—No es nada, padre. Siento haberte interrumpido —se disculpó mientras componía su mejor sonrisa y cruzaba las manos sobre el regazo, como la dama que se suponía que era—. No sabía que estabas reunido.

El conde alzó una ceja en la que trataban de guardar el equilibrio el escepticismo y la incredulidad. Su hija le interrumpía cuando quería y no se preocupaba lo más mínimo por ello; nunca se disculpaba por la interrupción ni se comportaba con tanto recato. Por tanto, la conclusión a la que llegó fue que aquella no era su hija, sin duda se la habían cambiado. Dejó escapar un suspiro de cansancio, con Belinda nunca sabía qué esperar.

—No te preocupes, cariño. Este joven es Arthur Browning, sobrino de William, que va a ocupar el puesto de Miles como lacayo —le explicó. Luego añadió mirando al mayordomo—: siempre hay mucho trabajo en Navidad.

El señor Browning asintió, aunque Belinda no se percató de ello, al igual que no se había enterado de las palabras de su padre, que se habían convertido en un murmullo de fondo mientras ella seguía con la mirada anclada en la del «otro» Browning.

Arthur no había podido dejar de mirarla desde que había irrumpido intempestivamente en el espartano y muy masculino despacho del conde. Con aquel vestido azul y la belleza etérea de su

rostro parecía una primula en el jardín de ocres y marrones que constituían los muebles de la habitación. Tragó saliva. Luego, frunció el ceño y se amonestó a sí mismo. ¡Por Dios, tenía veinte años, y nunca se había puesto nervioso en presencia de ninguna muchacha! Además, ella era una dama, la hija del conde, su patrón.

Sintió que algo potente y doloroso le oprimía el pecho, pero se aferró a su deber y apartó la mirada del rostro de la joven, donde nunca se debieron haber posado sus ojos y, mucho menos, su esperanza.

—Volveré cuando estés menos ocupado, padre.

Tras estas palabras, dichas con cierto tono de decepción que cada uno de los presentes interpretó a su conveniencia, Belinda salió del despacho con bastante ligereza. Sus pies la llevaron directamente a la sala esmeralda. Allí, entre la cháchara femenina y el trenzado de guirnaldas, se dedicó a reflexionar sobre el inquieto estado de su corazón.

Esa misma tarde comenzaron a llegar los primeros invitados que participarían en las fiestas navideñas hasta la fiesta de Reyes, en la que, con el intercambio de regalos, se darían por concluidas las celebraciones.

Después de tres días, Belinda se sentía desesperada y algo ridícula. Había hecho todo lo posible por coincidir con el joven lacayo en diversas ocasiones, pero cuanto más empeño ponía ella en encontrarlo, más lo ponía él en rehuirla.

Controló las ganas de golpear el suelo con el pie, lo que delataba su nerviosismo, y esperó en su escondite, segura de que Arthur no tardaría en llegar. Efectivamente, poco después, el muchacho entró en la pequeña sala donde se guardaba la vajilla. Se detuvo en mitad de la estancia; luego, titubeó un momento antes de volver sobre sus pasos y cerrar la puerta. Cuando el ominoso clic del pestillo retumbó en el silencio, Arthur se giró y se apoyó contra la madera, con los brazos cruzados.

—Ya puede salir, milady. —Belinda salió despacio de detrás de los cortinajes. Sentía el calor en su rostro por haber sido descubierta, pero no se arrepentía de nada—. ¿Podría decirme qué es lo que pretende?

Trató de ser suave, pero el tono de crispación que se filtró en su voz hizo que la muchacha se encogiera un poco. Lo lamentó, pero él no era de piedra, y verse perseguido por una muchacha bonita...

—Solo quería hablar contigo.

Él la malinterpretó a propósito.

—Si desea que realice cualquier tarea, milady, basta con que se la refiera a mi tío y él se ocupará de ordenármela.

Belinda apretó los puños y elevó el mentón con decisión.

—Sabes que no es a eso a lo que me refiero —le espetó—. Pero me acabas de recordar que puedo ordenarte lo que guste.

Arthur se pasó la mano por el cabello en un gesto de frustración.

—¿Y qué es lo que desea, lady Belinda?

Puso especial énfasis en el título, como si con ello pudiera hacerle tomar conciencia de la barrera que los separaba.

—Quiero que me beses.

Estas palabras lo golpearon, haciéndole dar un paso atrás y abrir los ojos sorprendido. Sus ojos viajaron a los suaves labios de coral y sintió el tirón del deseo. Le gustaba la joven. Desde que la había visto en el despacho del conde, había sido consciente de su presencia en todo momento, el aroma floral que la rodeaba se le había incrustado en la memoria, y su imagen lo asaltaba por las noches. Apretó la mandíbula y se blindó contra todo lo que ella le hacía sentir.

—No soy ni quiero ser el títere de los caprichos de una niña —espetó con furia contenida.

Pensó que ella se asustaría y, tal vez, se marcharía. Sin embargo, Belinda solo lo miró con sus preciosos ojos azules cargados de afecto, una emoción que él no creía merecer.

—No eres ningún capricho —repuso con voz firme y sincera—. Me gustas mucho, y no cambio de opinión con facilidad. —Avanzó hasta él y Arthur no tuvo más remedio que apartarse. Abrió la puerta y, con gran dignidad, se volvió hacia él—. Y no soy ninguna niña.

El intercambio de regalos durante la celebración del día de Reyes fue todo un acontecimiento. A lo largo de la jornada solo se habían escuchado risas y carcajadas en un ambiente festivo, y, en ese momento, en el baile de máscaras que cerraba los festejos, todos disfrutaban de la música que tocaba la orquesta y del baile.

Belinda trataba de componer una sonrisa mientras miraba a los bailarines que se deslizaban por la pista. Cuando no pudo más, salió por las puertas acristaladas al frescor de la terraza. Se apoyó sobre la balaustrada de piedra y cerró los ojos.

¿Cómo había podido enamorarse tan pronto y del hombre equivocado? Pero lo cierto era que ninguno de los caballeros que le habían sido presentados en esos días había llamado su atención. Suspiró quedamente.

—No me gusta verla triste.

La voz que irrumpió en el murmullo de la noche hizo que se le acelerase el corazón. Se volvió despacio y se sorprendió al verlo portar una máscara, como la de cualquiera de los invitados.

—¿Arthur? —dudó.

Él asintió.

—He estado muy ocupado el día de hoy, por eso no he podido entregarle mi regalo —comentó al tiempo que daba un paso hacia ella internándose así en las sombras de aquel íntimo rincón.

—¿Mi regalo? —balbuceó confundida. Ella lo había perseguido y él la había rechazado, ¿por qué quería ahora hacerle un regalo de Reyes?

Sus ojos grises brillaron a través de la máscara y una sonrisa se insinuó en sus labios.

—Tu regalo...

Belinda se sorprendió cuando los firmes y cálidos labios masculinos se posaron sobre los suyos. Un suspiro de satisfacción se perdió en su boca mientras pensaba que aquel era, sin duda, el mejor regalo de Navidad que había recibido y recibiría nunca.

Lady Belinda Crawley y Arthur Browning aparecen en el prólogo de la novela *Un lord irresponsable*, el tercero de la serie FAMILIA MARSTON, que se publicará próximamente.

<https://www.facebook.com/martalujanescritora/>

<https://martalujan.wordpress.com/>

¡Un beso muy osado!

Daniel de la Peña

Llegaba tarde, como de costumbre. No había comprado el regalo para la cena del amigo invisible y me entretuve en la tienda de perfumes a deleitarme con las exquisitas fragancias que vendían. Eran deliciosas. Me gustaron tanto que compré una de Dolce & Gabbana para Ana, mi amiga invisible (y del alma) y otra de Kenzo para mí. ¡Me lo había ganado después una semana espantosa en mi trabajo! El autor con el que estaba trabajando no me seducía en absoluto. Para ser sincera, no me gustaba ni su obra ni él. Un pretencioso escritor que había tenido un golpe de suerte en ventas con su anterior libro e iba de Saramago. Ser editora jefa de una importante editorial tenía ciertas responsabilidades que detestaba, como aguantar a escritores gilipollas. Estaba convencida que la cena con mis amigas, unas copas y el reparo de regalos, con bromas aseguradas, era el elixir que necesitaba. Recibí un mensaje, desfundé el móvil y lo leí. Era Ana:

«Nuria, ¿vamos pidiendo los entrantes? Como lo tuyo no es la puntualidad...».

Solté una carcajada, miré la hora y calculé que en unos cinco minutos llegaría al restaurante. Así mi retraso no sería reprochable. Me dispuse a responder a Ana cuando alguien que pasaba por mi lado me golpeó en el hombro. El teléfono voló por el aire e hice lo imposible para que no cayera al suelo. Al final, pude cogerlo a tiempo. Respiré aliviada. Avivada por el empujón, pretendí sacar a la fiera que llevaba dentro para increpar al individuo que se osó a chocar contra mí.

— ¡Será mejor que mires por dónde vas! O de lo contrario... —enmudecí.

¡Madre mía, qué mirada! Parecía como si en aquella calle repleta de gente no existiese nadie más que el portador de aquellos maravillosos ojos azules. Un hombre de unos cuarenta años, con el pelo negro y corto, mandíbula cuadrada, bien afeitado y ancho de hombros. ¡Claro, por eso me golpeó! ¡Seguro que fue sin querer! Suspiré y deseé que me golpeará de nuevo, pero en otro escenario más íntimo. ¡Sí! Así soy yo, ¡me va la marcha!

—Disculpe, señorita... No era mi intención lastimarla —dijo con sutileza.

Sabía que era pronto para sacar conclusiones, pero me aventuré a hacerlo: aquel adonis era el hombre perfecto.

—No pasa nada. Me he asustado... —Le pasé la mano por el hombro—. Eres muy fuerte. —No respeté para nada su espacio personal.

Se echó a reír. Su sonrisa también era idílica. Mis amigas me acusaban de ser una mujer que se enamoraba con rapidez, pero lo de aquel encuentro estaba superando todas mis expectativas. Mi corazón latió salvajemente.

—Me llamo Nuria. —Mientras me presentaba, repasé mentalmente cómo iba vestida. Llevaba suelta mi melena rubia, no me había excedido con el maquillaje y resaltaba mis ojos zarcos, ahí estábamos empatados el buenorro y yo. Los pantalones vaqueros ajustados me sentaban genial. No podía ver mi jersey azul, pero sí mi abrigo rojo que potenciaba mis curvas. Quizás aquella prenda había sido un imán para él por culpa de su llamativo color—. Me distraje leyendo un mensaje en el teléfono. Te pido disculpas.

—Yo soy Lucas, me ha pasado lo mismo. Perdona.

¿Qué más podía decirle? Ya nos habíamos presentado de forma casual y disculpado. No quería dejar la oportunidad de conocerlo mejor. Lucas parecía un tío interesante y me había llamado mucho la atención en solo unos segundos. Estaba realmente bueno y me fastidiaba sobremanera dejarlo escapar sin intimar un poco más. Pero no sabía qué más podía hacer para alargar nuestra conversación. «Vamos, Nuria. Tienes más de treinta años y sabes cómo enamorar a cualquier hombre. Lánzate», pensé. «Otra cosa es saber cómo conseguir que mantengan el interés, pero los principios siempre se te dan bien».

—¿Te apetece tomar algo? —preguntó Lucas mostrando su preciosa sonrisa.

¡Joder, qué fácil me lo puso! Casi le quitó hasta la gracia. Miré la hora en la pantalla del teléfono. Acababa de hacerlo hacía unos segundos, pero no la recordaba. ¡Costumbres de los tiempos modernos! Podemos ver la hora que es en el teléfono todas las veces que se nos antoje porque nunca la retendremos en nuestra mente.

—No puedo. Tengo una cita con mis amigas y llego tarde... —resoplé.

—No pasa nada... Lo entiendo...

Lucas se puso nervioso y bajó la mirada. Levantó la mano para despedirse.

—¿Ya está? ¿No vas a hacer nada más? —pregunté juguetona.

—¿A qué te refieres? —frunció el ceño.

—¿No vas a insistir? Sé que no me conoces, pero nuestro choque ha sido una señal para que nos conozcamos. Hay química entre nosotros, saltan las chispas y ¿con el primer «no» te rindes?

—¿Qué quieres que haga? —Abrió los brazos y soltó una carcajada.

No sabía si era la magia de la Navidad, los libros de autoayuda que había leído últimamente o los tres meses sin nada de sexo los que me motivaron a realizar semejante locura. Fui con paso firme hacia Lucas, pasé mis manos por sus mejillas y le besé. Nuestros labios chocaron con más armonía que nuestros hombros hacía unos instantes. Me dio un pequeño mordisco y abrazó mi lengua con la suya. Me separé. Le pedí su teléfono y añadí mi número a su lista de contactos.

—¿Qué... qué ha sido esto? —preguntó feliz.

—No sé... ¿un milagro navideño? bromeé.

—¡Te llamaré! —aseguró entre risas.

—Lo sé —¡Qué bien me sentaba ir de rompecorazones! En ese momento, recordé por qué me rompieron el mío la última vez que me había enamorado. Antes de que Lucas se marchara, lo miré a los ojos y disparé—: ¿Estás casado?

—¡No! Claro que no. De lo contrario te hubiese apartado —explicó.

—¡Perfecto! Continuamos esto otro día.

Lucas se fue y yo retomé mi destino. ¡¿Qué había hecho?! No era que me tuviera por una mujer recatada, pero tanto arrojo no era típico en mí. Estallé en risas y me sentí orgullosa de mi osadía. Cuando llegué al restaurante, todas mis amigas estaban sentadas y aplaudieron en cuanto hice acto de presencia. Habían pedido vino y encima de la mesa estaban las bolsas con los regalos del amigo invisible. Me quité el abrigo y solté un pequeño grito.

—Chicas, ¡no os vais a creer lo que acaba de sucederme!

Nuria es un personaje de *Esta noche mando yo*.

<https://www.megustaleer.com/autor/daniel-de-la-pea/0000961662/>

Magia de Navidad

Encarna Magin

Era Navidad y Cloe Thierry había decidido regresar al pueblo donde había nacido y de donde marchó con su familia cuando apenas contaba con doce años. Estaba ubicado a cien kilómetros al norte de París y era el lugar más tranquilo del mundo. Necesitaba aire fresco, y pensar, pensar en qué hacer con su vida. El éxito de Galerie Topaze, una galería de arte que llevaba con su amiga del alma, Margot Buisson, estaba siendo toda una sorpresa y se había permitido el capricho de comprarse un Audi en un tono amarillo que no pasaba nada desapercibido. Pero así era Cloe: una mujer extravagante en todos los sentidos a la que le gustaba vestir de colores.

En realidad, no sabía lo que le sucedía. Todo había empezado al ver a su amiga felizmente casada con un famoso pintor, Bruno Durand, y la estaba haciendo recapacitar. Siempre había pensado que no era un drama vivir sola; en verdad no necesitaba a un hombre a su lado, pues ella se valía por sí sola muy bien. Pero cuando sostuvo en brazos al hijo recién nacido de sus amigos, aquella idea se empezó a difuminar como humo en el firmamento. Culpó a las hormonas, al reloj biológico, al instinto maternal, al maravilloso olor que desprendía el bebé; incluso el buenorro de su vecino se llevó una buena dosis de culpa por desear que fuera él el papá de su posible bebé. Quería silenciar esa vocecita interior suya que le decía: «niña, que se te está pasado el arroz», por lo que decidió tomarse unas vacaciones. Lo único que necesitaba era tranquilidad, un lugar donde no existieran bebés, ni mujeres felizmente casadas, ni vecinos buenorros que la distrajeran.

Entonces, con su recién estrenado Audi amarillo y sus zapatos verdes de tacón, Cloe se dejó llevar por el destino. Se encontró en la carretera, sin maletas hechas y sin un plan; había sido un impulso loco que la había pillado casi sin bragas y sin depilar. Tenía la sensación de que un hilo tiraba de ella y la estaba llevando directo a aquel recóndito lugar.

Se estaba dejando llevar, porque los impulsos locos a veces había que seguirlos. Y en aquel instante, frente a un pueblo de casas de piedra, con una diminuta escuela, un bar y una tienda de comestibles, se preguntaba qué coño hacía ella allí si no tenía ningún familiar viviendo en el pueblo a quien desearle felices fiestas.

En fin, no le dio más vueltas. Era casi mediodía; sus tripas rugían de hambre y decidió comer algo en el único bar. Si no recordaba mal, el lugar estaba en la plaza; bueno, no era una plaza tradicional, con sus farolas y bancos en los que sentarse, más bien se trataba de una especie de

calle más ancha de lo normal, que los vecinos habían bautizado como plaza.

Cloe se pasó las manos por su cabello rubio ceniza corto, con mechas de todos los colores del arco iris, y salió del coche. Se puso su abrigo rojo y se arrebujó en su calidez. Había nieve, soplaba un ligero viento helado que le congelaba las pestañas. Miró hacia abajo, sus zapatos verdes de tacón no eran lo más idóneos para pasearse por las calles enlosadas, pero, por suerte, las habían limpiado de nieve y no patinaría.

Empezó a andar, el aire frío se colaba por debajo de su falda rosa, los leotardos crema con corazones dorados no ofrecían protección y pronto empezó a temblar. Estuvo a punto de dar media vuelta y regresar a su caliente apartamento de París, sin embargo, otra vez tuvo la sensación de que un hilo tiraba de ella, y la dejó sin aire por su fuerza.

Sin ningún contratiempo, llegó al bar. La puerta de acceso también necesitaba un cambio, aun así, no le importó porque le trajo recuerdos. Habían sido muchas las veces que había cruzado aquel marco de madera cuando quedaba para jugar con los gemelos del pueblo. Paul y Francis, se llamaban; el sabiondo y el chulito, los llamaba ella. Sonrió tontamente y tuvo curiosidad por saber qué había sido de ellos y deseó encontrarlos en el interior.

Cuando apenas era una cría y correteaba por el pueblo con total libertad, hacía planes de futuro. Las demás niñas estaban enamoradas de Francis, que ya apuntaba maneras de guaperas seductor, y lo veían como un posible príncipe azul. En cambio, a ella le atraía más Paul, pues su carácter intelectual y su afán por tener la nariz pegada en los libros la sedujeron. Era raro, raro hasta decir basta, tal como era ella por aquel entonces, y también era tímido y nada parlanchín. Sin embargo, eran esas las cualidades que más le agradaban, pues marcaban una diferencia notable con los demás niños. Se enamoró de él, un amor de esos de niñas soñadoras, no obstante, dudaba que él ni siquiera se hubiera fijado en ella alguna vez, porque fue el único que no vino a despedirse cuando se marchó de allí con su familia.

No le dio más vueltas y entró. El bar por dentro estaba restaurado, el fuego de la gran chimenea, ubicada en el centro de una pared, proporcionaba a la estancia un ambiente agradable y cálido. En la zona opuesta se encontraba una pequeña barra de bar con sus correspondientes taburetes. Entre la barra y la chimenea se habían colocado tres mesas redondas con cuatro sillas.

Mientras Cloe se quitaba el abrigo y lo dejaba sobre el respaldo de una silla, apareció por la puerta, que conectaba el bar y la vivienda, un Papá Noel que se detuvo en seco cuando la vio. Las miradas se cruzaron y, pesar de que el Papá Noel llevaba barba y peluca blancas, fue evidente el sonrojo del personaje. Cloe hubiera estallado en carcajadas, pero la timidez, una cualidad algo rara en ella, ganó la partida.

—Hola, buenos días —habló la chica.

El Papá Noel no le devolvió el saludo, la miraba impresionado, con los ojos abiertos como ensaladeras, y todavía se apreciaba su rostro enrojecido, que no menguaba su color, si acaso se hacía más intenso a cada minuto. Cloe no entendía el motivo, aunque tampoco le preguntaría. Carraspeó y preguntó:

—¿Es usted quien atiende el bar?

El personaje navideño asintió con la cabeza, pero inmediatamente después negó con efusividad. La mujer se encogió de hombros y sacó conclusiones.

—¿Es usted mudo? —preguntó Cloe. Él negó de nuevo con la cabeza y ella empezó a preocuparse—. ¿Se encuentra bien, señor? —El aludido asintió y la muchacha se tranquilizó—. ¿Conoce a Paul y Francis?

—¡Claro que conoce a Paul y Francis! —dijo un tipo alto, de ojos azules y cabello castaño que apareció tras el Papá Noel, enseguida Cloe supo que ese par eran los gemelos, no solo por lo evidente, sino porque el chulito seguía siendo un guapetón de armas tomar—. Él es Paul y yo Francis. ¿Y qué hace una hermosa mujer perdida en el culo del mundo? —Guardó silencio, entrecerró los ojos y puso cara de estar pensando—. Tengo la impresión de conocerte, pero no consigo ubicarte.

—Es Cloe, ¿te acuerdas de ella?

¡Por fin el Papá Noel había abierto la boca! Cloe se sintió complacida de que el sabiondo, su primer amor platónico, la reconociera.

—¡Cloe, qué alegría verte! —estalló de alegría Francis, la miró de arriba abajo y rio—. ¡Cómo no me voy a acordar de la estrafalaria Cloe! —Se acercó a ella y la abrazó—. ¿Y qué haces por aquí?

—Me apetecía dar una vuelta.

—Ya has visto que sigue todo igual de muerto.

—Pero el bar sigue abierto, es una buena señal.

—Hay días que no tenemos ni un cliente, está abierto porque así mi padre está entretenido. Hemos venido a pasar las Navidades con la familia.

Francis seguía igual de seductor que de niño. En cambio, a su hermano gemelo la timidez no lo había abandonado. Estaba de pie, mirándolos alternativamente, como si estuviera en un partido de tenis.

—¿No me vas a decir nada? —preguntó Cloe mirando a Paul—. ¡Sigues siendo una persona de pocas palabras! —soltó con humor.

—Va al hospital a llevarle regalos a los niños de la ciudad que hay a treinta kilómetros, cada año se ofrece voluntario —explicó Francis, se acercó a su hermano y deslizó su brazo por sus hombros—. Ahora que tienes a Cloe aquí delante podrías decirle lo que no te atreviste cuando se marchó.

—¡Cállate, idiota! —dijo Paul.

—Estuvo años maldiciéndose por no haber ido a despedirse de ti, la noche antes de tu partida estuvo cargándose de valor para pedirte que te casaras con él.

Esta vez fue Cloe la que se quedó roja como un tomate. Abrió los ojos de sorpresa.

—¿En serio? —logró vocalizar la chica.

—¡Claro que sí!

—¿Quieres callarte? ¡Me lo ha preguntado a mí! —interrumpió Paul.

—¡Entonces, contesta, pedazo memo, que la tienes aquí delante, no desaproveches la ocasión!

Paul miró a Cloe, y le dijo:

—Éramos unos niños, pero me gustabas, me gustaban tus coloridos vestidos raros que obligabas a tu madre a coserte.

—Y a mí me gustaban tus gafas negras, a pesar de ser horribles.

—Me gustaba tu manera divertida de ver el mundo.

—Y a mí me gustaban las palabras raras que utilizabas, bueno, cuando hablabas, que eso no ocurría mucho.

Todos estallaron a carcajadas. Algo pasó en aquel pequeño bar; Cloe sintió la presencia de la Navidad cerca de ella, además notaba cómo un hilo seguía tirando de ella, esta vez hacia Paul.

—¿Por qué no me acompañas al hospital y me ayudas con los regalos? —le pidió Paul.

—Puedes hacer de elfa, esos zapatos y esa ropa tan rara que llevas hacen el pego perfectamente —dijo Francis.

—¡Cállate! —dijeron al unísono la pareja.

Paul y Cloe fueron al hospital, disfrutaron como niños, no solo ese día, sino el siguiente, y el otro, y el siguiente... El tiempo fue pasando y pasó un año, y dos, y Paul y Cloe se casaron. Y el día de Navidad de ese año fueron papás de una hermosa niña.

Navidad... la época más mágica del año donde todos los milagros son posibles.

Si quieres saber más de Cloe, Margot y Bruno, lee *Última Navidad en París*.

<https://www.megustaleer.com/autor/encarna-magn/0000104257>

<https://encarnamagin.blogspot.com>

Lo que esconde un beso

Eneida Wolf

Una embriaguez general parecía haberse apoderado de aquella ciudad. Los jolgorios hasta el atardecer presagiaban mañanas risueñas propias del ambiente festivo de la Navidad. Las farolas de gas que iluminaban de forma tenue las calles parecían resplandecer bajo un frío de mil demonios.

Una mujer ataviada con un abrigo de lana oscura hasta los pies alzó las manos para dejar el aliento en ellas, quizás para evitar la congelación absoluta. Su ausencia de guantes, pese al gesto aristocrático de su mentón, era una de sus múltiples contradicciones que a simple vista presentaba.

A las puertas de Hyde Park, el aire era menos insalubre. Mientras esperaba, alzó la vista hacia los esqueléticos árboles, cuyas últimas trazas de ocre y naranja de las hojas estaban a punto de desprenderse.

—Vas a congelarte —susurró alguien a su lado.

Lilian giró la cara para verlo, aunque ya había reconocido la voz.

—Me gusta ver el parque a estas horas, tan oscuro como la boca de un lobo —confesó.

—Y todavía más peligroso.

—Y emocionante. No me culpes, Gratz, la espera se me está haciendo eterna.

Él sonrió, llevó la mano hasta su espalda y la acercó un poco a su cuerpo.

—A mí también. Tengo noticias, por cierto.

Ella dio un respingo, abriendo los ojos de manera exagerada. Esos ojos dispares, uno verde y otro azul, que tanto le gustaba observar.

—¿Buenas o malas? —no tardó en preguntar.

—Creo que buenas. Vamos a casa y te cuento.

Sus ojos siempre le parecían comunicar una soledad y pesadumbre que le encogían el alma y lo ligaban a ella con un hilo invisible.

Antes de su llegada, su espíritu concebía vagas esperanzas, casi todas ellas dirigidas a una idea que ya en ese día tenía del todo apartada y superada: la venganza.

—Vamos —susurró ella, buscando su mano.

Pese a haber tenido otras veces anteriores su mano al alcance, incluso haber posado en esos immaculados labios los suyos, no pudo, sin embargo, evitar una violenta palpación al rozar la

piel suave y fría.

Recorrieron un par de calles hasta llegar al edificio en cuestión. El alquiler era bajo, pues la zona estaba llena de establecimientos de mala vida, baratos y malolientes.

Subieron las escaleras con cuidado de no tropezar con los peldaños corroídos y faltos de trozos de madera, hasta llegar a la puerta.

—Tienes hollín en el pelo —dijo antes de abrirla, haciéndola pasar primero.

—He estado toda la tarde junto al fuego. Pronto voy a aprender a cocinar —susurró con algo de orgullo.

Gratz se deshizo de su abrigo, viendo cómo ella hacía lo propio. El vestido de lana austero no era digno de una dama, y eso le hizo recordar que Lilian no tenía sus orígenes humildes; ella era una verdadera señorita y estaba viviendo como una criada. La sensación de querer protegerla de todo, de sacarla de allí y llevarla muy lejos se le antojó como una verdadera necesidad, pero se contuvo apretando los puños.

—No tienes que aprender nada. Pronto saldremos de aquí, he hablado con un amigo, es de confianza. Trabaja en la calle Bow.

—¿Estás seguro? Gratz, si alguien supiera... —empezó a advertirle.

—No soy el primero que finge su propia muerte, así que por eso no te preocupes. Me ha dicho que me han identificado; es oficial, Matthew Marsden ha fallecido. Lo enterrarán en una fosa común.

Lilian asintió y fue hasta donde se situaba el sillón frente a la chimenea, en el que él estaba sentado.

—Es una buena noticia. Gratz —susurró con voz melosa—, pronto lo lograremos, y entonces iremos a América —dijo, sentándose en su regazo.

Lilian era una de esas mujeres que abundaban poco, víctimas siempre de su propia perfección y de su ternura inextinguible. Pero él no. Él era un simple bastardo cuyo crimen lo perseguiría hasta el final de sus días.

—Lilian... —rogó con la voz rota cuando ella dejó un beso en su mejilla.

No apartó los labios, sino que dejó que vagasen en su rostro cubriéndolo de besos húmedos y recreados en el más absoluto silencio, tan despacio que creía morir entre uno y otro. Una vez que sus ojos permitieron el acceso a su alma, en la que los sentimientos son infinitos, en la que todo es bueno y bello y brillante, ya no pudieron fijarse en nada más.

—Dime —respondió ella con un hilo de voz, sumida en el vaivén que su cuerpo provocaba y las sensaciones que eso dejaba.

—No hagas eso —rogó, incapaz de apartarse.

—¿El qué?

—Tocarme de esa manera. No soy de piedra, ratoncita.

No lo era. Pese al autocontrol que tenía en todo momento, esos gestos insignificantes de tocarle el brazo, rozarle la cara o cogerle de la mano eran objeto de combustión instantánea.

—Hoy es Nochebuena y mañana... es el día de Navidad, ¿lo sabías? —dijo de forma elocuente.

—Vivo casi encerrado en este sitio, pero sé qué día es —protestó con calma, pensando por dónde venían los tiros.

La barba de tres días le parecía poco, acostumbrado a llevarla mucho más espesa. Pero lo que sí echaba de menos era poder caminar por la ciudad sin miedo a ser reconocido. Sin embargo, tenerla a ella a su lado lo compensaba todo con creces.

—No creo que sea malo pedir un regalo.

—¿Quieres un regalo de Navidad? —repitió alzando una ceja.

Los únicos que él había tenido habían sido cuando su madre todavía vivía. No eran gran cosa, unos dulces, un tirachinas o algún juguete de madera.

—Sí. Nunca he tenido uno, así que me ha parecido una buena idea seguir con eso de las primeras veces contigo —musitó, pareciendo algo ebria.

La imagen de Lilian niña detrás de aquella ventana, sola y abandonada, lo perseguía de forma habitual. Era inútil fustigarse ahora que lo sabía, pues para aquel entonces él era también solo un niño, solo que al otro lado de la ventana, ignorando su tristeza y soledad.

—¿Hay algo en especial que desees? Si no, puedo improvisar —respondió, decidido a darle aquel capricho, por muy insignificante que fuera.

—Lo hay. Es un deseo recurrente, no puedo dejar de pensar en eso, día y noche. —Delineó sus labios con el dedo índice ante la atenta mirada de Gratz—. ¿Me darás un beso?

La visión se le emborronó al escuchar su deseo. También era el suyo, noche y día. Desde que la había besado por primera vez que no podía dejar de pensar en ello. Pero no era solo eso, porque con su espíritu generoso y su talante amable y cariñoso se había ganado su corazón.

Pero no la merecía. Nunca lo haría.

—Mis besos son veneno, ratoncita. Cuanto más bebas de ellos, más daño te harán —le advirtió, jugando con uno de sus rizos dorados salientes del moño medio deshecho.

—Creo que me has subestimado siempre —dijo con seguridad—. Y te has infravalorado. Aunque no quiero discutir eso ahora, porque he hecho *pudding* y vamos a comérselo. Y mañana... voy a querer mi regalo.

—¿Mañana? —cuestionó, no queriendo esperar tanto.

La había visto adoptar tantos matices que le fue imposible sentar acerca de ella un juicio cierto y exacto de lo que le pasaba por la cabeza. ¿Acaso quería torturarle? ¿O más bien impacientarle? En un caso o en otro, lo había logrado con creces.

—No pareces entusiasmado con ello. Sí, mañana, así me dará tiempo a rebanarme los sesos acerca de lo que yo puedo hacer por ti, es decir, tu regalo —explicó con cautela sin apartarse de encima.

No movió ni un músculo de su cara, pero supo que los ojos le brillaban, porque al espíritu no se le engaña, no se puede disimular la dicha suprema ni el repiqueteo del corazón al saberse querido.

—Ya tengo mi regalo, ratoncita.

Le cubrió la boca con la suya de un momento a otro. En un parpadeo estaba besándola apasionada y lentamente, sus labios obtuvieron de ella una reacción antes de que, impotente, pudiera pensar siquiera en lo que estaba haciendo.

Escuchaba los suspiros de Lilian al rozarle la lengua, al sujetar sus caderas manteniéndola lo más quieta posible, al morderle el labio inferior profiriéndole un gozo antes nunca sentido. Le siguió dando más y más besos, sin quedarse solo con uno como ella le había pedido, de modo que el siguiente empezaba antes de que el último hubiese terminado del todo.

Ambos estaban casi sin aliento y, aun así, no querían que aquello terminase. Ella lo agarró por la nuca y, rindiéndose a sus instintos, empezó a moverse lentamente rozándose con su cuerpo.

Aquello estaba siendo insoportable.

—Feliz Navidad, ratoncita —susurró al detenerse.

—Feliz Navidad, Gratz.

Era hora de parar.

Gratz y Lilian son personajes secundarios del libro *Una alianza lujuriosa*, el segundo de la serie *Idilios de temporada* que será publicado el año que viene.

<https://www.megustaleer.com/autor/eneida-wolf/0000958208/>

Evangeline

Fabiola Arellano

Inda se preparaba para salir de la oficina; una vez más se le había hecho tarde. Siempre se enfrascaba en el trabajo al grado de no darse cuenta ni de la hora, pero con un jefe tan temperamental y exigente, no le gustaba marcharse sin terminar con todos los pendientes.

Estaba tan acostumbrada a quedarse sola después de la hora de salida que casi muere del susto cuando su amiga Laura apareció.

—¡Dios! ¡Qué susto me diste! —Se llevó la mano al pecho.

—Eso te pasa por andar merodeando como fantasma por los pasillos.

—Lo sé, pero no quise dejar pendientes antes de marcharme.

—¿Entonces es definitivo?

—Sí. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí? Deberías estar en la fiesta con tu nueva cita.

—El muy cretino me ha cancelado, en fin, él se lo pierde. Así que he venido a para que salgas.

—Me encantaría, pero...

—Antes de que comiences a inventar excusas, te advierto que no aceptaré un «no» por respuesta, esta noche no, ¿comprendido?

—Fuerte y claro, sin embargo, no estás tomando en cuenta varios factores: en mi guardarropa no hay nada decente para salir, no tengo zapatos adecuados y lo más importante: la vida nocturna y yo no nos llevamos bien.

—Lo único que sé es que necesitas salir y recordar que tu Evangeline no es la única estrella en el firmamento.

Un chiste local entre las dos era referirse a Inda como Ray, la luciérnaga de la película de Disney, *La princesa y el sapo*, en la cual el tierno animalito vivía enamorado de una lejana y brillante estrella a la que él llama Evangeline; de ahí el mote con el cual se referían a Justin Novak, el presidente de la compañía y amor platónico de la chica.

Mientras protestaba, las amigas se dirigieron al ascensor, el cual, al abrir sus puertas, reveló la imagen del susodicho devorando los pechos al aire de una espectacular rubia enfundada en un mini vestido.

—¡Ay, perdón! —atinó a decir Laura.

Inda se quedó paralizada, aunque sabía de las correrías de su jefe, verlo en plena acción era

demasiado para su enamorado corazón.

—¡Me aseguraste que no habría nadie! —protestó la rubia al tiempo que cubría sus senos.

—No contaba con que la eficiente de mi secretaria permanecería aquí pudiendo divertirse en la costosa fiesta que la compañía celebra cada año *para sus empleados* —recalcó eso último—. Señorita González, debería, por al menos una vez, soltarse el pelo y disfrutar de la vida, ¡por Dios, es Navidad!

—Sí, querida, que para el papel de solterona te queda lo que resta de existencia. —se mofó la rubia, la recorrió con desprecio de arriba abajo, tomó el brazo de su hombre y lo arrastró con ella al fondo del pasillo.

—Esa... es una... —comenzó Laura—, solo porque es la hija de uno de los accionistas se cree dueña del mundo.

—Laura, los ricos son dueños del mundo —aseguró Inda por fin.

—Lo siento tanto...

—No lo sientas, saldré de esto. ¿Sabes qué es lo que más me duele? Que la oxigenada tiene razón.

—No digas eso.

—Es la verdad.

—¡Claro que no lo es! Vamos a ir a mi casa y regresaremos, quizá no a tiempo para la cena, pero sí al baile. Esta noche, todos van a saber quién es Inda González.

—No lo sé.

—Nada, te vienes conmigo y punto. —Sin esperar respuesta, la jaló dentro del ascensor.

Las luces y el decorado con motivos navideños del salón para eventos de la empresa estaban de ensueño.

—Laura, no puedo. —Inda se detuvo a la entrada—. Agradezco tus buenas intenciones, pero un bonito vestido y un par de tacones no hacen la diferencia; sigo siendo yo.

—Estás bellísima.

—Eso dices porque eres mi amiga, pero...

—Nada, mírate al espejo.

Antes de salir, Laura no le había permitido verse, así que no tenía idea de su aspecto con el peinado y maquillaje.

Temerosa de lo que pudiera descubrir, vaciló unos segundos, respiró hondo y giró hasta quedar de frente al espejo del vestíbulo.

—No... no puedo ser yo... —Tocó su cara para cerciorarse de que el reflejo era real.

—¿Inda?

Volvió para encontrarse de frente con Javier, un chico de contabilidad al que ella (antes de que Justin regresara del extranjero para hacerse cargo de la empresa) adoraba y que, por supuesto, nunca la miró dos veces.

—Hola —contestó tímida.

—¡Estás espectacular!

—¿Verdad que sí? —intervino Laura, la tomó del brazo y comenzó a avanzar—. Lo sentimos, pero ya llegamos tarde y están esperándonos.

A una distancia prudente, Inda cuestionó:

—¿Qué no se supone que...?

—Sí, pero no con ese. Amiga, no vas a salir de *guatemala* para irte a *guatepior*. —Paró al mesero que pasaba junto a ellas y tomó un par de copas con champaña—. Por los nuevos comienzos.

—Por los nuevos comienzos —repitió Inda en automático.

—¿Me concedería esta pieza? —preguntó un hombre que ella sabía que trabajaba en compras, pero del cual no conocía ni su nombre.

—Lo siento...

Antes de poder negarse, se encontraba dando vueltas por la pista al ritmo de un vals. Y de ese caballero siguió otro y otro.

—¿Eres nueva? Una chica tan linda nunca podría pasar desapercibida.

Inda se burló de lo irónico de la situación. Ese era el... ¿qué número? Había perdido la cuenta de cuántos arrogantes le habían dicho lo mismo. Prefirió dejarlos en su error y limitarse a bailar.

—¡Vaya! Creo que ahora, en lugar de Ray, te llamaré Eva —murmuró Laura al tiempo que Justin comenzaba el tradicional sermón antes de proceder a premiar a los mejores empleados del año.

—¿Eva?

—Sí, por aquello de la manzana de la discordia. Hay que ver cómo te mira esta sarta de buitres... Lo confieso, tengo envidia.

—¿Señorita Gonzáles? —repitió Justin desde el estrado.

Las chicas estaban sumidas en su charla que ni se percataron cuando él la nombró la primera vez.

—¿Es a mí?

—Creo que sí, a menos que haya otra señorita Gonzáles de presidencia. Anda, sube por tu premio —la animó Laura.

—Por supuesto que no está —comentó Justin como si fuera algo obvio—, demos paso al siguiente...

—¡Aquí estoy!

Con paso tembloroso, Inda no supo cómo se las arregló para soportar ser el centro de atención, atravesar la sala y tomar su reconocimiento, así como el respectivo cheque por el bono.

La cara de estupefacción de su jefe fue todo un poema. Con más confianza en sí misma, bajó del escenario y regresó a con su amiga.

—¡Felicidades! ¿Qué harás con tanto dinero? —preguntó Laura—. ¿Ir a Dubái para conocer a un guapo millonario?

—Para eso no necesita ir tan lejos —interrumpió Justin, que de pronto estaba junto a ellas—. ¿Me concedería el siguiente baile?

Inda lo miró pasmada; de todos los caballeros dispuestos a bailar, jamás esperó a ese.

—Claro que acepta. —La empujó Laura al notar su falta de reacción.

Inda esperaba que, al terminar la pieza, él se apartara para seguir camino, sin embargo, lejos de marcharse, la llevó consigo a la barra de bebidas y la invitó a tomar asiento en uno de los altos taburetes.

—Inda, Inda... —Soltó el aire—. ¿Por qué?

—Por qué, ¿qué?

—¿Por qué escondes todo eso que Dios te dio? Y no creas que soy el único que lo ha notado. Esa sarta de cuervos solo espera el momento para comerte viva. —Al decir la palabra «comerte», le dedicó una mirada muy significativa, la cual causó en ella grandes estragos.

—Yo... —Bajó la cabeza.

—Siempre me ha gustado ese aire inocente que tienes. —Le alzó la barbilla para mirarla a los ojos—. Si el lunes te presentas con tus antiguas ropas, juro que te montaré en mis rodillas y te azotaré el trasero.

Inda no quiso aclararle que ese había sido su último día, pues el contrato había finalizado y él no se molestó en renovarlo, y, en base a sus antecedentes de cambiar de secretaria como de calcetines, los de RRHH dieron por hecho que no deseaba conservarla, por ello, esa misma tarde le habían dado su finiquito conforme a la ley.

Durante los siguientes minutos, Justin se dedicó a coquetear con ella de forma descarada. Inda no era de aventuras, ni provisionales, de oficina u ocasionales, sin embargo, esa noche, con él, se permitió, como bien le aconsejó la rubia, soltarse el pelo, por lo que no puso objeción alguna cuando él la llevó a los ascensores y de allí al privado de presidencia.

«Por fin nos conocemos», dijo al sofá, el cual miles de veces formó parte de la fantasía en la que su jefe la hacía tocar el cielo.

Y, en efecto, Justin no solo la llevó a los cielos, sino también al escritorio, el archivero, la silla presidencial y toda cuanta superficie se interpusiera en su camino.

—¡Dios, mujer! Por algo dicen que bajo las ropas más recataditas se esconde el diablo. Eres increíble, Inda. No solo hermosa, sino que me has dado el mejor sexo de mi vida.

—Gracias por esta noche tan maravillosa. Para mí también ha sido especial. —Se levantó con la intención de vestirse y luego decir adiós, pero él se lo impidió.

—Todavía no termino contigo, Inda —susurró en su oído antes de volverla loca de placer, una vez más.

Un mes después, Inda preparaba la cena en casa de su madre, la cual había salido al súper con los niños.

No se arrepentía de nada de lo pasado aquella lejana noche de Navidad, cuando no solo le

entregó a Justin su inocencia y el cuerpo, sino, también, el alma.

Cuando sonó el timbre, pensó que se trataba de su madre y compañía, que, como siempre, había olvidado las llaves; tremenda fue su sorpresa al encontrarse de frente con su Evangeline.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me encontraste?

—Confieso que no fue fácil, pero todo vale con tal de reunirme con mi Ray.

—¿Qué?

—En la película, Ray tiene que morir para reunirse con su amor; en mi versión, Evangeline es más práctica y prefiere dar el primer paso. ¿Ya viste dónde estamos parados? La tradición dicta que...

Inda no esperó más y se lanzó a sus labios, pues el muérdago solo era el pretexto para hacer lo que ambos deseaban.

Inda y Justin son personajes secundarios de la novela *Te voy a olvidar*.

<https://www.megustaleer.com/autor/fabiola-arellano/0000954929/>

Besos de verdad

Francine JC

Otro año más las fechas navideñas se acercan y todo el mundo comienza a recorrer los negocios buscando el regalo perfecto para sus seres queridos. Hasta hace muy poco, esta época me entristecía, no tenía a nadie con quién pasarla. Pero un ángel se cruzó en mi vida y me dio una segunda oportunidad. Ella no me ignoró, me miró a los ojos y vio la persona que había en mí. No se quedó con esa primera impresión de la que cualquier otra jovencita hubiera salido huyendo, aunque mi aspecto no era para menos. Tenía las manos y uñas ennegrecidas, me faltaban casi todas las piezas dentales, mi pelo ralo y mal cortado estaba casi siempre sucio y sin peinar... Era, como ya os habréis imaginado, un sin techo.

Me casé joven, era abogado, tenía un buen sueldo, incluso tuve un par de maravillosos hijos. Todo era perfecto hasta que me separé. Me vine abajo y me dio por beber. Acabé arruinado, sin trabajo, con una orden de alejamiento y en la calle. Fue muy duro. Con el tiempo ya me había resignado a pasar lo que me quedara de vida así, malviviendo, de un lado para otro y sin tener un hogar al que ir a refugiarme al terminar el día. Dicen que uno acaba por acostumbrarse a todo, aunque no es verdad. Acabas por normalizarlo, pero no es que adquieras el hábito, es que no te queda otra salida. Una vez que tocas fondo es muy difícil volver a remontar y tomar las riendas. No es solo cuestión de voluntad, la sociedad te aparta, te anula y, si pudiera, acabaría contigo como un vulgar gusano antes que tenderte una mano.

Por suerte para mí, un día me topé con Gina. Era una chica bastante alocada y, para qué negarlo, mentirosa, que acababa de huir de casa de sus padres, ¡y como para no hacerlo! Los negocios de su padre no eran nada lícitos, y sabedora de dónde provenía todo el dinero del que disfrutaba, decidió irse a Madrid en busca de un destino del cual sentirse orgullosa. ¡Vaya que si lo consiguió! Aprendió a marchas forzadas y se labró un buen futuro. Ella tuvo una idea, un gran proyecto con el que podría ayudar a muchas de esas personas vulnerables que deambulan por las calles. Aquí es donde entro yo. Me incorporó en su plan de reinserción y formé parte del equipo. Al ver que alguien volvía a confiar en mí, salí del pozo en el que me había metido y reanudé mi vida más fuerte que nunca.

Ya no me llaman «el Juanillo», me dicen «don Juan» o «Juan», a secas. Ahora soy un hombre integrado en la sociedad, que disfruta del día a día, y me siento orgulloso de mí mismo. Incluso

soy una de esas personas que se afana por encontrar los regalos navideños para sus seres queridos. La única pega que podría poner en esta nueva etapa es que me siento un poco solo. Estoy en esa edad que ni eres viejo ni joven, sin contar con que llevo una pesada carga a mis espaldas. ¿Quién querría tener una relación con un hombre que hasta hace poco era un vagabundo?

—¡Buenos días, Juan! —me saluda Gina nada más entrar en la oficina.

Siempre me dedica la mejor de sus sonrisas. Ella está tan orgullosa de mí que por nada del mundo la defraudaría.

—Muy buenos días, jefa. ¿Qué tenemos para hoy? —Beso su mejilla como cada mañana. Para mí es como una hija.

—Nos llegan los expedientes hasta el techo. Espero que tú puedas con todo porque Luisa está enferma y no va a poder venir —resopla tan fuerte que el flequillo le ondea en la frente—. Voy a tener que ayudar a la trabajadora social nueva, no conoce el procedimiento y no quiero que se asuste y se marche. Tengo que revisar unos informes que me acaban de llegar del ayuntamiento y entregarlos antes de las doce del mediodía. Si seguimos así, tendremos que ampliar de nuevo la plantilla, ¡no damos abasto! Ni siquiera con todos los voluntarios que voy reclutando.

—¿No van a venir Sara y Jess?

—Sara sí, pero Jess no puede, su hija está resfriada y tiene fiebre. Ahora que empieza a hacer frío es normal que se enferme siendo tan pequeña.

—¡Buenos días! —aparece por la puerta Laura, la mejor amiga de Gina.

—¡Oh, Dios mío! —Gina corre hasta su lado y la abraza con dificultad. Está embarazadísima—. Si no estuviera tan necesitada de ayuda, te mandaría para casa. Parece que vas a explotar en cualquier momento. ¿Cómo está mi sobrinito? —le acaricia la prominente tripa.

—¡Quita del medio y dime por dónde empiezo! —dice con su habitual mal genio—. Si me quedo en casa sí que voy a reventar, pero de tanto comer. Tengo hambre a todas horas... —lloriquea—. Además, traigo a otra persona de apoyo. Julia está de vacaciones y me ha pedido venir para echar un cable. Aunque todos sabemos de buena tinta que lo que quiere es cotillear. —Gina y Laura se sonríen con complicidad.

—Bien, ¿y dónde está esa tal Julia? —pregunto con interés. Puede que me sea de utilidad.

—Me dejó en la puerta para que no tuviera que andar demasiado. En cuanto aparque el coche vendrá —me informa Laura.

En ese momento, la puerta se abre de nuevo y miro hacia allí. Al hacer contacto visual con la mujer que está entrando, el corazón me da un vuelco. No es muy alta, de piel dorada, me recuerda al color de la canela. Observa con curiosidad cada rincón, como si no se quisiera perder ningún detalle, hasta que alza la vista, repara en mí y detiene su avance. A mí me dan ganas de correr hasta su lado para conocerla, pero me contengo. Si hiciera algo así, seguro que saldría corriendo como alma que lleva el diablo.

—Bienvenida, Julia —es Gina la que la saluda y le da un par de besos.

¡Yo también quiero besarla! ¿¡Qué me pasa!?! No la conozco de nada. Mi corazón late como si

fuera un potrillo desbocado. Las manos me sudan y hasta tengo un ligero temblor en las piernas. Ni siquiera soy capaz de articular palabra y decirle un simple «hola». De hecho, me la presentan y solo asiento con la cabeza. No me atrevo a darle la mano y que note que está húmeda.

Apenas entiendo lo que Gina me dice que haga. Los latidos retumban en mis oídos y no logro concentrarme. Hasta que no chasquea los dedos ante mi cara, no logro salir del trance en el que me he metido.

—¿Te encuentras bien? —suelta con una sonrisa burlona.

—¡Estupendamente! —respondo en tono hosco. No era esa mi intención, pero es que me ha salido así.

—Entonces ya podéis empezar. —Empuja a esa preciosa mujer hacia mí—. Julia está muy cualificada, estoy segura de que te será de utilidad.

Gina y Laura se van y nos dejan a solas. Julia me observa sin saber qué hacer y me obsequia con una tímida sonrisa. Me derrito al verla. Es tan dulce...

—¿Por dónde empezamos? —me pregunta.

—No lo sé —le digo sin pensar. Aunque reacciono al instante al ver cómo frunce el ceño—. ¡Disculpa! —carraspeo—. Ven por aquí.

Voy hacia mi mesa y ella me sigue. Le ofrezco una silla y le indico qué puede hacer. En seguida lo entiende todo y se pone a trabajar. No solo es bonita, además es inteligente. Es demasiado para mí, una mujer como Julia jamás se fijaría en un hombre como yo.

La mañana pasa volando, hay muchos expedientes pendientes y casi no puedo levantar la cabeza de los papeles. Sin embargo, lo hago de vez en cuando para echarle una miradita a mi nueva compañera. A las dos, Gina nos invita a todos a comer y por la tarde continuamos hasta las cinco. No me puedo creer que la jornada se acabe y todavía no haya sido capaz de entablar una conversación con ella.

Ya estamos en la puerta, toca despedirse y estoy desesperado por decirle algo.

—¿Volverás mañana? —le suelto de sopetón.

—Creo que sí. ¿Te gustaría? —Me regala otra de sus sonrisas.

—Me haría muy feliz —digo con mucha seriedad. A ella le hace gracia y rompe a reír.

—Ya veo. —Menea la cabeza y se da la vuelta para marcharse.

Me quedo plantado, viendo cómo se aleja. Hasta que se para y se vuelve hacia mí.

—¿Quieres venir conmigo a tomar un café?

Cuando oigo esa pregunta, casi doy un grito de alegría. Corro hacia ella y me pongo a su lado.

—Nada me haría más feliz. —El entusiasmo rezuma por mis poros. Julia suelta una carcajada y me agarra el brazo.

Pero quiero empezar bien con ella y tengo que ser sincero antes de que la defraude.

—Antes formaba parte del proyecto de Gina. No tenía hogar y era un alcohólico. —Quiero mirarla a los ojos, pero la vergüenza no me deja.

Noto como sus dulces manos me alzan el rostro y me encuentro con sus lindos ojos castaños

mirándome con cariño.

—Yo pesaba más de cien kilos. Me abandoné por completo y no deseaba vivir. Un día me ayudó una amiga y decidí operarme. Ahora soy una persona nueva, ¡y más ligera! Así que, yo no te tentaré con las bebidas y tú no lo harás con los dulces, ¿te parece bien?

En un arrebato, me agacho y beso esos carnosos labios que me sonríen. Me saben a gloria, sin temor, sinceros, de verdad. Después, la tomo de la mano y comenzamos a andar. Con las mejillas arreboladas por la pasión mostrada, caminamos entre la multitud mientras la alegre música navideña que sale de los comercios nos envuelve y nos llena de esperanza. Ahora sí, estas fiestas junto a Julia van a ser perfectas.

Los personajes pertenecen a la novela *Besos a una mentirosa*, segunda entrega de la serie *Besos y más besos*.

<https://www.megustaleer.com/autor/francine-jc/0000956114/>

Un milagro navideño

Karen Delorbe

—**A**mo la Navidad —dije encendiendo el estéreo del coche. Me puse a cantar a los cuatro vientos mientras conducía.

Lena bajó el volumen de la música navideña.

—Amas los regalos. Estoy segura de que este año recibirás uno bien grandote —comentó en tono lujurioso.

—Pues a mí me da la sensación de que tu novio te dará una sorpresa.

—Mientras no se cubra de purpurina rosa y salga en taparrabos del interior de un pastel como en mi cumpleaños, lo acepto. Berto mató del susto a mis padres. Pensaron que era un loco que se había escapado de algún sanatorio de salud mental.

Me hubiese gustado que Gabriel me diera ese regalo. Hubiera grabado cada detalle en mi mente y en mi celular para recurrir a él en momentos de escasez y necesidad. Nos bajamos del auto y entramos a la tienda donde yo planeaba comprar mi vestido para la cena de Navidad que ofrecería mi refinado escritor. Me había dicho que sería impresionante. Así quería lucir yo para él.

Lena no tardó en soltar uno de sus optimistas comentarios:

—Con el precio de este vestido, podría irme a las Bahamas con un *taxiboy*.

Revisé la etiqueta. Tenía razón. Era mucho dinero para un vestido que usaría una sola noche. Lo mejor sería que invirtiera mis ahorros en un regalo que dejara a Gabe con la boca abierta. Salí de la tienda con las manos vacías, pero con una idea genial: le pediría ayuda a mi mejor amigo, Berto Bertolucci.

—¡Yo te confeccionaré el vestido, bella damisela en apuros! —exclamó esa noche haciéndose el heroico.

Tomó una servilleta y un lápiz, y se sentó a dibujar.

—¿Te gustan los moños? —preguntó.

—Sí, supongo.

—¿Y el brillo? ¿Te gusta el brillo?

—¿A quién no? —contesté.

—¿Tu color favorito?

—Fucsia.

—¿Qué opinas de los olanes?

—Me agradan.

La lengüita del hombre asomaba por un costado de su apretada boca. Su mano peluda bailaba sobre el papel con una destreza que no habían conocido ni los pies de John Travolta. Dudé de que él hiciera un buen trabajo, porque el hombre no era modisto ni diseñador. Era un *taxiboy* entrado en carnes, estilista de bigotes y guardaespaldas sin entrenamiento que trabajaba como camarero en patines con moñito y mini *shorts*. Además, solía presumir de su ridículo bigote negro, que parecía pintado. «¿Será real?», me pregunté. Me estiré para tocarlo. Ese bigote provocaba un efecto hipnótico.

Berto dejó de dibujar y me miró con una seriedad inusitada.

—No te atrevas a tocar a don mostacho, Gina *bella*. Advertida quedas.

No sabía que hablaba en serio, así que no hice caso y se lo toqué. Él se quedó de piedra. Yo también. El bigote... ese bigote tan negro y seductor se había quedado adherido a mi dedo.

—¿Qué diablos es esto? —pregunté intentando despegarlo. Esa cosa parecía alquitrán.

Mi amigo gritó con los ojos llenos de lágrimas:

—¡No te muevas! Me lo vas a arrancar. Te dije que no lo tocaras.

—¿Acaso crees que me quedaré con el dedo pegado a tu bigote para siempre?

—¡Me lo vas a arrancar! —repitió—. Mejor córtate el dedo con ese cuchillo de pan.

—Tranquilo, sé lo que hago. No te muevas —le pedí, absolutamente concentrada en el procedimiento extirpatorio.

Él se tapó los ojos y rezó un padrenuestro. Pobre alma. Yo, en cambio, me puse a cantar un villancico para invocar al espíritu de la Navidad, porque necesitábamos un milagro.

—Todo saldrá bien —aseguré—. A la cuenta de tres quitaré el dedo. Uno, dos, ¡tres!

No estuve del todo acertada con aquel estratégico movimiento, debo decir.

Berto acabó pintándose con mi delineador negro la mitad del bigote que le arranqué, y que seguía adherido en mi dedo como babosa peluda. Le ofrecí arreglarle la cara, pero no le pareció buena idea que yo volviera a tocarlo después de haberlo mutilado de manera tan horrible.

—Quedé desfigurado —se quejó ante el espejo del baño del restaurante.

—¿Por qué no te afeitaste en vez de pintarte el resto del bigote? Ahora pareces una caricatura.

—Porque sin él soy solo un hombre, *principessa*. —Lo acarició con amor—. Pronto volverás a crecer, mi amadísimo, y seremos más fuertes que nunca.

Me alejé despacio.

—¿Vas a querer tu vestido? —preguntó antes de que me fuera.

—Para el viernes.

Esperaba que no me hiciera quedar como un monigote. Mi Gabe moriría de vergüenza si yo aparecía con un vestido ridículo a la cena de Navidad. No sabía a quiénes habría invitado, pero seguro que era gente fina, de esa que pedía langosta cada vez que iba a comer a un restaurante. No

como yo, que me llenaba la cartera con sobrecitos de sal y azúcar, para ahorrar, y que a veces robaba el pan de la mesa de al lado.

—Oye, corazoncito mío... —dije cuando Gabe entró al departamento cargando unas bolsas con la compra.

—¿Qué rompiste y cuánto va a costarme? —contestó todo serio levantando la ceja izquierda, lo que le confería una apariencia de lord inglés. Le faltaba pararse como Darcy y eran dos gotas de agua. Reprimí mis deseos violadores.

—¿Qué tan caro es tu coche?

Se puso pálido. Entonces reí y lo abracé. El color le volvió de inmediato.

—Nunca, pero nunca me vuelvas a decir eso, chica *blue*. ¿A qué venía eso de «corazoncito mío»?

—¿Acaso una novia no puede decir ese tipo de cosas a su novio? Quería ser cariñosita y probar apodos para ti.

Me puse en puntas de pies para darle un beso. Él atrapó mis labios y me abrazó con fuerza.

—Llámame como quieras —susurró en mi oído.

—¿Qué tal «esposo»? —bromeé.

Él sonrió en silencio.

No sabía lo que el sexi galán me regalaría, pero sospechaba que no sería mejor que mi regalo. Había gastado todos mis ahorros en ella: una maravillosa y espectacular *notebook* nueva. La envolví tan bien que jamás sospecharía lo que era: hice que la metieran dentro de un oso gigante de peluche. Ni siquiera yo noté que estaba escondida adentro.

La noche de la fiesta, Berto trajo mi vestido sorpresa en una caja dorada.

—Este es mi regalo para ti.

Abrí el paquete. Mi corazón latía con fuerza. Las manos me temblaban, pero no de miedo por lo que fuera a encontrar, sino de emoción... de alegría. Ya me había maquillado y peinado. Solo hacía falta que me pusiera lo que tan amorosamente Bertolucci había confeccionado para mí. Bastaba con ver su sonrisa para darme cuenta de que a él también lo emocionaba. Sus ojos brillaban. Sin embargo, en su bigote mal pintado no detecté felicidad, sino el dolor de un alma mutilada sedienta de venganza.

Cuando vi los moños, las lentejuelas de color fucsia furioso, cuando vi los olanes, quise llorar.

—Esto es... —me atraganté—. Es... precioso.

Berto quedó mudo. Desplegué el vestido sobre la cama y su brillo me encandiló. Solo mi amigo era capaz de confeccionar un vestido tan perfecto para mí. Y tan feo. No me importó hacer el ridículo en la fiesta. Si alguien preguntaba, diría que era un Bertolucci original.

Salí del dormitorio cuando oí la música. Me sorprendió que nadie hubiera llegado. Encontré a Gabe sentado solito en el sofá, vestido con un traje blanco y una rosa en la mano. Parecía el príncipe encantador de *Shrek*.

—¿Qué traes puesto? —preguntó, desconcertado, al ver mi Bertolucci.

Ignoré su pregunta.

—¿Dónde están todos?

Se levantó y me ofreció la rosa.

—No invité a nadie —confesó—. Quería pasar un tiempo a solas con la mujer más hermosa y peor vestida del mundo. Además, quería ver tu expresión cuando abrieras mi regalo. Esa expresión será solo mía.

Me entregó un paquete grande y me hizo sentar en el sofá.

—Primero, abre tu oso —indiqué, señalando el muñeco bajo el árbol.

—¿Para qué, si ya sé lo que es?

—Ábrelo.

Con un suspiro le quitó el envoltorio al peluche. Yo esperaba que le abriera también la panza, pero no parecía que tuviera ningún hueco. Había sido estafada vilmente.

—Me encanta —dijo con corrección—. Muchas gracias.

Me acerqué a examinar el animal de peluche. Le toqué la pancita. Se la apreté. No sentí nada adentro.

—¿Qué haces? —Gabe debía pensar que me había vuelto loca. Más, cuando me vio tomar las tijeras de la mesa y apuñalé al juguete para hacerle una cesárea.

—¿Podrías explicarme por qué asesinaste al señor Osinsky? —se quejó.

Ya le había puesto nombre. Qué ternura.

Me detuve. Él no tenía por qué enterarse de que alguien pudo haberse robado su verdadero regalo de Navidad. Tiré las tijeras al piso antes de que llamara a la policía, y me senté lamentando haber perdido mi dinero. Le había puesto nombre al oso. ¿Entonces le había gustado? Puso la caja gigantesca sobre mis amargadas piernas. Nada de lo que él pudiera darme me devolvería la felicidad. Yo quería ver su cara cuando descubriera mi regalo. Quería verlo sonreír. Y terminé matando a Osinsky.

Sin ganas, rompí el papel. Descubrí que dentro de esa caja gigante había otra de menor tamaño.

—¿Y esto? —Lo miré intrigada.

—Tu regalo —contestó con una sonrisa que me relajó el esfínter. Me meaba, pero me aguanté.

Seguí abriendo paquete tras paquete, uno más pequeño que el otro. El departamento quedó todo lleno de tripas de oso y paquetes mal abiertos. No pareció importarle. Tampoco a mí. Solo quería ver qué había dentro de la caja de terciopelo rojo que ahora cabía en el centro de mi mano.

Dejé de respirar cuando él se arrodilló ante mí. Con emoción abrí la caja y descubrí que en su interior no había absolutamente nada.

—Lo siento, chica *blue*. Se suponía que había un anillo dentro. No sé qué pudo pasar.

—¿Un anillo? —musité.

—Lo siento. Soy un desastre... perdí tu regalo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Ibas a pedirme matrimonio?

Asintió culposo.

En ese momento, no me importó que su *notebook* hubiera desaparecido. Tampoco que mi anillo se hubiera extraviado. Lo único que importaba era que el hombre de mi vida quería casarse conmigo.

Un verdadero milagro navideño.

Gabriel y Regina son personajes de *Savage & Blue*.

<https://www.megustaleer.com/autor/karen-delorbe/0000954996/>

Antes de la medianoche

Kathia Iblis

Londres 1871

Residencia Kensington

Dos semanas antes de Navidad

Agradeciendo la soledad de la sala de estar, *lady* Selene Hawthorne se observó a sí misma en el reflejo de la ventana. Al igual que siempre, se la veía impolutamente vestida y compuesta. Toda su postura gritaba a voces que era la personificación misma de la calma, la serenidad y el control. Con un vestido color verde esmeralda que destacaba sus curvas y el sofisticado peinado, era el perfecto ejemplar de una dama aristocrática. Lo único que traicionaba su verdadero estado emocional eran sus ojos. Aunque se las había arreglado para que la inflamación bajase y ya no estuvieran rojos, la expresión atormentada de estos era imposible de ignorar.

No que su familia le hubiese reprochado algo en ese sentido. Conocían las circunstancias y todo lo que había ocurrido y, aun así..., eso no explicaba por qué lo habían invitado a pasar la Navidad con ellos. ¿Acaso él no tenía algún otro lugar en el cual estar? ¿Otras personas con quienes compartir una fecha como esa? ¿O sería un intento por parte de su sobrina Cali y sus alocadas casi floreros para componer las cosas entre ellos? Lo que ellas no parecían comprender era que eso ya jamás ocurriría. Demasiado dolor había causado la inesperada desaparición de Ciaran diez años atrás... y algunas de esas heridas aún sangraban.

Inhaló hondo con brusquedad e, inconscientemente, se apoyó una mano en el vientre mientras los recuerdos se abrían paso en su mente. No le hacía falta siquiera verlo para recordar sus rebeldes cabellos castaños o sus felinos ojos verdes y la manera en que la miraban siempre, como si ella fuese la única mujer sobre la faz de la tierra. Y, aun así..., resultó ser que entregarle todo de su ser no había sido suficiente para que él se quedase a su lado.

Ciarán Ruah había aparecido en su vida como una inesperada tormenta de verano. Se volvió el centro de su existencia tan solo para un día marcharse y llevarse consigo todo su amor y dejarla quebrada como una frágil muñeca de porcelana. Las consecuencias de sus actos aún la perseguían luego de diez largos años. Y aunque en su mayoría había logrado simplemente ignorarlas, en especial, por la afortunada intervención de sus padres y el uso de sus innumerables contactos,

había algo en particular que había marcado su alma y que ellas jamás podrían olvidar. Sabía que sus allegados creían que ella lo odiaba, pero no era así. Tan solo sentía una profunda tristeza... y haber sido traicionada. Porque en aquel entonces no solo había perdido a Ciaran, sino algo que había anhelado desde que supo la noticia y que ni siquiera pudo compartir con él.

Una de sus manos subió hacia el relicario que llevaba colgando en torno a su cuello desde aquel fatídico día, mientras un sollozo ahogado lograba abrirse paso desde lo profundo de su alma.

—¿Sele? —su voz fue apenas un aviso tardío de lo que estaba por ocurrir. Ciaran había logrado hallarla.

Sus manos le aferraron los hombros con delicadeza mientras la giraban con lentitud. Fue apenas un instante en el cual sus miradas se encontraron. Y finalmente Selene perdió el poco control que tenía sobre sus alteradas emociones. Sin pensar en las consecuencias, las lágrimas brotaron de sus ojos y ella se refugió en su cálido y protector abrazo como tantas veces lo había hecho en el pasado. Él no dudó ni un instante en estrecharla contra su amplio pecho y pronto su rostro se hundió en sus cabellos mientras inhalaba hondo.

—Ciarán... —fue todo lo que pudo pronunciar mientras los sollozos volvían a apoderarse de ella.

El dulce aroma de los cabellos de Selene se sintió como una puñalada en sus entrañas. Ciaran sabía que debía mantenerse alejado de ella. No solo por todo el daño que su desaparición había causado tantos años atrás, sino que era la única manera de que siguiera ajena a la oscuridad en su mundo.

Él era consciente de haberle roto el corazón y, en su momento, había estado dispuesto a vivir con las consecuencias de ello. Porque había creído que era la única manera de mantenerla a salvo. La amaba lo suficiente como para dejarla ir. Había creído que con el paso del tiempo ella volvería a ser feliz. Que hallaría a un caballero que realmente fuese merecedor de su corazón, pero no fue así. Pero cuando regreso finalmente a Londres y descubrió que eso no ocurrió comenzó a ser consciente del terrible error que, sospechaba, había cometido. Sin mencionar que, pese a lo que todos sus conocidos creyeran, ella se rehusaba a dejarlo volver a entrar en su vida. Y eso, en parte, lo había aliviado. Porque sabía que, si ella tan solo daba un atisbo de aceptación, él jamás la dejaría ir.

Lo que había guiado sus pasos hasta la pequeña sala de estar. En un primer momento, decidió no ingresar. Era obvio que ella deseaba estar sola, y él se conformaba tan solo con poder verla, incluso si eso implicaba hacerlo a escondidas. Pero el momento en que sus ojos se llenaron de un dolor tan abrumador que hubiese quebrado hasta al hombre más fuerte, no dudó en ignorar las alarmas que su propia mente le gritaba. Contra toda lógica no vaciló en acercársele.

Jamás consideró lo que sentiría al volver a tenerla en sus brazos o la manera en que su corazón respondería el instante en que sus miradas se cruzaron. Pero no fue hasta que la tuvo protegida en sus brazos que la magnitud de lo que acababa de ocurrir lo golpeó.

Selene, la única dueña de su corazón, la mujer que jamás creyó poder volver a tener en su vida, en ese momento, buscaba consuelo en su presencia. Eso lo hacía sentirse invencible. Sentía que, sin importar lo que el universo le lanzase en esos momentos, él saldría victorioso.

La sostuvo en silenciosa compañía. En parte cauto porque sabía que cualquier cosa que él dijera podía quebrantar la frágil paz que parecía haberse establecido entre ellos. Pero le había costado todo su autocontrol no besarla cuando ella pronunció su nombre

—¿Ciaran?

La femenina voz irrumpió el momento. Supo el momento exacto en el cual Selene fue consciente de que tenían compañía por la manera en que se tensó. En especial, porque la voz no pertenecía a ninguna de sus conocidas. Lo cual suscitaba una única explicación... que la recién llegada era su acompañante para la cena.

La vio elevar la mirada brevemente hacia él para luego apresurarse a ampliar la brecha entre ellos y darle la espalda mientras una de sus manos volvió a aferrarse con fuerza al relicario que pendía de la delicada cadena de oro.

Ese simple gesto le hizo fruncir el ceño. Era consciente de que él no se lo había regalado y, por el obvio aprecio que ella le tenía, debió haberle sido entregado por alguien por quien ella sintiera un profundo afecto.

—¿Cia? ¿No me vas a presentar? —La dama en cuestión ingresó al salón hasta que se detuvo junto a él. Sin embargo, el instante en que ella le apoyó una mano en el antebrazo, él se apartó como si lo hubiese quemado. Después de haber sostenido a Selene en sus brazos, no se sentía capaz de tolerar el contacto de ninguna otra mujer. Pero antes de que él pudiera hablar, *lady* Desdémona ingresó en la sala de estar seguida de cerca por Cali.

—No creo haberla autorizado a pasearse por mi hogar como se le diera en gana, *lady* Clarissa —declaró, con frialdad, la anciana dama, quien había sopesado la situación en un instante.

—Lo siento mucho, *lady* Hawthorne. Fue mi culpa —logró mascullar por lo bajo Ciaran, no queriendo complicar más la situación de lo que ya estaba. Tan solo podía imaginar lo que las recién llegadas debían pensar sobre los acontecimientos que se habían desarrollado en su ausencia. Sin mencionar que él jamás había gozado de la simpatía de la dama en cuestión.

—Está bien, madre. El señor Ruah me estaba informando de que lo lamentaba mucho, pero le había surgido un imprevisto y no podría quedarse a cenar —declaró Selene manteniendo su rígida postura de espaldas a todos ellos.

—Lamentamos oír eso, Ciaran. Esperamos que no sea nada grave. —Cali lo miró con simpatía. Ella sí estaba a favor de unirlo con su tía y su partida era un revés inesperado en sus planes—. Lo esperamos mañana entonces. *Lady* Courtenay ha organizado un evento en su residencia. Desea que todos conozcan sus nuevos jardines inspirados en el palacio de Versalles.

—¿Eso no es en el campo? —inquirió Clarissa aun de pie a su lado.

—Así es, y Ciaran ha sido invitado... a solas. —Cali fulminó a la dama con la mirada y Ciaran se vio obligado a toser para no dejar entrever la sonrisa que amenazó aparecer en su rostro. La joven definitivamente era tenaz cuando se empecinaba con algo.

—Cali, por favor... —Esa vez, la voz de Selene sonó suave y ligeramente temblorosa, haciendo que él frunciera el ceño y focalizara toda su atención de nuevo en ella. No fue consciente de que se hallaban a solas hasta que ella se giró a mirarlo—. Sería mejor que no vengas, Ciaran.

—¿Por qué no?

—Porque Cali y el resto te quieren ahí porque piensan que, si pasamos suficiente tiempo uno en compañía del otro, mágicamente vamos a volver a enamorarnos. Como si eso fuese posible.

Ciaran sabía que estaba jugando con fuego, pero había esperado diez largos años para poder volver a estar con Selene y, más allá de cuál fuera la respuesta que ella le diera, había algo imperativo que debía decirle.

Acortó la distancia entre ellos y esperó a que ella elevara la mirada. El dolor en su mirada fue como un golpe y, momentáneamente, le robó el aliento, pero sabía que no iba a tener otra oportunidad de decirle aquello que había estado callando por demasiado tiempo.

—Jamás dejé de amarte, Sele —dicho lo cual, dio media vuelta y se apresuró a abandonar la habitación.

Selene Hawthorne y Ciaran Ruah son personajes secundarios de la serie *El corazón de un libertino*.

Su novela, *Promesas de medianoche*, es la última historia de la saga y podrán leerla en noviembre del 2020.

<https://www.megustaleer.com/autor/kathia-iblis/0000954930/>

Las barreras del amor

Laura Adriana López

Boston, 1860

En el bello paraje de Saint James, acompañada de su primo Brian, que era su tutor luego de la muerte de su padre, subió a un landó que la llevaría hacia la orilla del Atlántico norte, a dónde iba con frecuencia.

—Ve con cuidado, April, evita volver tarde —recomendó el doctor Brian Lowel, conde de Derby.

—Así lo haré. Si ves a Onella, dile que no se preocupe por mí, iré a saludar también a Marcus —dijo acomodándose en el asiento.

Brian la despidió con las palmas abiertas, deseándole un buen paseo. Durante aquel trayecto, pensaba en las veces en que deseaba volver a Inglaterra. Hacía dos años que estaba viviendo con su primo después de la muerte de su padre una fría mañana de invierno.

El dolor en su pecho fue insoportable al sentirlo frío. Desde pequeña sintió el miedo a la soledad que le esperaba cuando su padre falleciera. No estaba sola, pero se sentía sola. Sin la imagen de una madre en mente y con un padre que con los años la iba olvidando por su estado senil, sufría en silencio acosada por sus más íntimos temores. A eso, debía añadirle el secreto a voces que se escondía en la familia Lowel. Sabía quiénes eran sus padres, lo que ignoraba era la razón de los comentarios que hacían algunas personas en la calle.

Melody y Octavio le decían que ignorara cualquier cosa que escuchara, pero a medida que fue creciendo su dificultad para ignorar los cuchicheos ajenos era mayor.

En un descuido de la familia, una elegante dama se acercó a ella y le dijo lo que la gente bajo amenaza de la familia callaba con tanto recelo.

La dama la miró con desdén cuando apenas tenía quince años.

—La mala semilla ha tenido sus frutos y con mucho descaro... —contó la mujer recorriéndola con la mirada irritada.

—No sé qué quiere decirme.

—Ni la familia de su madre ni de su padre podrán ocultar lo que usted es...

—¿Qué dice, quién es usted? —la increpó April con mucho temor.

—El conde cometió un gran error al casarse con la hija del conde de Spencer. Una mujer sin escrúpulos.

—¡No hable así de mi madre!

—Ni la ha conocido y la defiende. Defiende lo que ignora, pero su caída será más dolorosa cuando quiera encontrar un esposo.

April estaba confundida y asustada. Pero la curiosidad por revelar aquel secreto familiar se le hacía casi imposible de ignorar, y la mujer lo notó en sus ojos.

—¿No le han contado lo que hizo? —indagó, burlona, la dama.

—No...

—Su madre era una asesina. Mató a lady April Bellamy, esposa del marqués de Huntly, por celos, y dejó huérfano al actual marqués.

Ella palideció y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sentía rasgado el corazón y su mente estaba confusa. Daniel Bellamy la evitaba como a la peste desde que tenía memoria. Por más que estuviera casado con su prima Angeline, él la estudiaba con recelo, miedo y rabia.

—Estuvo en la prisión y, después, como buena mujerzuela que era, se involucró con un conde en América y nació lady Onella...

Sus piernas se habían puesto lánguidas por cada cosa que decía la mujer.

—Y, luego, vino usted para matarla y vengar a lady April, por eso lleva su nombre.

Ella sollozó llamando la atención de su familia, cuyos miembros estaban divididos en varias tertulias.

—No tiene futuro, es la hija de una asesina. Nadie la querrá, jamás...

April miró a su hermana Violet, que comprendió lo que había ocurrido con ella. Sabía lo que esa mujer le dijo, creyendo que era la verdad. Esperaba que alguno de los presentes lo desmintiera, sin embargo, todos guardaron silencio, un silencio lastimero y miserable.

No había tenido tiempo de recuperarse de la muerte de su padre ni de la impresión que la mujer dejó en ella con la confesión de aquello. No solo ella sabía que su reputación no valía nada, sino también su familia. Su decisión de ir con su tutor no fue discutida ni por su tío el conde de Spencer.

El paisaje de Hertfordshire estaba presente en su mente. El recuerdo de su padre caminando, con su bastón de un lado y del otro, tomado de la mano de ella. Aquellos momentos felices y tranquilos no volverían; Boston era su hogar, muy cerca del mar.

El mar era como ella, turbulento y hermoso. Sus pensamientos sobre una soledad asegurada por el pasado de su fallecida madre turbaban su espíritu, pues su belleza, que era tan admirada como la de Onella, se marchitaría en Boston.

Aunque aún albergaba la esperanza de que su vergüenza no se supiera en América y que pudiera encontrar un esposo. Los criollos y otras personas, que habían salido de Inglaterra por distintas razones, eran amables.

América era salvaje y de mente abierta. Las mujeres iban con libertad a dónde deseaban y no

eran tan finas como las inglesas.

En aquella época del año, el mar se volvía más frío y el paisaje, más gris. La nieve de invierno cubría gran parte de la belleza de la naturaleza, pero a ella le encantaba tanto el invierno como la primavera. Aunque, en aquel momento, no podía sacarse las botas por el frío para que sus pies pudieran sentir la arena.

Ir a la orilla del Atlántico se había vuelto algo muy divertido para ella. Cuando iba, solía encontrar lo que ella, creía, eran pequeños tesoros del mar. Encontró, en varias oportunidades, elegantes peinetas y algunas pequeñas joyas que tal vez la gente olvidaba o tiraba para olvidar.

Mientras iba caminando, mirando al suelo para ver los tesoros que le había llevado el mar, encontró algo muy distinto a una joya.

—¡Un hombre! —exclamó horrorizada.

Se acercó, corriendo, y, cuando estuvo a punto de tocarlo, no pudo hacerlo, pues pensaba que aquel ya era un cadáver. Nadie soportaría las bajas temperaturas del agua y ese viento helado que le calaba los huesos a cualquiera. Sus manos tenían sabañones por el exceso de frío, estaba segura de que no hubiese tenido oportunidades.

Lo que parecía un cadáver, emitió un sonido e intentó moverse.

Ella no dudó en darle la vuelta al cuerpo que estaba boca abajo. Estaba congelado, su piel estaba morada. La lástima que sintió por él fue inmediata, no podía hacer nada. Moriría porque desconocía qué hacer.

—Ayuda... —pudo pronunciar el joven después de intentarlo. Temblaba por el frío que amenazaba con hacerlo dormir para siempre.

Aquel pedido agónico parecía devolverle la habilidad de pensar. Se quitó el abrigo que llevaba puesto y lo cubrió con él. Por el momento, era lo único que se le ocurrió.

—Aguarde, por favor, no se muera... —pidió, levantándose de la arena.

Corrió por la orilla del mar que había recorrido con tranquilidad hasta hacía unos minutos. No se dio cuenta de que recorrió un camino demasiado largo.

Al llegar hasta donde la había dejado el landó, el cochero se acercó a verla con el cabello alborotado, muy jadeante y sin su abrigo.

—¡*Lady* April, se encuentra bien?!

—¡Hay un hombre casi congelándose en la orilla, Seymour, ayúdame a traerlo!

Él asintió y siguió a la desesperada muchacha que se había subido las faldas hasta las rodillas y daba largas zancadas al correr.

Cuando llegaron, tomaron al hombre, el cochero desde los hombros y ella de los pies. El trayecto era cansador hasta el landó cargando a alguien que gruñía en ocasiones como signos de que aún seguía con vida y que quería vivir.

Acurrucó al caballero junto a ella y tomó unas frazadas que, recordó, tenía en aquel lugar para calentar sus piernas en aquellos paseos.

Él temblaba, y aquella era la señal de que era probable que sobreviviera. Su abrigo y la frazada

debían ser suficientes hasta que su primo pudiera verlo.

Para su buena fortuna, Brian se encontraba en la casa que tenían ahí, por lo que su atención iba a ser muy rápida.

Durante el camino, estaba al pendiente de llegar. Miraba cada lugar como si ese fuera un indicativo de que estaba cada vez más cerca de su destino. Cuando sintió que el landó paró, su corazón pareció guarecerse bajo el manto de la seguridad de que su primo era médico.

Ella hizo un gesto al cochero para que fuera adentro. Obedeció e irrumpió en la residencia, cortando la reunión que tenían Marcus, Onella y Brian.

—¡Disculpe la interrupción, milord! —se disculpó apresurado.

Brian, al no ver a April, temió que algo le hubiera ocurrido.

—¿Dónde está April?

—Milady está afuera. Encontró a un caballero a orillas del mar, y está congelándose.

Salieron todos sin sus abrigos para ver lo que ocurría. April estaba mojada por sostener al hombre en sus brazos para calentarlo.

—Necesita de tu ayuda... —pidió enrojecida por el frío.

April dejó todo en manos de su primo, mientras ella buscaba ropa para cambiarse e ir a ver al hombre al que sumergieron en agua caliente para que pudiera recuperarse y le colocaron un camisón cómodo y caliente, además de poner más leña a la chimenea de la habitación de huéspedes.

Una vez cambiada, se dirigió a la habitación de dónde salía su primo.

—Muchacha, ¿a dónde vas? —la interrumpió cuando iba a abrir la puerta que él acababa de cerrar.

—A verlo, por supuesto.

—Está apenas recuperándose, no ayudarías mucho...

—No importa. No di un penique por que sobreviviera y lo lamento.

—La consciencia es nuestra peor enemiga —concedió su primo al abrirle la puerta.

Ella pasó y observó al hombre que estaba bajo un par de frazadas. Era rubio y estaba un poco rojo por el frío que lo había quemado.

Se acercó y sacó su mano de debajo de estas. Sonrió al hacerlo, conforme, porque había ayudado a salvar una vida.

—Siempre esperaba encontrar cosas valiosas en la orilla, pero usted es algo insólito —comentó devolviendo su mano para que continuará calentándose—. Me dirá su nombre después...

Aquella parecía ser una despedida, pero no se dio cuenta de que él había abierto los ojos y que quería recordar, pero no sabía ni dónde estaba.

—Charles... Soy Charles...

Los personajes pertenecen a la serie *Rosa blanca*.

<https://www.facebook.com/lauraadriana22>

Sonríeme la próxima Navidad

Laura Kaestner

Tomás Soler volvió a la realidad al escuchar las risas divertidas de la pareja rodeada de tres perros ruidosos, que acababa de cruzar la avenida para sumergirse en el parque El Presidio, el complejo turístico que se vislumbraba desde el ventanal de sus oficinas y en el que todas las mañanas practicaba *biking*, más para despejarse la mente que como entrenamiento físico, aunque le venía bien también. Se los veía divertidos, ella subida a su espalda, felices.

Se ajustó el cuello de su saco camel y enfrentó el frío de diciembre en San Francisco, tan común después de una fuerte lluvia, igual de habitual en esa época del año. Debía comprar los regalos para sus sobrinos antes de viajar a Los Ángeles, donde la familia se reuniría para pasar juntos una nueva Navidad.

Horas en el *mall*, juguetería incluida, pero ya tenía los obsequios para todos. Para todos menos para ella. Nunca sabía qué regalarle porque lo tenía todo: dinero, ropa, alhajas, viajes, hijos, a su hermano...

Seis años desde que Jaclyn Harrogate se había casado con su hermano Mauricio y todavía no podía lograr que la astilla saliera de su corazón. Por más sangre que bombeara, por más piernas bronceadas que se aferraran a su cintura, ella siempre estaba ahí, acechando desde las sombras de un pasado que se empecinaba en dejarlo sin amor.

No era culpa de la mujer, lógicamente, y seguían siendo los mejores amigos del mundo, pero... Siempre había un *pero*.

Con la maleta llena de cosas para los niños, el obsequio que había escogido para la que no dejaba de ser la mujer de su vida y una sonrisa franca en los labios, embarcó hacia su destino, libro en mano, dispuesto a relajarse en esa hora de viaje. Todavía recordaba la última conversación que había tenido con ella:

—¿Vas a venir con alguien? —indagó la mujer, cruzando los dedos, ansiosa por saber si esa vez su amigo iba a sorprenderlos con la noticia de que se había enamorado.

—Sí, voy con alguien, pero no es lo que piensas —se atajó Tommy, sabiendo cómo era ella de desesperada por encontrarle un amor que no llegaba, tal vez, simplemente, porque él no lo dejaba entrar.

—Ya sé, seguro me dirás que es una amiga, que no hay lazos entre ustedes, que se están

conociendo...

—Y será la verdad, así que no fantasees —le advirtió en tono de broma, interrumpiéndola—. El día que encuentre a la persona indicada, serás la primera en saberlo, te lo aseguro.

Claro que ella no sabía que para Tomás esa posibilidad estaba lejos de concretarse, tan lejos como la distancia que había mantenido en esos cuatro años, mudándose a San Francisco y haciéndose cargo de las oficinas del bufete del cual era socio junto a su hermano y sus dos cuñados, Simon y Dick.

Estaba convencido de que Mauricio y Jackie eran el uno para el otro, pero seguía sin poder superarlo, buscando a esa mujer en cada una de las que llevaba a su cama, modelos intrascendentes pero iguales a ella: rubias esculturales con ojos claros... Sin embargo, Jaclyn nunca había sido intrascendente.

Cuando salió del aeropuerto, la bocina del Ford Shelby GT500 Convertible azul y blanco que estaba en la puerta lo hizo sonreír. Siempre era un placer encontrarse con Cybill Dickinson, amiga desde hacía ya muchos años, amante esporádica cada vez que la vida los cruzaba, incondicional para cualquier plan sorpresivo. Y tan parecida a Jaclyn que sabía que levantaría sospechas.

—¡Mi abogado favorito! —exclamó ella mientras bajaba para darle un abrazo cariñoso. Tomás besó fugazmente sus labios como tantas veces, con la confianza que dan los momentos cálidos compartidos—. ¿Puede ser que cada vez te veas más guapo?

—Solo si es posible que tú estés cada día más hermosa.

Los dos rieron mientras él acomodaba el equipaje y le indicaba el camino hacia la casa de Simon, donde se hospedarían y se realizaría la gran cena familiar. En el camino se pusieron al día los dos: posgrados terminados, trabajo en la empresa familiar, corazones destrozados, fiestas imperdibles en la temporada y la eterna complicidad de extrañarse sin reservas ni ataduras.

Cyl sabía acerca de las desventuras amorosas de su amigo y su corazón ocupado, pero nunca había conocido a la responsable de tanto dolor, así que estaba deseando tenerla frente a frente. Adoraba a ese hombre tierno, apasionado y terco que no dejaba que la vida le compensara por un amor no correspondido, sabiendo que entre ellos dos no había lugar para emociones duraderas, pero sí para un cariño indestructible.

Las presentaciones esa noche fueron amenas. Las dos mujeres se saludaron y notaron que había una cierta semejanza en sus características físicas, algo que saltaba a la vista: bellas, rubias, decididas. Pero Cybill sería por mucho tiempo la inalcanzable chica de la playa, la belleza de la zona, la *influencer* idolatrada, mientras que Jaclyn era la empresaria que prefería ser madre *full time*, pero cuya creatividad siempre terminaba arrastrándola hacia su atelier.

Cybill admiró su línea de ropa, Harrogate's Style, emprendimiento que compartían las dos hermanas Harrogate, y alabó el increíble crecimiento que habían tenido hasta posicionarse como líderes en el mercado local. A Jaclyn le encantó la personalidad de la joven, unos años mayor que ella.

Tomás le hizo señas de que salieran al *deck*, y Jackie lo siguió.

—¡Me encanta Cybill! Es fresca, divertida, moderna... e igual a mí —reclamó ella casi sin querer.

—Se parecen, es verdad. Pero no hay nadie como tú.

Jaclyn le acarició la mejilla. Nunca dejaría de darle gracias a la vida por haber puesto a Tomás en su camino, no solo en los momentos difíciles, sino también en las sonrisas. Pero a veces sentía que los lazos que los unían lo mantenían atado a ella.

—Podría ser mi hermana, lo sabes. Y volvemos a los estereotipos de siempre: todas tus chicas son iguales, todas...

—¿Parecidas a ti? —dijo él, completando la frase.

—Quiero creer que no, que eso ya pasó.

—No voy a mentirte, así que dejemos la charla a un lado y abre mi regalo —le indicó tendiéndole el presente.

Jaclyn abrió el paquete y se topó con una de las últimas fotos de los dos juntos en pleno otoño, rodeados de hojas anaranjadas y con el viento despeinándolos. El marco era exquisito, combinaba perfectamente con su escritorio en el atelier.

Cuando iba a comentar algo, se asomó Mauricio por sobre su hombro para ver qué tenía ella en las manos, y rio.

—Nunca una foto de los tres, ¿no?

—Eres muy feo. La arruinarías —le reprochó su hermano, y los tres rieron.

En ese instante, Marina, la hija menor de su hermana, con sus estrenados nueve años, se cruzó de brazos frente a su tío favorito haciendo una mueca de fastidio. Tomás la alzó en sus brazos, le besó la frente y le habló al oído:

—¿Por qué trae esa cara mi sobrina predilecta?

—Porque no me gusta la novia que has traído. Mi primo Axis no deja de babosearse con ella y tú no me has consentido lo suficiente esta noche.

Los tres adultos rieron ante la demanda. Era verdad que la adolescencia tenía a los mellizos alborotados y que el joven no dejaba de perseguir a Cybill, contándole acerca de los deportes que practicaba. Ella lo escuchaba atentamente, sabiendo que a lo quince años las hormonas volaban por el aire y riendo ante las atenciones del más grande de los sobrinos de Tomás.

—Te he traído exactamente el regalo que me has pedido, cenaste pegadita a mí y ya te he prometido que vendrás a visitarme antes que cualquiera de las demás bellezas que tengo por sobrinas. ¿Querías más?

—Por supuesto. Quería que vinieras solo.

Los tres caminaron con ella hacia el interior de la casa porque se acercaba la hora del brindis. Jackie, Jenny y Mercedes comenzaron a buscar cada una a sus niños para reunirlos en la foto familiar, mientras Tommy seguía debatiendo con la afligida.

—Cybill es una amiga mía de hace muchos años, Mar. Puedes quedarte tranquila, no tengo novia.

—Ya mismo posteo eso en mis redes —acotó Alexia, la adolescente de la casa.

—¿Por qué sería importante que postearas eso? —la consultó su tío.

—Porque eres mi tío más codiciado.

La familia, que ya estaba acomodándose para la foto, estalló en carcajadas. Alexia siempre se vanagloriaba de tener en su familia a los dos solteros más apuestos y requeridos: Andrew, hermano de Jackie y Jennifer, y Tomás. Y todas las damas jóvenes de la casa caían bajo los encantos de los dos hombres, mejores amigos desde hacía años.

Después de muchas muecas, Cybill pudo obtener una foto en familia donde cada miembro sonreía y la armonía prevalecía en la imagen final. Ya a la mesa, las copas en alto, a la espera del brindis navideño, Tomás observó a cada uno de los miembros de su clan y agradeció tenerlos en su vida.

Marina volvió a ser el centro de atención al tirar de la camisa de su tío.

—Antes del brindis tienes que pedir un deseo, así que piénsalo bien. —Tomás cerró los ojos para darle el gusto a la pequeña y se concentró en su pedido, sabiendo que todos los pares de ojos estaban puestos en él—. ¿Ya sabes qué vas a pedir? Me lo puedes contar, así pido lo mismo y vale doble. Pero no lo haré si vas a pedir una novia —aclaró mirando a Cybill con recelo. La joven trató de no reír, sabiendo que para la niña era un momento importante.

—Quiero... a ver, a ver... Para el nuevo año deseo una sonrisa como la tuya para iluminar cada una de mis mañanas —le dijo a Marina, acariciando su cabello con ternura. La niña le sonrió—. Una sonrisa exactamente como esa quiero en la próxima Navidad.

Automáticamente, su mente lo arrastró hacia la risa cristalina de la joven que cruzaba hasta el parque, temprano, antes de que viajara. Era una risa auténtica, de alguien entregado al deleite, de alguien verdaderamente feliz.

Eso quería. Quería una risa como esa en su vida. Una risa que le devolviera las ganas de dejarse amar...

Tomás Soler, personaje secundario de la novela *A las puertas de tu corazón*, próximamente en Selecta, protagonista de la novela en proceso *Desenmascararte el alma*, y Cybill Dickinson, protagonista de la novela en proceso *Te llevo tatuada en la piel*.

<https://www.facebook.com/Frikastar>

Un regalo de reyes muy especial

Lucía de Vicente

Cristina Losada miró una vez más la decoración del salón antes de irse a la cama. El árbol de Navidad era perfecto, con un montón de bolas de cristal y adornos en tonos plateados y dorados. Ella, Rafa y los niños lo habían decorado hacía ya algunas semanas; Niki y Paula no estaban por la labor de esperar a que el ambiente navideño se instalara en la ciudad y a primeros de diciembre ya empezaron a reclamar montar toda aquella parafernalia.

A ella también le hacía ilusión, aquellas iban a ser unas Navidades muy especiales, las primeras que pasaran desde que el niño era, oficialmente, «su hijo». El de los dos. Solo hacía unos meses que el Tribunal de Menores les había concedido la adopción de Niki; dos años después de que Rafa y ella la solicitaron de manera conjunta, tras haberse casado y siendo, como eran ya, tutores del pequeño.

Pero «las cosas de palacio iban despacio», en especial las del Palacio de Justicia, muy al contrario de lo que ocurría en el seno de su proyecto familiar particular, que ya contaba en su poder con el carnet de Familia Numerosa, desde que naciera Elena, solo ocho meses después de su boda.

Y así, por arte de birlibirloque, en menos de dos años era una mujer casada, madre por partida triple; dos niños de siete años y una de diecisiete meses. ¡Una locura!

Con un suspiro de satisfacción, se hizo con el último paquete de regalos y lo colocó a los pies del árbol. Ya era muy tarde y los niños no tardarían mucho en despertarse para comprobar si los Reyes Magos habían pasado ya por allí.

Estaban muy nerviosos y alterados, como era normal cada noche del cinco de enero. Tanto que Rafa tuvo que irse con ellos a la habitación y meter a los tres en su cama de matrimonio, dejándola sola para montar el escenario.

Sonriendo, apagó la luz del salón y dejó prendidas las bombillas del enorme árbol, para que iluminaran un poco el ambiente, dando por terminada la tarea.

Casi a oscuras, alumbrándose solo con la linterna del móvil, y de puntillas se dirigió a su habitación. Allí estaban los cuatro, tirados sobre la cama en diferentes posturas y disfrutando del más plácido de los sueños. Ya imaginaba que Rafa también habría claudicado, incluso estaba por jurar que lo hizo antes que los críos, porque de otra forma se hubiera unido a ella en los

preparativos.

Al entrar en el cuarto la asaltó una visión arrebatadora que casi hizo que se le saltaron las lágrimas por la emoción. Rafa dormía a pierna suelta en mitad de la cama, con las gafas de ver de cerca torcidas en un precario ángulo sobre la nariz, rodeado de cuentos y con uno todavía en el pecho, donde se debía haber caído desde su mano. Elena, la más pequeña de los tres, dormía con la cabecita apoyada sobre su estómago y succionaba con fruición el chupete que no abandonaba ni a sol ni a sombra. Paula, mucho más acaparadora, había elegido el brazo de su padre como almohada, mientras se abrazaba como la mala hierba a su pecho, por si a alguno se le ocurría quitarle el sitio. Y Niki, suponía que por falta de espacio, enroscaba una pierna en torno a la de Rafa, buscando así el contacto que sus hermanas no le permitían conseguir de otro modo.

No pudo evitar la tentación de tomar unas cuantas instantáneas con el móvil. Aquella imagen tan tierna y familiar era con lo que siempre había soñado y era una suerte que pudiera disfrutarla; Rafa era todo un padrazo. Además, en las próximas Navidades el panorama sería distinto, de eso no tenía ninguna duda.

Luego, con mucho cuidado de no despertarla, tomó a Elena y se dispuso a llevarla a su habitación, para dejarla sobre la cuna. Puso en funcionamiento el *walkie* de control parental y tapó a la pequeña con amor.

Al salir del cuarto se encontró a Rafa, que llevaba a Paula en los brazos, camino del dormitorio que todavía compartía con Niki. Él le guiñó un ojo, pícaro, y se alzó de hombros, como pidiéndole perdón por haberla abandonado. Enseguida volvió a por Niki, para llevarlo también a su cama.

—Siento haberme quedado dormido —dijo él, asomando la cabeza en el cuarto de baño, mientras ella se lavaba los dientes—. Es que no había forma de que se relajaran, les he leído más de veinte cuentos hasta que lo he conseguido —se excusó.

—No pasa nada. Seguro que te has dormido tú antes que ellos. Son incansables. Además, están muy nerviosos. Es normal.

—Tenía la esperanza de que, después de toda la tarde de pie, en la cabalgata, caerían rendidos. ¡Yo lo estoy!

—¿Me estás diciendo que quieres regresar entre las sábanas y quedarte otra vez como un serón? —planteó ella.

—¿Acaso tú tienes otros planes? —respondió él, con otra pregunta, pegándose a su espalda para darle un seductor beso en el cuello, una vez que apartó hacia un lado su melena.

Ella se vio reflejada en el espejo.

Rafa se había quitado la camiseta, que solo se ponía cuando se acostaba con los niños, y la única prenda que llevaba eran los pantalones del pijama. Una imagen arrebatadora, con aquella cantidad de músculos bronceados que resaltaban contra la seda negra de su escueto camisón y que le hacía perder la compostura. Pero tenía que sobreponerse al deseo que él despertaba en su cuerpo simplemente con su presencia.

Esa noche no podía sucumbir, o al menos no de momento. Había algo que ocupaba su cabeza

desde hacía ya algunos días y empezaba a ser necesario que lo dejara fluir y lo compartiera con su marido. Al fin y al cabo, él también tenía mucho que ver en todo aquello.

—Pues sí, tengo un plan, pero es alternativo al que, tengo la impresión, tú tienes pensado.

—Pero si yo no he pensado nada —se quejó con voz empalagosa, todo inocencia, mientras le bajaba uno de los finos tirantes y regaba de besos el hueco de su hombro.

Ella se dejó hacer, al fin y al cabo, tampoco tenía tanta prisa en tirar por tierra la libido de Rafa.

—Ven —le dijo, girándose en sus brazos para darle un recatado beso en los labios, antes de hacer una rápida finta y tomarle de la mano—. Necesito saber tu opinión sobre algo. —Sin esperar su aquiescencia, lo arrastró a la habitación.

—¿Sobre qué? —quiso saber él.

Rafa tiró de los dedos que tenían entrelazados, para obligarla a girar sobre sus talones hasta quedar pegada a su fuerte y seductor tórax.

—Se trata de tu regalo de Reyes. ¿No quieres saber de qué se trata?

—Pues... Me parece que puede esperar —repuso, después de pensárselo unos instantes—. ¿No prefieres dármelo mañana, en presencia de los niños?

—La verdad es que no. Es mejor que estemos solos.

—Ah, ¡fenomenal! —exclamó—. Entonces es muy probable que se trate del mismo regalo que yo tengo en mente.

—Lo dudo... —cortó sus intenciones—. Aunque tiene mucho que ver con lo que tú tienes en mente, es algo que está más en la línea de las consecuencias que con el ejercicio en sí mismo —sugirió.

—Hum, no sé. El ejercicio que yo tengo pensado no tiene más consecuencias que el placer y la pasión. —Pero enseguida ella se dio cuenta de en qué momento la alarma sonó en su cabeza, siempre tan calculadora y rápida—. Al menos en condiciones normales —susurró, rectificándose a sí mismo.

—Bueno, sí, eso es cierto, pero solo cuando se toman las medidas oportunas.

Por fin Rafa se apartó de su cuerpo. No demasiado, pero sí lo suficiente como para mirarle a la cara.

—¿Qué estás intentado decirme, Cris? —la alentó, serio.

—Que vamos a tener que hacer algo al respecto con las medidas en cuanto pasen los próximos ocho meses, porque cuatro ya son multitud y pienso que, por nuestra parte, hemos cumplido con creces con la sociedad.

—¿Vamos a ser papás? —cuestionó él bajito, con sus verdes ojos repletos de incertidumbre.

—Ya somos papás, Rafa. Pero sí, mucho me temo que vamos a repetir experiencia. ¿Te molesta mucho? —No puedo evitar el temblor que la recorrió ante su respuesta.

Él no dijo nada. Se la quedó mirando a la cara con los ojos entornados durante un rato y, luego, poco a poco, dejó que sus pupilas resbalaran sobre la seda hasta reposar en la mínima curva de su

tripa, fruto del embarazo pasado más que del actual.

—¿Tú qué crees? —dijo, al final, cuando ella ya estaba a punto de explotar de incertidumbre.

—Bueno, no sé. Siempre dijiste que con tres ya teníamos suficiente y... y yo estaba de acuerdo.

—Sí, es cierto —corroboró, ratificando al mismo tiempo sus peores augurios—. Pero también es verdad —siguió diciendo, al cabo de unos segundos en los que ella sintió que se quedaba sin respiración—, que no me empeñé mucho en evitarlo cuando debía, durante tu mes de descanso del DIU.

—No, no mucho —concordó ella, notando que su corazón volvía a latir al ritmo habitual.

—Y partimos de la base de que tonto no soy, ¿verdad? Y que sabía a lo que me arriesgaba.

—Además de que yo te lo avisé —apuntilló.

—Bien, pues espero que en esta ocasión sea niño, para que Niki no se sienta en desventaja ni el títere de sus hermanas.

La sonrisa que asomaba a la cara de Rafa en esos momentos era mucho más luminosa que las luces del árbol de Navidad y ella se dejó contagiar.

—Si es así, perderemos nuestra mayoría femenina —se quejó ella, con un fingido pesar.

Él la abrazó y la besó en la sien, riendo ya sin recato.

—Boba, ¿pensabas que iba a enfadarme? —susurró en su oreja al notar que a ella se le llenaban los ojos de lágrimas, no sabía si de emoción o de alivio—. Un bebé siempre es una bendición. ¡Gracias por tu regalo de Reyes! Y, ahora, déjame que yo te entregue el mío.

Rafa y Cris son los protagonistas de *Tras la estela de un sueño*, en la que también intervienen los dos niños mayores: Niki y Paula.

www.luciadevicente.com

Llévame a tu corazón

Mar P. Zabala

Daba igual. Aunque cambiara de posición el asiento después de ocho horas al volante era incómodo. Luisa deseaba llegar a casa con su niño. Su pequeño Daniel. Cuando la miraba con sus grandes ojos azules, que parecían absorber el mundo, no era capaz de negarle nada. Estaría todo el día abrazándole, achuchándole y dándole besos. Sin embargo, eso era algo que estaba muy lejos de lograr.

Al quedarse embarazada de aquel guapo moreno que había ido a Sevilla a estudiar español durante un verano, su vida había cambiado. Él, un brasileño de arrebatadora sonrisa, sensual acento, y poseedor de la mejor labia conquista-mujeres que nunca hubiera escuchado, se marchó sin despedirse al día siguiente de saber que iba a ser padre.

Durante una semana no quiso salir de su habitación. Tumbada en la cama lloraba sin descanso lamentando su suerte hasta que una mañana su madre se plantó en jarras a su lado y le dijo:

—Tienes dos manos, un título de auxiliar de clínica y una cabeza sobre los hombros. Eres una mujer hecha y derecha que va a ser madre en unos meses. Espabila y ponte a trabajar porque ese bebé va a querer comer todos los días, y necesitará muchas cosas que solo su madre, es decir tú, podrá darle.

Sentada en su coche a la sombra de un árbol, tras la quinta entrevista de trabajo en la que su currículum había ido a engrosar la pila de un montón más, se le ocurrió que si no la contrataban tendría que ser ella la que se diera una posibilidad.

Había trabajado unos meses con un dentista. Con lo que había ganado se había comprado el pequeño utilitario en el que se resguardaba de la lluvia en ese instante. En una mano sostenía su móvil, con la pantalla llena de los iconos de las diversas aplicaciones que tenía instaladas en él. La mayor parte no las utilizaba y ocupaban espacio en la memoria del teléfono. Tendría que ponerse un día en serio y eliminar las que le sobraban.

«¿Por qué no?», se preguntó.

Se metió en la aplicación y averiguó cómo obtener una licencia de Uber para poder ejercer de conductora y llevar a la gente que deseara viajar con ella de un lugar a otro.

No había sido fácil. Cuando estaba de nueve meses debió dejarlo hasta que su pequeño tuvo un par de semanas y entonces volvió a colocarse tras el volante. Su madre se quedaba con el bebé

para que ella pudiera ganarse el pan. Como era su propia jefa, acudía a las horas de las tomas junto a su hijo sin que ello interfiriera en su trabajo. Poco a poco se fueron distanciando, hasta que le permitió alargar su jornada.

Solía dedicarle seis horas al día repartidas entre la mañana y la tarde salvo periodos como en el que estaban: Navidad. La gente iba de un lado a otro de la ciudad cargada con sus compras. Además, el hecho de que llevara lloviendo una semana sin parar había hecho que el uso del coche aumentara.

El centro estaba colapsado, y el transporte urbano no daba abasto. De ahí que los servicios de Luisa y sus compañeros de Uber fueran tan demandados. El dinero extra era bienvenido para comprar regalos y darse algún que otro capricho gastronómico.

Sin embargo, no todo el mundo estaba contento. Los taxistas no veían con buenos ojos la competencia que la aplicación representaba. Les quitaban carreras que, aunque cortas, al final de la jornada significaban un pellizco más en el bolsillo.

Luisa cuidaba mucho los detalles: botellitas de agua, caramelos, toallitas higiénicas, limpieza extrema. De ese modo ganaba clientela, y los que viajaban con ella solían repetir y recomendarla a otros usuarios y amigos.

Ese día, 23 de diciembre, eran casi las siete y llevaba conduciendo desde por la mañana, salvo un descanso de dos horas para comer y ver a su pequeño. Estaba en pleno atasco. Acaba de dejar a dos amigas y se dirigía a recoger a un hombre a la estación de tren. Iba a llegar tarde pero el atasco en lugar de disminuir parecía aumentar. Delante tenía un coche con una familia que pasaba el tiempo escuchando la radio. Desde su asiento podía ver a dos niños peleando en la parte de atrás.

A su izquierda una furgoneta de reparto, a su derecha un coche rojo con una pareja, y detrás un taxista que tampoco llevaba a ningún pasajero. El conductor era un chico de su misma edad, con el pelo corto, ojos marrones y un jersey de cuello alto azul. Daba golpecitos nerviosos al volante.

El semáforo se puso en verde y lograron avanzar unos metros, para volver a detenerse. Luisa vio como el taxista bajaba la ventanilla y le gritaba:

—¡Muévete! ¡Vamos! ¡¿A qué esperas?!

—¿No ves que no puedo hacerlo? —le preguntó Luisa sacando la cabeza por la suya y girando el cuello.

Matías, que así se llamaba él, tuvo que reconocer que se quedó sorprendido al ver a la guapa mujer que le miraba con los ojos verdes más increíbles que hubiera visto nunca. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta. Era negro, del color del azabache. Con un brillo azulado por efecto de las luces navideñas que colgaban a unos metros sobre ellos.

—A lo mejor si te cambias de carril avanzamos algo —dijo en voz alta observando con desconfianza a la conductora del Uber. Estaba harto de esa aplicación. Le reconcomía estar de brazos cruzados en su parada esperando que alguien subiera a su taxi, y ver pasar coches con el logotipo en su parabrisas. Seguro que alguno de ellos era el responsable del atasco.

—En unos metros se estrecha y me quedaría atrapada. Toca esperar.

—Algunos tenemos prisa —afirmó nervioso bajándose del coche.

—Otras también —respondió ella descendiendo de su vehículo.

Quedaron muy juntos. Ella era bajita a su lado. Luisa se preguntaba cómo alguien tan grande podría entrar dentro del aquel coche. El jersey se le pegaba, marcando una musculatura esculpida en un gimnasio. El aroma de la fuerte y varonil colonia que llevaba llegó hasta su nariz.

—Voy a recoger un cliente, *niña*.

—Igual que yo, *nene*.

—No lo entiendes —dijo exasperado—. El tren llega en diez minutos y si no estoy allí el cliente no me va a esperar.

—¿Por qué? ¿Alguno de tus amiguitos te lo quitará?

—¡O de los tuyos!

—¡Maldita sea! Voy al mismo sitio a buscar a una cliente.

Los dos se miraron. De repente dejaron de ser enemigos. Estaban en la misma situación.

—¿Piensas lo mismo que yo? —quiso saber Matías entrecerrando los ojos.

—Juntos tal vez lo logremos. ¡Venga!

Volvieron a sus respectivos coches y Luisa cambió de carril como él le había sugerido. Una indicación con el intermitente le bastó para saber que debía girar a la derecha. Era una buena idea. Atravesarían una calle pequeña, casi un callejón por el que los coches cabían muy justos, pero de ese modo escaparon del atasco.

Él la adelantó y la fue guiando por calles lejos de la vorágine de las compras. Cuando llegaron a la estación, sus clientes salían por la puerta y les buscaban con la mirada.

—Gracias —le dijo ella al pasar a su lado al ir a guardar la maleta de su pasajera.

—De nada.

Aquel fue el último servicio de aquella tarde para Luisa. Al día siguiente no pensaba trabajar. Solo ayudar en la cocina a su madre y jugar con su pequeño.

Y casi lo logró hasta que un poco antes de las cinco comenzó a recibir mensajes insistentes de una usuaria de la aplicación.

—*Necesito con urgencia sus servicios esta tarde. Mi madre se ha roto la cadera y no se puede mover. Llegó en el tren de las seis. Por favor, por favor.*

—*Lo siento, pero hoy no trabajo.*

—*Le pagaré el doble. Me han hablado muy bien de usted y sus puntuaciones son excelentes.*

—*Hay taxis.*

—*¡Esos taxistas! No te puedes fiar. Seguro que no hay ninguno libre, o tienen el coche sucio y maloliente. He hecho la cena para esta noche. Para las dos. Estaremos solas. Es Nochebuena.*

Luisa refunfuñó para sus adentros. Entre ir y recoger a la cliente, más llevarla donde quería, tardaría al menos dos horas.

—Venga, hija. No te cuesta nada. Diego está tranquilo jugando con sus primos. Yo tengo que

hacer aún la macedonia para el postre. Hasta las ocho no nos vamos a casa de tu tía.

Al final claudicó. No le quedó más remedio que realizar el servicio ya arreglada para la noche, pero de otra forma no le daría tiempo.

El tráfico estaba mucho más fluido que la tarde anterior. La gente ya se había ido a sus lugares de origen y las tiendas cerrarían un poco antes.

Aparcó en la puerta de la estación y se dedicó a observar el flujo de viajeros esperando que apareciera la mujer cargada de bultos con la que había chateado momentos antes. Unos golpecitos en el cristal de la ventana captaron su atención.

¡Era el chico de la tarde anterior! La sonreía y por gestos le indicaba que bajara la ventanilla.

—¿Trabajando? —quiso saber Matías.

—Ya ves.

—Estás muy guapa.

—Gracias. Voy a cenar a casa de mi tía. En cuanto lleve a la mujer que espero con su madre, me iré con la mía. ¿Y tú?

—Lo mismo. De hecho en estas bolsas tengo envases con lo que cenaremos esta noche.

—¿Lo has hecho tú? —preguntó Luisa incrédula.

—Por supuesto. Soy un excelente cocinero. Siempre me tomo libre el día de Nochebuena para trastear en la cocina.

—¿Y qué haces aquí?

—Esperando a la preciosa conductora que me va a llevar junto mi madre. Se rompió la cadera y me espera ansiosa.

—¡Eres tú mi cliente! ¡Me has mentido!

—No del todo. Sí que necesito que me lleves porque ella se ha roto la cadera y la chica que la cuida se va a las siete. Pasaré la noche con ella.

—¿Por qué no vas en tu taxi o con uno de tus compañeros?

—Porque eres tú quien me gusta y quien quiero que me lleve directo a su corazón.

Luisa es un personaje secundario de *Un candado en el corazón*, la primera parte de la bilogía *Nunca es tarde para el amor*, que saldrá en 2020 con Selecta.

<https://www.megustaleer.com/autor/mar-p-zabala/0000956798/>

Una Navidad animal

María Acosta

Después de tres años había vuelto al parador.

Dedicó una mirada de desdén al edificio al tiempo que se bajaba del Mercedes de sus padres con Valentino bajo el brazo y se excusó para llevar al pequeño carlino al corral de mascotas que, conociendo a su hermana, sabía que habrían instalado en los jardines para que los animales tuviesen su propio espacio para entretenerse, mientras ellos disfrutaban del convite en el interior.

Tenía tantas ganas de acudir a aquel bautizo como un gato de meterse en una bañera llena de agua. Si no fuese porque necesitaba congraciarse con sus padres a toda costa, no estaría allí. A esas alturas del año debería estar disfrutando de la vida más que nunca: viajando por el mundo, de fiesta con sus amigos o relajándose en su pisazo de Alicante... Si no se lo hubiesen embargado, claro.

Era una mierda que su herencia se hubiese consumido tan pronto, que estuviese cubierta de deudas hasta los ojos y que, para rematar, lo poco que le quedaba se lo hubiese llevado aquel chulo del bar; un maldito camarero que le clonó la tarjeta de crédito sin que ella se diese cuenta y la dejó sin un duro en el banco. Por su culpa se había visto obligada a regresar a Orihuela con sus padres, suplicando su perdón para no verse en la calle... Aunque lo peor de todo era tener que arrastrarse ante su hermana y su exmarido: la parejita feliz.

«No pienso darle esa satisfacción a Berta», pensó, apretando los labios al tiempo que se acercaba al corral. «Si yo tengo que pasarlo mal, ellos también. ¡Que se jodan!».

Se detuvo al llegar a la cerca y miró con desprecio a los animales del otro lado: en una gran percha de madera reposaba la cacatúa blanca de Irene Soria, responsable de la perrera y la protectora municipal; a sus pies jugaba una chihuahua *toy* con una pelotita azul mientras Fusco, el gato pelirrojo de Hugo, el veterinario, tomaba el sol tumbado en una esquina; y en el centro del recinto estaba ella: Gladis, la pava del averno.

—¿Aún sigues viva? —preguntó, atravesándola con la mirada mientras dejaba a Valentino en el corral—. Deberían haberte asado con castañas hace tiempo. Qué pena que el Ayuntamiento no te ejecutase en su momento...

El ave saltó por sorpresa y si no llega a apartarse a tiempo, le habría arrancado la mano de un picotazo. La miró con odio.

—¡Desgraciada! Ya te llegará el día, ya.

—Paula, ¿qué estás haciendo?

Se dio la vuelta y vio a Jorge viniendo hacia ella. Su efigie de Apolo valía cada céntimo que el muchacho pedía a cambio de su compañía. Era un maromo en toda regla y estaba deseando restregárselo por las narices a Miguel y a su hermana.

Le sonrió.

—No pasa nada, maromo. La pava del averno y yo estábamos charlando tranquilamente.

—Será mejor que entremos: ya están todos en el salón.

—Sí, vamos. A ver si la santa de mi hermana consiente en dejarme conocer a mi sobrino: en la iglesia no ha querido ni acercármelo. ¡Vamos, ni que le fuese a pegar algo!

—Eso ya lo resolveréis entre vosotras.

—Desde luego. Ya me ocuparé yo de llegar hasta el crío.

Cruzó una última mirada con Gladis (a veces parecía que la maldita pava entendiese a los humanos), tomó a Jorge del brazo y se lo llevó con ella al parador.

Esa rubia no era buena. Por algo su nueva ama la tenía como enemiga... Y estaba tramando algo contra el bebé de la casa. Por sus palabras se deducía. ¿Acaso pretendía hacerle daño a la criatura?

¡Por encima de sus plumas!

Tenía que darse prisa: se acercó a la puerta del corral y quitó el endeble pasador con el pico. De un golpe con la pata despejó el camino y todos menos el nuevo perro la siguieron, aunque no tenían ni idea de lo que ocurría.

Por el camino, Fusco, que por la profesión de su amo había aprendido la lengua humana y la de los animales, los puso a todos al tanto y decidieron que no podían permitir una cosa así.

El plan era esquivar a los humanos para llegar al nido donde descansaba la cría antes que la rubia. De esa forma, cuando esta llegara, estarían preparados para recibirla.

—Cielo, ¿cómo lo llevas? —preguntó Miguel a su esposa, abrazándola por detrás mientras ella se servía una copa.

—Ahora un poco mejor —suspiró Berta. Meneó la cabeza—. No la soporto, Miguel. No debería haber permitido que mis padres la trajeran.

—Ellos solo quieren que sus dos hijas se reconcilien.

—Pero eso no es posible. —Se dio la vuelta para mirarlo con sus ojos claros—. Mis padres

saben tan bien como cualquiera por qué no puede ser.

—Cierto, pero ya sabes lo que dicen: la esperanza es lo último que se pierde. No puedes culparlos por intentarlo.

—No lo hago. Es solo que me encantaría que captasen la indirecta y dejaran de esforzarse.

—Solo tienes que aguantarla por una tarde. Ya les he dejado bien claro a tus padres que ocasiones como esta no se repetirán: si quieren que todos nos llevemos bien, Paula debe mantenerse lo más lejos posible de nuestra familia.

—Eso no les habrá hecho ninguna gracia.

—No. Pero después de lo que nos hizo tu hermana, saben que tenemos razón.

Berta hizo una mueca y desvió la vista hacia donde se encontraban sus padres, charlando en el sofá con Jorge. No quería ni pensar en todo lo que Paula les había hecho pasar, especialmente a Miguel, al que durante años tuvo cogido metafóricamente por los huevos...

De pronto, un estruendo rompió la calma del salón y los hizo mirar a todos hacia arriba, sorprendidos: una algarabía de gritos, ladridos y graznidos se oía en el segundo piso.

—¿¡Qué demonios...!?

La puerta del cuarto de Aram estaba entrecerrada para preservar al bebé del ruido de abajo y, de repente, la vieron abrirse de golpe y por ella salieron corriendo Coco, la chihuahua Campanilla y una histérica Paula: la rubia retrocedía, con los brazos por delante, tratando de mantener a raya a la diminuta perrita, que se afanaba por morderle los tobillos mientras una Gladis furiosa avanzaba, bloqueando las vías de escape de la mujer con sus alas extendidas y haciéndola recular a golpe de pico. En un momento dado, Coco se colocó tras su antigua ama y esta no lo vio, por lo que terminó tropezando con él y cayendo de espaldas al suelo. Ese momento lo aprovechó la pava para colocarse de un salto sobre su estómago y todos vieron (para entonces ya habían subido corriendo las escaleras y observaban aquel espectáculo, estupefactos) cómo el animal defecaba sobre el costoso vestido rosa de la rubia.

Paula gritó aún más al ver aquello.

—¡Quitadme a estos monstruos de encima! —bramó, al ver allí a los demás.

Eso rompió el mutismo de los presentes. El señor Sanchiz fue el primero en adelantarse para auxiliar a su hija:

—¿Paula, estás bien?

—¡Papá! —La rubia se echó a llorar, aferrándose al anciano mientras la pava era retirada de su regazo por su dueña y la ayudaban a ponerse en pie—. Sácame de aquí, estos bichos han intentado matarme.

—No exageres —intervino Vale, con Gladis bien sujeta bajo el brazo. La capitana de la Guardia Civil se quedó mirando a su antigua némesis del colegio con el ceño fruncido—. ¿Qué estabas haciendo en el cuarto de Aram?

—¡Quería ver a mi sobrino! Berta no me deja conocerlo...

—Por motivos obvios —replicó la susodicha—. Sabes perfectamente que solo estás aquí

gracias a mamá y papá; Miguel y yo jamás te habríamos invitado al bautizo.

—Berta, cariño.

—No, mamá. Todos sabemos cómo es mi hermana y las cosas que ha hecho —resopló, intentando calmarse. No quería emprenderla con sus padres, ellos no tenían la culpa. Tenían buena intención, pero aquello era imposible—. Os agradecería que os la llevaseis a casa y no volviéseis a traerla. Ni Miguel ni yo queremos volver a verla por el parador.

—Está bien —cedió el señor Sanchiz, apesadumbrado—. Al menos, lo hemos intentado. Por favor, no nos guardes rencor.

—Claro que no, papá.

El anciano le dio un beso en la mejilla a Berta y tanto él como su esposa se despidieron de los presentes, llevándose a Paula con ellos. Tras aquello, la fiesta decayó y terminó apenas unas horas después, cuando los invitados se marcharon con sus respectivas mascotas bajo el brazo.

Era ya de noche cuando los Alborx terminaron de recoger. Cenaron algo rápido y Berta subió al cuarto de su hijo, relajándose al verlo dormir sin perturbaciones. Segundos después llegó su marido y le pasó el brazo por los hombros, besando su sien con cariño mientras sus dedos acariciaban con ternura la mejilla del bebé.

—Es increíble que no se haya despertado con todo el jaleo. —Miguel giró la cabeza para mirar a su mujer y sonrió—. Es todo un dormilón.

—Sale a su padre —dijo Berta. Lo miró solemne, antes de confesar—: durante nuestra luna de miel en Mikonos te fui infiel con un lirón.

Los ojos de Miguel se abrieron como platos. Entre la risa y la sorpresa, se abalanzó sobre ella para abrazarla y cubrirla de besos, haciéndola reír por primera vez en toda la tarde.

—¡Pérfida! —la acusó—. Mi venganza caerá sobre ti.

Estuvieron un rato así, intercambiando risas y carantoñas. Cuando al fin se calmaron un poco, Miguel apoyó su frente sobre la de su esposa, mirándola con unos ojos que eran tan negros y brillantes como su pelo.

—No te preocupes por Paula, cariño. No volverá.

—Eso espero... O seré yo la que se cague en ella.

Se echaron a reír de nuevo e intercambiaron un último beso antes de irse a dormir.

Berta y Miguel son dos personajes secundarios de la comedia romántica *Gladis*, próxima a publicarse.

<https://www.megustaleer.com/autor/mara-acosta/0000960218>

Saludo real de amor

María José Avendaño

Desde su oficina, Tony estaba trabajando en la *notebook* cuando escuchó sonar el timbre.

—¡Mathew! —exclamó sin moverse de su silla. Estaba atareadísimo. Los compromisos de su señor no se hacían esperar.

Mathew, con su característico paso de mayordomo, fue a abrir la puerta y se oyeron los acordes de una canción a todo volumen. La voz de Mariah Carey.

Tony saltó de la silla como si tuviera un resorte.

—¿Pero qué demonios...? ¡Mathew, cómo se te ocurre poner música, estoy trabajando! —chilló de muy mal humor.

—Señor Pacheco, no he sido yo —se disculpó el sirviente, y detrás de él se asomó una cabecita de inconfundible tono platino.

—Deja, está bien. Retírate, gracias.

El mayordomo se inclinó y se fue. Hizo su aparición el platinado Xavier, *coiffeur* afamado y el mejor amigo de Tony Pacheco, experto en protocolo, asesor y asistente de Su Alteza Real, el príncipe Henry de Gales.

—¡Tarán! Llegó la alegría —chilló Xavier pegando un saltito.

No tuvo mejor idea que bailar y cantar secundando la voz de Mariah Carey al compás de *All I want a lot for Christmas is you*.

—Xavier, por favor. Mi señor se encuentra de un humor espantoso... y puedo asegurarte que nos matará a los dos.

—Ven a bailar. ¿Dónde está tu espíritu navideño? ¿No te gusta mi atuendo de Nochebuena?

Lo asió de la manga y, por más que Tony intentó negarse al principio, la melodía de la canción terminó por engancharlo y se puso a cantar y a bailar al ritmo de una divertida coreografía junto al *coiffeur*.

*I don't want a lot for Christmas
there is just one thing I need, and I
Don't care about the presents
Underneath the Christmas tree
I don't need to hang my stocking*

*there upon the fireplace
Santa Claus won't make me happy
with a toy on Christmas day...*

Se tomaron de las manos, dieron vueltas alrededor de la oficina y siguieron danzando mientras se veía a través de la ventana cómo la nieve iba cayendo. Tan ensimismados estaban en lo suyo que no se dieron cuenta cuando se abrió la puerta y entró alguien a la estancia.

—¡Tan alegres los señores! ¿Quieren un par de tragos? —la voz del príncipe Henry los sobresaltó.

Tony lo vio y se detuvo en seco. Cuando su señor hablaba con sarcasmo y se cruzaba de brazos, era cuanto más enojado estaba.

—Mi señor, no es lo que parece.

—Mira, Tony. Hasta la coronilla estoy de tus locuras. ¡Saquen ya la maldita música que no estoy de humor para nada!

—Xav, apaga eso —pidió Tony.

El pobre *coiffeur* se puso muy nervioso. El príncipe lo observaba desde su metro noventa y los ojos azules eran tan fríos como el hielo de aquel Londres de casi Nochebuena. Le temblaban las manos al buscar su teléfono móvil; para peor, Mariah Carey entonaba uno de sus conocidos agudos.

—¡Qué apagues ya esa porquería! —bramó Henry.

Todo el peso de la realeza furibunda se cernió sobre Xavier, y hasta le pareció que aquella mirada tono cobalto tenía peso. El teléfono se bloqueó y no recordaba la contraseña. Cuando logró poner *stop* al tema, se sintió agotado. El silencio lo envolvió todo como un manto negro. Apenado, el *coiffeur* se sacó el gorrito rojo decorado en piel blanca que terminaba en un cascabel dorado. Hasta se estremeció cuando el dichoso cascabel tintineó. Para peor, se le cayó el gorrito y el maldito cascabel hizo aún más ruido.

—Perdón, alteza —dijo haciendo una reverencia y escondiendo su diminuta humanidad detrás de Tony.

Henry quiso reírse al verlos tan apenados, pero decidió mantenerse serio.

—Disculpas, mi señor. Mi amigo vino a hacerme una visita y, con lo determinado que es, casi me obligó a bailar.

Disgustado, Xavier le dio un codazo. Tony ahogó un quejido.

—Sí, claro. Justo a ti que tanto te disgusta cantar y mucho más bailar, ¿verdad?—ironizó el príncipe.

—Mi señor, reconozco su tono sarcástico. Y no está siendo justo conmi...

—Mejor cállate. ¿Quieres?

Henry ya se encontraba vestido con su uniforme negro de ceremonia. Resaltaba una banda roja que llevaba en la cintura, y en el pecho se encontraban todas sus distinciones: la principal eran las alas de plata, condecoración otorgada por su padre.

—Qué elegante está. ¿Se irá ahora a Palacio? —preguntó Tony al príncipe para cambiar de tema.

—En un rato —respondió Henry con fastidio—, necesito los cordones amarillos y mi gorra. Ahora.

—Ya mismo iré a buscarlos, mi señor. Y mi amigo, para demostrar su arrepentimiento por aquella indecorosa conducta suya de hace un momento, me ayudará.

—¿Y yo por qué? —se quejó Xavier.

El príncipe arqueó una ceja y el *coiffeur* dijo que ayudaría a Tony sin perder un segundo. Cuando salieron de la oficina de Tony en dirección al cuarto de uniformes de Su Alteza, el *coiffeur* se sintió más aliviado.

—Está bien que tu jefe tenga un humor de perros, pero podrías bajar un poco la velocidad, no caminas, sino que vas volando. Cuesta seguirte el ritmo.

—¿Y qué culpa tengo yo de que el Altísimo te haya hecho con las patas tan cortas, chaparra? Y no hables así de mi señor, que está furibundo porque en realidad esconde una pena de amor.

—¡Oh! ¿Entonces sí es cierto que tu señor tiene un corazón?

—Qué bajita tan irrespetuosa. Pues claro que tiene un corazón, tonto. Está muy enamorado de una preciosa mujer que se encuentra lejos, digamos que del otro lado del océano.

—¿Hablas de Adriana?

—¡Shh! Apaga ya el megáfono, Xavier —siseó Tony.

La mansión se encontraba tan silenciosa que solo se escuchaban sus pasos.

—Cuéntame. Me encantan las historias tristes de amor, y más en Navidad. —Xavier volvió a ponerse su gorrito.

—A mi señor no le gusta que ande ventilando sus penas. Si nos escucha, por tu culpa pasará la Nochebuena en medio de la nieve. ¡Blanca y jodida Navidad!

—¿Y por qué está apenado?

—Porque ama a Adriana, pero él no lo sabe. La extraña, pero no quiere reconocerlo ni ante sí mismo.

—¿Qué poeta eres! Tony, alias la Pitonisa. Él no lo sabe, pero tú sí.

—Claro que yo sé todo. Abre ya ese armario y busca la gorra negra de ceremonia. Yo me fijaré dónde diablos están los benditos cordones amarillos. Date prisa porque si hay algo que no le sobra a Su Alteza, es paciencia —dijo Tony abriendo las puertas de un placard.

Los cordones amarillos a los que se refería el asistente eran el distintivo que terminaría de engalantar el atuendo del príncipe: significaban el grado mayor de capitán del regimiento al que pertenecía.

—¿A qué gorra te refieres? Aquí hay un montón.

Tony se agarró la cabeza, su amigo estaba desordenándolo todo. Si su señor veía eso, con lo meticuloso que era, les arrancaría la piel a tiras.

—¡Deja eso ya, chaparra! Por mi San Jorge querido, en todo debo estar yo.

Encontraron la gorra que iba con el uniforme del príncipe y fueron al encuentro de Henry, quién sonreía de un modo especial. Tenía el teléfono en la mano y le estaba mandando un audio a Adriana a través de WhatsApp.

—Adrienne, *mi carissima*. En dos minutos haremos una video llamada.

Tony se encargó de ubicar los cordones amarillos sobre el traje militar de su señor, acomodando un tramo sobre el hombro y el otro extremo por debajo del brazo. El otro tramo del cordón terminaba justo por encima de la banda roja que llevaba en la cintura.

—Se lo ve espléndido —dijo Xavier maravillado, y le tendió la gorra negra que iba con el uniforme.

—¡Igualado, estás hablándole a la realeza! —lo reprendió Tony.

—Gracias, Xavier —dijo Henry sin dejar de sonreír, y volcó la mirada en la pantalla de su teléfono. Justo antes de llamar a Adriana, se percató de que no estaba solo.

—No entiendo por qué siguen aquí.

—De acuerdo, mi señor. Nos retiramos. —Tony hizo una reverencia y tomó al *coiffeur* del brazo—. Petisa, a empolvarnos la nariz.

Se retiraron, cerrando la puerta, y Henry se acomodó en el sofá. Presionó «llamar» y apareció el rostro sonriente de Adrienne, su *carissima*. Del otro lado del océano, en Buenos Aires, era pleno verano. Adriana llevaba su largo y negrísimo cabello atado hacia atrás de manera elegante. Con su rebelde flequillo nada pudo hacer.

—Hola, Adrienne.

—¡Hola, principito! —Adriana tiró un beso y sonrió, lo más que le gustaba de ella era su intensidad, aquel desparpajo—. Estás súper elegante, ese traje te queda muy bien. ¿Te vas ya a ver a tu abuela?

—Sí, hermosa. Pero no quería dejar de desearte feliz Navidad. Me encantaría que estés aquí conmigo.

—Ay, Hen. Hace tanto calor aquí que con tus palabras me voy a terminar de derretir. —Adriana se abanicó con una mano y le guiñó un ojo.

—Ya arreglaré todo para vernos, y será aún más especial que la vez anterior en París. Te llenaré de besos.

—Basta, principito. Veremos quién come a besos a quién —la frase de Adriana arrancó una carcajada al príncipe. Era imposible permanecer inmovible a su belleza, a aquella frescura.

—Basta tú de provocarme, lograrás que organice un viaje para mañana mismo.

—Ese principito tan loco.

Se miraron con intensidad, los ojos azules de Henry se fundieron en la mirada café de Adriana. Ella, una plebeya sudamericana; él, un príncipe inglés. Nieve en Londres y calor en Buenos Aires. Un océano los separaba, pero se sentían muy cerca, tan cerca uno del otro pese a las distancias, la diferencia de clases sociales y del estatus. Se dijeron todo sin necesidad de hablar.

—Debo irme ahora, te llamaré mañana. Feliz Navidad, Adrienne.

—Feliz Navidad, mi principito hermoso. Muchos, muchos besos.

Del otro lado de la puerta, Xavier y Tony no perdieron detalle de la conversación y suspiraron conmovidos mientras se tomaban de las manos. Xavier fue el primero en soltarse.

—Agg, qué melosa eres. Ya déjame.

—El pegajoso eres tú. ¿No reconoces ahora que tengo razón, que se aman?

—¡Ay, y con tantísima pasión! Ardía WhatsApp con la conversación de aquellos dos. De puro milagro que no se les prendieron fuego los teléfonos —dijo Xavier, y junto a Tony lanzaron una risita.

Los personajes de este relato pertenecen a la novela *Rebelde & real*, que se publicará en el sello el próximo año.

<https://www.facebook.com/mariajose.avendano.7>

Bajo la luz de la luna

Marian Arpa

La exposición estaba siendo un éxito. No paraban de entrar personas en el local que el ayuntamiento había habilitado para Ana Cubero, fotógrafa de renombre en Segovia. El propósito de aquella muestra era recaudar dinero para los niños desfavorecidos. Y, por lo que le había dicho el encargado de ventas, las fotografías se estaban vendiendo como churros.

Oscar Castañeda era el concejal de cultura, y, cuando llegó al acontecimiento, se presentó a Ana. Los dos se estrecharon la mano, ya se conocían de las veces que ella había ido al ayuntamiento para organizar el evento, y ella se ofreció a guiarlo por las salas donde estaban expuestas sus fotografías. Él, que era muy aficionado a ese arte, le hacía preguntas sobre todo lo que veía, del objetivo usado, de los filtros, de la velocidad... Ana se dio cuenta de que hablaba en propiedad y se le pasó el tiempo volando.

—Son unas instantáneas impresionantes. Has sabido captar la esencia de nuestra ciudad, las personas retratadas parecen que vayan a salirse de la foto y decirnos algo de un momento a otro.

—Me halaga, señor...

—Por favor, llámame Oscar —la interrumpió él—. Ni en el ayuntamiento me llaman señor, es más, cuando algún ciudadano lo hace, me doy la vuelta para ver con quién habla.

Los dos sonrieron ante el comentario.

¡Qué sonrisa tan bonita que tenía ese hombre! Ana fantaseó con capturarla a través de su objetivo.

Él se percató de su extraña mirada, pero antes de que se decidiera a preguntar, ella habló.

—Está bien, Oscar, el secreto es ir siempre con la cámara al hombro. Lo que yo hago es plasmar el momento, no hay dos iguales. Por ejemplo, la expresión que se les dibuja en la cara a los turistas la primera vez que ven el acueducto, la manera de cogerse de la mano de dos ancianos que han pasado la vida juntos, la mirada pícara de unos niños cuando hacen alguna travesura...

Estaban observando todo lo que ella le estaba diciendo en diversos rincones de Segovia, con el acueducto de fondo, en otras se veía el Alcázar, incluso la casa de los pinchos con dos jovencitos que, sentados contra el muro, se comían un bocadillo y se reían.

—¿Vas siempre con la cámara?

—Oh, sí. Podría hacer muchas exposiciones con distintas temáticas.

Habían llegado a la sala donde habían expuesto las fotos de Kenia.

—Y esto, ¿dónde es?

—Kenia, hice un viaje con mis amigas cuando terminé la carrera, es fascinante.

A Oscar le gustaba aquella mujer menuda que hablaba con tanta pasión de su profesión. Los comentarios eran acompañados por movimientos de las manos y de sus rizos rubios; sus ojos verdes eran muy expresivos y le contagiaba su entusiasmo. Se la veía enérgica, y le encantaba su efervescencia.

El encargado les dijo que era hora de cerrar, y él deseaba seguir con aquella mujer.

—Me gustaría invitarte a cenar y seguimos hablando.

La sorpresa se pintó en los ojos verdes de Ana, y él se vio obligado a decir:

—Me encantaría saber más de esas exposiciones que podría hacer.

Ana no era tonta, a ese hombre le podían gustar sus instantáneas, pero también había visto las miradas que le dirigía, como si se la quisiera comer con esos impresionantes ojos negros. ¿Cómo iba a negarse a una invitación de un hombre tan atractivo? Era alto como un jugador de baloncesto, tenía el cuerpo atlético, como si en verdad lo fuera, debía acordarse de preguntárselo en algún momento de la noche. Su voz profunda penetraba en su piel haciéndole sentir cosquillas en los lugares más insospechados.

Él la miraba esperando su respuesta.

—Claro que sí, me muero de hambre —dijo ella con picardía, y él soltó una carcajada.

Ana, ese día se había vestido para la ocasión, dejó sus habituales vaqueros y se puso unos pitillos negros con una camisa blanca con el cuello levantado. Un fular rojo y unos *stilletos* completaban su atuendo.

Oscar conducía un Lexus impresionante, le abrió galantemente la puerta para que ella se acomodara y él subió tras el volante. Bajó el volumen de la música que sonaba a todo trapo y Ana vio que salía de la ciudad.

—¿Dónde vamos? —preguntó curiosa.

—Deja que te sorprenda, ¿llevas la cámara? —por su tono de voz supo que estaba bromeando.

—Desde luego, ¿no la has visto? La llevo camuflada en uno de los botones de mi camisa.

La carcajada fue instantánea, y se le contagió a Ana.

Oscar aparcó el coche frente al restaurante La Postal, Ana había oído hablar del lugar, pero no había estado nunca. Él pasó la mano por su cintura y la guio hacia un vagón de tren, que habían convertido en comedor. El entorno era bucólico, las estrellas brillaban sobre sus cabezas y al fondo tenían una visión estupenda de Segovia.

—Es fantástico —exclamó Ana.

Él sonrió, había acertado al llevarla allí.

Cuando les llevaron la carta, Oscar le preguntó si le apetecía un menú degustación, a lo que ella asintió encantada. Durante toda la cena, fue ella la que llevó el peso de la conversación, quería saber todo de ese hombre tan apuesto que tenía sentado en frente, que la miraba como si ella fuera

el postre y le sonreía endemoniadamente.

La botella de vino que se bebieron y los deliciosos platos colaboraron en soltar la lengua de Ana, que no estaba acostumbrada de esos excesos a la hora de cenar. Al tomar café, tenía la risa tonta.

Oscar la veía maravillosa, lo había cautivado hacía días, en una ocasión que chocaron en el ayuntamiento, al girar un pasillo. Ella iba deprisa y se estampó contra su pecho, luego se deshizo en disculpas, mientras él era consciente del aroma que ella desprendía y de esos impresionantes ojos verdes que le estaban llegando al alma.

Cuando salieron del vagón de tren, él insistió en pasear por los alrededores. Le pasó un brazo sobre los hombros y ella levantó la mirada hacia el cielo, donde la luna llena lo bañaba todo con su manto de plata.

—Es maravilloso —dijo bajito, como si no quisiera romper el hechizo que parecía envolverlos.

Él estaba fascinado por esa mujer que, en las pocas horas que llevaban juntos, le hizo darse cuenta de que no apreciaba suficiente lo que lo rodeaba. Ana le habló de las pequeñas cosas que la hacían feliz, como salir un día de lluvia con la cámara y fotografiar las gotas de agua prendidas en las flores de los jardines; a la gente apresurada bajo su paraguas en medio de la plaza mayor. Le gustaba tomarse un chocolate caliente tras la ventana de una cafetería, viendo a la gente, observando y charlando con el camarero. No buscaba riqueza, eso lo había dejado claro cuando organizó esa exposición donde todas las ganancias irían a parar a los niños desfavorecidos. Era feliz con lo que le daba su negocio, trabajando en lo que más le gustaba.

Un silencio cómodo se instaló entre los dos mientras contemplaban las estrellas. Y él se preguntaba si algún día podría ver el mundo como ella, con aquella ilusión. Sobresaltado, se dio cuenta de que, justo en ese mismo instante, nada le importaba más que el momento; la trascendencia de lo que estaba viviendo le originó un estremecimiento.

—¿Tienes frío? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

—No, me estoy dando cuenta de que a tu lado...

—¿Qué?

—Haces que todo sea especial.

—No entiendo.

Ana vio en los ojos negros que ya no la miraba con hambre, había algo más en esos iris profundos y luminosos.

—En pocas horas me has hecho ver lo que es la felicidad.

Ella sonrió, y él se quedó prendido de aquella expresión. Se notaba que reía con frecuencia, no había artilugios en el brillo de esas maravillosas pupilas.

—¿No lo sabías?

—Nunca he estado con la mujer apropiada —susurró.

La boca de Ana se abrió por la sorpresa de lo que había escuchado. Nunca habría esperado oír

una confesión semejante de labios de un hombre como él. Se imaginaba que no era un santo, ningún tipo con su atractivo lo era. Ella tampoco se consideraba como tal, pero aquellas palabras en aquel tono tan íntimo...

—¿Qué quieres decir?

A Oscar no se le daba bien la retórica en momentos como ese, así que pasó a demostrárselo. Se inclinó y la besó suavemente en los labios. Como era tan alto, su brazo le apretó la cintura y la subió para que sus ojos quedaran a su misma altura.

—Quiero decir que me gustaría conocerte mejor, que nunca... y digo nunca, me había encontrado con una mujer como tú. No tratas de llenar silencios, simplemente porque no los hay. Eres inteligente, generosa y muy... —Ella lo miraba como si se hubiese vuelto loco—. Muy bella. Eres feliz y haces que los que te rodean también lo sean. Me encantaría que me enseñaras a vivir la vida con esa sencillez que he descubierto que posees a manos llenas.

Ana no podía negar que aquel hombre le gustaba, lo conocía muy poco y debía ser cauta, no quería que la engatusara con bonitas palabras.

Estaban tan cerca el uno del otro que el aliento de él le acariciaba el rostro, supuso que esperando una respuesta de su parte.

—No voy a decirte que me gustas, porque tú sabes que las mujeres babea detrás de ti.

Aquella expresión lo hizo sonreír por su acierto.

—¿Y a ti también?

—¡Hombre presumido!

Oscar sonrió, pero solo fue un segundo, pues ella le pasó sus manos por la nuca, y lo besó como si no hubiese un mañana. Diciéndole sin palabras que no era inmune a sus encantos, sin embargo, terminó el beso abruptamente.

—Solo si aceptas que nos conozcamos poco a poco. —Por la mirada en que había hablado, él supo que no se fiaba.

—Es lo que quiero, contigo no deseo un rápido revolcón.

Aquella declaración le valió por un beso apasionado que ella parecía no querer que terminara nunca. Sus dedos le acariciaban la nuca y lo hacían estremecer de arriba abajo. Y supo que allí, bajo la luz de la luna, su vida acababa de dar un giro extraordinario.

Ana es personaje secundario de *Te quiero en mi vida*.

<https://www.megustaleer.com/autor/marian-arpa/>

<https://www.facebook.com/marianarpa.escritora/>

Alguien nuevo por Navidad

Marion S. Lee

La puerta del dormitorio se abrió de improviso y golpeó la pared con tanta fuerza que Frank dio un respingo bajo el edredón. Levantó la cabeza de la almohada como si lo hubiesen pinchado con una aguja, a tiempo de ver cómo un exaltado Tucker entraba como un huracán y se subía a la cama con la misma agilidad que lo haría Blue, la gata de Ali.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Levantaos ya! —exclamó mientras saltaba entre ellos—. ¡Ha llegado Papá Noel!

Se pasó una mano por la cara y exhaló con fuerza.

—¡Por Dios, Tucker! ¡Casi se me sale el corazón por la boca!

—¡Pero levantaos ya! ¡Queremos abrir los regalos!

Antes de que pudiera contestarle, el niño, con la misma rapidez que había llegado, desapareció.

Dejando escapar un largo bufido, volvió a cerrar los ojos y se dejó caer hacia atrás.

—¿Quién era? —A su lado Ali, aún medio dormida, se incorporó sobre los codos. El pelo revuelto le ocultaba casi todo el rostro.

—Tucker.

—¿Qué quería? —preguntó ella con voz pastosa.

—Que nos levantemos.

—¿Para qué?

Con toda la ternura de la que era capaz, le retiró algunos mechones de su pelirroja melena y le acarició una mejilla.

—Porque quieren abrir los regalos. —La vio alzar una ceja, como si no supiera de qué estaba hablando—. Es Navidad, ¿recuerdas?

Ali torció el gesto, con ese gracioso mohín tan característico en ella cuando pensaba. Aun recién despierta, estaba preciosa. Ella asintió con pesadez y dejó escapar un gemido.

—Es verdad, pero apenas he pegado ojo. Si al menos me hubieses dejado dormir antes de ir a atender a la vaca de Andy.

Se acercó a ella y le rodeó la cintura con el brazo para atraerla hacia él y esconder la nariz en el hueco de su cuello.

—Yo no sabía que esa vaca se iba a poner de parto —susurró cerca de su oreja.

Notó cómo ella se estremecía e inclinaba más la cabeza para ofrecerle un poco más de piel, que él besó de inmediato.

—Ni yo sabía que, apenas me eché a dormir, el ternero iba a tener prisa por salir —rezongó, girándose entre sus brazos.

—Podías haberle dicho a Charlie que fuera él a atenderla.

Ella chascó la lengua.

—Sabes que tengo algo especial con esa vaca, Frank. Yo la traje al mundo cuando aún ni vivíamos aquí. —Era cierto. Se acordaba a la perfección de aquel momento, el primer día de visita de Ali a Clarendon, y de cómo ella se desvivió para que la ternera naciera sana y salva.

—Lo sé.

Ali buscó sus labios.

—Feliz Navidad, Frank.

Antes de que pudiera rozar su boca, las voces de sus hijos hicieron que se separara de ella. Un segundo después, Tucker, acompañado en esa ocasión de Natasha, su hija de cuatro años, saltaban a la cama.

—¡Queremos abrir los regalos! —recreminó Nat.

—¡Levantaos y dejad de daros besos! —añadió Tucker con una enorme sonrisa.

A su lado de la cama apareció la benjamina, Katerina. A ella, que aún no había cumplido los dos años, le resultaba más difícil que a sus hermanos trepar sobre el colchón. Si no fuera así, recapacitó divertido, no tenía ninguna duda de que ya lo habría hecho. La niña tiró del edredón y alzó sus bracitos.

—¡Coge!

—Bien, no vamos a tener más remedio que levantarnos. —Le dio a Ali un beso rápido, se giró hacia su hija y la aupó con energía—. ¡Ven aquí, señorita! ¿Qué es lo que quieres? ¿Abrir tus regalos?

—¡Sí, sí! —gritaron los tres al unísono. Nat saltó a sus brazos desde la cama y él se apresuró a cogerla en volandas.

—Está bien, vayamos a abrirlos ¡Qué remedio! —rezongó Ali con algo de teatro.

Él sabía a la perfección cuánto le gustaba a su mujer el día de Navidad. Su malestar era pura fachada. Ella tendió una mano a su hijo mayor y él la aceptó para sacarla de debajo de las sábanas.

Tan pronto entraron en el salón, los niños corrieron hacia el árbol de navidad. Lo habían dejado encendido toda la noche y alumbraba toda la estancia con sus cálidas luces. Ali se había esmerado en decorarlo con brillantes guirnaldas de colores y un montón de adornos, aunque a él, lo que más le gustaba eran las últimas ramas, las que estaban más cercanas al suelo. En ellas, los pequeños habían colgado algunos de sus juguetes. Así, superhéroes, muñecas y animalitos de plástico pendían de manera precaria, atados por el cuello.

Los papeles con los que estaban envueltos los regalos comenzaron a volar por los aires. Sus

hijos, con enormes sonrisas dibujadas en sus caritas, no tuvieron ningún problema en desgarrarlos con energía, incluida Katerina, que imitaba cada movimiento de sus hermanos mayores.

La habitación se llenó de gritos de júbilo al abrirse las primeras cajas y descubrir los juguetes que Ali y él habían comprado para ellos con tanta ilusión. Tucker y Nat estaban entusiasmados con los patines de tres ruedas y Katerina trataba de ponerse un disfraz de Súper Mario ella sola.

—¿Quieres un café? —le preguntó Ali tras darle un beso en la mejilla.

—Sí, por favor.

—Papá —Tucker llamó su atención—. ¿Dónde está Pepper? Santa también se ha acordado de él.

Extrañado ante la ausencia de su perro, giró sobre sí mismo.

—¿Pepper? —lo llamó—. Colega, ¿dónde estás metido?

Ali salió de la cocina, secándose las manos.

—Estará en el cuarto de Nat y Kate, durmiendo con Blue. Voy a ver.

Unos segundos después, su mujer regresaba con cara de extrañeza.

—No está con la gata —anunció nada más llegar junto a él.

Era muy raro. Pepper adoraba a los niños; le encantaba jugar con ellos y siempre los estaba rondando, por si se les caía un trozo de bocadillo o cualquier otra chuchería que llevaran en las manos. Ali se lo tenía prohibido, por supuesto, pero el animal se ganaba el beneplácito de su ama ofreciéndole un meneo de rabo y un lametón cariñoso en cuanto ella se le ponía delante.

Sin pensarlo, él fue hasta el perchero y cogió el anorak.

—Voy contigo —oyó decir a Ali a su espalda.

—Tucker, no hagáis locuras. Mamá y yo salimos un momento.

Como si le estuviera dando la razón como a los locos, el chiquillo asintió varias veces sin tan siquiera mirarlo.

Seguido de Ali, salieron al porche. La mañana estaba fría y pequeñas volutas de vaho se condensaron ante su rostro al dejar escapar el aire por la boca. Se arrebujó en su abrigo y oteó a su alrededor.

—¿Dónde estará metido? —preguntó más para sí que para que Ali le contestara.

—Es extraño que no esté en casa —contestó ella—. Nunca pasa una noche fuera.

Aunque sabía a la perfección que el perro sabía cuidarse solo, no podía evitar sentir que la preocupación por él le encogiera el estómago y lo apretara sin piedad. Pepper era uno más de la familia, su perro desde que lo encontró vagando por las calles de Newburyport, cuando todavía vivían allí. Aún no tenía muy claro quién había adoptado a quién.

Ali bajó los escalones de la entrada.

—¡Pepper! ¡Pepper!

Algo parecido a un bufido les llegó desde la parte más alejada del porche. Ambos se giraron a la vez, pero Ali pasó por delante antes de que él se encaminara hacia el lugar. Cuando llegaron hasta el banco de madera que había allí, se agacharon. Debajo, los ojos color chocolate de su

perro les dieron la bienvenida.

Sintiéndose más tranquilo, se puso de rodillas.

—¡Eh, colega! ¿Qué haces que no estás dentro? ¿Has pasado la noche aquí fuera?

El animal ladró de nuevo en respuesta.

—Venga, sal de ahí y vamos para casa.

—Frank, espera. —Antes de que él pudiera hacer nada, Ali apuntó hacia el fondo con un dedo —. Mira.

Como respuesta a la petición de su mujer, agudizó la vista. Aunque la claridad de la mañana aún no era suficiente para iluminar bien el espacio que quedaba debajo del banco, pudo atisbar un bulto peludo muy pegado a Pepper. Tanto que en su primera ojeada le había pasado desapercibido por completo. El color del pelaje parecía oscuro y, lo que quiera que fuese, no le mostraba la cara. Ali metió la mano con cuidado y la colocó delante del morro de su perro.

—Ven aquí, Pepper, y déjanos ver a quién tienes ahí.

Obediente, el animal salió casi a rastras y ambos pudieron ver a la perfección la pequeña bola de pelo que Pepper había estado protegiendo. Muy despacio, Ali estiró el brazo y, con toda la delicadeza de la que era capaz, tomó al animalillo. Era un cachorrito, de orejas puntiagudas y ojillos vivaces. Lo acurrucó entre sus brazos y este alzó el hocico hacia ella para lamerle la nariz.

—No tiene más de tres o cuatro meses —le dijo sin levantar la mirada.

Él se agachó ante su perro, que aguardaba a que le dijera algo mientras barría el suelo con el rabo.

—Estaba solo por ahí, ¿no es cierto? Y lo has traído a casa para que lo cuidemos.

Como si lo hubiese entendido, Pepper ladró. Ali y él sonrieron.

—Eres consciente de que si entra ahí los niños no van a dejar que se vaya, ¿verdad? —comentó Ali.

Eso era algo que él ya sabía sin que ella se lo dijera.

—Lo sé —respondió mientras acariciaba la cabeza de Pepper.

—Me hace recordar el día en que os vi en aquella tienda de animales.

Él asintió sin dudar.

—Sí. Lo había encontrado el día anterior y ya había decidido que se quedaría conmigo.

—Bueno, pues ahora él nos ha traído a un nuevo miembro a la familia. Porque no vamos a echarlo a la calle, ¿no?

—Por supuesto que no —aseguró. Acarició al cachorro entre las orejas y este buscó su tacto, visiblemente complacido—. Bueno, pequeñajo, bienvenido a casa, y feliz Navidad.

Agachándose, se apostó ante su querida mascota. Con un gesto enérgico y una sonrisa de satisfacción dibujada en su rostro, le rascó en el cuello.

—Feliz Navidad para ti también, Pepper, Y ahora, vamos dentro, que tus regalos están esperando.

Frank y Ali —y Pepper— son los personajes protagonistas de *Hasta que tú llegaste*, primera parte de la bilogía *Entonces tú*.

<https://www.facebook.com/MarionSLee.escritora>

Un regalo de mi ángel de la guarda

Mavi Tomé

París, 25 de diciembre de 1615

Las campanas de Nôtre Dame comenzaron a tañer su canción, haciendo que los pocos pájaros que habían decidido pasar el invierno en París alzasen el vuelo con el batir asustado de sus alas. Las voces de los comerciantes eran tan solo un recuerdo de los pasados días en que el buen tiempo y las sonrisas se adueñaban de las calles. El sol, oculto tras grisáceos nubarrones, parecía haber perdido algo del brillo con el que dotaba a la que, siglos después, sería conocida como la Ciudad de la Luz. Los pocos rayos que se colaban entre los altos cúmulos, acariciaban con timidez las moradas de la capital. También los tejados del Louvre, cuya azulada apariencia se veía parcialmente oculta tras un suave manto blanco que había caído la víspera.

Y es que era la morada de los reyes de Francia, tan egregia, la construcción que sobresalía sobre todas las demás. Separada del resto de la ciudad por una gran verja de forja, parecía dejar patente dónde quedaba el límite entre clases. El pueblo llano paseaba por los alrededores, envuelto en chales y toscas bufandas de lana, suspirando e imaginando la vida en aquella morada. Toda la magnificencia del palacio, tan luminoso y colorido en primavera, tan lleno de vida y de flores multicolores; toda esa grandeza parecía hibernar tras una fría capa de hielo y nieve que ocultaba setos, senderos y jardines. Incluso el agua de las fuentes se había congelado no solo en sus pilas, sino también en sus cantarines chorros, que evocaban figuras imaginarias, frío y helado recuerdo de sus últimas cabriolas. Parecía que los únicos habitantes eran los jardineros y el personal de servicio que se afanaban en despejar los caminos con palas y carretillas. Algunos silbaban canciones populares, llevándose por ello alguna reprimenda por parte del capataz y las risas cómplices de los compañeros, que los seguían en su tonada.

De pronto, una carcajada fresca y juvenil. Una algarabía de risas. Un remolino de sedas, pieles y ribetes de armiño, guantes de gamuza y caperuzas de colores.

Ana de Austria, apenas llegada a la Corte hacía pocos meses, salió atropelladamente al jardín, acompañada por sus damas españolas. Lejano era aún el día en que estaría rodeada por francesas, lejano era el día en que sus alocadas carreras por pasillos y corredores le depararían un destino funesto. En aquel entonces no tenía más de catorce años y, a pesar de su juventud, ya era una mujer

en toda la extensión de la palabra. Una preciosa joven rubia, de ojos azules y labios gruesos, herencia de su sangre Habsburgo. Lucía un vestido de brocado de color azul marino, abotonado hasta el cuello. Sobre sus hombros, una capa de color negro, que la resguardaba de las gélidas temperaturas de aquel mes de diciembre.

La reina iba y venía de un seto a otro, buscando restos de flores imaginarias, contemplando los carámbanos de hielo que habían quedado suspendidos de las ramas de los árboles muertos y sin hojas, aquellas lágrimas de cristal que semejaban columnas de diamante.

Una voz a sus espaldas hizo que volviera su rubia cabecita.

A corta distancia, una dama que ya pasaba de los treinta, ataviada con ropajes oscuros, la llamó al orden, recordándole su condición de reina. Junto a la mujer, una muchacha de su edad las seguía a corta distancia. Cubría sus largos cabellos castaños con una capa de color granate que apenas dejaba entrever su vestido de color teja. Hundió su mirada en el libro que portaba en las manos y que parecía atraer toda su atención. Nada parecía interesarle, si bien no hacía más que velar por esa niña que era su señora. Aurora, la llamaban.

Ana de Austria sonrió. Esas dos damas eran todo lo que le quedaba de su pasada niñez en las Españas.

Comenzó a nevar...

Una de sus blancas manos emergió de entre los pliegues de su capa de piel de zorro, alzando la palma al cielo. Trataba de coger uno de aquellos minúsculos copos que las nubes estaban descargando sobre la ciudad, blanqueando los tejados de pizarra azul del Louvre. Sintió cómo un escalofrío azotaba sus miembros al sentir el contacto de la nieve en su piel. Sonrió. De niña, la nieve también caía sobre la Villa de Madrid, y sus hermanos y ella solían jugar a tirarse bolas o a hacer muñecos en los jardines del Alcázar. Muy lejos parecían ya aquellos días a pesar de que llevara algunas semanas en Francia y que pronto se sentiría más francesa que española. Tal era la educación recibida por las infantas españolas: su corazón debía ir parejo a su cargo.

Un crujido tras ella atrajo su atención. Observó cómo el sauce llorón había formado una especie de cabaña blanca que emergía en mitad del jardín helado. Su mente romántica imaginó la cantidad de besos que mil enamorados debieron compartir bajo sus ramas. Lentamente, separó las ramas heladas del árbol y se introdujo en la improvisada habitación formada por aquella pared natural. El brillo del sol entre las congeladas hojas iluminaba la cavidad y sus reflejos simulaban estremitas que titilaban. Parecía como si hubiera pasado a otro mundo, a otra dimensión donde la magia y los milagros eran posibles.

Otro ruido. Volvió la cabeza.

Allí, una figura ataviada con ropajes negros la contemplaba. Permanecía erguido, con el rostro oculto tras un antifaz y su cuerpo envuelto en una capa negra. Lucía guantes y botas altas de piel. Del cinturón, colgaban dos espadas: una corta y otra larga. Nada decían sus labios. Nada expresaba su rostro.

La reina sonrió y se aproximó a él lentamente. Nerviosa, retorció sus dedos enguantados.

—No os esperaba... —confesó ella.

Ni una palabra.

Ella giró sobre sí misma, alzando ambas manos sobre su cabeza, bailando bajo los rayos del sol que penetraban en su escondite.

El desconocido observaba cómo la reina bailaba, cómo sus manos ejecutaban cabriolas, cómo sus ojos celestes relucían con tonalidades sobrenaturales. Sabía que lo estaba mirando. Sabía que danzaba para él. Siempre fue así. En las Españas, Ana siempre bailaba para los que eran más queridos para ella, para los que le daban cariño y protección. No era raro que tomara de la mano a su hermano mayor, el futuro Felipe IV, y ambos ejecutaran una danza en los jardines; tampoco era extraño que otras veces eligiera a Aurora, su menina, como compañera de baile, aunque esta se enfadara con su señora, argumentándole que se le daba mejor estudiar a bailar. Ana siempre fue una niña feliz, una niña cuya jugosa boca estaba presta a la risa; y, pese a todo, en aquellas semanas en Francia, sus ojos habían llorado más que en toda su corta existencia.

Volvió a mirarla. Unas tímidas lágrimas comenzaron a empapar las largas pestañas rubias de la soberana de Francia, que giraba sobre sí misma cada vez más rápido, con peligro de caerse.

El embozado corrió junto a ella y la tomó en sus brazos, abrazándole el talle.

Sintió en su cuello el aliento cálido de Ana de Austria, el movimiento de su pecho subiendo y bajando, los latidos apresurados de su corazón.

Al separarse, sus miradas se encontraron. Ella sonreía.

—Siempre estáis cuando más os necesito... —dijo ella, enjugándose los ojos con discreción.

Él quiso hablar, pero ella apoyó un dedo en sus labios, forzándolo al silencio. A lo lejos, la voz de Aurora rogándole prudencia entre susurros.

—¡Qué difícil va a ser para mí esta noche! ¡Qué diferente de las Españas! —se quejó la joven reina—. Allá, cenábamos en familia y luego escuchábamos misa. Aquí, cena, misa y baile.

—Los Borbones son asiduos a los bailes, majestad. Eso ya lo sabíais —dijo él. Su voz, ni grave, ni aguda. Una voz propia de un adolescente.

—Lo sé, pero echo de menos mi tierra, mi familia...

Un deje de melancolía se dejó oír en su voz de niña. Entonces, él extrajo algo de entre los pliegues de su capa. Una flor blanca, con forma de estrella. Una flor que aún conservaba parte de la tersura, de la lozanía de los primeros brotes; parte del color y del rocío de la mañana. Sus pétalos se abrían en todas direcciones, formando una estrella de corazón dorado.

Los ojos celestes de Ana de Austria quedaron fijos en la planta que sostenían las manos enguantadas del joven. La llamaban edelweiss en los países germanos; en las Españas, era la flor de los Pirineos. Nacía en las escarpadas cumbres de las montañas, en lugares de difícil acceso, casi oculta por la nieve.

Con manos temblorosas, sostuvo el tallo que el enmascarado le tendió.

—Mi regalo de Navidad —dijo él, a guisa de explicación.

Ella sonrió y le acarició la mejilla con dulzura.

—Agradezco que me hayáis traído este trocito de mi tierra. Os ha debido costar encontrarla...
Él alzó la mano y acarició la de la reina.

—Nada cuesta demasiado si es por ver una sonrisa en el rostro de mi reina —dijo él.

La reina sonrió.

La voz de su menina Aurora volvió a dejarse oír. Debían irse. Pronto caería el sol y tendrían que prepararse para los festejos navideños. La Habsburgo suspiró.

—Debéis iros —dijo él—. Os esperan.

—¿Estaréis cerca? —preguntó ella.

—Sabéis que siempre os cuidaré, mi señora.

Una nueva sonrisa aleteó en los labios gruesos de la reina niña, cuyos ojos se fijaron en los iris oscuros del joven.

—Gracias por vuestro regalo, Philippe —dijo—. Aunque el mayor regalo que pudieron hacerme, fue convertiros en mi ángel de la guarda.

Y, veloz, desapareció tras las ramas de cristal del sauce, volviendo al mundo real; a aquel mundo que, si por ella hubiera sido, jamás hubiera elegido.

—Y mi mayor regalo es vivir a vuestro lado amándoos, Ana María.

Y, tan misteriosamente como había aparecido, Philippe desapareció entre las sombras.

Ana de Austria y Philippe son personajes que podréis encontrar en la bilogía *La Menina y el Mosquetero*, compuestas por *La Menina del Louvre* y *El Mosquetero del Alcázar*.

<https://www.facebook.com/mavitomeautora/>

Volver a verte por Navidad

Maya Moon

La bocanada de aire frío le heló el pecho al tiempo que le provocó la tan deseada sensación de alivio. Había sido una dura jornada de trabajo, en esas fechas próximas a la Navidad siempre lo era. Además de la iluminación propia de la época, que en Nueva York roza lo esperpéntico, el otro indicio de que se aproximaban las fiestas era ver las tiendas llenas de gente comprando regalos y el bullicio de las calles. Exhaló el aire de golpe y por fin se atrevió a bajar la pequeña rampa que conducía a la calle y se mezcló con la multitud.

Hacía un frío gélido, prueba inequívoca de que iba a nevar, como siempre en esa época. Ya se había acostumbrado al clima, pero los mocasines que formaban parte de su uniforme, que cubrían unos pies dentro de unos finos calcetines negros, no eran precisamente el mejor calzado para una noche como esa. Se abrochó el abrigo gris oscuro y escondió la barbilla bajo la solapa que había levantado para ese fin pues, como de costumbre, se había dejado la bufanda en la oficina.

Dirigió sus pasos hacia el hipermercado frente al que pasaba de camino a casa. Al día siguiente, domingo, no tenía que trabajar, y su único plan consistía en levantarse tarde y no quitarse el pijama hasta el lunes, cuando ya no le quedara más remedio. Decir que la semana había sido agotadora era quedarse muy corto. Necesitaba comprar lo necesario para una noche de sábado: un buen vino, algo de picar, unos bombones y también algo para desayunar. Cogió una cesta en la entrada y siguió caminando hacia la zona de *delicatessen*, que era donde pensaba conseguir lo que había ido a buscar. ¡Qué demonios! Un día era un día y se lo había ganado a pulso, o eso gritaban sus pies. Justo al girar hacia la sección de vinos una visión lo hizo detenerse en seco. Si hubiera tenido tiempo, habría echado a correr, pero lamentablemente ya era tarde para eso. No le quedó más remedio que mantener el tipo estoicamente, viendo como el que consideraba el amor de su vida se acercaba a él con una amplia sonrisa en el rostro y un brillo familiar en la mirada.

—¡Dios mío, Fran! —dijo el joven—. No esperaba verte aquí.

—Es un hipermercado, ¿no? Tengo que comer —le espetó con su ironía habitual intentando aparentar que el encuentro no le había afectado en absoluto, cuando en realidad estaba seguro de haber oído el sonido de su alma al estrellarse contra el suelo justo en el instante en que sus miradas se cruzaron.

El joven lo miró sin dejar de sonreír.

—Es un placer ver que hay cosas que nunca cambian. Lo de que no esperaba verte lo he dicho porque suelo venir mucho por aquí y nunca te había visto.

—Será porque sabía que venías mucho por aquí.

Fran no sonreía. Se había sorprendido mucho porque si se había decidido ese día a entrar allí era porque creía que Dan se había ido de la ciudad hacía un par de semanas. Quien quisiera que le diera esta información, pagaría por ello. Estaba tan abrumado que casi no podía hablar. Dan, sin embargo, lo necesitaba.

—¿Cómo estás? Debe hacer...

—Diez meses, Dan. Hace diez meses que no nos vemos.

—Estás genial. ¿Sigues en los grandes almacenes?

—Sí. Ahora soy jefe de planta. —Carraspeó un poco.

—Vaya, me alegro muchísimo por ti. ¿Sabes algo de los demás?

—Todo sigue más o menos igual. Míriam y Jason siguen disfrutando de su bebé, Tatiana sigue en su peluquería y con su novio... El único que no está eres tú.

No había querido sonar desagradable, pero sabía que había sido así.

—Me encantaba ser vuestro amigo... Me encantaba ser tu amigo. Me gustaría charlar contigo, si tienes algún hueco.

—Ya estamos charlando —dijo Fran aparentando indiferencia, mirando hacia ambos lados, con claro gesto de incomodidad.

—Venga, Fran. Sabes lo que quiero decir. —Dan también había dejado de sonreír. Ahora lo miraba con gesto abatido. Creía que él se alegraría de verlo, pero no había sido así. En el fondo comprendía su actitud. En diez meses apenas habían intercambiado unos mensajes, y eso al principio, después ni eso.

—Está bien. ¿Quedamos mañana para tomar un café? —«Adiós a mi día de pijama», se lamentó mentalmente.

—¡Genial! —Los ojos turquesa de Dan volvieron a brillar—. ¿Donde siempre?

—Donde siempre —asintió Fran entre sorprendido y escamado.

El camino de regreso a casa se le hizo bastante más largo de lo habitual. El metro estaba abarrotado, y tuvo que hacer todo el trayecto de pie, con la bolsa de la compra bien sujeta entre las piernas.

Le había costado tanto recomponer su vida después de que Dan se marchara que ahora no quedaba en ella ningún hueco para él. No iba a mentirse a sí mismo diciéndose que ya no pensaba en el que un día consideró el amor de su vida, por supuesto que lo hacía, más que nada para preguntarse qué pudo suceder para que de la noche a la mañana lo dejara sin más explicación que la de que ya no sentía nada por él. Y dolió. ¡Dios, cómo dolió! Todo el proceso fue para él como una tragedia griega, desde que escuchó de sus labios que se marchaba hasta el día en que por fin sacó de su apartamento las cosas que había ido dejando en cada visita. Fran lloró. Lloró mucho.

Dejó de comer y, excepto por el trabajo, también dejó de salir. De no haber sido por Míriam, se habría dejado morir. Es lo que tenía vivirlo todo con la intensidad con la que él vivía la vida, que los buenos momentos eran una bendición y los malos, una desgracia irreparable.

¡Qué bonita estaba su calle adornada con las luces de Navidad! Al contrario que en el centro, había unas cuantas luces colgantes y flores de Pascua adornando las farolas.

Justo cuando se disponía a entrar a su bloque de apartamentos, tuvo la valentía de reconocer que tenía que contarle a alguien lo de su encuentro con Dan, así que soltó la bolsa en el suelo y sacó su móvil.

Al otro lado de la línea, una voz de mujer contestó sonriendo:

—¡Vaya, vaya! ¿A qué debó este honor?

Fran sonrió también, sintiendo como una caricia aquella voz cantarina que hacía semanas que no oía:

—Has sido elegida para la mejor selección de rebajas de la tienda.

Una carcajada femenina.

—¡Anda! ¿Quién lo hubiera dicho?

—¿Qué haces? —preguntó.

—¿Te refieres a ahora mismo, o a estas semanas en las que ni me has mandado un mensaje?

—Sigue así y verás cómo te cuelgo.

—Vale, vale. Pues Jason está en una cadena de televisión para unas entrevistas y la peque y yo nos hemos quedado en casa. ¿Por qué?

—Yo... —titubeó un instante— acabo de llegar a mi casa. Bueno, aún no he entrado... —De repente lo soltó—: Me he encontrado con Dan y hemos quedado para tomar un café.

La voz de Míriam sonó tan sorprendida como él esperaba:

—Pero si se había marchado de la ciudad, ¿no?

—Bueno, nena, no es un árbol. Ha vuelto. Tenía que decírselo a alguien.

—¿Quieres venir a cenar y charlamos?

—No, no, de verdad. Solo tenía que soltarlo. Te llamaré y te contaré cuando hayamos hablado.

—De acuerdo. Te quiero.

Fran lanzó un sonoro beso al teléfono, colgó y entró en su portal. En cuanto encendió la luz, vio a Dan apoyado en la barandilla de las escaleras.

—¡Joder, qué susto! —casi gritó, dejando caer la bolsa.

—Eres tan romántico... —soltó Dan echándose a reír.

—¿Qué haces aquí?

—No podía esperar. Verte me ha traído tantos recuerdos...

—No te entiendo, Dan. Fuiste tú quien se marchó. Estabas aburrido, nuestra relación ya no te llenaba, no estabas enamorado de mí.

Dan se mordió la parte interna de la mejilla antes de hablar:

—Eso era lo que creía, pero estaba equivocado. Volví a casa, estuve trabajando en la

inmobiliaria de mi padre, intenté seguir adelante solo y cada día que pasaba, más cuenta me daba de mi error. En un mes estaba tan arrepentido que quería volver a buscarte.

—Nunca me dijiste nada.

—Porque sabía cuánto daño te había hecho y que no querrías volver conmigo.

Ambos estaban peligrosamente cerca el uno del otro. Dan tomó por los brazos a Fran.

—Te he echado tanto de menos... Tus exageraciones, tu imaginación, tu forma de ver la vida... No ha habido un solo día en el que no haya pensado en ti.

—Yo no sé qué decir. No esperaba esto. Ni siquiera pensé que volvería a verte. Lo siento, no puedo —dijo dando unos pasos hacia atrás, con los ojos llenos de lágrimas.

Dan lo miró con gesto abatido, aunque lo comprendía perfectamente.

—No puedes pretender marcharte de aquella forma y volver ahora, diez meses después, como si nada hubiera pasado.

—Lo sé. Y lo siento. Dime al menos que pensarás en ello, por favor —suplicó al fin.

Fran cogió su bolsa del suelo y echó a andar camino del ascensor, notando cómo su brazo perdía por fin el contacto con la mano de Dan, que este dejó caer sintiéndose derrotado. No se atrevió a decir nada más.

La luz del portal se apagó y el reflejo verde y rojo de las luces de la calle invadió el espacio entre los dos. La puerta del ascensor se abrió y la luz volvió a encenderse. Fran se volvió con el rostro más relajado y soltó:

—No pongas esa cara. He dicho que no puedo hablar de ello ahora, no que no vaya a poder nunca.

El rostro de Dan se iluminó con una enorme sonrisa que sus ojos también reflejaron. Cuando el ascensor se cerró, salió a la calle y respiró hondo bajo la farola de la entrada. Tal vez, solo tal vez, no todo estaba perdido. Tenía por delante unos días entrañables para recuperar la confianza de Fran, y eso ya era mucho más de lo que había imaginado cuando despertó aquella mañana.

De maravilla

Mayeda Laurens

Llegó a casa de su amigo tras conseguir un día libre para viajar a España, lo que quería decir que llevaba doce meses sin ver a Álex, Daren, Raúl y Marc. Desde que compartieran la última cena de Navidad. Se conocieron en el colegio y entre ellos habían creado una especie de familia, en su caso más importante que aquella que le tocó en suerte. Y cada año sin excepción, cenaban juntos una vez en diciembre.

Llamó a la puerta, deseando que no tardaran en abrir. Álex lo recibió, sonriente, con un caluroso abrazo al que se sumaron los otros tres chicos del grupo entre expresiones de sorpresa y alegría. En el interior había tres mujeres: Laura, a la que reconoció como la novia de su amigo, por haberla visto en fotos; otra chica vestida de colores llamativos y muy dicharachera, que le presentaron como Sandra; y otra, más tímida, que rehuía su mirada y se llamaba Amaya.

Tras dejarle Álex para ir a vigilar la cena, y después de contestar a las preguntas de sus amigos, vio que Amaya estaba sentada en una esquina del sofá. Le pareció... perdida, mirando cada rincón como si buscara un hueco para huir. Quiso animarla y tomó asiento a su lado.

—Bueno... ¿Qué tal se presenta la fiesta?

—De maravilla. —Pero su mirada decía lo contrario.

—¡Me alegra oír eso! —Fingió no darse cuenta del poco entusiasmo en sus palabras—. ¿Me he perdido algo divertido?

—¡No! ¡Qué va! No hemos hecho nada del otro mundo. —Notó el apuro de ella al caer en lo contradictorio de sus comentarios—. Quiero decir que, aunque no hemos hecho más que charlar y eso, el ambiente es muy... animado. Estamos todos muy... contentos y... sí, la música es... una maravilla, la casa es una maravilla también y tus amigos son... una maravilla. —Terminó su discurso con una sonrisa triunfal, como si hubiera conseguido escapar de una complicada pregunta.

Al oírlo, Álex rio.

—Vaya, entonces sí, nos espera una noche... de maravilla.

Supo que Amaya se arrepentía de no haber pensado más sus frases.

—Ay, Dios —dijo, mientras se tapaba la cara con las manos—. Estoy haciendo el ridículo, ¿verdad? No se me da muy bien hablar con desconocidos...

—Eso podemos solucionarlo. —Lucas deseaba que se relajara y se prometió que lo conseguiría—. Es sencillo, te contaré algunas cosas de mí y tú podrás hacer lo mismo. Así, pasado un ratito, sabremos algo más del otro.

Amaya no dijo nada, pero tampoco rechazó su oferta. Lucas, al ver que se llevaba una copa a los labios, preguntó:

—¿Qué tomas?

—Ron miel. No me gusta mucho el alcohol, pero esto es muy dulce y sabe... —Iba a decir «de maravilla» pero se mordió el labio en el último momento, y añadió todo lo deprisa que pudo para que él no lo notase—: muy bien.

Lucas tuvo claro que había cambiado de palabra para definir su bebida, pero optó por obviarlo, pues no quería agravar su malestar.

—¿Te importa que yo también lo beba?

—¡No, no! Claro que no. De todos los que estamos aquí, Laura es la única que comparte mi gusto en esto, aunque desde que se nos fue de las manos la última vez se ha pasado al ron solo. Sin miel, quiero decir. No es que beba ron sin hielo, a palo seco, qué va...

—Sí, sí, te entiendo, tranquila.

Lucas intuyó que esa noche se reiría muchísimo, la chica le caía bien, y para demostrarle que podía confiar en él, la obsequió con su mejor sonrisa de niño bueno y se preparó para iniciar una agradable charla.

—Entonces, veamos... —No tenía claro por dónde comenzar, y aprovechó mientras se preparaba una copa para ordenar sus ideas—. Me llamo Lucas, tengo treinta y cinco años y soy arquitecto.

Ella pareció entender y siguió su juego.

—Bien... —Mostró una sonrisa nerviosa que, tal y como Lucas percibió, no llegó a sus ojos—. Soy Amaya, tengo treinta y tres y dirijo, con Laura, un proyecto educativo piloto que ha comenzado a aplicarse en un instituto de Madrid.

Según calló, dio un pequeño trago a su copa.

—Ah, ah. —Lucas negó con la cabeza.

Ante eso, los ojos de Amaya se abrieron como platos y temió que huyera de él.

«Pero ¿de qué tendrá miedo esta chica?».

—No se puede beber sin haber brindado primero.

Ella suspiró de alivio, lo que hizo a Lucas cuestionarse si había sido demasiado severo.

—¿Te parece si brindamos por que esta noche acabe siendo «de maravilla»?

Al decirlo y acercar sus copas, le guiñó un ojo acompañando el gesto, además de una sonrisa que iluminó el corazón de Amaya.

—¿En qué consiste ese proyecto?

Ella acercó la copa a sus labios, bebió de nuevo, de forma comedida, y, animada al tratar un tema que dominaba, no dudó en ilustrarle. Al acabar, con la garganta seca, fue a beber un pelín

más de la copa que, sin saber cómo, había duplicado el contenido desde la última vez que le había prestado atención.

—Y bien, ¿de qué va tu trabajo? —Al instante, aclaró su pregunta para no resultar idiota a los ojos del hombre más atractivo con el que había tenido la suerte de encontrarse en toda su vida—. Quiero decir... sé que construís cosas y eso, me refiero al que estabas haciendo antes de venir.

Ante la divertida risa de Lucas, Amaya enrojeció hasta las cejas porque, además, tenía la sensación de que la miraba de forma adorable.

«¿Adorable? ¿Qué manera de pensar es esa? Amaya, deja de beber».

Pero lo que hizo fue dejar de pensar al escuchar lo que de pronto le había resultado el tema más interesante del mundo: la construcción de... no sabía qué, porque perdió el hilo cuando se dejó arrastrar por esos preciosos ojos verdes que la observaban sin pestañear...

Al rato, se dio cuenta de que Lucas había terminado su relato y esperaba una reacción por su parte.

Dijo lo primero que se le ocurrió:

—Vaya, qué maravilla.

Lucas, por toda respuesta, se acercó más a ella, provocando que los latidos de su corazón se acelerasen, y él, quitándole la copa de forma delicada, aprovechando con el gesto que sus dedos se rozaran, contestó:

—La verdadera maravilla es haberte encontrado.

Se incorporó al instante, incapaz de adivinar de dónde había surgido tal afirmación. La chica no era nada del otro mundo, pero tenía algo... algo que, de algún modo, le había impactado.

La vergüenza de Amaya fue notoria y él se arrepintió por ser tan brusco y provocar que una de sus sonrisas, que por fin era sincera, desapareciera. Quiso arreglar el momento:

—Voy a traer algo de comida, que con tanta charla, tanto ron miel y el estómago vacío, no vamos a llegar serenos a la próxima hora.

Amaya aprovechó el tiempo a solas para pensar en lo que había ocurrido: ¿de verdad él creía eso que le había dicho? No, imposible. Esas cosas no le ocurrían a una chica como ella, del montón y sin capacidad para socializar.

«No le des más vueltas y relájate. Es Navidad, la época en la que los milagros ocurren».

Lucas, mientras tanto, servía en dos platos un poco de cada una de las cosas que había dispuestas en la mesa del salón, pues la cena era informal, permitiendo a todos moverse libremente por el espacio, sin perder la oportunidad de hablar con unos y con otros.

Volvió al sofá y dejó los platos en la mesita, bajo la atenta mirada de Amaya.

—Espero que te guste lo que he traído. A ver si así conseguimos rebajar los efectos de este ron miel, que parece que se nos ha subido un poquito.

Por supuesto, él apenas lo notaba, pero le parecía una buena justificación a la confesión que había hecho minutos antes.

—Oh, sí, todo tiene una pinta estupenda. Gracias.

«Y ahí lo tienes, Amaya. Todo ha sido producto del alcohol».

Retomaron la conversación entre intentos por parte de él de arrancarle una sonrisa sincera, e intentos por parte de ella de no caer rendida a sus pies, decir algo inapropiado o dejarse llevar por la decepción.

Cerca de las cinco de la mañana, Amaya cedió al sueño y se recostó en el sofá; los demás, también agotados, dieron la noche por concluida y buscaron un lugar en el que acomodarse para descansar.

Sin saber por qué, Lucas escogió un sitio a los pies del sofá, por lo que, tras arropar a Amaya con una manta en un gesto tierno que no supo de dónde había salido, se tumbó en la mullida alfombra y, deseándole felices sueños sin palabras, se sumergió en un apacible descanso.

Apenas seis horas después, un agradable olor a café lo despertó y, aunque hubiera querido lanzarse a por una taza, su primer pensamiento fue para la chica de ojos tristes con la que había conversado la noche anterior. Sin poder resistirse, cuando la oyó protestar por la luz que entraba por la ventana, se acercó a ella, que tenía cerrados los ojos, y le susurró al oído:

—Seguro que un buen desayuno te sienta «de maravilla».

Y para no torturarla más, se ofreció a ayudar a Álex en la cocina. Miró el reloj y se dio cuenta de que tendría que correr para subir al avión que lo llevaría de nuevo a Praga.

Cuando poco después apareció Amaya, se levantó de un salto para cederle su sitio y comenzó a despedirse de todo el mundo.

Adrede la dejó para el final y, movido por la ternura que le había inspirado la noche anterior, por el triste convencimiento de que no era feliz, y por algo más que no quiso averiguar, la estrechó en sus brazos y, antes de depositarle un beso en la mejilla, le dijo:

—Ha sido un verdadero placer conocerte.

Como ella respondió a su abrazo, añadió:

—Espero que pronto coincidamos de nuevo. Y ojalá entonces te encuentre realmente «de maravilla».

Sin esperar una contestación, desapareció de la casa antes de analizar qué le había pasado con la chica de ojos tristes, pero con un único pensamiento en la cabeza:

«Volveremos a vernos, Amaya. Y te prometo que entonces conseguiré que sonrías de verdad».

Lucas es un amigo de Álex, de *Atrapada en el botón de tu vaquero*. Para saber cómo termina su encuentro con Amaya, lee su historia, que se publicará en abril de 2020.

<https://www.facebook.com/mayedalaurensescritora/>

Atrévete a soñar

Mayte Pascual

Sé que soy un bicho raro. Lo soy desde siempre. No solo porque me encanta Halloween, porque haya visto tres veces todas las temporadas de *Stranger Things* o tenga colgado en YouTube un *cover* de *The NeverEnding Story* con mis mejores amigas como coro. Soy rara porque simple y llanamente me gusta la Navidad. Más que eso, corrijo: me encanta. La Navidad para mí es con mayúscula, iluminada, musical, maravillosa. Una época en la que solo veo sonrisas, porque la primera es la mía. No entiendo esa manía que tiene últimamente la mayoría de odiar la Navidad. ¿Es que se ha puesto de moda, o qué?

Por eso estoy aquí de nuevo, como cada año. El veintidós de diciembre es nuestra fecha señalada, no porque tengamos la más mínima esperanza de que nos toque la lotería, que jamás nos ha tocado, al menos todavía, sino porque, hasta el menos crédulo de mi familia disfruta con la magia de jugar a ser pequeños de nuevo con la ilusión de volver a vernos y pedir algo especial. Los bobos de mis hermanos, Matías y Carlos, se han empeñado en llamarlo «el día de la lista de la compra», pero a mí me sigue entusiasmado «el día de los deseos», como lo llama mi madre desde que tengo uso de razón. Me encanta este día. Y no solo porque sea una entusiasta de la Navidad, que ya he reconocido que me encanta, sino porque me hace muy feliz ver a la familia reunida, a mis primos y tíos, a mis abuelos y mis vecinos, a los que todos consideramos ya parte de todo esto. Esa es la parte que más me gusta, para qué lo voy a negar. Cuando vuelvo a ver a Josh es como si me metiesen en una máquina del tiempo porque, desde los dieciséis, cuando descubrí que estaba total y perdidamente loca por él, esos sentimientos no han hecho más que crecer en mi corazón. Sé que jamás podré decirle lo que siento, entre otras cosas porque me moriría de vergüenza, pero, sobre todo, porque se me rompería el corazón en mil pedazos si con eso estropeo nuestra amistad. Así que le miro siempre como a través de un escaparate, con la devoción y el anhelo de algo que está fuera de mi alcance.

—Bueno, empecemos, ¿no? —Los mayores ya han jugado y ahora comienza el turno de los niños, como siguen llamándonos, a pesar de que la más pequeña de nosotros tiene ya más de veinte años—. Matías, haz los honores.

Y así, uno por uno, vamos escribiendo en unos papeles idénticos nuestros deseos para esta Navidad que, hasta la madrugada de Reyes, los mayores se encargarán de comprar para nosotros.

Carlos me pasa el taco de papel y yo escribo inmediatamente el modelo de botas que quiero de regalo.

—No mientas, cobarde —me susurra mi prima Cloe, que está a mi lado.

—¿Cómo? —pregunto distraída, mientras introduzco mi papel en el cuenco de Navidad.

Cloe me arrebató el bloc de papel y escribe con rapidez: «Tú a quien quieres es a Josh». Como puedo, le arranco la hoja y me la meto en el bolsillo antes de que los demás puedan verla.

—¿Todavía con notitas? Sois un poco mayores para eso, ¿no?

Josh se ríe despreocupado al otro lado del círculo y yo me quiero morir. O matar a Cloe, aún no estoy muy segura.

—¿Se puede saber a qué venía eso?

Por fin puedo hablar con Cloe a solas, ahora que todos están entretenidos abriendo los papeles de los mayores y repartiéndose las compras.

—¿Acaso no es verdad? —No contesto, aunque miro de reojo a Josh sin poder evitarlo—. Inténtalo, no pierdes nada.

—Sabes que sí que podría perder. Y mucho.

—*Podría... Debería...* ¡Atrévete a soñar! —Hago un gesto horrorizada para que baje el tono, aunque nadie parece estar prestándonos atención—. ¿Quieres pasar toda tu vida pensando en qué habría pasado si...?

Niego con la cabeza, sin estar en absoluto segura.

—Para ti es fácil decirlo, con la suerte que has tenido con Caleb... —Cloe se pone en modo mirada soñadora y yo pongo los ojos en blanco—. Pero esto no es una de tus novelas. No todos los finales tienen que ser felices.

—¿Y por qué no podría ser así? La verdad es que hacéis muy buena pareja. Y tengo un palpito con lo vuestro...

—Déjate de palpitos, bonita —digo, sin poder evitar reírme de sus exagerados gestos—. Sabes que es una locura. Y punto.

Y punto, sí. Pero se dice pronto. También es costumbre para mí cada año por estas fechas no parar de soñar con Josh durante días, tanto dormida como despierta. Me paso el resto de diciembre medio en trance, subida en una nube de éxtasis porque voy a ver a Josh en Nochebuena y en Nochevieja, y apenas soy capaz de probar bocado en su presencia, hipnotizada con su sonrisa y las anécdotas que nos cuenta al grupo. Memorizo cada detalle que comenta de su vida en un intento de descubrir si tiene alguna historia con alguien en estos momentos, aunque no sé para qué porque estoy totalmente segura de que no me atreveré a hacer nada. Cloe tiene razón, soy una cobarde, pero ¿qué puedo hacer? Está claro que prefiero soñar despierta.

—Bueno, chicos, quiero hacer un brindis. —Mamá se levanta cuando por fin hemos terminado

de abrir todos nuestros regalos—. Gracias por estar aquí siempre, porque ese es el mejor regalo que podéis hacernos. Así que esta Navidad, como todos los años, deseo que el año que viene nos volvamos a juntar.

Odio que mamá haga que se me salten las lágrimas, pero no sé si es por la emoción del momento, por los sentimientos encontrados o porque no volveré a ver a Josh hasta el año que viene, a no ser que haga algo heroico, que sé perfectamente que no voy a ser capaz de hacer.

—Jana, aún no me has enseñado cómo te quedan las botas.

—Eh... —Josh me sonrío y no sé qué decir. Estoy demasiado preocupada por la cara de boba que debo de estar poniendo—. Aún no me las he probado.

—¿Y a qué esperas? Mis padres quieren saber si han acertado.

—Si te empeñas... —No sé qué le ha dado ahora por las puñeteras botas, pero podría ser un buen momento para intentar hacer algo, lo que sea, antes de que se vaya. Nos alejamos de los demás y nos sentamos en la zona de la sala de estar, que ahora mismo está desierta. Los demás están muy entretenidos decidiendo qué trozo de roscón de Reyes quieren. Ahora o nunca.

—Josh, me gustaría saber si, a lo mejor... —Cuando meto la mano en una de las botas para sacar el papel de la puntera, mis dedos chocan con algo frío y duro—. ¿Qué es esto?

Mi mano agarra el pequeño objeto y lo saco de la bota, sorprendida por mi descubrimiento.

—¿Una bola de Navidad?

—Las apariencias engañan a veces... —Miro a Josh sin entender, pero él solo vuelve a esbozar esa sonrisa que me vuelve loca y gira en mis manos la brillante esfera roja, que se abre por la mitad—. Quizá aquí dentro haya un secreto... O un deseo perdido que tenías que encontrar...

Antes de poder mirar en su interior, Josh se acerca tanto a mí que mi pulso se desboca.

—Antes que nada, quiero que sepas que no soy un cotilla.

—¿Cómo? —Ahora sí que estoy descolocada—. ¿Un cotilla? —repito mecánicamente.

—Tengo una cosa que quizá nunca debí tener, pero se te cayó del bolsillo el día de los deseos.

No me da tiempo a preguntar otra tontería de las mías. Josh saca del bolsillo del pantalón un papel arrugado que distingo al segundo.

—Oh, Dios mío... —Noto como mis mejillas arden—. No deberías haber leído eso.

Josh pone un gesto raro.

—Entonces... ¿no es verdad?

Me faltan las palabras. Quiero decirle todo lo que siento cuando le veo, cómo me entristezco cuando llega el siete de enero, cómo cuento los días para volverle a ver.

—Yo... —Bajo la mirada y veo cómo Josh guarda el papel—. Sí, pero...

—¿Pero?

—Pero... A ver... Yo... —No sé si después de esto podré volver a mirarle a la cara, pero tampoco sé si eso importa ya—. Nunca he tenido el valor de decírtelo. Lo siento, Josh, no quería que te enterases así, pero no quiero que esto dañe nuestra amistad. No me lo perdonaría nunca, de verdad y me importan más todos los recuerdos que tengo contigo...

—Jana...

—No, ¡escucha! Olvida lo que has visto. En el fondo no es más que eso, algo que desearía...

—Jana, escúchame, por favor...

Salgo de mi estado de nervios al oír la voz calmada de Josh, que acaricia mis oídos.

—Ya me callo, lo siento.

Él se ríe y levanta mi rostro por la barbilla lentamente.

—No quiero que te calles, Jana. Solo quiero que mires dentro de la bola antes de seguir, por favor.

La bola. Se me había olvidado por completo. Vuelvo a comprobar su interior y veo un papelito muy parecido al de los deseos.

—Ábrelo, anda.

Abro el papel con manos temblorosas y consigo leerlo antes de que las lágrimas nublen por completo mis ojos.

—Josh...

—Jana, tú no vas a estropear nada.

Con cuidado, me quita de las manos el adorno, que deja en la caja de las botas, y entrelaza sus dedos con los míos.

—Solo vamos a encargarnos de tener cada vez más cantidad de recuerdos maravillosos... Y me gustaría que fuese siempre a tu lado, si me dejas.

Cuando nuestros labios se juntan sé, en una décima de segundo, que los dos estábamos destinados a encontrarnos en algún punto del camino.

Ah, sí, se me olvidaba... Aunque parezca casi imposible hasta para mí, creo que ahora me gusta aún más la Navidad.

El señor del Alba

Mile Bluett

La víspera del nacimiento del niño Jesús se sentía en cada hogar de La Habana, por las calles adoquinadas la alegría era palpable. Los acaudalados celebraban con fastuosos banquetes y fiestas. Los humildes compartían con amor lo que tenían, cantaban y bailaban.

Recién llegaban los primeros árboles navideños tras instaurarse la costumbre en Madrid. Para los señores del Alba, fue un acontecimiento lleno de dicha el poder disfrutar del pino decorado con guirnaldas que embellecía el salón principal. Se tomaron de las manos y lo contemplaron con gozo a la par de sus invitados de honor.

El aire nocturno de aquel veinticuatro de diciembre estaba impregnado de las melodiosas notas de una habanera, que había quedado como un efluvio en el ambiente tras terminar de ser interpretada con éxito por los afamados músicos de la orquesta de mulatos libres. Y sí, la música se podía oler, incluso detectar con un delicado paladar, hasta ver. Era tan mágica que tomaba de la mano a los presentes y los impulsaba a luchar por conquistar sus más recónditos anhelos.

La familia del Alba había recibido a varios amigos cercanos con sus familias y habían departido entre risas y osadas conversaciones. ¡Qué delicioso era estar entre la gente querida! Carlos Enrique del Alba, el joven señor de más de treinta años, con aire elegante adquirido durante los años de ajustarse a las finas maneras de su posición social, había dejado atrás las ansias de agradar a los personajes ilustres de su círculo. Para él la Navidad era sagrada y era el momento en que visitaba a quienes apreciaba, lo mismo sucedía con las personas que recibía, solo permitía que pisaran su morada aquellos a los que quería con el corazón.

El palacete lucía imponente, con un toque armonioso conferido por la decoración del evento festivo: la esperada Navidad. La fina vajilla francesa y la cubertería de oro se habían usado para servir los manjares criollos que los invitados habían saboreado. La cristalería había dado paso a finos licores que los presentes habían bebido como si la noche no tuviera fin. Las nueces, las avellanas y las castañas, así como los turrones traídos de Alicante y Jijona, habían ocupado un sitio especial junto a los postres elaborados con frutas tropicales como la piña, el mango y la naranja.

Y mientras reían y cotilleaban, el anfitrión le lanzó una mirada concupiscente a su esposa, que no alcanzó a ser detectada por los demás. Ella lo observó sugerente, el seductor Carlos Enrique

del Alba lograba tener el mismo efecto en su cuerpo que el día que había descubierto que lo quería. Ese hombre lograba que un montón de despavoridas mariposas aletearan en sus entrañas, y cuando eso sucedía, un escalofrío violento solía recorrerle la columna vertebral. Carmen se puso de pie con suma discreción y se acercó a la columna de mármol más cercana. El varón, que acechaba como un fiero felino, dio un sorbo a su coñac y se puso de pie para seguirle los pasos.

Ambos eran criollos, hijos de españoles, ella tan solo unos años menor que él. Sus familias habían sido amigas y se habían llevado bien hasta que los padres de ella habían fallecido dejándola sola y sin más dote o herencia que el caserón colonial donde nació. Habían sido tiempos difíciles.

Los ojos inquietos de don Carlos Enrique persuadieron a su esposa de la necesidad de comunicarle algo de inmediato.

—¿Por qué me miras así? —murmuró la hermosa doña Carmen a su gallardo esposo cuando logró zafarse de los invitados.

Jugaron a esconderse tras la columna. Él le hizo una seña cómplice con sus pícaras cejas en dirección a un rincón solitario al final del pasillo que conducía a la biblioteca y otros salones. Ella, presta a obtener su respuesta, se perdió con disimulo en un oscuro pasaje alejado del resto y se detuvo frente a la puerta del estudio de su marido. Se encontraron en breve y Carlos continuaba con esa expresión en la mirada que lo había acompañado toda la semana cuando sus ojos hacían contacto. Un reclamo, uno que ella no había estado dispuesta a oír, pero al sentirse más tranquila, porque el banquete y la fiesta habían quedado según sus expectativas, reparó en la urgencia de las demandas del señor del Alba.

—¿En verdad lo quieres saber, mi adorada Carmela?

—¿Es que no puedes ser serio ni un día de tu vida? Tenemos la casa llena de gente honorable. ¿Qué pensarán de nosotros si nos tardamos más de lo usual? —dijo evocando en su mente, sobre todo, al padre Miguel que, aunque se le habían subido las copas a la cabeza, era la conciencia moral de la celebración.

—Todos están muy contentos bajo los efectos de los licores y yo sigo impaciente.

—Tú les hiciste beber en exceso para secuestrarme cuando estuvieran distraídos y aprovecharte de mí: que si el vino de Burdeos blanco para acompañar los pescados, que si el vino de Borgoña para las aves y las carnes, que si el champán para el brindis. ¿Pretendías embriagar a los comensales?

—Cada quien ha decidido hasta dónde llenar su copa. Yo solo quiero lo que me pertenece, ya estoy celoso de que atiendas a todos menos a mí. —El tono de su voz era necesitado y apremiante—. He hecho lo que has querido, mujer. Llevamos una semana con los preparativos y has estado tan absorta en tu papel que te has olvidado de lo principal.

—¿Lo principal? Nuestros hijos están felices, costó convencerlos llegada la noche para que se fueran a dormir. Todo esto ha sido por ellos y sus caritas de júbilo hicieron que valiera la pena.

—Bueno, ¿lo segundo más importante?

—¿Y qué supones que es para mí lo segundo fundamental en mi vida? —inquirió provocativa.

Carlos Enrique hizo un gesto de suficiencia y antes de despegar los labios para darle la respuesta que le dictaba su orgullo, la tomó desprevenida por la cintura y estrelló su boca contra la suya, para susurrarle muy cerca, entre beso y beso:

—Quiero pensar que soy yo.

Carmen estuvo a punto de sucumbir, el olor varonil de su esposo se le coló por sus fosas nasales amenazándola con hacerle perder la compostura y dejarse arrinconar en lo privado para que le robara más de un suspiro. Ella lo conocía demasiado bien. Era el bribón que la había embaucado cuando había sido una señorita ingenua y en dificultades. Él le robó la pureza para dejarla perdida en una sociedad opresiva, para luego regenerarse en un golpe de arrepentimiento y pedirle matrimonio. «Un golpe de arrepentimiento» que no habría llegado si Carmen, afilada por los sinsabores de la vida y las lágrimas derramadas por el tarambana, no le hubiera hecho morder el polvo consumido por los celos. Era un hombre complicado, con un humor bastante mordaz y un apetito insaciable por las fémias que ella había logrado controlar, pero ningún otro supo llegar a su alma.

Carlos Enrique del Alba reparó en los ojos apasionados de su esposa y en sus labios sensuales que continuaban absorbiéndolo de cualquier faena por más interesante que fuera. Sabía que no bastaban las muestras de desbordado amor que hiciera en su nombre, sus errores eran la cruz que debía cargar. Habría pedido de deseo navideño, si fuera un hombre de fe, que ella lo perdonara desde el fondo de su corazón, porque en verdad la quería, a ella y a sus hijos, más que a nada en el mundo. Y aunque ante los atributos favorecedores de una dama su hombría daba un respingo, tomaba aire y se contenía. Había jurado que nunca más le haría derramar una lágrima. Miró al cielo en busca de un milagro y pidió que ella dejara atrás el pasado y que confiara ciegamente en su redención.

Había estado toda la velada admirándola, habían pasado muchas vicisitudes en el pasado para gozar del estar juntos en ese sitio al que llamaban hogar. Por eso, cuando la costumbre de poner un árbol navideño llegó a la isla, fue uno de los primeros en hacerlo y ponerlo de moda. La risa de sus hijos y su querida Carmen, o Carmelita, como adoraba decirle, mientras colgaban los adornos de las ramas, había sido su recompensa.

—Carlos —dijo con la voz entrecortada notando la erección de su esposo amenazándola y el brillo del deseo flotando en sus ojos—, deja de encañonarme.

—Fui contigo a la iglesia, me hiciste entonar villancicos, busqué el pino más bonito de todos, ¿no soy merecedor de tu compasión?

—Eres en verdad un embaucador, más con esa mirada desvergonzada. No es el día más apropiado.

—Al rato me dirás que ni este mes ni el otro. ¿Me han cambiado a mi esposa? Te prohibiré juntarte con el sacerdote —musitó impaciente ante el gesto burlón de ella—. Últimamente se han vuelto cercanos.

—¡Faltaba que te pongas celoso del padre Miguel, es un hombre de edad! Solo lo apoyo ayudando a los más necesitados, como hace la esposa de tu amigo. Reconozco que he estado algo ocupada en los preparativos de la Nochebuena, pero aún falta despedir el año y...

—Te quiero ahora y ni todos tus pretextos me harán desistir. Después puedes ocuparte de salvar al mundo, incluso hasta te ayudaré.

Carmen no pudo aguantar la risa ante su súplica desesperada. Le dio un beso sonoro en los labios.

—Esperemos a que se vayan todos. Así no estaremos limitados, ni escondidos como dos delincuentes.

Él empujó la puerta de su despacho, la levantó en brazos y se dispuso a colarse.

—Estoy seguro que no nos echarán de menos. La están pasando increíblemente bien. Haz que tu marido se libre de esta pesada carga —indicó para referirse a la rigidez de su virilidad que estaba a punto de explotar.

—¡No!

—¿Cómo que no?

—Prefiero hacerte tocar el cielo entre mis brazos —admitió posando las palmas de sus manos sobre su pecho y jugando con los botones de su camisa. La mirada coqueta de don Carlos la desarmó por completo. ¿Cómo era posible poner resistencia ante el derroche de seducción del que era dueño? Carmen se estremeció por completo y se rindió con una sonrisa ante sus cálidas caricias. Sus labios chocaron ante la inminente entrega y ella le susurró acariciándolo con su aliento—: Jamás me arrepentiré de cada decisión que he tomado a tu lado, ni siquiera de las malas. Te has redimido ante mis ojos y te has ganado mi confianza de nuevo palmo a palmo. Te amo.

—Yo te amo más, con locura desmedida.

Personajes secundarios de la serie *Amor Amor*.

<https://web.facebook.com/milebluett/>

<https://www.megustaleer.com/autor/mile-bluett/0000960291>

Bajo el muérdago

Mimi Romanz

No era la intención de Carla observar a todos en ese pequeño café al que siempre solía concurrir su amiga, pero la intriga la podía. Por eso, no desaprovechó la oportunidad, y por partida doble, cuando fue ella a quien le tocó ir a dicho lugar. En primera instancia, porque estaba muerta de curiosidad por descubrir cuál era el hombre de ojos verdes y cabello castaño que había logrado confundir y hechizar a Agustina, y, en segundo término, porque hacía bastante tiempo que suspiraba por el hermano de ella y nunca se había animado a decírselo, aunque todo el mundo ya lo sabía menos ellos dos.

Sin embargo, en parte, Carla temía. Pablo era un hombre que había tenido una historia no muy buena con Mónica, la madre de su hija Lucía, por lo que eran tantos lo interrogantes que se planteaba a la hora de verse como su pareja que mucho de lo que sentía lo había guardado para sí. No obstante, Agustina no era ninguna tonta y sabía lo que a Carla le pasaba con su hermano, y viceversa.

Quizás adrede o porque realmente su amiga tenía una reunión de trabajo, ese viernes, como todos los anteriores desde que Agustina había abierto su local de ropa de diseño, Pablo y la niña hicieron acto de presencia y la esperaron. Al saber que su hermana no estaba, él no dudó un instante y la invitó.

—No puedo cerrar a esta hora, Pablo —le respondió Carla en un intento por ponerle una excusa tonta e insignificante, pues sabía que Agustina era bastante flexible con los horarios y que le importaba más el bien de amigos y familia que el propio negocio.

—Estás mintiendo —le dijo él a la vez que daba un paso hacia ella—. Conozco a mi hermana.

Carla tragó saliva y se dio un coscorrón mental. «¿Acaso no querés salir con él», se preguntó a sí misma, y afirmó con la cabeza.

—¿Sí? —Pablo le sonrió—. ¿Mentís o aceptás la invitación?

Las mejillas de Carla se tornaron carmesí, pero eso no impidió que imitara su gesto.

—Está bien, acepto, solo dame unos minutos a que deje todo en orden.

Minutos más tarde, Carla caminaba cerca de Pablo, con los nervios a flor de piel y con una sensación demasiado extraña que le recorría el cuerpo. La manito de Lucía que agarraba la de ella le transmitía un cosquilleo también, como si el que estuviera tomada de la otra a Pablo fuera una

conexión que los unía. A la niña no parecía importarle su presencia; por el contrario, iba contándoles las travesuras de sus compañeros de jardín y cantando algunas canciones.

Al llegar al café, se ubicaron en el rincón donde solían sentarse cuando iban con Agustina; así se lo hizo saber Lucía cuando se acomodó a su lado, sacó un par de hojas y lápices de colores de su mochila y, al instante, se puso a dibujar. Carla la observó y sonrió sin ser consciente de que otros ojos estaban posados en ella.

Pablo no podía alejar la vista del rostro de Carla. La tonalidad de su piel, los rizos oscuros que le rozaban las mejillas, los ojos almendrados y verdes, y esa boca sensual y rosada que lo volvía loco y ansiaba probar. Nunca, ni siquiera cuando había estado con Mónica, su ex, había sentido tantas sensaciones juntas recorriéndole el cuerpo. Conocía a Carla desde hacía mucho tiempo, pero, quizás por ser la amiga de su hermana, quizás por no escuchar a su corazón, dejó pasar la oportunidad y tuvo una historia con una mujer a la que no le importaba más que ella misma. Ver crecer a su hija y saberla con él era lo único que agradecía de esa relación infructuosa que había tenido.

El mozo hizo acto de presencia y quebró el hechizo en el que tanto él como ella se habían perdido. Pablo pidió un licuado de banana para Lucía y un café con leche para él. No necesitaba preguntarle a Carla qué tomaría, lo sabía —la conocía—, por lo que se animó a verla directo a los ojos y solicitó un capuchino con una porción de torta.

Carla le sonrió en agradecimiento, con las mejillas sonrosadas y un tanto sorprendida por que él supiera sus gustos. Era cierto que ella solía pedir siempre lo mismo, pero jamás imaginó que él estaría al tanto de ello.

—Sos parte de muchas conversaciones que mantengo con Agustina —le dijo él—. Y supongo que ya sabrás por qué.

Carla bajó la vista hacia lo que estaba dibujando la niña, intimidada por la intensidad en los iris de Pablo, que la observaban como si la traspasara. Sin embargo, volvió los ojos hacia los de él para confirmarle sin palabras que ella hacía, y sentía, lo mismo.

La tarde pasó entre risas de la niña, dibujos que le ayudaron a pintar y miradas y roces sutiles. Cuando estaban saliendo, Carla se acordó del hombre que tenía encandilada a Agustina, por lo que hizo un paneo por el local, pero no encontró más que a parejas sentadas a la mesa o familias que disfrutaban del fresco interior en esa calurosa tarde de diciembre.

De vuelta en la tienda de ropa de su amiga, Carla se puso a acomodar algunos papeles en el mostrador, mientras que la niña se escabulló al rincón que más le gustaba: el perchero donde colgaban varias chalinas de colores y sombreros decorados con flores. Allí jugó un buen rato hasta que los ojitos se le fueron cerrando y pronto Pablo la descubrió dormida entre los almohadones que su tía había puesto precisamente para ella. Y fue ese también el momento que él aprovechó. Si bien estaban en días cercanos a Navidad, no había cliente alguno que pudiera interrumpirlo, así que se acercó hasta donde estaba Carla y la observó.

Ella era consciente de su presencia, de sus ojos que la recorrían y le hacían caricias como si

fueran sus manos las que la tocaban. No se sentía nerviosa, sino ansiosa, porque Carla deseaba tanto como él que sus cuerpos se juntaran, unir sus labios y perderse en la vorágine que, sabía, iban a vivir. Y justo cuando los dos conectaron las miradas y la distancia se acortó entre ellos, el tintineo del llamador en la puerta les indicó que alguien había entrado. Sin embargo, no se movieron.

—No se preocupen por mí —escucharon que decía Agustina—. Tampoco por Lu, la llevo a casa —continuó, se acercó hasta donde estaba la pequeña, la tomó en brazos y fue a la salida, pero antes de dejarlos solos, se dio media vuelta—. Están justo donde deben estar —les dijo, señaló hacia arriba y se despidió.

Carla y Pablo levantaron la vista y se encontraron con un ramito de muérdago que colgaba sobre sus cabezas. Ella sonrió, pensando que Agustina lo había hecho adrede, y él hizo valer esa táctica, se acercó más a Carla, la tomó por la cintura y por fin degustó esos labios y la boca que tanto había ansiado.

Carla y Pablo son personajes secundarios de *Café humeante, papel y lápiz*, novela que saldrá el próximo año.

<https://www.megustaleer.com/autor/mimi-romanz/0000955324/>

Aquel ansiado primer beso

Mina Vera

María estaba sorprendida con ese hombre. Desde que se había decidido a darle una oportunidad, no hacía sino romper sus esquemas uno tras otro. Era un tanto escalofriante pararse a pensar en que, si no hubiera estado a punto de ser secuestrada por una red de trata de seres humanos, jamás se habría planteado tomarse más que un té con José en una mesa de la cafetería del hospital donde ambos trabajaban.

Sin embargo, ahí estaban, paseando de la mano por un centro comercial a tres días de Navidad. Si se lo hubieran descrito un año antes, pensaría que quien ideara semejante escena podía dedicarse a la novela de ciencia ficción.

No por su llamativa diferencia de altura, el aspecto corrientito de él frente a la exuberancia de ella o el hecho en sí de que María, una vez pasados los dieciocho años, no había vuelto a pasear de la mano con un hombre con el que no se hubiera acostado antes. Si no porque era alérgica a los centros comerciales, las compras navideñas y el consumismo en general.

Hasta la fecha, había estado con más hombres de los que podía contar con los dedos de las dos manos. Todos bastante adonis, no iba a negarlo, siempre le habían gustado los hombres guapos y atléticos, más altos que ella. Ninguno le había durado más de dos meses. De alguno creía haberse enamorado. Con el último, había estado convencida de haber hallado su alma gemela. Todo patrañas para dejar de hablar por internet, verse en persona y *et voilà!*, que el criminal franchute con el que había tenido la mala suerte de toparse la drogara para raptarla y venderla a algún ricachón que tenía el capricho de una treintañera guapa, curvilínea, morena y cirujana de profesión.

Y es que no había nada más peligroso que un psicópata con dinero, para que otros hicieran el trabajo sucio por él.

José la miró con cierta malicia en sus candorosos ojos castaños cuando llegaban al epicentro de la galería. Un centenar de niños gritaba con ilusión ante un espectáculo de duendes cantando villancicos. Toboganes nevados, pasarelas de bastones de caramelo y campanitas que alcanzar de un salto para hacerlas sonar hacían las delicias de los chavales colapsados de azúcar, ansiosos por recibir sus regalos en pocos días.

Ella frenó en seco. Él le rodeó la cintura, la pegó a su cuerpo y la hizo caminar hasta la zona de

guerra.

Tenía fuerza, para ser casi diez centímetros más bajito que ella y no muy musculoso, en apariencia. Varias semanas después de su primera cita, aún no lo había visto sin ropa. La curiosidad empezaba a volverla loca.

—Venga, un poco de espíritu navideño, chiquilla.

Aquella voz profunda, con su acento extremeño lleno de humor y, sobre todo, la coletilla con la que se refería a ella al final de la mitad de sus frases, sí que la perturbaban. Para una vasca que llevaba diez años en Barcelona, su desparpajo y jovialidad eran todo un soplo de aire fresco. Y el apelativo le recordaba a una canción de Seguridad Social que adoraba desde la infancia. Él lo sabía, y en su sempiterno buen humor, había dicho que estaba destinada para ellos. Por la letra, y porque ellos trabajaban para el grupo, por aquello del nombre sanitario.

María no recordaba una época de su vida en la que hubiera reído tanto como al lado de José.

—Míranos, si hasta tenemos ya un crío —comentó él, haciendo girar a María y señalando las figuras del Belén en el lado opuesto al jolgorio de brillantes luces.

Ella rio por el chiste fácil, pero lo miró con una ceja alzada.

—Pues sin duda ha sido por obra del Espíritu Santo, porque ni un triste beso me has dado aún.

En lugar de mostrarse sorprendido u ofendido por la acusación, José sonrió con suficiencia. ¿Pero qué le pasaba a ese hombre? Le había insinuado estar loquito por sus huesos durante años y, ahora que le daba vía libre, lo máximo que había avanzado era ese rodeo de cintura y algún beso en la mejilla al saludarse o despedirse.

—Estaba esperando a que me lo dieras tú primero. —Tiró de ella por la cintura hasta tenerla de frente. Su escasa altura era compensada por una nada desdeñable envergadura de hombros, manos anchas y una forma de mirarla que la ponía a cien—. No por falta de ganas ni por vergüenza. Solo pretendía darte tiempo para sentirte cómoda conmigo. Pero como veo que no te decides, voy a tener que darte un empujoncito. Y de triste no va a tener ni la música de fondo.

Un nuevo estridente villancico estalló a la vez que una mano subió desde su cintura hasta su nuca, robándole a María un escalofrío antes de que una sensación tórrida la inundara al sentir sus cálidos labios apoderarse de los suyos.

Los hombres típicamente guapos, altos y musculosos estaban sobrevalorados, fue su último pensamiento consciente. Respondió a la demandante boca con total entrega.

Supo que él había dejado caer la bolsa con el regalo cuando la esquina de la caja dejó de clavársele en los riñones. Aquello también le había dado puntos extra a José hacía escasa media hora.

La había convencido para que lo acompañara de compras prometiéndole llevarla al restaurante de carne asada que acababan de abrir allí. Y la había sorprendido una vez más. Había elegido una maqueta del cuerpo humano con todos sus músculos, huesos y órganos. Nada de videojuegos, ni coches, ni patinetes. Joselillo, de siete años, iba a recibir de su tío José un regalo educativo que además iban a disfrutar juntos.

«Seré solo un celador, pero tras quince años ejerciendo, uno va aprendiendo de aquí y de allá», había argumentado al explicarle que pensaba pasarse la tarde de Navidad ayudándolo a encontrar la diversión en el muñeco desmontable.

Desde luego, de anatomía sabía lo suyo. Sobre todo de la femenina. Con ambas manos libres, estaba haciendo virguerías en puntos en teoría nada erógenos para ella. Hasta que él había ejercido su magia sobre ellos.

José había conocido a muchas mujeres bellas. La mayoría no le había prestado la menor atención, y tampoco él había estado tan interesado como para desplegar sus encantos naturales, pues el físico solía ir en su contra, y debía contrarrestar esa desventaja con otros talentos. Solían funcionarle con damas de aspecto diverso, pues a él le atraía una mujer por muchas más cosas que su cara bonita, su culo de infarto o sus pechos bien *plantaos*. No obstante, María contaba con todo eso además de otras beldades de cuerpo y espíritu. Y él estaba coladito por cada una ellas. Su humor negro y bestia, que chocaba bastante con el suyo pero que al final creaba una explosión de risas. Su boca jugosa y provocadora. La envidiable inteligencia que llevaba de forma discreta, pero que hacía de ella una de las cirujanas cardiovasculares más prometedoras del hospital. No solo en el quirófano, sino en el posoperatorio. No había paciente ni acompañante del mismo que no se fuera queriéndola como a una más de la familia. Y el aroma a fresa que desprendía daba ganas de devorarla. Sobre todo tras, por fin, compaginarlo con su dulcísimo sabor.

—Para, por favor —rogó cuando las rodillas se le aflojaron tanto que se sintió como los niños que resbalaban por el tobogán.

Él tiró de su labio inferior con los dientes y dio un paso atrás sin apartar ambas manos de su cintura.

—¿No te ha gustado? —Su gesto decepcionado la enterneció—. Porque yo tengo la *petrina*^[3] a punto de estallar.

No quiso preguntarle a qué se refería con ese vocablo a todas luces de su tierra, ya lo imaginaba.

—Me gusta el sexo como a la que más y contigo ya veo que va a ser brutal. Pero aunque mis padres sean un absoluto desastre como pareja, sí me enseñaron a respetar los símbolos de cualquier fe y a no pervertir a menores.

José fue consciente de pronto de estar rodeados, por un lado, de niños de corta edad y, por otro, de las figuras de un nacimiento cristiano.

—Vale. —Sacudió la cabeza para serenarse y recogió el paquete de regalo para... taparse el suyo—. ¿Y si pasamos del restaurante y hacemos una cena casera?

El rostro de María enrojeció, y ya no por el rubor de la pasión.

—Puede que mi mejor amiga sea la chef de Suculentos, pero te aviso de que yo no soy capaz ni de hervir arroz.

—¿Dana no te ha enseñado nunca?

—Lo ha intentado, que ya es mucho. Pero nada. Y yo tampoco me he puesto a enseñarle a

operar a corazón abierto, ¿no? Cada uno a lo suyo.

—En ese caso, mejor vamos a mi casa. Por lo que dices, en tu nevera no habrá gran cosa ni para que yo prepare una cena sencilla.

—¿Sencilla y rápida?

—Rápida de hacer y de comer —corroboró al notar el brillo de sus ojos y la mano que jugaba con los ricillos de su nuca.

—Entonces renuncio a mi costillar a la brasa. Por hoy.

Entrelazaron sus dedos y caminaron raudos hasta el parking.

No se habían puesto ni el cinturón cuando se lanzaron en busca de la boca del otro y del contacto más cercano que el habitáculo les permitía.

José, con aquel don de palabra que había conquistado a María hasta el punto de llamarlo «el celador poeta», le expresó de viva voz todo lo que le provocaba sentirla así. Sin tapujos ni vergüenzas. A ella, las palabras sinceras y crudas la pusieron a mil y le encogieron el corazón de forma simultánea.

La luz de los faros de un coche los deslumbró y los trajo de vuelta a la realidad. Algo azorados, se recompusieron la ropa entre risas y pusieron rumbo a casa de José.

Aquella fue la primera de muchas noches —además de mañanas y tardes— en las que ambos dieron gracias al destino por poner al otro en su camino. Este podría haber tenido obstáculos de lo más desagradables, pero los había llevado a encontrarse, en cuerpo y alma.

María y José son personajes secundarios de la trilogía *Suculentas pasiones*. Este relato se basa en una escena suprimida de la primera novela, *Suculento peligro*, de Mina Vera.

<https://www.megustaleer.com/libros/suculento-peligro-suculentas-pasiones-1/MES-095136>

<https://www.megustaleer.com/libros/suculenta-venganza-suculentas-pasiones-2/MES-106308>

www.minavera.es

Matrimonio pactado

Nadia Noor

Hoy es el día de mi boda. En cuestión de horas dejaré de ser Umay Cozcolu, la única hija de una familia tradicional otomana para convertirme en Umay Dogan, esposa de uno de los hombres más importantes de Turquía. Sé que debería estar radiante y agradecida a la vida, mi futuro marido reúne todas las cualidades que una joven podría desear: es atractivo, educado y considerado, el tipo de persona que emana fuerza y autoridad. Sus rasgos masculinos y armoniosos se complementan con su tono de voz imponente, aunque comedido. Es diez años mayor que yo y se dedica al comercio internacional. Nuestro matrimonio está pactado por nuestras respectivas familias desde hace muchos años. Recuerdo el día que mi madre me lo comunicó, tras enseñarme una imagen de un muchacho alto, moreno, que me miraba con seriedad desde la fotografía que ella sostenía en la mano:

—Se llama Emir Dogan y será tu marido. Tu padre está satisfecho, ha logrado cerrar un buen acuerdo, serás una mujer afortunada.

Por aquel entonces, yo solo tenía diez años. Lo conocí en persona cinco años después en una fiesta organizada por nuestras familias, llamada «el compromiso». Intercambiamos unas pocas palabras rodeados en todo momento por algún familiar y pactamos casarnos cuando yo cumpliera la mayoría de edad. Él, acorde a nuestras tradiciones, me regaló una pesada pulsera de oro masivo, signo de su compromiso absoluto hacia mí, y yo preparé para él y todos los allí presentes café y pasteles de chocolate con almendras.

Los años han pasado y mi único propósito en la vida ha consistido en estar preparada para el gran día. Me han enseñado a vivir de este modo, a ser una muchacha obediente con las normas y las decisiones de los mayores. Nunca me he quejado, aunque una parte de mí, una muy pequeña y oculta, se ha sentido atropellada.

—No conozco a mi marido —me atreví una vez a dar voz a mis reflexiones delante de mi madre —. ¿Cómo pasaré airosa de la noche de bodas si nunca nos hemos tocado?

La mirada de mi progenitora fue todo un poema, como si esa preocupación fuera totalmente inapropiada.

—¿Y para qué quisieras conocerlo? Tu deber es claro, tienes que ser complaciente y obediente con él. Emir hará el resto. Él conocerá lo que le apetezca de ti y te enseñará de sí mismo lo que

considere oportuno.

Obediente, no lo dudo, es mi forma de ser, pero ¿complaciente? No logro comprenderlo del todo. ¿Será que cualquier cosa que él desee se lo tendré que consentir?

Nunca se nos ha permitido pasar tiempo a solas ni hemos tenido más contacto físico que algún que otro rozamiento involuntario.

Y esta noche debemos tener intimidad, ya que, tras la ceremonia y los festejos, los invitados tienen derecho de contemplar en primera persona el pañuelo que ateste la hombría de Emir y mi pureza.

Cierro los ojos con fuerza deseando no escuchar retumbar en mis oídos el eco de mis pensamientos. Hoy es el día cumbre de mi vida, debería estar plétórica y lo único que inunda mi corazón es una apremiante tristeza. Mis ojos perfilados con lápiz oscuro se llenan de lágrimas que resbalan por mis mejillas perfectamente maquilladas en tono melocotón. Trato de disimularlas ante las miradas comprensivas de las seis mujeres que se afanan en dejarme perfecta para la ocasión.

—Está emocionada —resume mi abuela la situación—. Y no es para menos, estás a punto de convertirse en la mujer de un hombre importante y poderoso. Emir Dogan es el sueño de cualquier muchacha en edad casamentera.

—Además, está muy atractivo —añade la señora Efelge, la mujer encargada de mi estilismo—. Tiene un porte soberbio y una mirada profunda que te traspasa el alma.

Sonrió a pesar de las lágrimas y me uno a ellas cuando se acercan al gran ventanal de doble hoja que da al patio principal donde una música estridente comienza a sonar, señal de que la comitiva de mi futuro marido acaba de llegar.

El resto del día pasó por delante de mis ojos con la velocidad de un rayo. Damos nuestro consentimiento ante el oficial del registro civil y recibo las felicidades de la gente con mi mejor sonrisa. Me cubren el vestido de novia con pesadas pulseras y cadenas de oro que, como manda la tradición, los invitados cuelgan en las pecheras de la prenda. Mi suegra, Hazan Cozcolu, una mujer imponente que no deja de evaluarme por debajo de sus encorvadas pestañas oscuras, coloca en mi muñeca un precioso collar confeccionado de oro masivo y piedras preciosas.

—¡Bienvenida en la familia Dogan! —me dice con superioridad—. Esta joya tiene cinco diamantes, espero que, por cada piedra, muestres tu agradecimiento ofreciéndonos un hijo.

Me quedo parada ante ella. Sé que mi principal tarea de mujer casada consistirá en dar a luz hijos fuertes y sanos para mi marido, pero es chocante escucharlo. Me siento como si fuera un animal, una yegua purasangre a la que evalúan en función del dinero pagado por ella. El hermoso collar que me ha regalado mi suegra me quema la piel y sus destellos luminosos me provocan escozor en los ojos.

Mi marido está a unos pasos de distancia, hablando con un invitado. Escucha parte de la conversación, por lo que se despidió del hombre y se acerca a mí. Me rodea la cintura con gesto afectuoso y me sonrío comprensivo:

—Umay, debes de estar agotada. Todas estas piezas de oro pesan demasiado. Ha llegado la hora de retirarnos. —Acto seguido centra la atención en mi suegra y le dice con voz algo molesta —: Madre, el collar que le regalaste a mi esposa es valioso, pero no hay necesidad de presionarla. Ninguna.

Lo miro confundida. No es habitual que un hijo enfrente a su madre por su esposa, más todavía si es una poderosa como la señora Hazal. La mujer debe de pensar exactamente lo mismo que yo, puesto que sus mejillas se tornan rojas de indignación y en su mirada astuta se aprecia enfado.

—Solo... estábamos conversando, hijo —replica, al cabo de un momento de silencio—. A partir de ahora, seré su madre, es lógico que...

—Mamá. —Demir posa una mano en su brazo frenándole el entusiasmo. Su mirada seria unida al tono determinante de su voz hace que las palabras se mueran en la boca de su progenitora—. No es el momento.

Me toma de la mano y me hace un pequeño gesto de apoyo. Camino entre las decenas de invitados, eufórica. Me siento segura a su lado. Protegida. Su metro ochenta de estatura ya no me intimida como antes, sino todo lo contrario. Deseo que el hombre que el destino ha puesto en mi camino me haga suya. Ya no tengo miedo.

Los latidos de mi corazón son muy fuertes, tanto que temo que él pueda escucharlos. Avanzamos por la gran escalera que separa la planta baja de nuestra habitación de bodas, en silencio. De pronto él se para en medio de un escalón de mármol y, sin previo aviso, me toma la cara entre sus manos y planta un beso suave en mis labios. La sorpresa junto a la emoción de sentirme acariciada por su boca hace que se me corte la respiración. Con timidez rodeo su cintura metiendo las manos por debajo de su frac y hago unas cantas caricias en su espalda, animada por las sensaciones que el beso me provoca. Es dulce, suave, embriagador. Sabe a coñac y a menta y su perfume intenso inunda mis sentidos. Cambia el ángulo del beso y lo profundiza. Su mano abandona mi mejilla, recorre parte de mi cuello esbelto, cubierto de oro y piedras preciosas, y sus dedos se hunden en mi pelo peinado en un semirrecogido. Me quitan algunas horquillas y me acaricia con ternura los mechones color fuego de mi cabello largo y ondulado. Me tiemblan las rodillas cuando su lengua hace su triunfal entrada en mi boca. Me dejo invadir de buena gana respondiendo con mucho entusiasmo a sus exigencias.

Cuando se separa de mí, recobro el aliento. Lo miro embobada, embelesada y aturdida.

—Estás preciosa, Umay —remata la poca cordura que mi cerebro aún puede conservar. Cierra los dedos de su mano alrededor de la mía y me aprieta, ansioso—: Vámonos, nos espera una gran noche.

Sus ojos recorren con deseo el escote de mi precioso vestido de novia cubierto por una franja de delicado encaje y me sonrío. Le devuelvo la sonrisa sintiendo cómo mis mejillas están ardiendo. Este hombre, al que conozco de toda la vida pero al que, al mismo tiempo, no conozco en absoluto, ha conseguido impresionarme en un abrir y cerrar de ojos. Es intenso, pasional, atento y tiene una expresión cautivadora.

—Será una gran noche. —El tono ronco y ansioso de mi voz me sorprende hasta a mí. A él se le ilumina la cara con una amplia sonrisa.

Retomamos el camino hasta nuestra habitación. Es acogedora, decorada en sutiles tonos rosas y pastel y lleva varios detalles románticos, allí y allá, como una cubitera en forma de corazón donde se enfría una botella de champán, pétalos de rosas cubriendo la colcha satinada y dos copas esperando en la mesa junto a varios bombones de chocolate.

Emir me suelta la mano y, con gesto relajado, se quita la americana de su traje. Después afloja la pajarita y, tras dejarla de lado, se entrea bre algunos botones oscuros de su impecable camisa blanca. Luego se remanga los puños y, sin despegar los ojos de los míos, se acerca a mí. Tengo dificultad en tragar cuando posa ambas manos en mis hombros y traza círculos pequeños en mi piel, que queda al descubierto tras haberme apartado las mangas del vestido. Acorta todo lo que puede la distancia entre nuestros cuerpos al tiempo que sus manos recorren el borde de mi escote y avanza con lentitud hacia mis pechos generosos. Acerca un poco su boca a la mía y roza con delicadeza mis labios. Noto cómo la seda del vestido se va alejando de mí y todos los músculos de mi cuerpo se tensan ante la expectación.

—Umay Dogan, ahora me gustaría quitarte el vestido y hacerte el amor.

Tras mi entusiasta asentimiento, profundiza el beso, llevándome al placentero mundo de las sensaciones.

<https://www.megustaleer.com/autor/nadia-noor/0000958039/>

Un diente de león bajo la nieve

Natalia Sánchez

La Navidad había perdido parte de su encanto porque, en esas fechas, las ausencias le dolían más que nunca a William, noveno marqués de Ayrton. Se levantó con aire taciturno y sombrío. Se sentía como Ebenezer Scrooge, el protagonista de la novela de Dickens *A Christmas Carol*.

Pero su pequeño sobrino, con su mismo pelo dorado, su idéntica personalidad y su piel pecosa, se merecía disfrutar de las Navidades. Sabía que en eso consistía cuidar de alguien. Además, su título y las obligaciones sociales que conllevaba le habían condenado a regresar a Londres.

El año 1889 se despedía, porque el dolor no impedía que los años pasaran. Había pensado que, con el transcurrir de los días, lograría aplacar su tristeza, pero, por el contrario, ese sentimiento había espoleado su privilegiado intelecto para que indagara más y más con la intención de resolver sus infortunios.

—Tío, ¿estás listo? —Su sobrino, que acababa de cumplir ocho años, asomó su cabecita por la puerta entreabierta de la habitación.

William sonrió.

—Claro, capitán —respondió—. Pero abrígate bien. Que fuera debe hacer mucho frío.

Se alojaban en el Hotel Café Royal, situado en plena Regent Street, un lugar caro y majestuoso en Mayfair.

—Sí, tío. ¡Estoy emocionado de estar de regreso en Londres!

William asintió, pero el corazón se le llenó de congoja. Qué difícil se le hacían las cosas últimamente. Cuando escuchó que su sobrino descendía las escaleras, echó un último vistazo a su diario, donde anotaba y dibujaba todos sus pensamientos, sus ideas y sus planes. Lo cerró. Mañana seguiría.

Se colocó el abrigo verde sobre su elegante traje de terciopelo, guantes, pañuelo oscuro y su sombrero de copa. Antes de abandonar la estancia agarró su bastón, en el que debía apoyarse al caminar desde la fatídica noche en la que había estado cara a cara con la mismísima muerte.

Su sobrino le aguardaba en el *hall* inferior, y mientras se acercaba a él, podía notar en su pequeño cuerpo el nerviosismo y la emoción. Había pasado los últimos meses en Eton, internado, mientras William recorría Europa y parte de Turquía, buscando incansablemente pistas para su propósito. Y ni siquiera se sentía un poco más cerca de lograrlo.

—¡Venga, tío, el carruaje nos espera! —le apremió.

William sonrió y se apresuró a seguir a su sobrino. Fuera, la noche londinense era fría y las lámparas de gas batallaban de manera incansable contra la oscuridad.

Como él mismo, luchando contra el pesar que llenaba y oscurecía su alma.

El interior del enorme carruaje alquilado les resguardó del frío mientras recorrían las escasas millas que les separaban de su destino.

Porque habían accedido a cenar en la casa de los duques de Marviston, cuyo primogénito, Michael, había establecido un fuerte lazo de amistad con su sobrino.

Una vez en el número 34 de la calle Victoria, el duque Darren y su esposa Amanda le recibieron con los brazos abiertos, porque habían conocido a su hermana y siempre la habían apreciado.

—Pasad, por favor —pidió Darren—. La chimenea está encendida.

William, apoyado en su bastón, caminó detrás de su sobrino, que soltó una exclamación cuando entró en el gran salón de los Marviston. Y William, a pesar de su edad, estuvo a punto de hacer lo mismo. Había un enorme árbol de Navidad, que casi rozaba el techo, profusamente adornado con velas y lazos. A los pies de este, paquetes de diversos tamaños y colores se amontonaban. Por toda la estancia había decoración y velas. Al piano, una mujer tocaba canciones alegres.

Tenía que reconocer que las ideas que el consorte de la reina Victoria había importado de su país sobre la celebración de estas fechas, y que habían calado profundamente en la sociedad, no le disgustaban.

La risa de su sobrino revoloteó como pequeñas golondrinas que llegaron a sus oídos. Y el corazón de William se emocionó. Él, que se sentía frío, congelado como la nieve que cubría Londres y que helaba el Támesis, de repente sintió que ese ambiente tan cálido llenaba su alma.

Sus pies y su apoyo le condujeron hasta el piano, mientras miraba todo con la misma emoción que un niño. Se detuvo cuando chocó contra algo. Y entonces se dio cuenta de que la música había cesado.

Sentada en la banqueta, una joven dama lo miraba con el ceño fruncido.

—Lo siento —tartamudeó él, bajando los ojos.

Apenas la había mirado, pero no había pasado desapercibida su belleza: su piel clara, sus ojos marrones, su cabello recogido, su vestido de terciopelo rojo. Y, sobre todo, las manos enguantadas que habían interpretado con maestría una alegre canción capaz de llenar su corazón vacío.

Ella contempló su pelo enmarañado, su mirada esquiva, su sonrisa cautelosa. Le recordó a una flor. A un precioso y despeinado diente de león antes de una caricia de la brisa.

—Soy William, marqués de Ayrton —dijo él con palabras atropelladas.

—Yo soy Aura Gauthier, invitada de Darren y Amanda.

—¿Es francesa? —preguntó él al reconocer cómo el acento se colaba en sus palabras.

—De París —añadió ella, con una sonrisa—. Como mi padre, el afamado novelista Pierre Gauthier.

—Conozco la obra de su padre —dijo él, sorprendido—. Un gran representante del Romanticismo francés.

Ella elevó las cejas, perpleja.

—Vaya sorpresa, milord, nadie más aquí conoce a mi padre.

—Por-por-fa-vor, llámeme William —pidió él, bajando de nuevo los ojos.

Ella se fijó en aquel hombre de cabello revuelto, pómulos altos y tristeza en la mirada. Se preguntó por qué parecía tan fuera de lugar a pesar del título de marqués, que significaba que había crecido y había sido educado para pertenecer a la aristocracia. Pero su postura corporal, con los hombros vencidos hacia delante, su pelo cubriéndole gran parte del rostro, y esos ojos que no se atrevía a clavar en ella, denotaban que era un ser tímido y al que le costaba relacionarse.

—¿Es usted como un diente de león, milord?

Él la miró, parpadeó, confuso.

—¿Cómo dice?

—¿Sabe lo que es un diente de león?

—Es conocida como *Taraxacum officinale* en el *Köhler's Medicinal Plants*, obra publicada solo hace unos años, pero se tiene constancia de ella desde 1780, cuando un botánico alemán...

—Pero ¿sabe por qué me ha recordado a ella? —Cuando él negó, ella continuó —: Porque usted es como esa flor cuando la brisa la empuja, y al ser tan frágil, se lleva sus semillas lejos, libres y mecidas por el viento.

—Creo, señorita Gauthier, que nadie me había descrito con tanta exactitud —confesó él, sorprendido.

Después de la excelente cena en la que degustaron manjares y se entregaron regalos a los más pequeños, William se excusó torpemente y salió al jardín frontal. La nieve caía, revoloteando como pequeños dientes de león. Al pensarlo, sonrió.

—¿De qué se esconde aquí, William?

Se giró buscando esa voz que le hablaba con acento francés.

—Ya habrá notado que no se me da bien la gente. He venido por mi sobrino.

Ella avanzó hasta él. No llevaba capa y los copos de nieve caían sobre su vestido granate y sobre su cabello. Pero William no debía fijarse en eso.

—Vuelva de-de-dentro, señorita Gauthier. Hace frío y, además, no quiero que se vea comprometida su reputación.

Ella dejó escapar una carcajada sincera.

—Creía que un diente de león que tanto mundo ha visitado no se dejaría encorsetar por las convenciones, pero creo que me he equivocado.

William, con una sonrisa tímida, se despojó de su abrigo y se colocó frente a ella, que asintió

con un leve gesto. A esa distancia, mientras le ponía el abrigo sobre los hombros, se dio cuenta de que un pequeño copo de nieve se había quedado prendido en las largas pestañas de Aura, pero no dijo nada.

—Gracias —dijo ella cuando él se apartó.

Permanecieron un rato bajo la nieve, mientras escuchaban el ruido de las risas y de la música proviniendo de la mansión que se erigía a sus espaldas.

—¿Sabe mucho de flores?

—Más que de personas —confesó él y compartieron una sonrisa—. ¿Y usted, sabe mucho de música?

—De partituras y grandes obras de Wagner sí. De personas, lo justo. Aunque sé reconocer una flor silvestre cuando la veo, aunque la traiga la nieve.

—Es usted una criatura magnífica, señorita Gauthier —soltó él, aunque se sonrojó al instante. Bajó el tono de voz—: ¿Se lo han dicho alguna vez?

Ella también se sorprendió, sobre todo, por el calor que notó en las mejillas.

—No. Ningún caballero ha empleado esas palabras. —No podía disimular la sonrisa—. Y por lo poco que he conocido de usted, me parece que es un gran halago.

—Perdóneme, ya le he dicho que soy de naturaleza torpe para las relaciones. Por eso no permanezco en Londres demasiado tiempo. Es la primera Navidad que estoy aquí desde hace años.

—¿Y qué le está pareciendo?

—Deslumbrante —reconoció él, sin dejar de mirarla—. Tan cálida que mi corazón de hielo amenaza con derretirse. —Al ver lo mucho que ella abría los ojos, pensó que sus palabras habían sido muy osadas, por lo que se ruborizó de nuevo y agachó la cabeza—. Discúlpeme, de verdad, yo...

Dio un par de pasos hacia atrás, pero ella le detuvo cuando colocó la mano enguantada sobre su antebrazo. William la miró atentamente.

—Mi corazón pertenece al piano desde que tengo uso de memoria. Pero esta Nochebuena, desde que usted me ha mirado con toda esa tristeza, he sentido que quería latir por algo más que por la música.

Él abrió los ojos y boqueó, sin saber qué decir, pero no se apartó.

—¿Puede un diente de león hacer una parada en su incesante viaje, aunque sea por una noche, para escuchar música de piano, hablar de flores y disfrutar de la Navidad londinense con una extranjera sin más título que su amor por los músicos alemanes?

—Me encantaría, señorita Gauthier.

—Puede llamarme Aura. Sería un buen regalo de Nochebuena.

—Solo si interpreta su canción preferida de Wagner para mí, Aura.

—Me encantaría.

Después de tantos años, William descubrió que la vida seguía a pesar del dolor, y que la

Navidad podía traer música, futuro y promesas.

William, marqués de Ayrton, es un personaje de *Aunque sueñe con tu nombre*.

<https://www.megustaleer.com/autor/natalia-snchez-diana/0000961826/>

Ni aunque pasen mil años

Nieves Hidalgo

Londres, 1818

Julius Baker, conde de Lancashire, se paseó por el coqueto saloncito con las manos cruzadas a la espalda. Aunque había estado en él varias veces, no pudo dejar de admirar, de nuevo, el exquisito gusto de la dueña de la casa. Mobiliario, telas, lámparas, candelabros, detalles primorosos, una pequeña estatua aquí, un jarrón de flores allá... habían sido elegidas por aquella mujer a quien ni siquiera el paso de los años hizo que languidciera la lucidez de su mente juvenil.

La misma mujer cuyo rostro lo miraba con descaro desde el óleo colgado sobre la chimenea, donde el fuego provocaba que crepitaran los troncos que la alimentaban.

Había pasado mucho tiempo desde la lejana primavera de 1780.

No podía dejar de admitir que la experiencia que ambos vivieron entonces rompió las normas sociales por las que se regía la sociedad de aquellos días, pero no se arrepentía. Nunca podía uno arrepentirse de sentirse vivo. Y Virginia Fox le tendió la mano cuando más lo necesitaba. Un período en el que él se encontró sumido en las tinieblas, con un baldón sombrío que lo llevó a dudar del amor de la mujer con la que se casó. Lo había hecho enamorado, convencido de que el suyo sería un buen matrimonio, de que la dama elegida para compartir con él su vida de condesa consorte le iba a hacer feliz. Pero la inesperada aparición de un galán de origen escocés, que comenzó a flirtear descaradamente con su esposa, sin que ella pusiera distancia en su actitud, sembró la incertidumbre en él.

No se atrevió a inmiscuirse en una amistad que venía desde lejos, ni quiso comportarse como el marido suspicaz que coartaba e impedía la libertad a la madre de su heredero, a la dama elegida por su corazón. A él también podía juzgársele por sus muchas faltas, pero no era una de ellas la de dar por sentado que un varón valía más que una mujer. Si él tenía amigos, ¿por qué no ella amigos? Por eso no dijo nada. A pesar de ser testigo, cada vez con mayor frecuencia, de que su esposa aceptaba adulaciones, sonrisas pícaras, incluso miradas no exentas de descaro de aquel hombre que, desde que apareció en su vida, él convirtió en su rival. Pero nunca quiso que ella supiera de sus dudas, unas dudas que podían mortificarla.

No preguntó qué lazo unía al escocés con su esposa. Insensato y necio, no lo hizo por no quedar

en ridículo ante ella. Debería haber sido directo y actuar de otro modo antes de buscar comprensión y cariño en quien no debía: en Virginia.

La actual lady Romins, viuda de Edward Fox, estaba prometida por aquel entonces. El enlace había sido pactado por sus padres, ella apenas había visto un par de veces al que iba a convertirse en su marido, y no lo amaba. Fox tenía un título, pero ni un chelín. Gozaba de magnífica presencia, eso sí; era atractivo, culto y buen orador. Alardeaba de nobles predecesores, aunque esa nobleza se había difuminado a lo largo de los tiempos, carcomida por las deudas de un abuelo y desplomada por la de un padre que los dejó en la ruina más absoluta. Casarse, pues, con aquella muchacha de buena familia, adinerada, que se reía de la vida y se la bebía a grandes sorbos, era un buen negocio.

—¿En qué diablos estás pensando, Julius? Hace algunos minutos que estoy esperando tu saludo. La voz, dulce y bromista, hizo que se volviera.

—No querrías saberlo —respondió, acercándose a ella sin dejar de mirarle a los ojos, para tomar la mano que le tendía y besar el dorso.

—¿No te has puesto nada de beber? ¿Prefieres que nos sirvan un té?

—Esperaba a que tú llegaras.

Se acercó al mueble de caoba que contenía los licores y escanció un dedo de brandy en dos copas, con un chorrito de agua en la de ella. Se la ofreció, esperó a que se acomodara en uno de los sillones, frente a la chimenea, y ocupó el otro.

—Todavía recuerdas cómo me gusta el brandy, viejo zorro.

—Hay cosas que nunca se olvidan —aseguró, guiñándole un ojo.

Estiró las piernas hacia el calor del fuego y suspiró.

—Mis huesos se resienten, Virgi —se quejó.

—Igual que los míos. —A ella se le escapó una risita guasona—. Ya no somos unos niños.

—Tú sigues siendo aquella muchacha que me enamoró.

—¿Eso era lo que estabas recordando cuando he entrado?

—Ni más ni menos. Nuestra locura.

—Fue una preciosa locura, Julius. Un *jeu* divertido.

—No fue ningún juego, Virginia. No para mí.

—No lo fue, es verdad. Solo bromeaba. —Guardó silencio unos segundos, mientras evocaba a la muchacha que había sido, y sus ojos se ensombrecieron—. Jamás me arrepentí de haberme entregado a ti, pero sí de que hicieras de menos a tu esposa. A fin de cuentas, yo iba a unirme a un hombre desconocido, podía tomarme la libertad de flirtear contigo.

—Estaba confundido. Creí que ella bebía los vientos por aquel guapo escocés, cuando él tenía..., digamos, otro tipo de preferencias en la cama. Solo eran amigos desde la infancia. Después de tantos años, sigo sintiéndome culpable de haber pensado que...

Ella movió la mano derecha como si quisiera espantar una molesta mosca, quitándole hierro al asunto.

—Pagaste tu poca fe amándola hasta que murió, como nadie podría haberlo hecho. Fue feliz a tu lado, nunca lo dudes. Era una mujer excepcional; siempre envidié su capacidad para entregar su cariño. Incluso a mí me perdonó, mientras que yo me veía a mí misma como una bruja. —Suspiró, se acabó el brandy y depositó la copa sobre la mesita lacada que tenía al lado, decidiendo cambiar de tema, porque recordar a la esposa de Julius dolía, no en vano había llegado a ser una amiga muy querida—. Estoy deseando que llegue el día de la fiesta. ¿Seguro que tu nieto asistirá? —El conde asintió—. Espero que os agrade la sorpresa que os tengo reservada.

—Que, por supuesto, no me vas a decir.

—Que, desde luego, no te voy a adelantar, «lord Curioso» —rió con un ánimo excelente.

Cuando Virginia organizaba algo, lo hacía a conciencia. Romins Manor relucía por los cuatro costados, los criados vestían uniforme nuevo, y nada escapaba a su control para que sus fiestas fueran insuperables.

Tras entregar las capas a uno de los lacayos, Julius Baker admiró el atuendo de la muchacha a la que llevaba del brazo. Sabrina había sido para él un rayo de sol, la nieta que nunca pudo tener. No le pasaban inadvertidas las constantes miradas de su nieto a la joven cuando se cruzaban. Podían llevarse como el perro y el gato, pero Ken no era capaz de apartar los ojos de su protegida. Y eso le agradaba. Mucho. Solo esperaba que tuviera la deferencia de no dejarles plantados en la fiesta y, de paso, hubiera preferido no tener que soportar la presencia de Colin, su sobrino, que sí les había acompañado.

Lady Romins se acercó a recibirlos e intercambiaron algunos cumplidos antes de que la dama preguntara:

—¿Tu nieto, Lancashire? Supongo que vendrá.

—Lo hará, o eso espero.

—Más le vale. —Se fijó bien en el elegante porte de su vecino y amigo y no disimuló su expresión de agrado. Aprovechando que Sabrina estaba distraída admirando el iluminado salón y a los en él congregados, se inclinó un poco hacia Julius—. Sigues siendo terriblemente atractivo cuando te vistes de gala, tunante.

—No pienso responderte con otro cumplido, Virginia. La última vez que te dije lo joven y bonita que te veía, creíste que me burlaba y casi me pusiste de patitas en la calle.

La fresca risa de ella hizo volver la cabeza a unos cuantos. Se tomó del brazo masculino y avanzó hacia el centro del salón, dejando que Sabrina y Colin los siguieran.

—Esta noche, hasta estoy abierta a permitirte que me dediques algún requiebro, Julius —comentó, al tiempo que le daba unos toquecitos en la manga.

Siempre hubo complicidad entre ellos. Otros, tras la vivencia tan personal e íntima que compartieron aquella tarde de una lejana primavera, lo habrían evitado; él se dio cuenta de que su esposa era la única mujer en su vida, y ella había acabado por enamorarse del hombre que se unió

a la suya. Pero en vez de alejarse, se convirtieron en los mejores amigos. Durante años se contaron sus penas y alegrías, lloraron juntos frente al féretro de la condesa de Lancashire, volvieron a hacerlo a la muerte de Fox... Sí, eran buenos camaradas.

Sin embargo, Julius hacía mucho tiempo que veía a Virginia como algo más que una amiga. Quería que fuera su compañera hasta que el Altísimo los llamase a rendir cuentas. Su nieto anhelaba que unieran sus tierras y su fortuna, se lo había comentado muchas veces. ¿Le aceptaría o se reiría de él? En un tono bajo, para que solo ella lo escuchase, le susurró:

—Pues ahí va: quiero decirte lo hermosa que eres, cada noche y cada mañana.

Ella perdió el paso, aunque se rehízo de inmediato y carraspeó. Lucía elegantísima con un vestido de terciopelo azul marino, con diminutos cristales cosidos al ruedo, que le conferían el aura de un hada, a pesar de su edad. Y sus blancos cabellos, sujetos en un moño bajo por peinetas con aguamarinas, eran los más hermosos que el conde hubiera visto nunca.

—Provocador —dijo—. En poco tiempo te pareceré una anciana.

—Ni aunque pasen mil años. Porque tu hermosura no está en la piel, sino en tu corazón. Quiero que te conviertas en mi condesa, Virginia. Que acabemos de envejecer juntos.

Lady Romins enrojeció como una jovencita en su baile de presentación, pero su mano se aferró con más vigor al brazo de él. Y su respuesta a la galantería fue apenas un murmullo que pintó en el rostro de Julius Baker una sonrisa de oreja a oreja, al tiempo que colmaba su alma de felicidad.

—¡Mira que has tardado en pedírmelo, bandido!

Julius y Virginia son personajes secundarios de la tercera entrega de la trilogía *Un romance en Londres: Días de ira, noches de pasión*, que se publicará en Selecta y Vergara próximamente.

Rivales de día, amantes de noche

Ódiame de día, ámame de noche

<https://www.amazon.es/Nieves-Hidalgo/e/B00J40ZE4O/>

<https://www.megustaleer.com/autor/nieves-hidalgo/0000103709/>

Navidad en Garden House

Nunila de Mendoza

Está el doctor Gervais en la entrada de Garden House mirando su reloj de bolsillo. Cual perfecto caballero inglés, espera que las agujillas marquen exactamente las 7 p.m. para tocar la puerta. Faltan dos minutos, y eso le da tiempo para contemplar la residencia de los Townsend. Podría decirse que es una de las más hermosas que existen en Londres. Mas allá de su antigüedad, noble pasado y espectaculares jardines, esa casa contiene tal magia que hasta logra que un hombre como él, con canas y agnóstico a ultranza, reciba con agrado pasar en ese hogar una fiesta como la Navidad. Siete en punto toca la campanilla y es atendido por los mayordomos de la casa, dos ancianos muy peculiares llamados Alfred. Hasta ahora —ya el doctor lleva de amistad con los Townsend más de 10 años—, no sabe bien el lugar que ocupan esos ancianos en la casa. Se presentan como mayordomos, aunque nunca los ha visto realizar un quehacer más allá de abrir las puertas o dormir. Los niños Townsend los llaman «abuelitos»; se sientan en la mesa principal a comer. Le gastan fuertes bromas al señor de la casa. Y *lady* Violeta, la señora de la casa, corre por mantas para taparlos cuando se quedan dormidos en cualquier ambiente. Pero estos Alfred son solo una de las rarezas que tiene esta familia y que es fuente de cotilleo en la alta sociedad.

Entra el doctor a la casa y enseguida corren a saludarlo un tropel de niños, los hijos de los Townsend, más su sobrino Julián, quien pidió quedarse en esa casa desde temprano. Siete hijos tiene la familia, todos adoptados, excepto la pequeña que aún está en brazos de *lady* Violeta, quien, como siempre, corre a su encuentro apurada, con el cabello revuelto y una enorme sonrisa que hace brillar sus raros y hermosos ojos color violeta.

—Tome asiento, doctor —dice la señora—. En unos minutos llega Ian. ¿Quién trabaja en fiestas? —No espera respuesta a su pregunta—. solo mi esposo. Pero ya viene... No, doctor. No le dé los regalos... Vayan, curiosos, a jugar. Permiso, doctor. Voy a ver la cocina.

El doctor toma asiento en el sillón del salón de la casa que más le gusta, un poco en la esquina, medio en la sombra. Y observa el accionar de estas personas. Como obra de teatro, pareciera que están dando una función para él. Ahí está la señora de la casa, una *lady*, nieta de un conde, casada con unos de los hombres más ricos de Inglaterra, cargando a su hija en brazos mientras corre a ayudar en la cocina. No, la señora Townsend no tiene nanas para sus hijos, siempre está en la cocina o enseñando a leer a los más pequeños. No es por avaricia que no contratan institutrices,

personas más generosas sería difícil de encontrar en esta ciudad. Solo es que a la señora Violeta, a pesar de su menuda figura, tiene el don de la ubicuidad y de nunca cansarse. Dirige su hogar y la educación de sus hijos sin mayor regla que las que le dicta el instinto. El doctor está convencido de que es uno de esos seres de exquisita inteligencia y generosidad sin límites que hacen milagros. Como el hijo mayor Henry, quien conversa alegre con su sobrino Julián, tiene el joven una alta y erguida postura para su edad, lleva las manos en su chaqueta y ríe divertido, irradia corrección, seguridad, decencia. El doctor lo recuerda aún como el niño asustado, retraído y huraño que llegó a la casa después de sufrir abusos y tormentos en un orfanato. Los niños más pequeños juegan, siempre entrando y saliendo de la cocina, llevando alguna queja o hazaña para contarle a su madre. El doctor, que es médico de la familia, piensa escribir un manual de crianza a partir de lo visto en esa casa. Hasta tiene un título: *El instinto sobre la norma para criar niños felices*. «Si lo tiene en brazos todo el día, será muy engreído», «¡Ay, doctor, déjeme!, cuándo sean grandes, no los podré cargar». *Lady Violeta* está ganando.

Como toda obra de arte debe tener un defecto para hacerla perfecta, y ahí está acercándose ese defecto, con paso firme y mentón levantado, la insufrible tía Gloria. Se pone a su lado y lo increpa en voz alta:

—Usted, ¿qué hace aquí?, ¿no es acaso un ateo?, ¿qué hace celebrando una fiesta pagana?

—Para mí también es un placer verla, señorita Gloria —responde el doctor impostando la voz para molestarla—. Es cierto, soy un agnóstico confeso. Pero una velada con tan agradables personas puede abogar para hacer una tregua en mis creencias, o, mejor dicho, en mis no creencias. Además de realizar un ejercicio ontológico.

—Bla, bla, bla. Ese vientre abultado es la razón de estas visitas. Si tuviera nombre esa barriga, diría propiedad de los Townsend.

Antes de responder, llega en su auxilio una de las niñas Townsend, la mayor, llamada Grace, quien se acerca a la tía llorando y con sentidos lamentos.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta, angustiada, la tía con tierna voz.

—Randolph, tía, mi hermano acercó a mi muñeca al hogar para que tomara mi color y pareciera más mi hija, y mira lo que hizo—. En ese momento, la pequeña descubre en unos trapos envueltos una muñeca carbonizada.

—¡Randolph Townsend! —pega el grito la tía Gloria—. ¡Ahora verás, engendro del ares!, ¡ya verás cuando te atrape! No llores, querida. No llores.

La tía Gloria se aleja con la niña, mientras Gervais ve al imputado y otro más pequeño esconderse debajo de la mesa principal. No puede más que sonreír. A su lado pasan las hermanas Amy y Katy, quienes juegan a ser gemelas (físicamente, no hay niñas más distintas; una es alta, robusta y morena; la otra, baja, delgada y rubia; solo tienen en común la edad). Para la ocasión, se han peinado igual, puesto la misma ropa y del brazo caminan coordinando sus pasos.

—Doctor —hablan al mismo tiempo—, le daremos un dulce si adivina quién es Amy y quién es Katy.

—¡En qué difícil posición me han colocado damitas! —Gervais lleva su mano al mentón y lo rasca en señal de profunda reflexión—. ¡Qué difícil! Son dos gotas de agua. ¿Cómo podré con este dilema? A ver... —Levanta el dedo y a propósito señala a la equivocada—. Creo que tú eres Amy.

Ambas se ponen a reír divertidas.

—Perdió, doctor, pero aun así le daremos un dulce. Porque sabemos que es muy difícil.

Se alejan de él, divertidas, dando saltos. Comienzan a llegar más invitados. Casi siempre los mismos. Unos jóvenes llamados Jean Paul y Vespasiano llegan juntos y comienzan a seguir la broma de Katy y Amy. Llega luego la bellísima condesa Helen Van Trap, una de las beldades más reconocidas de la ciudad, quien, se decía, era, algún tiempo atrás, amante del mismo Ian Townsend, antes de conocer al *lady* Violeta, por supuesto. Una mujer madura divorciada y que actualmente vive en concubinato con un joven diez años menor, católico e irlandés. Pocos hogares respetables de Londres la reciben en su hogar. Pero en Garden House es la mejor amiga de *lady* Violeta y madrina de sus hijos mayores. Llega con grandes bolsas de regalos. Se acercan todos los niños, expectantes, coreando su nombre. El entusiasmo hace salir al buscado Randolph del escondite y, a medio camino, encuentra a la tía Gloria, quien en un movimiento rápido lo coge de las patillas.

—¡Tía Gloria, no tan fuerte! —exclama *lady* Helen, y luego agrega mirando al pilluelo—: Ay, cariño, conociéndote, ni siquiera te defiendo porque temo preguntar que habrás hecho.

A rastras se llevan al condenado mientras la tía Helen y el tío German (el irlandés) llenan de besos a los demás niños. Unos minutos después, entre risas y súplicas de los Alfred por que tía Gloria levante el castigo de Randolph, aparece *lady* Violeta, con la pequeña hija aún en brazos, anunciando la llegada de Ian. No se ha escuchado timbre alguno, no se ve en el camino la sombra de nadie. Pero como son las cosas extrañas de esa casa, todos saben que es cierto, Ian Townsend está a punto de llegar. Es más, los mayordomos abren la puerta antes de que este toque.

—Señor gusano —saluda uno de los Alfred mientras le recibe su sombrero.

—Señor Cuatrero —saluda el otro recibiendo el abrigo.

—¡Ah!, aún respiran —responde el señor Townsend, suspirando.

En ese momento, viene el descontrol, todos los niños se acercan corriendo, hablando al mismo tiempo cosas que hicieron, cosas que otros hicieron. El padre, que es de considerable estatura, se dobla a la mitad para escucharlos. Posa su enorme mano en la cabeza de cada uno y dice:

—Muy bien, hija..., pídele perdón a tu hermano... De tus propinas le comprarás otra muñeca... Felicidades, hijo... Qué bien, cariño.

Ya recibido cada uno su halago o reprimenda correspondiente, saluda a todos los presentes y, con muestras de cansancio, se sienta al lado del doctor.

—Qué gusto que comparta estas fechas con nosotros, doctor.

—El gusto es mío, señor Townsend.

—Aunque sea agnóstico, sé que un alma caritativa como la suya entiende el significado de estas fiestas.

El doctor Gervais contempla el agradable hogar y las personas alrededor. Los niños ríen, *lady* Helen ayuda a *lady* Violeta a decorar la mesa, los jovencitos hacen malabares con los sombreros. Randolph y su hermano José, debajo de la mesa, roban dulces. Mientras, las niñas curan a la muñeca de Grace.

—¿Cómo va la fábrica? —pregunta el doctor.

—Las huelgas, la muerte de la reina Victoria dejan esta ciudad en un caos. Se vienen tiempos muy difíciles. —Townsend conversa de la difícil situación, pero en una fracción de segundo Gervais nota que levanta la mirada y a lo lejos ve a su esposa. como si le pasara la voz, ella levanta su mirada, ambos se ven y sonríen. Hay tanta ternura en ese gesto que el doctor llega a ruborizarse; disimulando, tose un poco.

—¿Pasa algo, doctor?

—Quizás necesite un poco de brandy... La emoción de las fiestas.

Los personajes pertenecen a la serie *Los Townsend*.

<https://www.megustaleer.com/autor/nunila-de-mendoza/0000956224/>

Dulce navidad en Minstrel Valley

Nuria Rivera

*D*iciembre de 1836

Minstrel Valley, condado de Hertfordshire, Londres.

Desde que Doll entró a trabajar en la Escuela de Señoritas de lady Acton, en Minstrel Valley, y empezó a relacionarse con las alumnas su percepción del mundo había cambiado. Había lugares con encanto y aquel era uno de ellos.

Agradecía en silencio que la señora Hardy, la amiga de su madre, le hubiera ido con el chisme de que en la antigua mansión de los marqueses de Northcott necesitaban personal. Con premura, su madre le había ordenado recoger sus cosas, meterlas en un hatillo y subir al coche de postas hasta el pueblo vecino. Era una buena hija, en su casa había muchas bocas que alimentar. No es que no ayudara, desde los once años había servido en la casa de una familia, pero se habían trasladado al continente y no quisieron llevarla.

—Es una gran oportunidad —le decía—. Si eres buena doncella, trabajadora y huidiza de chismes, como te he enseñado, quizá algún día llegues a ser la gobernanta, pero tendrás que trabajar duro. Huye de la pereza como de cualquier mozo.

Con ese consejo salió de su hogar y se presentó en aquella mansión que, según había escuchado en la diligencia, llevaba cerrada más de veinticinco años y su dueña se había empeñado en hacer de aquel lugar una respetable escuela para las hijas de los nobles y más acaudalados hombres del reino.

Un año después sentía que Minstrel House era su casa, y la tarea de ayudar a las alumnas le gustaba. Pero de todos los consejos que su madre le había dado, había uno que no siguió. Doll se había enamorado. En el pueblo vivía un joven que, cuando lo veía, su corazón se aceleraba. Una tarde acompañó a las chicas a la fiesta que se celebraba en Legend Square y el joven le pidió un baile.

—Creí que no iba a poder bailar con la muchacha más bonita de esta plaza, este pueblo y el condado entero.

Río por su osadía.

—Creo que exagera, señor... —coqueteó.

—Hobson, y usted es la señorita Braxton, ¿verdad? —Que supiera su nombre la emocionó—. Tengo ojos en la cara y también en el corazón. No es la primera vez que nos vemos.

Bailaron al son de la música, pero él no dejó de alabarla y hacerla reír. Le contó dónde trabajaba y le pidió un paseo a solas la tarde que tuviera fiesta. Ella se había negado, aunque le hubiera encantado aceptar.

La mayoría de las veces la encargada en velar a las muchachas cuando salían era Lucy, pero la señora Burton, el ama de llaves de Minstrel House, le había ordenado que fuese ella y no la otra quien se ocupara de ir al mercadillo. Aquella disposición le había generado un pequeño cosquilleo en el estómago. Quizá podría ver al joven del baile, ese que la rondaba en sus sueños. Sus ojos se le aparecían por las noches cuando cerraba los suyos, y entonces él la besaba hasta hacerla temblar. Lo tenía siempre en su pensamiento y temía que las muchachas o la gobernanta se dieran cuenta de las tribulaciones de su corazón.

Entró en la sala de las alumnas, ubicada junto a la biblioteca. Su color lavanda siempre le había parecido que transmitía tranquilidad, pero encontró a cuatro muchachas, alteradas, hablando casi a la vez. Al ser conscientes de su presencia se callaron. Aunque atisbó a escuchar que querían comprar algo y no se atrevían. Sonrió. Lady Margaret Ashbourn, lady Rosemary Lowell y las señoritas Emily Langston y Rebecca Grant se mostraron cohibidas al sentirse descubiertas. Una dama nunca dejaba de parecerlo.

—Miladies, señoritas, ¿qué es lo que desean comprar?

—Se acerca la Navidad y Becca quiere un peine y un espejo para su tía —explicó Emily, una joven pelirroja muy risueña.

—Yo quiero un abrecartas para mi hermano —añadió lady Margaret.

No podía creerlo, su estómago le dio un vuelco. Iba a tener la oportunidad, una excusa, para acercarse al tenderete del herrero. Templó sus nervios y preguntó:

—¿Y dónde está el problema? Seguro que en el puesto del señor McDonald encuentran esas cosas.

—Es que...

Entendió lo que les ocurría, les daba vergüenza.

—Si lo desean, mientras ustedes miran alguna otra cosa, yo puedo comprar lo que necesiten —se ofreció, esperanzada.

—Mientras miramos unos guantes podrías acercarte —propuso lady Rosemary como solución. Era una joven bonita, pero a menudo la veía demasiado triste.

—De eso nada —se quejó lady Margaret—. Hemos dicho que iríamos todas.

—Entonces iremos todas —concluyó Doll, tampoco era que se atreviera a ir sola, ¿y si se quedaba sin saber qué decir?—. No creo que el señor McDonald las incomode.

Las risitas que soltaron la hicieron pensar que lo que ocurría era que más bien las intimidaba, pero no porque fuese rudo o malcarado, sino porque sonreía siempre a todas las mujeres, era un seductor. Se preguntó si su ayudante también lo sería. No era tan guapo, pero a ella le gustaba.

Salió detrás de las muchachas con el gusanillo de los nervios bailando en su estómago. «No puedes regresar sin haber hablado con él, Doll; si lo haces eres, una tonta», se dijo a sí misma. En pocos minutos llegaron a la plaza, las chicas compraron algunas cosas y al pasar junto a la estatua de los amantes de la Dama y el juglar la observaron con verdadera devoción. Luego se dirigieron hacia North Road, donde el señor Angus McDonald y su ayudante solían poner su puesto; en la esquina con Legend Square.

Para su decepción solo estaba el dueño.

—Buenos días, miladies, señoritas —saludó con amabilidad el hombre—. ¿En qué puedo ayudarlas?

Por un segundo creyó que no serían capaces de hablar, iba a intervenir, pero entonces la voz de Becca se abrió paso entre el murmullo que había de fondo y el herrero no solo las cautivó con una sonrisa, sino que las animó a tocar los objetos que tenía expuestos. Al instante las tenía embelesadas con las cosas que diseñaba, las vio buscar entusiasmadas algunos detalles para intercambiarse en Navidad. Minstrel House se vestiría de fiesta, aunque muchas alumnas no estarían por celebrarlo con sus familias.

—Un bonito presentimiento me decía que hoy la vería —susurró alguien en su oído.

Se giró para verlo, aunque ya sabía de quien se trataba.

—Señor Hobson. Buenos días.

—Rudy, podría llamarme Rudy y yo la llamaría Doll —pidió con una sonrisa que la derritió por dentro— y entonces, quizá, me concedería un momento para poder decirle lo guapa que la veo.

—No sea adulator —Doll se miró, iba con un vestido sencillo, muy distinto al que lucían las alumnas.

—Las ropas no hacen mejores a las personas. Si fuera capaz de entender cómo yo la veo... — Con un suave movimiento la mano del señor Hobson rozó la suya, que caía extendida a lo largo de su cuerpo. Sus dedos, como si tuvieran vida propia, se movieron en un rápido zigzag para seguir el roce de aquella otra piel.

Sin romper el contacto, el señor Hobson se inclinó sobre el pequeño tenderete, cogió un objeto y se lo entregó con disimulo. Luego susurró de nuevo, solo para ella.

—La espero en la puerta trasera de Minstrel House esta tarde. ¿Podrá salir?

Asintió. El momento más tranquilo era después de la comida.

Antes de que él se alejara de su lado lo llamó.

—Rudy. —La sonrisa que le dedicó al escuchar su nombre llenó su corazón—. ¿Para qué es esto?

—Es para ti, Doll.

Salió por la puerta con el chal ceñido a su torso, pero el frío huyó de su cuerpo al verlo. Rudy la

esperaba con un caballo. La ayudó a montar y después se colocó tras ella. Borearon el muro que cercaba la escuela y se dirigieron hacia la parte trasera, se detuvieron en un bosquecillo. Allí él la ayudó a descabargar, pero se quedó muy cerca de ella.

—¿Tienes miedo? —preguntó Rudy.

—No —respondió segura, notó cómo la rodeaba por la cintura y la pegaba a su cuerpo—, me gusta estar así, contigo.

Doll sintió que algunos sueños se hacían realidad al apreciar cómo él presionaba con sus labios en los suyos y la besaba. Algo desconocido se adueñó de su cuerpo y percibió una necesidad y una pasión como nunca había imaginado. Se separó de él con la respiración entrecortada. El calor que experimentó podría derretir la nieve que había bajo sus pies.

—Eso que notas lo siento yo desde la primera vez que te vi y tardé semanas en poder acercarme a ti. —Rudy llevó la mano a sus labios y con suavidad los resiguió con una dulce caricia.

Esta vez fue ella la que se lanzó a su boca y lo abrazó con fuerza, necesitaba sostenerse porque notaba que sus rodillas se hacían mantequilla.

—Rudy, por Dios. Esto es una locura.

—Sí, una dulce locura.

—Yo... yo no sé cómo decirte lo que tú me haces sentir, pero he pensado que... —se avergonzó de lo que había hecho. Pero al ver su sonrisa, Doll se animó, sacó la cajita que él le había dado, de un bolsillo, y se la entregó.

—¿Me devuelves el regalo?

Ella sonrió y lo incitó a abrirla. Dentro había un mechón de su cabello. Rudy la miró con ojos vidriosos y murmuró emocionado:

—Tendré que darte otro regalo... —carraspeó y añadió—: Soy un hombre sencillo que trabaja en la forja, pero mi cariño es sincero. Este presente me dice que no eres indiferente a mi afecto, y para mí no habrá otra más que tú. Mis manos están vacías, aunque en unos años tendré el dinero que ahora me falta. Si me amas, dulce Doll, podremos construir un futuro juntos.

—Claro que te amo, no sé cómo ha sucedido... yo... jamás pensé que podría ocurrirme algo así.

—Yo tampoco imaginé que se podía tocar la felicidad. Déjame demostrarte cuánto te amo.

Volvieron a besarse y a perderse el uno en el otro. Doll nunca se había atrevido a soñar en encontrar el amor, pero en Navidad y en Minstrel Valley todo era posible.

Los personajes protagonistas, Doll y Rudy, son personajes secundarios del libro *Un conde sin corazón*, de la serie *Minstrel Valley*.

<http://megustaleer.com/libros/un-conde-sin-corazn/minstrel-valley-/MES-109279>

<https://www.facebook.com/nuriariveraescritora/>

www.nuriariveraescritora.com

Una Navidad inolvidable

Olga Hermon

Nathan Dolovan no era un hombre de enamorarse en cada esquina o cada vez que veía una chica linda. Tal vez su formación profesional y manera de ver la vida lo convirtieron en un sujeto práctico y frío, por eso, no le cuadraba que, a sus cuarenta y dos, le hubiera sucedido dos veces en el mismo año y con dos chicas que cohabitaban en la misma casa.

Algo flotaba en la mansión Rivadeneira, aunque en los siguientes tres meses se pondría todo en su lugar.

—Buenos días, Alba —saludó buscando sin empacho los ojos de Nani. La joven viuda siempre encontraba la manera de mantenerlos bajos sacudiendo pelusas inexistentes en las ropas de sus pequeños pacientes.

—Buenos días, doctor Dolovan. La señora Lena me pidió que fuera empezando con Diego, en lo que ella llega con Ian.

Se encontraban en la espaciosa estancia de los niños, en el hogar de los Rivadeneira, la misma que el psiquiatra utilizaba con frecuencia para sus consultas por ser un entorno conocido por ellos.

—No se vaya, Alba —pidió, deteniéndola en la puerta—. Ayúdeme mientras tanto. Se lo ruego —agregó al verla dudar.

—Claro. —Lo miró con brevedad mientras su rostro se teñía de carmín.

—Diego, por favor, siéntate en tu mesa de trabajo —indicó sin dejar de observar a Nani, que era como la nombraban él niño y su hermano—. Alba, vea que llene todos los cuadros vacíos —instruyó, entregándole un cuadernillo.

Como al descuido Nathan rozó sus dedos; ella apartó la mano igual que si hubiera recibido una descarga eléctrica. Los papeles cayeron al piso y ambos se agacharon para juntarlos.

—¡Perdón! —exclamó Nani cuando sus cabezas chocaron. No hubo respuesta del otro lado, pues el médico se encontraba perdido en las profundidades de los ojos más negros y expresivos que jamás viera.

El encanto se rompió de forma intempestiva al abrirse la puerta para dar paso a un ciclón llamado Ian y a Lena, que sonrió ante el cuadro que tenía enfrente. Se dijo que no se había equivocado con esos dos; ahí algo se gestaba, y ella no pararía hasta que naciera un romance entre

las solitarias almas.

—Nathan... —saludó.

—Helena. Adelante —concedió enderezándose.

Nani estaba de pie, sonrojada como si los hubieran pillado con las manos en la masa.

—Por favor, siéntate con Ian —indicó—, necesitará ayuda con las preguntas. Mientras tanto, hablaré con Alba sobre la rutina de los chicos.

Luego de quince minutos de recibir información de la nana y las consiguientes recomendaciones, Nathan aprovechó el murmullo incansable del fondo para acercarse y mirarla en profundidad.

—¿Te gustaría cenar conmigo el sábado? —preguntó sin dudar, a sabiendas de que, al día siguiente, la chica tenía descanso.

—Yo...

—Di que sí —susurró con sonrisa de niño desvalido—. Prometo regresarte temprano con los tuyos. —De conversaciones anteriores, sabía que, los domingos, ella los dedicaba por entero a sus hijos.

Estaban a escasas semanas del fin de año y Dolovan había decidido que no celebraría las fiestas navideñas como siempre: de casa en casa y robando una pizca de la dicha familiar ajena.

Helena no se perdía detalle del cuchicheo, presintió que Alba estaba a punto de pronunciar un «no» rotundo y decidió que había llegado la hora de intervenir. A pesar de su avanzado embarazo, con agilidad se puso de pie para acercarse a ellos.

—Tengo estas invitaciones para ustedes. —Entregó cada una en sus manos—. Este sábado es la fiesta de aniversario de la oficina de Alonso. De hecho, se me ocurre que Nathan podría pasar por ti —sugirió con inocencia a la nana—. Le quedas de camino, ¿no es así, amigo mío? —dijo refiriéndose a su antiguo pretendiente, al que miró con elocuencia.

—Yo... no sé qué decir. —Alba se había puesto roja como una grana.

Nathan estaba fascinado con ella.

—Pues que sí... —pronunciaron a coro, incluidos los niños.

El médico se marchó con la seguridad de que a partir de ese momento tendría la ayuda idónea para conquistar a la chica. Estaba seguro de lo que quería para el resto de su vida: Alba.

La noche del sábado, Alba estaba de lo más elocuente e inquieta en la espera del psiquiatra. Sus hijos se echaban miradas cómplices; les hacía mucha gracia su actitud, ella siempre tan propia y callada. En realidad, estaban felices, pues consideraban que mamá ya le había guardado muchos años de luto a papá. Además, el doctorcito no estaba para despreciarse. En la casa del patrón, se referían a él como «una maravilla de hombre».

Nathan no llegó a la cita y Alba lloró quedo mientras se refugiaba en la cocina. Sus hijos se fueron a la cama con la decepción pintada en el rostro, y eso le dolía más que el plantón.

El domingo, muy temprano, el timbre despertó a todos en la casa. Alba se echó el salto de cama

encima y se dirigió a la puerta, segura de que se trataría de un vendedor callejero, de esos tercios que no se conforman hasta oír el «no, gracias».

—¡Nathan!... Perdón, doctor Dolovan. ¿Qué hace aquí? —Con manos temblorosas se aplacó la melena alborotada.

—Necesitaba disculparme por lo de ayer y no podía esperar ni un minuto más —respondió bebiendo con la mirada el aspecto de la chica—. Esto es para usted. —Estiró la mano para entregarle un ramo de flores moribundas. Se veía agotado, con su esmoquin maltrecho y la corbata de pajarita colgando del cuello.

»Uno de mis pacientitos se quiso quitar la vida; me pasé toda la noche convenciéndolo de lo contrario —explicó.

—¡Qué barbaridad...! Pase, por favor. Tome asiento en lo que me visto y preparo café.

—Eso se escucha formidable, gracias. —Se dejó caer en el sillón largo, sin quitar la vista de la esbelta figura que se perdía en el pequeño corredor.

Frente al espejo, Alba luchaba por sujetar su risada cabellera en una coleta, mientras sus inquietos ojos recorrían con aprobación sus vaqueros y camiseta de domingo. Luego se dirigió a la cocina. Diez minutos después apareció en la sala con un servicio de humeante café.

—Le traje unos panecillos que horneé... —calló sorprendida; el médico se había quedado dormido. Entonces dejó la charola en la mesita de centro y, con cuidado de no despertarlo, lo acomodó hasta recostarlo en el sofá para luego cubrirlo con su manta preferida, porque hacía frío.

Se quedó junto a él y aprovechó el tiempo para observar con libertad el apacible rostro, en especial, esas arruguitas de sonreír junto a los labios que tanto le gustaban.

El psiquiatra era un tipo formidable. En los seis meses que llevaba trabajando para los Rivadeneira, había aprendido a conocerlo y, aunque juró que nunca volvería a enamorarse, poco a poco, sin darse ni cuenta, lo hizo de Nathan Dolovan.

Lo admiraba desde que empezó a oír de él en la casa de su patrón, pero el topárselo aquella primera vez y verse reflejada en sus ojos castaños fue una sacudida a su adormecido corazón, al punto de que este latía a capricho: sosegado y tranquilo cuando se mantenía ocupada, o con ritmo desigual cuando lo pensaba. Sin embargo, tener al hombre en la intimidad de su hogar había provocado una loca carrera dentro de su pecho que la tenía temblorosa y sonrojada como una adolescente.

Semanas después...

—Mamá, es la quinta vez que tiras la cuchara al piso. ¿Se puede saber qué te sucede?

Miky se apuró a recoger el trasto y miró a su madre con ternura. Era la cena de Nochebuena, la primera de muchas en que la cabecera de la mesa estaría de nuevo ocupada.

Charly, el menor de los hermanos, acomodaba la vajilla, con motivos navideños, que llevaba siete largos años guardada.

—No es nada, hijo. Anda, pon los cubiertos en lo que voy a mi habitación a darme un último retoque.

Lucía preciosa con su vestido de seda melocotón, que iba de maravilla con su piel apiñonada. El cabello lo traía recogido a la altura de la nuca, y por joyas portaba los sarcillos de perlas que le había regalado su padre el día de su boda.

Sus hijos, Michael, de catorce, y Charles, de doce, a regañadientes llevaban puestos los trajes que les había regalado Helena, pues ella sabía que esa noche sería muy especial.

El cucú de pared marcó las nueve y el timbre de la puerta lo secundó anunciando la llegada del invitado especial.

—Adelante, Nathan; estás en tu casa —saludó el cabeza de la familia con toda formalidad, y acompañó al novio de su madre a la sala—. Mamá no tarda en venir.

—¿Deseas algo de beber? —preguntó Charly, que se unió a ellos—. ¿Quieres que las ponga en agua? —señaló el ramo de rosas rojas que siempre acompañaba al doctor en sus visitas.

—Gracias —concedió el hombre; nervioso, pasó las manos por sus muslos. Se veía inquieto, algo impropio en él, siempre tan mesurado.

—Buena noches, cari... Nathan —saludó Alba apenas cruzar el umbral, sonrojada hasta la punta de los cabellos por lo que suponía una indiscreción de su parte.

—Buenas noches, Alba. ¡Estás, bellísima! —aseguró poniéndose de pie, con mirada brillante.

—Te trajeron esto. —Charly le entregó a su madre las flores que no había alcanzado a colocar en el jarrón.

—Gracias. Por favor, toma asiento —pidió al invitado.

—Prefiero permanecer de pie para lo que tengo que decir —respondió ansioso.

—Adelante. —Alba entrecerró los ojos y sonrió apenas.

Nathan se puso en una rodilla y del bolsillo de su esmoquin sacó una pequeña caja que abrió ante los atónitos ojos de los presentes.

—¿Te quieres casar conmigo? ¿Chicos, me concederían la mano de su madre?

Aquel domingo, ahora tan lejano, que solo prometía lamentos, lágrimas y apetito insatisfecho de parte de dos considerados adolescentes que decidieron permanecer en su habitación para que una joven viuda y un buen tipo se arreglaran, terminó transformándose en un increíble pic-nic en la playa, el primero de muchos encuentros que compartirían como una familia feliz, sin imaginar que la magia de la Navidad obraría en la fría mente del hombre de ciencia, silenciándola para que pudiera escuchar la voz del corazón.

Alba y Nathan son personajes secundarios de *Muchas mentiras y unas cuantas verdades*.

<https://www.megustaleer.com/autor/olga-hermon/0000956061/>

Entre verduras y filósofos

Paula Alaimo

Siempre prometía lo mismo, año a año, diciembre tras diciembre, en cada una de las festividades: «El año que viene no me agarra otra vez, voy a hacer las compras de Navidad por lo menos con un mes de anticipación».

Y ahí estaba, al mediodía de Nochebuena, en el local abarrotado de gente, esperando su turno en la cola infinita para poder pagar la compra. Tenía por delante unas veinte personas, y todo hacía pensar que estaría un buen rato, ya que, o los empleados estaban tomándose más tiempo de lo necesario, o el sistema con pago de tarjeta de crédito estaba colapsado; o simplemente ese era su castigo. Miró hacia la derecha y quiso matarse: una fila de unas treinta personas para envolver los regalos. Sí que estaba perdida, tendría mínimo una hora más.

Bajó la mirada hacia sus manos, observando el libro, y sopesó si valdría la pena esperar. Quizá lo mejor era dejarlo en el estante y salir de la librería; total ¿para qué?

Pero, por un impulso, sin entenderlo, entró y fue al sector de clásicos. Revisó una y otra vez los autores y se decidió por Dostoievski, *Crimen y castigo*. Qué tonta, en vez de llorar por la estupidez que meses atrás se había mandado con Antonio, ahí estaba, sonriendo por lo casual del título, que hablaba de su triste realidad.

Sí, en ese momento se había sentido tan bien volcar sus tripas en esa llamada, se sintió tan bien las semanas siguientes. Pero al mes el chiste ya no tenía tanta gracia, y al tiempo la culpa no la dejaba vivir en paz.

Nunca había tomado tanto como en la noche en que ella, Ludmila, Romina, Elvira, Teresa y Griselda se habían reunido para despedir a Ludmila, quien se iría por un par de años a trabajar y hacer experiencia en España.

Después de una triste confesión para levantarle el ánimo, Romina propuso hacer locuras esa noche, y todas, intentando que los ánimos de Ludmila y el del resto subieran, decidieron aceptar los retos descabellados.

Ella, sin dudarle, eligió el de mandar a la mierda a un tipo por motivo que no iba al caso, por solo el placer de hacerlo, con quien podría tener un vínculo serio o no. Esa tarde, recordó la llamada que había hecho a su novio Antonio, y una vez más la atendió su hermana. Tipa más estirada y clasista como esa no podría encontrarse en el mundo. Justo le tocó a ella como familia

política, o futura, o pasada, llegado el caso.

Conoció a Antonio en el recital de una banda que ya no recordaba, era verano, fin de clases, y no tenía mucho que hacer. Por lo que después de llevar los productos que producían los chicos de Huerta en los Barrios al hogar de niños Barrigas llenas, fueron a festejar con ellos el cumpleaños de una de las chicas, fanática de aquella banda alternativa.

Antonio estaba unos metros más apartado de donde ella se encontraba, y en uno de los momentos en que hubo un corte ella lo vio y no pudo dejar de observarlo. No por lo que le gustara lo que veía, más bien por la gracia que le daban sus gestos. Era muy evidente que a ese chico no le agradaba ni la banda, ni el ambiente, ni nada de nada. Y no supo el porqué, pero le dio tanta ternura que no pudo dejar de mirarlo, hasta que él percibió su mirada y todo cambió.

Cada tanto la observaba y le sonreía, ella le devolvía el gesto mientras bailoteaba al ritmo de esa banda que aún no recordaba.

Fueron de forma natural acortando distancias, volviendo a mirarse con curiosidad, hasta que, con gracia y muy divertidos por la movida de ambos, comenzaron a conversar, Y sin provocarlo ni buscarlo, terminaron tomando un café muy lejos del ruido, reclusos en una linda confitería, charlando de sus vidas, conociéndose sin querer.

Ella siempre se preguntó, luego de la presentación de ambas familias, qué hacía ese chico tan de alta sociedad, profesor de filosofía y letras, saliendo con ella.

Él viviendo en las lomas de San Isidro; ella, una piba del barrio de Flores, amante de la tierra, soñando con alimentar al mundo.

Sufrió. Alcanzaba a entender el desprecio que su familia una y otra vez intentaba hacerle notar. Disimuló los miles de falsedades en las que se veía inmersa, cuando Antonio estaba presente tras soportar escuchar a su madre y su hermana intentar separarlos para emparejarlo con mujeres más convenientes. Solo pudo encontrar en los esposos de esas arpías una cierta complicidad, ya que Antonio o no se daba cuenta de la situación, o se hacía el distraído para pasarla bien. Nunca las confrontaba, y eso, poco a poco, fue animándolas a que fueran más desagradables con ella cuando nadie las veía. Cobardes.

Lita cada vez se retraía más, se sentía tan fuera de lugar en esas inentendibles reuniones familiares, disimulando una situación que la hundía poco a poco.

«La gordita» le decían; «la verdulera del barrio», en otras ocasiones.

Nunca se había sentido menos ante nadie hasta llegar a esa familia.

Ella estudiaba para lograr el título de Asistente Social, y junto con compañeros de la facultad, habían llevado a cabo un proyecto por lo cual, lograron que la facultad de Agronomía les cediera, por cinco años, una parcela de tierra para llevar adelante la *Huerta en los Barrios*. Consiguieron con mucho esfuerzo que les donaran herramientas para trabajar la tierra, semillas y sistemas de riego. Armaron un *fan page* en Facebook e Instagram, para que los vecinos y diferentes entidades los fueran conociendo. Fue tal el éxito que la facultad decidió entregarles las tierras para que formalizaran el proyecto, y de ahí la idea de venta y donación de los productos. Le faltaba poco

para recibirse, aunque por tanto trabajo de asistencialismo *ad honorem*, más el de la tierra, se había retrasado un poco para llegar al final de carrera, un año más y ya estaría recibida.

Sin embargo, jamás Antonio le dijo nada. Parecía que esa parte de su vida la ignoraba, y no sabía si era por desinterés o si el clasismo heredado de su maravillosa madre hacía que guardara su realidad debajo de la alfombra. Muchas veces le preguntó si quería dejar la relación, pero solo la miraba, la abrazaba, y en susurros le repetía una y otra vez que ella era tanto que jamás querría dejarla. Sin embargo, su silencio ante el desprecio de esas dos mujeres, no le convencía de que ese *tanto* fuera suficiente para él.

Pero ¿qué podría decirle a su corazón, si no entraba en razones? Lo quería, lo admiraba. Sintió tal vacío esos meses, era una agonía constante pensar en su Antonio que por más estirado que le pareciera a veces, por más de sentirse ella el sapo y él ser la princesa, lo amaba. Añoraba la cadencia de su voz cuando le leía algún clásico recostados en el sillón después de cenar, cuando le hablaba de filosofía, aunque no captara demasiado. Sí que disfrutaba de sus gustos literarios, como el que tenía entre sus manos, aunque no fuera el género que a ella más le apasionara.

No supo cuando llegó a la caja, ese «¿lleva algo más?» la trajo al momento. Sin embargo, no pudo contestar al escuchar la voz que tanto había extrañado.

—¿Es para usted?

—No, para mi novia.

Lita no podía respirar, estaban uno al lado del otro, en cajas diferentes, pero a un suspiro de distancia. Estaba tan centrada en sus recuerdos que nunca lo vio. No quería girar el rostro y mirarlo, tenía ver en sus ojos el castigo merecido por haberle gritado por teléfono «¡andate a la mierda» luego de tomar el desafío de esa noche, sin siquiera escuchar su réplica, sin ella dar sus razones. «La verdulera del barrio» le quedaba grande, patética.

—Excelente colección, no tenemos tan buenos libros siempre en *stock*.

—Los solicité especialmente ya hace unos meses, es que es una fanática de los productos orgánicos, ella misma los siembra. Tiene un proyecto junto con compañeros de la facultad, siembran frutos y verduras sin agroquímicos, y los donan y venden.

—Qué genia.

—Eso y más, me llena de orgullo cada día; es tanto que a veces temo perderla. Soy bastante corto de palabras para expresarle lo que significa, de verdad, en mi vida.

Tragó duro, tenía tantas ganas de gritarle. ¿Por qué nunca se lo había dicho? ¿Por qué siempre desoía los comentarios que le hacía con respecto a lo que su hermana y madre tramaban? ¿Por qué siempre esperamos perder a alguien para decirle lo que en definitiva significa?

—Señorita, ¿va a llevar algo más?

Fue valiente y por fin lo miró. Encontró su mirada con un brillo distinto, quizá de expectativa, emoción por verla, ¿suplica?

—Sí, una explicación y una disculpa.

Pestañeó ligero, la humedad en sus ojos la importunaba, debía ser audaz y afrontar las

consecuencias. Sin embargo, como todo caballero, o tal vez, por su propia necesidad de aclararlo todo, tomó la palabra.

—Si querés acepto las disculpas y escucho tu explicación, yo te debo unas tantas.

Con ticket de compra en mano, ambos salieron de la librería con esperanzas renovadas, ansiando escuchar lo que cada quién tenía para decir, saboreando una Nochebuena bien buena y una mejor Navidad.

Los protagonistas de este relato son personajes secundarios de la novela *Dos corazones y un mismo amor*, de la autora Paula Alaimo.

Podrás disfrutar de ella en el 2020.

<https://www.facebook.com/paulaalaimoautora>

Caerás en mi red

Perla Rot

Caer de culo en la nieve no era lo que tenía en mente cuando salió del edificio y caminó un par de manzanas en ese inusual día de invierno. Las temperaturas habían bajado de golpe y, aunque todos esperaban una blanca Navidad, últimamente, con el cambio climático —al que se le solía echar la culpa, pero que pocos aceptaban—, uno no sabía qué ropa ponerse. Porque Simona (¡vaya nombre que le pusieron sus padres!) había decidido no guardar nada y tener todo siempre a mano; no hacía una semana que anduvo con una blusa suelta y una falda de jean a media pierna.

Intentando que el espectáculo no fuera mayor al que ya estaba dando, aceptó el ofrecimiento de ayuda por parte del hombre vestido de Santa Claus al que había visto parado unos metros por delante de ella antes de aterrizar en el suelo. Al unir su palma con la de él, aun con el guante puesto, Simona sintió que el contacto le recorría la columna vertebral de principio a fin. Solo había un hombre que podía lograr eso en ella, así como enfurecerla en una milésima de segundo: Izan.

—¡Tú! —exclamó en cuanto se puso de pie y clavó sus ojos claros en los pardos de él.

«Error. Falla del sistema. *Game over*».

Su mente le transmitió esos mensajes como si fueran una alerta que no supo interpretar a tiempo, ya que los iris de Izan la atravesaron con tal osadía que, por un momento, se sintió vulnerable y desnuda frente a él. Pero contraria a la vergüenza que pudiera asaltarla, fue el deseo el que pobló sus pensamientos.

—Yo —remarcó Izan, y una sonrisa ladina se perfiló por debajo de la barba blanca—, no soy el Santa que esperabas ver, ¿verdad?

—Idiota —masculló Simona mientras se sacudía la nieve de la ropa tan solo para que no notara que verlo así vestido la hacía fantasear con quitarle cada prenda en un juego sensual que podía desatar su lado más ardiente.

—Detén los ratones en tu cabeza, Mona —le susurró, de repente, con parsimonia y muy cerca del oído, lo que provocó en ella una leve sacudida. Izan adoraba hacerla estremecer tanto como enfurecerla. La imaginación de Simona, lo sabía, no tenía límites. La había observado muy detenidamente en el gimnasio: siempre andaba con un libro en la mano y, cuando se quedaba con la vista en un punto y el mundo parecía no existir a su alrededor, era porque estaba pensando en

alguna escena de las tantas que había leído. Pero no cualquiera, no, sino una que encendiera la libido de hasta el más puritano hombre o mujer en la tierra.

Porque Simona, así como uno la veía —sencilla, inocente y tímida— era una mujer que no encajaba con esas cualidades. E Izan lo había intuido de inmediato, aunque su chasco se había llevado también con ella.

—No es lugar para llevar a cabo tus fantasías —concluyó Izan a escasos centímetros de su boca.

—No contigo —pronunció Simona, desafiante, y dio un paso atrás para poner distancia aun sin quererlo. Izan tenía la cara semitapada por la barba, las gruesas cejas blancas y el maquillaje, pero eran indudables sus varoniles facciones, esas que se le aparecían en sueños y que la hacían levantarse mojada y anhelante.

—¿No? —Izan alzó la mano y, con el índice, delineó el contorno del rostro de Simona hasta llegar a la boca, que tembló—. Yo no estaría tan seguro. —Se acercó y deslizó los dedos hasta la nuca. La sedosidad de su piel y los labios entreabiertos de la mujer le hicieron sentir un tirón en la entrepierna—. Me tientas, Mona, con tu mirada perdida, con tus iris brillantes, con los estremecimientos que te recorren cuando te sumerges en ellas; y me haces desearte, querer ser yo quien te cause tales efectos. Déjame ser tu Santa, ¿sí? Terminó a las seis. Ya sabes dónde encontrarme. —Rozó los labios de Simona en un casto beso, se dio media vuelta y exclamó varios «Jo, jo, jo» al mismo tiempo que hacía sonar una campanilla y se perdía por la calle.

Simona se quedó helada, y no precisamente por el viento que se había levantado. Tanta seducción, tanto juego al fin darían sus frutos. Se regocijó por dentro y, solo cuando Izan fue un punto en la lejanía, se animó a festejar su logro y a poner en marcha la segunda parte de su plan.

Simona e Iker son personajes secundario de la novela *No es un juego*, que se publicará el próximo año.

<https://www.facebook.com/perla.rot.18>

Leannan dia Diathan

Ross Callum

1. La viajera

Jessica abrió la ventana de estilo Tudor y respiró el intenso olor de los brezales y el tomillo. Abby había renunciado a sus propias vacaciones para que ella pudiera escapar de Nueva York. El aire de las Highlands, verde, agreste y genuino, barrió de un soplo la tristeza que le produjo el engaño de Víctor, su exprometido. Seguro que él pensaba que era una huida, pero era un reencuentro, consigo misma y una nueva vida.

¿Cuánto tiempo duraría con Rachel? Probablemente sería un capricho pasajero, igual que ella y su apresurado compromiso. Ahora eso había quedado atrás. Se sentía feliz, tranquila y libre. Había dormido de un tirón durante las siete horas de vuelo sin una sola pesadilla.

En su lugar, soñó con los ojos oscuros y ardientes de un completo extraño que empuñaba una espada antigua y la llamaba a través de la bruma. Incluso despierta, todavía podía sentir su mirada acariciante. Una imagen mucho más evocadora que la del imbécil de Víctor.

Conectó el móvil y dejó un mensaje en el contestador de Abby. Había conocido a un auténtico laird, Ian MacArthur, un agradable y excéntrico escocés de sesenta años, quien la invitó a alojarse en su impresionante mansión del siglo XVI llamada Broch Miadhail.

Buscó al caballero en la biblioteca para avisarle de que saldría hacia el lago. Después de despedirse de él, llegó al embarcadero con una inesperada carga. Una espada muy similar a la de su sueño, terrible y amenazadora. Un *claymore* de un metro y medio de longitud y casi dos kilos de peso. Ian le había explicado que estaba envuelta en una funesta historia relacionada con uno de sus antepasados. Ella actuó como un autómata. Desechó la visita que tenía programada y le pidió a Ian que le permitiera fotografiarla en el mismo escenario donde la encontró. También desechó su ayuda cuando este le advirtió antes de partir que debía navegar hasta una isla rocosa en el medio del lago. No sabía utilizar los remos ni poner en marcha un motor de gasolina. Además, pronto anoecería y el aire presagiaba tormenta. Se estaba comportando como una chiflada.

Retiró el *plaid* que envolvía el arma. El metal era brillante, terso y delicado, como la mirada de los ojos negros de su sueño. En el horizonte, unos jirones de nubes grises comenzaban a deslizarse desde la falda de la montaña. Subió a bordo. Tenía tiempo de sobra, todo el tiempo del mundo.

2. El chico de Harvard

Víctor dejó la billetera sobre la mesa de arce de estilo colonial después de pagar a los empleados de transporte, buscó el cúter entre el montón de herramientas tiradas en el suelo y cortó el papel adhesivo con cuidado. Esa mañana había hecho la operación inversa. Un solo paquete para cerrar el pasado. No era un mal balance si consideraba que no le importó lo más mínimo arrojar a su interior aquellas cartas, fotos y algún que otro fetiche tan insulso como inconfesable.

Nada de valor sentimental. Ni una cara cuyos rasgos recordase antes de abrir el cajón. Rubias, morenas y pelirrojas. Ninguna permaneció a su lado el tiempo suficiente para conocerlo de verdad, pero sí el necesario para demostrarle que solo les interesaba su dinero o una aventura sin mayores consecuencias. Al principio le había bastado con eso. Lo había disfrutado incluso, hasta que se cansó. De pronto, se sorprendió simulando un entusiasmo que no sentía, y lo que es peor, aprendió a anticiparse y aceptarlo como un hecho inexorable, como si fuera el protagonista de un libro mil veces leído y deshojado.

Sacudió la cabeza y revisó el costoso equipo fotográfico. Era una sorpresa para Jessica, al igual que la nueva casa. Albany no estaba demasiado lejos de la ciudad, pero sí lo bastante aislada como para pasar los fines de semana incomunicados del resto del mundo. Darían largos paseos por el campo y descorcharía una botella de champán al caer la noche. Víctor esbozó una sonrisa. Solo la había visto beber una vez, y el resultado fue de lo más imprevisible. Llegó a aquella fiesta acompañando a sus padres, con su estrecho vestido de cóctel y sus enormes ojos color turquesa. Sabía que no era ese tipo de chica y, sin embargo, a menos de treinta pasos de sus progenitores, casi le hace perder la cabeza.

Cuando los sorprendió el vigilante de seguridad, ella se abochornó tanto que le confirmó sus sospechas. Trató de ocultar su cara, roja como un tomate, y él despidió al entrometido con un billete de cincuenta dólares. No era como las mujeres a las que estaba acostumbrado, y fue esa combinación de sensualidad y timidez la que lo sedujo por completo, además de su rotundo desinterés por los formulismos sociales. Ni siquiera lo reconoció. Solo le dijo su nombre y, durante toda la noche y el trayecto a casa, no fue nada más que Víctor Abbot, un chico de Harvard. A ella le bastó con eso, y él no podía creer su buena suerte.

Quizás se había comportado con una posesividad excesiva las últimas semanas, pero necesitaba tenerla cerca y no iba a dejarla escapar.

Se aseguraría de que no tuviese que renunciar a nada, por más que esa loca insolente que tenía por amiga pretendiese convencerla de lo contrario.

¿Le habría enseñado ya el anillo? Podía imaginarse su cara. Lo tildaría de arrogante y presuntuoso. Una simple demostración de amor y compromiso convertida en una maniobra de dominio. No la soportaba. Quizás fueran celos, o que estaba tan insatisfecha con su propia vida que no toleraba la felicidad ajena. Pero Jess era inteligente y lo quería. Lo valoraba por como era, no por quien era.

Víctor cargó unas cuantas cajas para bajarlas al sótano. Jessica no había mostrado demasiado interés por ninguno de sus regalos, pero esperaba que esto fuese diferente. Algo hecho con sus propias manos, personal y a la medida de sus ilusiones.

Encendió la luz con el codo y empujó la puerta con la rodilla. Acababa de deshacerse del peso cuando notó la vibración del celular en el bolsillo trasero de sus tejanos.

Miró la pantalla. Era Rachel.

—¿Cómo va tu experimento? ¿Necesitas ayuda? —sonó una voz aflautada al otro lado.

—No sé por dónde empezar, pero me gustan los retos, ya lo sabes.

—De veras, puedo estar ahí en un par de horas. John no me echará en falta, tiene junta de accionistas, y a ti te vendría bien un toque femenino...

—Gracias, en serio, pero prefiero hacerlo yo solo.

Rachel hizo una pausa demasiado larga, y luego le habló con un tono grave y alterado.

—Como quieras, no insistiré más.

Víctor resopló al comprobar que ella le había colgado. Desconectó el móvil y volvió a meterlo en el bolsillo. Cuando sintió la afilada cuchilla del cúter, tuvo el presentimiento de que no era lo único que se había rasgado.

3. La espada y el laúd

Broch Miadhail, Highlands de Escocia.

Año de Nuestro Señor de 1567.

Keillan detuvo a Fitheach, un soberbio caballo frisio de color azabache, junto a la pedregosa orilla del lago. Deslizó por encima del lomo la pierna derecha, desnuda bajo el tartán de cuadros verdes y negros, y desmontó con dificultad. La herida del costado le ardía como un hierro candente. Solo había transcurrido poco más de un mes desde que recibió la estocada que casi le cuesta la vida. Su padre, Duncan MacArthur, laird de Tirivadich, y sus dos hermanos, no tuvieron tanta suerte. Dejaron su aliento en las frías aguas que ahora visitaba a diario. Estas habían llenado sus pulmones, ahogándolos junto con su propia sangre.

Encontraba un extraño consuelo en permanecer con la vista clavada en sus pacíficas ondas, como si aquel ciclo constante le recordase que también llegaría el momento de su venganza.

—*Chòrr, mo charaid* —susurró, con la cabeza inclinada sobre la testuz del semental. Sus largos cabellos se confundían con el pelaje oscuro y brillante.

Abrió el broche de plata que sujetaba la capa de tartán sobre su amplio pecho. La pesada tela cayó hacia atrás y quedó colgando del cinto, a un palmo del suelo. La fina camisa de lino azafrán estaba empapada y pegada al cuerpo como una segunda piel, pero no sentía frío, pese a la gélida brisa que bajaba de la ladera del Ben Cruachán. Desató la espada de la montura y sacó de las alforjas el laúd envuelto en un lienzo de lino. Luego caminó hacia un alerce que crecía cerca de la

ribera, dejó el arma en tierra y se sentó con la espalda apoyada en la rugosa madera de su tronco.

Aquella mañana despertó bañado en sudor. Había soñado de nuevo con ella. Yacía en un lecho de jacintos y lilas de agua, con el cabello de oro enredado sobre el rostro blanco y pálido, sin vida, pero tan bello e inocente que parecía que la muerte no podía tocarlo. Cuando él lo hizo, la muchacha abrió los ojos y lo arrastró hacia el fondo de una azul oscuridad.

Retiró la tela que cubría el instrumento y acarició el mástil con la palma alargada de su mano, llena de cortes y cicatrices recientes. Apretó las clavijas hasta tensar las seis cuerdas de tripa de cordero. Situó la mano derecha junto a la rosa y pulsó con el índice y el pulgar la primera cuerda. Cerró los ojos, y la luz del ocaso se proyectó sobre la línea recta de su frente y la suave curva de la boca. Repitió el gesto, y las notas se derramaron una tras otra con un sonido grave y melancólico.

Keillan entonó los versos que había escrito para ella, con una voz profunda y dulce, igual que el recuerdo de aquella hechicera rubia.

*Vén a mí, grá mo chroí,
para que tus gracias me consuelen,
para verte, oírte, tocarte y besarte.
Vén a mí para que pueda cesar mi aflicción.
Gentil Amor, lanza tu dardo punzante y tráela hasta mí
a través de las aguas y la bruma del tiempo.*

Rhona retrocedió con cuidado sobre las hojas muertas. Se acercaba Samhain, y él ya estaba preparado, aunque no lo supiera. Como tampoco sabía que era el Leannan na Diathan.

En referencia a la novela: *El corazón del highlander*. (Bilogía *La bruma del tiempo*, Vol. 1)

<https://www.facebook.com/rosscallumautora>

<https://www.megustaleer.com/autor/ross-callum/0000959819>

El mejor regalo

Sara Lis

En un precioso hotel parisino de Montmartre...

—¡Óliver, no puedo creer que hayamos vuelto al lugar donde me pediste matrimonio! ¡Estoy tan entusiasmada! —Le planta un efusivo beso en los labios, dejándole una huella carmín.

—Te dije que estas Navidades te daría una estupenda sorpresa, preciosa.

—Y lo has hecho, caramelito, y lo has hecho—. Pero, de repente, Julia se para en seco—. ¡Madre mía —dice horrorizada—, creo que me he dejado el maletín rojo en casa!

Óliver enseguida levanta su mano y se lo muestra para tranquilizarla.

—Lo he cogido yo, cariño. Esto jamás se me olvidaría.

Su adorada mujer respira profundamente.

—¡Eres un sol!

Al llegar a la puerta número sesenta y nueve, Óliver se detiene.

—Es aquí.

—¿Sesenta y nueve, en serio? —Alza una ceja rubia y aprieta sus dulces comisuras—. ¡Picarón...! La has pedido a propósito, ¿verdad?

—No, cariño, ha sido el destino. Él sabe que nadie mejor que nosotros le hará el uso que se merece a esta habitación.

Sin darle más vueltas, entran con urgencia para ver su nuevo nidito de amor.

—¡Dios mío, qué elegancia! —espeta Julia mientras se quita el largo abrigo de lana—. ¡Mira, Óliver, hasta nos han puesto unos cisnes sobre la cama hechos con toallas! ¿No te parecen encantadores?

Óliver se acerca al colchón y en un santiamén despeja los animalitos de trapo con el brazo. En su lugar, aposenta el maletín rojo.

— Pero ¿qué haces? —expresa ella con fastidio.

—No hay tiempo para adornos, llevas provocándome con la raja de tu falda desde que hemos salido de casa. Y de eso han pasado ya *cuatro horas* —comenta enfatizando el tiempo que lleva deseando intimar con ella. Abre el maletín.

Julia sonríe divertida. Y es que su indumentaria no la había escogido al azar, sino que se había

puesto esa sensual prenda en particular porque sabía que le causaría justamente ese efecto.

—Está bien. Pero si no quieres esperar, tendrás que sorprenderme.

Óliver ensancha su boca.

—¿Y eso me lo dices a mí? —dice presumido. Julia pone los ojos en blanco.

A continuación, Óliver mete la mano en el fondo del maletín. Pero antes de poder sacar aquello que se va a encargarse de brindarles un momento delicioso, llaman a la puerta.

Ambos se miran con incordio y Óliver se dirige a descubrir quién es el aguafiestas.

Al abrir, se encuentra a un cuarentón desconocido vestido de calle. Se extraña, puesto que estaba convencido de que sería alguien del servicio para comprobar si la estancia les resultaba satisfactoria.

— ¡Hola! —dice tímidamente el tipo robusto—. Tú eres Óliver Cruz, ¿verdad?

—Sí, yo mismo. ¿Y tú?

—¡Joder, qué suerte he tenido! —expresa con entusiasmo—. Soy Rafael Perea, encantado. —Le ofrece la mano para estrechársela y Óliver lo hace con desconcierto—. Es que mi Araceli me había asegurado que el dueño de la exitosa tienda erótica del Séptimo cielo, estaba justo a nuestro lado. Estamos ahí —le señala la habitación de su derecha.

—Ah, pues... muy bien. Es un placer. —Mira hacia el interior, donde ve a Julia desnudándose. Se impacienta—. ¿Necesitas algo más?

El tal Rafael empieza a escudriñar el pasillo, y Óliver se extraña.

—Pues... ahora que lo dices, sí, necesito algo.

Julia, que se halla tumbada en la cama como una diosa griega, comienza a impacientarse. Desea que Óliver regrese ya y escoja el picante entretenimiento. Pero entonces, cae en algo que parece inquietarle. Se levanta rauda, coge el bolso y se dirige al baño.

Una vez dentro, rebusca en su Louis Vuitton y saca una prueba de embarazo que ha comprado en la farmacia al salir de casa. Lleva siete días de retraso, y eso, no es nada habitual en ella.

Se pone nerviosa. ¿Y si se está embarazada? Todavía no se ha planteado seriamente si quiere ser madre. Y Óliver, ¿cómo podría tomárselo? Alguna vez han fantaseado con ello, pero siempre visualizándolo en un futuro lejano. Tienen tantos proyectos que realizar...

Se acomoda en el váter y se dispone a estrenar la prueba.

Óliver, mientras permanece anclado a las palabras del latoso vecino, mira de soslayo a Julia entrar en el baño.

—Me encantaría que me vendieras material —susurra Rafael como si estuviera haciendo contrabando—. Similar al *Robocop XXL* o al *King Kong*. Mi Araceli disfruta como loca con ambos. ¿Tienes algo así? —El osado individuo dirige su entrometida mirada por encima del hombro de Óliver, avizorando el maletín rojo que yace en la cama.

Óliver sabe que lo ha pillado, así que no es capaz de negarse. Y eso que en sus vacaciones tiene por norma no trabajar, pero su vena comercial gana a pulso.

—Claro, ahora mismo te lo enseño —masculla amable y servil. Y es que cuando se adentra en

el negocio, puede llegar a ser el hombre más encantador del mundo.

Rafael espera ansioso y cuando le muestra el contenido del maletín, su sonrisa se ensancha de oreja a oreja. Tras ojear repetidas veces el material como si contemplara un tesoro inca, se decide.

—¿Te importaría si en vez de una cosa me llevo dos? Te las pagaría ahora mismo.

Óliver aprieta los labios mientras medita la desalentadora idea. Y es que aquel maletín está repleto de juguetes que él y Julia han escogido detenidamente para disfrutar al máximo de sus vacaciones. Incluso hay algunas novedades muy interesantes.

—Está bien. Pero solo dos —decreta.

Rafael, que se encuentra igual que un niño con una piruleta, se hace con dos objetos estrella de la marca y le paga.

—¡Perfecto! Que os vaya bien a ti y a Araceli. Y recuerda: el gel caliente es para ella y el frío para ti. Ponlo un poco antes de utilizar el kit de *plugs* navideños. Estaréis mucho más relajados.

—Muchas gracias, colega, ¡eres una máquina! —Óliver se despide y cierra la puerta.

Al contemplar el camarote deshabitado, se extraña de que todavía Julia no haya salido del baño. Después de todo lo que había tardado ese en decidirse... Se acerca y pica a la puerta.

—Julia, ¿estás bien? —Ella abre.

Su cara está blanca como la nieve.

—Cariño, ¿qué te pasa? —Se asusta al verla con esa preocupante palidez.

Pero al momento vuelven a llamar a la puerta. Los dos la miran como si fuera un gran estorbo, y Julia vuelve a encerrarse a cal y canto. Oliver acude otra vez a abrir, pero esta vez con un mosqueo más que notable.

—¿Qué?! —vocea. Una joven pareja con una sonrisilla floja, la borra de un plumazo tras su amonestación—. Lo siento. ¿Qué queréis? —En ese instante se da cuenta de la espeluznante cola que precede a aquellos dos.

Entretanto, Julia espera ansiosa el resultado de su prueba de embarazo. Y tras la horrible agonía, lo contempla. Acto seguido, se pone a llorar desconsolada.

Óliver, al escucharla, abre la puerta alarmado.

—Julia, ¡¿qué te ocurre?! ¡¿Te ha pasado algo?! Dímelo, por favor, no aguanto verte así.

Ella se dirige hacia el dormitorio y se sienta en el borde del colchón mientras intenta detener su baño de lágrimas. Óliver se arrodilla ante ella para consolarla.

—Me he hecho... —expresa cogiendo aire—... un test de embarazo.

Óliver se queda patitioso: «¿Embarazada, Julia? ¿Mi Julia?».

—Cariño, ¿vamos a tener un hijo? —le pregunta ansioso por saber la respuesta.

Ella se apremia en secar su rostro húmedo. Pero no se atreve a mirarlo.

—No.

—¿No? Y entonces... —pregunta él descolocado—. ¿Tú querías tener uno?

—Bueno, no me lo había planteado. —Le mira a sus grandes luceros castaños—. La verdad es

que todo ha ido muy deprisa. Pero reconozco que, al pensar la posibilidad, me hice muchas ilusiones.

Óliver sonrío jubiloso y la abraza con tanta fuerza que la vuelca completamente en la cama.

—¿Sabes, Julia? Los planetas se han alineado para que tú y yo hagamos el bebé más bonito del universo en la habitación sesenta y nueve de este hotel parisino.

Julia ensancha los labios por su ocurrencia, y por la estupenda noticia de saber que su amor también desea tener un hijo con ella.

—Ah, ¿sí? ¿Eso crees, donjuán? —Se muerde el labio inferior en tanto acaricia la oscura cabeza peluda que le ensombrece—. ¿Y qué propones? Porque a mí me encantaría probar... —Desvía sus ojos celestes hacia el maletín que yace sobre la otra punta del colchón, y cuando alcanza el asa para aproximarlos, da un respingo—. ¡Ah! —grita ella—. ¡Está vacío!

—Lo sé, y lo siento, cariño. Pero es que había mucha gente en este hotel que estaba falta de recursos, y... me sabía mal que se pasaran las noches mirando cada uno al tabique contrario de la habitación.

—Sí...ya... Pero ¿qué hay de nosotros? —expresa molesta—. Teníamos tantas cosas por probar... —Óliver se incorpora y sonrío como si tuviera una idea salvaguardada en su chistera. Mete la mano en el forro interior del maletín, saca un libro y se lo muestra.

—*La magia del Kamasutra* —lee ella. Sin embargo, no parece sorprenderla—. ¿Eso es todo?

—Julia, esto no es un kamasutra cualquiera—le aclara.

—Ah, ¿no?

—Aquí te desvela las electrizantes posturas que necesitas practicar para concebir un hijo en menos de lo que canta un gallo. Bueno, esperemos que en un rato más —ríe—. En realidad, esto, y no el hotel, era mi verdadero regalo de Navidad. Quería proponerte la aventura de tener un hijo juntos. —Julia sonrío jubilosa. No se lo esperaba.

—¿En serio quieres tener un bebé?

—Solo si es contigo.

Ella deshace sus labios en los de él. Y tras salir de una tierna conmoción, le susurra:

—Está bien, caramelito, no perdamos más el tiempo. ¿Por cuál empezamos?

Asimismo, Óliver no responde, ya que prefiere ilustrarla como siempre, en la práctica.

Comienza a desabrocharle la descarada falda, a deslizar sus medias de seda por la extrema suavidad de sus piernas. Y, tras contemplarla maravillado durante unos segundos, agacha su cabeza y la hunde en la cara interna de sus muslos ardientes. Julia se deleita, en tanto su chico le pasea la lengua por su monte de Venus, y, extasiada de placer, le pregunta curiosa:

—¿Cuál... estás haciendo... ahora?

—Ahora estoy practicando la mejor de todas: «Hacer el amor hasta las entrañas».

Julia y Oliver son los protagonistas de la novela: *El chico del tapersex*.

<https://www.megustaleer.com/autor/sara-lis/0000955911/>

<https://www.facebook.com/sara.lis.bdb>

Nochebuena en sus labios

Sebastián Tognocchi

—Estimada... ¿se encuentra usted bien? —preguntó Ángel, entornando la puerta a su paso y acomodando algunas provisiones sobre la desdeñada mesada de madera. Con el correr del tiempo habían aprendido a sentir a aquel diminuto escondite del mundo, cedido amablemente por don Alfredo Fuentes, lo más cercano a un hogar. Atrás había quedado la cabaña oculta en Correntoso, como así también su propio hogar en San Carlos y, ubicados en la parte trasera de aquel depósito de Río Gallegos, concebían la paz que tanto habían añorado tras su inevitable huida de las costas del lago Nahuel Huapí. El ambiente convertido en refugio momentáneo era pequeño y contaba con una cama maltrecha, una mesa con dos sillas mal arregladas y una diminuta cocina integrada, que exponía una mesada de madera de ñire por demás gastada. Una única ventana daba vista a un oscuro y tenebroso callejón, y completaba las comodidades un baño, apenas con lo indispensable. Pese a la simpleza, aquella noche estaba todo perfectamente dispuesto. Lucían, cual destellos desparramados, moños coloridos por doquier y la mesa se floreaba provista de todos los cubiertos con los que contaban. Algunas velas altas adornaban con su cálida luz los recovecos más privados y, desde el ventanal, podían escucharse cantares lejanos, como ecos de la noche, entregando algarabía a sus corazones, y sabores y aromas se entremezclaban inquietos en sus labios.

—Sí, lo estoy. Estoy muy bien, por supuesto... —respondió Melisa sobre su hombro, sin dejar de cortar los brotes de verdura con apuro. A su lado, una olla rebosante burbujeaba lista, empañando por completo el único cristal. Ángel detuvo su marcha unos segundos y aguardó, intentando descifrar la verdad en sus palabras. Tras esto, suspiró tomando una silla y la ubicó detrás de Melisa. Acomodado sobre su espalda, tomó su cintura y la hizo voltear hacia él.

—Yo sé, estimada... que esto no fue lo que soñó toda su vida...

—¡Ángel...! —intentó detenerlo.

—¡Por favor! Tan solo permítame. Yo sé que usted merece más. Sé... yo sé que en sus sueños más suyos, en aquellos que no muestra a nadie y guarda celosamente, espera más. Mucho más. Y sé que lo merece. También tengo claro que no soy quién para forzarla a vivir una vida indigna...

—¿Indigna...? —repitió confundida, dejando la pesada cuchilla sobre la mesada—. Esto que tenemos aquí, Ángel... —dijo, señalando con sus manos a su alrededor—, no. ¡Claramente no es

una vida lujosa! —rio, alborotada. Ángel sonrió avergonzado, y bajó su vista al piso.

—Bien sabe que esto es momentáneo, ¿no es así? Tan solo estamos de paso por esta ciudad. Es solo un momento, y nuestra aventura continuará. Y lo hará, porque así lo dictan nuestras intenciones. Como hemos atravesado San Carlos, ¡y Chile mismo...! Esto también será, tan solo, un momento. Nos espera una enorme, enorme aventura —explicó. Melisa mordió sus labios y lo observó con intención penetrante, entrecerrado sus párpados.

—Lo sé —dijo finalmente, asintiendo con su cabeza—. ¿Sabe una cosa, Ángel? ¡Amo la Navidad...! —confesó, volviendo a sonreír—. En la ciudad de Neuquén, cuando niña, mi madre siempre nos inculcaba la necesidad festiva de esta época. Mi hogar se llenaba de algarabía año tras año, y se preparaban los platos más deliciosos. Se utilizaba la mejor vajilla y se vestían las galas más formales. Asistían familiares de cada rincón del país y, tras la Santa Misa, se celebraba en mi hogar, y de manera exuberante.

—Bueno... eso no se asemeja en nada con lo que pudimos hacer aquí y ahora... tal vez deberíamos haber invitado a Josefina y a Zacarías... —se lamentó.

—Se asemeja, Ángel, claro que sí —dijo acariciando su rostro y sonriendo con ternura—. Se asemeja en lo más importante, aunque usted no lo vea. Poco me importaban en aquel entonces, para ser honesta, la comida o la ropa elegante. Lo que más me gustaba, lo que realmente disfrutaba, era esa sensación en el alma que presionaba fuerte el pecho. ¿La ha sentido? ¿Cuando pareciera perder el aliento y advierte tanta, tanta dicha, que no elegiría estar en ningún otro lugar del mundo? —preguntó, posando su palma abierta sobre su pecho. Ángel sonrió y asintió—. Lo más importante para mí era ver tanta felicidad y tanto amor correspondido. Sentía que no cambiaría ese momento por ningún otro. Y cuando uno siente que no existiría un mejor lugar para estar...

—Entonces se está en el mejor lugar posible —la interrumpió Ángel, finalizando su razonamiento. Melisa sonrió una vez más.

—Amo estar con usted, Ángel... y jamás en la vida imaginé, ni creí posible, pasar esta noche con su presencia. Jamás lo imaginé. Hoy, se lo aseguro... no podría comprender lo que siento en mi alma por estar con usted, aquí, y ahora. En este pequeño escondite que, ¿honestamente?, ¡intenté dejar lo más hermoso posible!

—¿Me acompañaría? —preguntó Ángel sonriendo y poniéndose de pie. Melisa tomó su mano sin preguntar.

En la noche de verano y a paso tranquilo, recorrieron las aceras del bajo de Río Gallegos, está vez disfrutando de la ciudad. Aun pequeñeces como esta les resultaban encantadoras. No habían podido hacerlo libremente jamás en San Carlos. Pero ahí, donde nadie los conocía, donde nadie los señalaría, conseguían ser todo aquello cuanto deseaban para sí mismos y para el otro. Las luces de las viviendas decoraban su paseo y guitarreadas perdidas alegraban sus corazones, acompañándolas con cantos y aplausos. Melisa, tomada del brazo de Ángel, caminaba con estirpe orgullosa y, conversando entre sonrisas, saludaron amablemente a los vecinos en clara aura

festiva. Lentamente nacía en ellos un sentimiento de pertenencia.

—Es increíble —susurró Ángel, aproximándose hacia la orilla del río. Allí el viento frío golpeaba sus mejillas. Melisa lo observó.

—¿Y bien? ¿Qué es lo increíble?

—Lo mucho que necesitaba todo esto. Vivirlo con usted. ¡Caminar, por citar un ejemplo! Poder caminar de la mano, o tomados del brazo, frente a los ojos de todos. Poder hacerlo sin temor a ser descubiertos.

—Hay insignificancias que se vuelven tan importantes como el respirar, ¿no lo cree? —agregó Melisa, observando las aguas.

—Observar sus ojos, tomar su mano, acariciar su rostro...

—¿Y hacerme el amor...? —preguntó, acercando su cuerpo hacia él. Ángel sonrió y besó sus labios.

—Tengo algo para usted... —Buscando dentro de su abrigo y, tras sacar un sobre, se lo ofreció —. Podrá leerlo luego. Es su presente navideño, y aún no es la hora...

Tras regresar, la mesa finalmente fue servida. Del almacén de don Augusto habían tomado las provisiones necesarias para un banquete más que abundante. Al pan, hortalizas, verduras y legumbres secas se le sumaban carne de cerdo, quesos y un fino vino tinto. Lucía Melisa un vestido negro, ceñido a su figura, que llegaba hasta sus pies, y zapatos delicados elevaban su figura. Su cabello se encontraba recogido de forma desprolija y al natural, dejando caer algunos mechones sobre su rostro. Agradeciendo la cena y sirviendo las últimas gotas de aquel vino, las cuales se desparramaron sensualmente sobre sus labios, Ángel la observó con detenimiento. Tomándola de la mano, la guio sin reparo hasta la cama y, acariciando su rostro suavemente y corriendo su cabello con ternura, comenzó a recorrer lentamente su cuerpo, desnudándola con cada roce. Sus dedos parecían marcar sus intenciones, entrecortando con dardos directos su respiración y, sin aparente prisa, pudo sentirla estremecer. Con delicadeza, arrastró caricias sobre sus hombros, lo suficiente como para que los mismos quedasen descubiertos. Así, sin resistencia, su vestido se deslizó por completo, exponiéndola. Ángel se aproximó aún un poco más y acarició su mejilla, besando sus labios profundamente, haciendo que Melisa suspirase con anhelo. Sintiendo como roces profundos ahora bajaban por su cuello y se aventuraban hacia sus pechos, lo descubrió acariciándola aún más allá de lo permitido. Melisa lo tomó de su cuello y lo acercó cuanto pudo para besarlo con pasión, permitiéndole hacer cuanto deseara con su cuerpo; y Ángel, tomándola por su cintura, la subió sobre él. Allí, sintiéndose mutuamente, abrazados y tan juntos como les fue posible, aguardaron por eternos instantes, inmóviles. Tan solo abrieron sus ojos al sentir sus manos suaves, imperceptibles, susurrando caricias sobre sus cuerpos, y alejaron sus bocas sin abandonar sus miradas, ni su respiración agitada. Tras un leve movimiento de Melisa, ambos abrieron sus almas, frunciendo sus ceños al sentirse profundos y siendo uno, una vez más. Tan íntimos, tan perfectamente hechos el uno para el otro, deseando ser un solo sentir por toda la eternidad. Acompañando un nuevo movimiento, lento y sutil, Melisa quitó la camisa de Ángel y,

fundiéndose, sus uñas se hundieron en la espalda de su amante. Una vez más, como desde el primer día y hasta el último, amante, eterno amante. Perfectos, sin dudarlo, el uno para el otro. Permítanse, sin pensarlo, esa sensación única de pertenencia. Cómo explicar que jamás desearían probar otro sudor, ni sentir otra piel. Cómo explicarle a quien necesite entender que jamás podrían ser de otro, ya que no se pertenecían a sí mismos. Inconscientes, improvisando cada sensación, se sintieron ajenos a sus cuerpos, focalizados en cada roce. Y aquellas bocas, insaciables, se devoraron embebidos en los roces más perfectos. Hamacados en un mismo sentir, siendo uno a la luz de las altas velas, su respiración se agitó y se creyeron morir en cada movimiento. No hicieron falta las palabras. Ella ya no estaría, jamás, fuera de su mundo. Él moriría en ella cada día y cada noche, sin siquiera pensarlo. Inconscientes, como debe ser el amor. Aún abrazados, continuaron respirando un mismo aire, celosos de sí mismos, egoístas al soltarse. Una vez más, Melisa retiró su cuerpo y lo observó fijamente a los ojos, acomodada sobre él, intentando recuperar el aliento. Y allí, en la mayor paz y alegría, tan solo sonrió.

—Feliz Navidad, señorito mío.

«Estimada Melisa...

Hoy me permití escribir estas palabras para usted. Y sé que palabras son las que sobran entre nosotros. Mas las cartas han sabido marcar nuestro inicio y han de ser, por siempre, mi forma más mía de expresarme hacia usted.

Debo admitir que la he mentido. Y lo he hecho, no por despecho, sino por cobardía y vergüenza. Estas letras no son un obsequio para usted. Estas palabras, sin sentido a ojos del ajeno, son un agradecimiento. Gracias, y se lo digo desde el corazón. Porque usted me salvó. Porque no creí que pudiera sentirse lo que siento en mi alma. Porque aún sé que lo que siento por usted no lo he sentido jamás. Hoy sé, lo sé, que no desearé otros besos, ni otros brazos. Jamás volveré a enamorarme de otra sonrisa, porque la suya me ha robado el alma. Quiero agradecerle, y pedirle que me tenga en su cuidado. Porque soy suyo, y nada más importa. Jamás podrán arrancarme de usted, y jamás me perderá. Téngame en su cuidado porque no creí poder sentirme tan indefenso ni tan vulnerable. Jamás creí que uno podría entregarse al otro de manera semejante. Le tengo terror, estimada, terror, porque usted obra sobre mí, sobre mi razón y mis decisiones. Tengo terror con lo que pueda hacerle a mi vida. Tengo, se lo juro, el más hermoso terror que uno podría sentir. Gracias, finalmente, porque no sé realmente de dónde vengo, ni cuál era el real motivo de mi vida. No sé realmente hacia dónde voy, ni si llegaré algún día. Lo único que sé, es que aquí, ahora, usted me vio. Finalmente dejó de mirar y me vio. Me encontró y se aferró con fuerza a mi vida, y no imagina... no imagina la hermosa sensación de sentirla en mí, parte de mí, por siempre. Si esto no es amor, si este sentir no es amor... que alguien me explique qué me pasa dentro cada vez que la observo.

Y una vez más, puede usted continuar tranquila y segura de que, si me lo permite, obedeceré a cada exigencia suya, a cada deseo, a cada anhelo. A cada excusa, estimada mía. A cada excusa.

Feliz Nochebuena, y feliz Navidad.

Por siempre suyo... su servidor.”

Personajes que pertenecen a la serie *Excusas de un amor*.

<https://www.megustaleer.com/libros/suspiros-excusas-de-un-amor-1/MES-111968>

La Navidad en casa de los Blackstone
(Diario personal de Josephine Blackstone)

S. F. Tale

24 de diciembre de 1874

Desde que nacieron los niños, William, nuestro hijo mayor, y Cat, un año más tarde, se ha convertido en tradición que cada Nochebuena nos sentemos juntos alrededor de la chimenea para leer Cuento de Navidad, de Charles Dickens. Killian con orgullo da voz a cada uno de esos magníficos personajes que adoran los pequeños. ¡Ellos son los encargados de entregarle el libro! El recital de esta noche lo celebramos con auténtico júbilo, en comparación a las navidades pasadas. Todavía grabadas en la retina de mi memoria, nuestro ahijado, Laurie, entristecido se alejaba de nosotros sentándose en el sofá con sus delgadas piernitas pegadas al pecho; su azulada mirada era el espejo de la pena por el fallecimiento de sus padres

Ahora me hago una pregunta: ¿cómo se le explica a un niño —en 1872, año de la muerte de sus padres, contaba con cinco años— que la maldad humana no tiene límites? No hay manera fácil.

Jamás, mientras viva, se me olvidarán los terrores nocturnos que sufría y que, gracias a Dios, ya no lo atenazan.

Esta noche se ha obrado el milagro. Nunca seré si fue el espíritu de estas fechas o, por el contrario, un mágico polvo de hadas, mas Laurie se acomodó a mi lado a oír el relato hasta que Will le hizo un gesto con la mano para que fuese a su lado y al de Killian. Otro milagro se obró al retirarse a dormir. Se despidió con un «Buenas noches, mamá» y le siguió un fuerte abrazo. Lo separé, debía explicarle que no estaba obligado a llamarme así. Él se apresuró en darme la suya: «Tengo dos mamás, una en el cielo, y tú».

—¿Qué escribes?

Alcé la cabeza hacia la voz que me interrumpió. Killian estaba en el umbral de la puerta con los pulgares enganchados a los bolsillos del chaleco. Se había quitado el lazo del cuello y la levita.

—Estoy poniendo al día el diario. —Lo cerré, dejándolo a un lado.

—¿Podré leerlo algún día?

—No.

—¿Y si te lo quito?

—Jamás te lo perdonaría —reconocí, tajante.

—*Touché*, Dios me guarde de tus cabreos. —Levantó las manos en un gesto de rendición—. ¿Te sirvo una copa de ponche?

Negué en silencio.

—El poco que he bebido me ha achispado.

Killian se sirvió y, luego, se sentó a mi lado.

Ese momento a solas me permitía aprovecharme de mi marido. En un impulso por tenerlo cerca de mí, me cambié de postura. Me abracé a él, dejé descansar la cabeza sobre su hombro y puse los pies encima del sofá. Él, para su comodidad, me rodeó con su brazo, así mi mejilla se calentó por el calor de su amplio pecho.

—¿Por qué te demoraste en bajar?

—Me quedé como un bobo en la habitación de Laurie. —Aquello me alarmó. Busqué sus ojos. La beta marrón destelló—. Me llamó «papá».

—A mí, «mamá» —le confesé—. ¿Cuál fue tu sensación?

—La misma que cuando Will y Cat lo pronunciaron por primera vez. —Su boca dibujó esa sonrisa sesgada que tanto me gustaba.

—Me ocurrió lo mismo.

—Jo, no sé si eso está...

—Killian, él nos siente de ese modo y debemos aceptarlo. Nunca olvidará ni a Edward ni a Iona, nosotros nos encargaremos de ello, mas si quiere llamarnos papá y mamá, démosle esa libertad de sentimientos, ya ha sufrido mucho en estos dos años.

—Tienes razón.

Me recalqué, pegándome más a él. Solté un suspiro de satisfacción.

—Mañana saldrá todo bien —comentó sin venir a cuento.

—No quiero pensar en la comida de Navidad, solo quiero disfrutar del ahora contigo, sin niños. Ojalá pudiésemos quedarnos así toda la vida.

—Una vez te dije que nunca te soltaría, y en ningún segundo de estos ocho años de matrimonio he cambiado de opinión.

O había perdido muchos recuerdos, o esa frase no la había escuchado. Lo encaré a la vez que marcaba cierta distancia entre nuestros cuerpos. Tanto fue así que terminé en la otra esquina del sofá.

—¡Mientes! —lo acusé—. No la has pronunciado en mi presencia.

—Sí.

—No, doy fe.

Killian se levantó y posó la copa en la mesita de los licores. En dos zancadas lo tenía frente a mí, arrodillado.

—Claro que te lo dije, en la noche de bodas, mientras dormías acurrucada junto a mí. —Aquella confesión me privó del habla—. Te amaré hasta mi último hálito. Jo, me conviertes en un

hombre mejor, solo tú me has enseñado lo que es la felicidad y le has dado un nuevo sentido a la palabra familia con nuestros hijos. Eres mi vida, mi principio y mi fin, y, suceda lo que nos suceda, pasen los años que pasen, siempre serás la única mujer a la que ame. —Metió la mano en uno de sus bolsillos.

El corazón me saltó varios latidos de la emoción que me produjeron sus románticas palabras. Siempre que tenía la oportunidad me declaraba su amor abiertamente, lo que me enamoraba más de él.

—Feliz Navidad, mi amada Jo. —Extendió una mano en la que sostenía un relicario en forma de corazón. Era de oro y estaba decorado por unas rosas que obtenían su color rojo gracias a los engarces de unas pequeñas piedras.

—Cógelo.

Lo obedecí. Era un colgante muy delicado. Me fijé que se podía abrir. Creyendo que no había nada, la sorpresa aumentó al descubrir grabadas en su interior las iniciales de nuestros nombres y, en la otra parte, la fecha de nuestro enlace. Tragué, intentando aflojar el nudo de la garganta.

—Puede que no...

—¡Me encanta! —exclamé, asombrada. Ese detalle me había cogido de sorpresa.

—Las joyas no son tu regalo favorito, lo sé, pero con esta tuve un palpito y me arriesgué.

Sin dudar, me lo puse. No necesité utilizar el cierre, la cadera era bastante larga para entrarme por la cabeza. Colgando ya de mi cuello, lo besé.

—Yo no te compré nada.

—Es que no quiero nada. Qué voy a querer si me dedicas tu vida entera. Eres toda mi existencia, Jo.

Volvimos a besarnos. El beso tierno del principio se tornó en uno más apasionado, impregnado de todo ese infinito amor que nos profesábamos. Mi frenética lengua respondía a la suya, más exigente y sensual, que me enloquecía.

Pronto, la llama de la pasión se prendió.

Killian me estrechó entre sus brazos al tiempo que yo enredaba mis dedos entre los mechones de su pelo. Abandonó mi boca y sus labios rodaron por la línea de la mandíbula, bajaron hasta la piel sensible del cuello, donde se detuvo, perturbándome. Víctima de una deliciosa tortura, jadeé; mis manos volaron al cuello de su camisa y empecé a desabotonársela. Sin embargo, en un alarde de cordura, Killian dijo:

—Será mejor que vayamos a la cama si no queremos escandalizar al servicio.

Se levantó, me cogió en brazos y así fue cómo, en la intimidad de los aposentos, dimos rienda suelta a ese deseo que nunca se apagó.

Killian y Josephine son los protagonistas de *El secreto de Blackstone House*.

https://www.facebook.com/elecritoriorincondeSFTALE/?epa=SEARCH_BOX

Nieve en tu corazón

Vanessa Lorrenz

Tory miraba el móvil sin poder creerse la noticia que en él veía, su corazón se retorció de dolor al pensar en lo ilusa que había sido, había pasado un año desde la última vez que Matt le había enviado un mensaje y ahora sabía la razón, el muy idiota estaba a punto de casarse con una heredera de un alto funcionario de Nueva York. Resopló mirando a los establos, aún recordaba el día en que Matt había llegado a una audición de bandas para la boda de Dan y una loca de ciudad. Por suerte, llegó Jeime a organizar la boda y a robarse el novio, pero recordando a Matt suspiro al pensar en que este era tan guapo que robaba el aliento, y su corazón se detuvo en el mismo instante en que le sonrió y le depositó un beso en la mano. En ese preciso momento supo que su corazón había encontrado la razón por la cual latir. Unas risas la sacaron de sus pensamientos para ver como Dan y John intentaban hacer pasar por la puerta un enorme abeto navideño, para su mala suerte la noticia de que Matt estaba comprometido llegaba en la época del año que más le gustaba, la Navidad.

El aeropuerto estaba a rebosar de gente. «Todos con sus maletas listas para partir de vacaciones», suspiró, pensando en lo que le depararía el destino. Por su mente pasó el día en que se despidió de Matt; nadie conocía la historia, pero él había salido con ella a tomar un helado y, como Tory se percató de que ella no le era tan indiferente, decidió lanzarse de cabeza al precipicio. La noche fue mágica, y siempre la atesoraría en sus recuerdos, pero después de la boda de Jeime y Dan, su amado tenía que irse a una gira con su banda. Los establos fueron testigos de cómo él le había dicho que se fueran juntos, se lo había implorado pero Tory tenía todos los miedos del mundo en el cuerpo, no podía dejar a su familia de la noche a la mañana únicamente para seguir a un hombre que acababa de conocer.

Pero ahora que sabía que él se iba a casar con otra, Tory no estaba dispuesta a dejar que alguien le robara al hombre que amaba, así tuviera que secuestrarlo y llevárselo a rastras hasta Texas. La ciudad de la Gran Manzana le daba la bienvenida cubierta de luces que hacían parecer todo más mágico, los pequeños copos de nieve estaban cubriendo las copas de los árboles; sonrió porque verlo en vivo era mucho mejor que en las películas.

El alto edificio que le daba la bienvenida la dejó impresionada, sabía que Matt huía de las responsabilidades que conllevaba llevar las riendas de una empresa, por eso se había tomado un

año sabático, pero, al parecer, su año había terminado y con ello también venía la responsabilidad de formar una familia. Pero dejaría de llamarse Victoria si permitía que ese hombre se casara con otra mujer que no fuera ella.

La recepción del edificio estaba a rebosar de detalles navideños, un hermoso árbol de Navidad presidía la estancia. Suspiró porque al estar ahí la habían abandonado todas las fuerzas que la habían motivado a llegar hasta donde estaba. Recordaba que Matt le dijo que si no se iba con él en ese momento nunca más lo volvería a ver, y así fue, Matt la dejó para que siguiera con su vida en el lugar al que siempre había pertenecido, pero lo que Matt no sabía era que su corazón se había ido con él y desde ese instante se sentía incompleta. Aunque de vez en cuando se comunicaban por teléfono.

—¿Puedo ayudarla en algo señorita? —escuchó que le decía la chica que estaba detrás de la recepción.

—Busco a Matt. —La mujer la miraba extrañada, y no era para menos: sus vaqueros, en conjunto con sus botas vaqueras y la camisa a cuadros definitivamente no era un atuendo adecuado para un lugar así, pero ella no tenía otra vestimenta.

—Vaya, permítame ver si el señor la puede recibir, ¿a quién debo anunciar?

—Tory —dijo de manera rápida; ya en ese instante dudaba que la recibiera, al ver que la mujer alzaba una de sus finas cejas, contestó de nuevo—: Victoria.

La mujer sonrió y le indicó con una mano que pasara a unos mullidos sofás a tomar asiento. Los minutos se le hicieron eternos, la chica miraba en su dirección y sonreía de esa manera que le decía que no le dejarían pasar.

—Señorita, puede pasar a los ascensores, en el piso treinta la estará esperando.

¡Vaya! Su cara de sorpresa fue bastante visible, pero pensaba que la echarían de ahí a patadas. Con el corazón acelerado y la mirada fija en los botones presionó el piso treinta. En su mente se repetía mil veces que no debía estar en ese lugar, alzó la vista y vio un muérdago colgando... Perfecto, lo que necesitaba en ese momento. El clic de llegada le indicó que en segundos las puertas se abrirían.

Caminó hasta la puerta donde ponía el nombre de Matt, no hubo ninguna asistente que le detuviera el paso, así que supuso que tenía vía libre. Antes de entrar se miró las dos trenzas que se había hecho, no estaba del todo mal, su cabellera negra le daba un efecto bastante mono. Se pellizcó las mejillas para darle un poco de vida a su rostro. Tocó la puerta y un leve escalofrío le recorrió cuando escuchó la voz de Matt. Abrió la puerta y lo vio de pie a un lado de su escritorio. Tory se quedó literalmente embobada, todo su cuerpo anhelaba fundirse con él, estaba a punto de dar un paso para ir a su encuentro cuando la mirada lacerante y fría de Matt la fulminó al instante.

—¿Qué estás haciendo aquí, Victoria?

Que la llamara de esa manera solo significaba que estaba realmente molesto con ella, porque sabía que odiaba que utilizara su nombre completo.

—¿Es verdad lo que ha salido en las noticias? —dijo con la voz apenas audible; estaba claro

que él no la había extrañado y ni siquiera se acordaba de ella.

—Salen muchas cosas en las noticias, así que no sé a qué te refieres.

—¿Te vas a casar con esa mujer? —Rogaba con toda el alma que fuera una mentira, en verdad esperaba que él la recibiera con los brazos abiertos.

—Lo que no entiendo, Tory, es qué estás haciendo aquí. Hace un año me dejaste muy claro que no querías nada conmigo, preferiste estar con tu familia en tu rancho antes que seguirme. Así que tu presencia en esta oficina está de más. No tienes ningún derecho a reclamarme nada. —Los ojos de Tory comenzaron a llenarse de lágrimas, nada estaba saliendo como ella lo había planeado—. Ahora no me salgas con que vas a llorar, porque hace un año no demostraste sufrir al separarnos.

—Tienes razón, Matt, es un error que yo esté aquí, pero lo que menos pensé fue que ahora tuvieras nieve en el corazón —dijo ya sin tratar de ocultar las lágrimas. Salió de ahí corriendo para meterse en el ascensor, había hecho el ridículo nada más. Era obvio que él ya había pasado página a su historia y, ella como una loca amándolo en la distancia.

El sonido del ascensor al llegar a la recepción le hizo saber que después de dar un paso afuera perdería para siempre al hombre que amaba. Las lágrimas le empañaban los ojos, pero era imposible no llorar. Al abrirse las puertas quiso dar un paso afuera, pero alguien la sujetó del brazo metiéndola de nuevo en el ascensor, de un momento a otro se vio atrapada entre los fuertes brazos de Matt que, seguramente, había bajado por el otro ascensor. En cuanto posó sus labios sobre los de ella fue inevitable no responderle de la misma manera, y con la misma intensidad. Lo amaba más a que a nada, aunque el mundo le dijera que estaba loca por tener un amor apresurado.

Sus respiraciones eran agitadas, pero en ese momento Tory sintió que estaba frente a la mitad del alma que le faltaba, y ese era el único lugar del cual nunca se querría marchar.

Se separaron de manera renuente, pero Tory sabía que tenía muchas cosas de las cuales hablar.

—Victoria, Victoria, me vas a matar —dijo Matt mientras acariciaba con ternura su rostro y depositaba en él suaves besos—. Un compromiso falso era mi última carta para traerte a mi lado, después de que me rechazaras mil veces por teléfono. —Si no fuera porque amaba de mil maneras a ese hombre, en ese preciso momento estaría dándole su merecido por engañarla de esa forma.

—Sabes todo lo que he sufrido pensando en que no me querías, en que me habías olvidado de la noche a la mañana para casarte con otra —dijo mientras una lagrima traidora resbalaba por su mejilla.

—Necesitaba traerte a mi lado, Tory, no soportaba esta lejanía. Comprendo que hace un año pensaras que tendríamos un futuro incierto, pero te prometo que a mi lado nada te faltara.

—Lo único que necesitaba era que me dijeras que me amabas más que a nada, y te hubiera seguido hasta el fin del mundo.

—Te amo tanto que no estaba dispuesto a pasar ni una semana más sin ti, si no hubieras venido, me hubiera subido en un avión y te habría traído a mi lado, aunque fuera a la fuerza.

El sonido del ascensor les dijo que alguien en algún piso lo había pedido, ambos miraron al muérdago que se balanceó sobre ellos, para después mirarse y unir sus labios en un beso que

sellaba sus destinos para siempre. Porque el amor también puede hacer que se derrita la nieve en el corazón.

Si quieres saber cómo empezó esta historia de amor, no te pierdas la novela *¡Alto!, ese novio es mío*.

<https://www.megustaleer.com/autor/vanessa-lorrenz/0000959763/>

Señor Hopkins, un vicario amable

Verónica Mengual

Tributo a las personas desinteresadas

El vicario, el señor Hopkins, no debería haber estado en la taberna del pueblo a estas horas tan intempestivas, y menos jugando una partida de cartas y bebiendo una pinta. Lo sabía, pero ¿quién lo iba a condenar a él, a un siervo de Dios? Nadie. Las puertas del cielo iban a estar abiertas para un ministro del Señor.

Pese a que era un hombre joven, acababa de cumplir los veinticinco, se había dado cuenta de que en ese lugar de reunión tenía acceso a mucha información que en la iglesia no podía obtener. Si mantenía las orejas bien abiertas, captaba los problemas que tenía su rebaño y así él tenía la posibilidad de ayudar. Nunca fue un hombre severo, se consideraba liberal, aventajado para la época y con un firme sentido del bien y del mal. Su mayor característica era la bondad para solucionar los problemas del prójimo.

Llevaba unos minutos sin prestar atención a las cartas que tenía en su poder, y eso que contaba entre sus dedos con un full de ases. La apuesta no era muy alta, pero esas libras le permitirían invertir en el arreglo del mueble de la sacristía que se mantenía firme gracias a un par de gruesos libros en una de las patas. Echó las cartas sobre la mesa en señal de rendición y se dispuso a ir en busca del que había captado toda su atención.

—Es su cuarto *whisky*. —Se acercó con cautela al hombre que estaba solo en una mesa apartada del resto.

—Padre Hopkins, ¿no deberías estar rezando o bendiciendo algo? —preguntó molesto por la interrupción.

—Mi misión es preocuparme por mis feligreses y me parece que usted me puede necesitar, milord.

—¿Desde cuándo utilizas mi título? ¿O es una táctica para que te suelte más dinero?

—Hasta donde yo sé, es usted el conde de Dorset.

—Hace diez años que soy el conde de Dorset, desde que mi padre murió por esa extraña enfermedad, y eso no te ha importado antes.

—Me importa en estos momentos, pues creo que está usted ebrio y no me gustaría que me

acusase de tomarme confianzas que no debería, *milord*. —El señor Hopkins arrastró la última palabra para poner énfasis en su argumento.

—Deja de utilizar el título, porque me pones nervioso. Hemos crecido juntos y me conoces desde siempre. No es menester que me galantees, te dije ayer que te daría las cien libras que necesitas para remodelar no sé qué cosa de no sé dónde, y te las daré. No temas.

—Sé que lo cumplirás.

El joven conde de Dorset siempre había sido su amigo y era un hombre de palabra. Los dos fueron compañeros de juegos en su niñez, pero cada cual tomó su rumbo en la vida.

—Bien.

—Lo que me preocupa, Dorset, es que eres un recién casado, han pasado apenas dos días desde que te casé con esa bella condesa tuya y estás aquí esta noche ahogando las penas en alcohol. ¿Por qué?

—¿Estás de servicio? —No le apetecía hablar. Emborracharse había sido una buena idea cuando salió a toda prisa de la finca campestre.

—Para quienes necesitan orientación, siempre.

—Mi esposa es una arpía de primer orden. Me ha echado de mi casa.

—Cuando la conocí supe que ella tenía carácter. De hecho, creo recordar que dijiste que por eso habías aceptado la imposición de tu madre para casarte con lady Margaret.

—Me acusa de tener una amante.

—¡Por Dios! —El cura dio una mirada a su alrededor para asegurarse de que no había nadie que los pudiese escuchar. Lo mejor sería trasladar la conversación a la intimidad de la iglesia, pero creía que el conde de Dorset, tan terco como era, se iba a negar.

—No te escandalices, que es del todo falso.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Que le he dicho que sí tengo una amante —explicó con total naturalidad.

—¡Santo cielo! No comprendo nada.

—Es una mujer muy... insistente. —Señaló como si estuviese todo aclarado.

—¿Y eso significa que...? —Lo conminó a seguir con la explicación. El señor Hopkins no entendía cuál era el problema. Dorset estaba plenamente enamorado de su esposa y viceversa. Él entendía de esas cosas.

—No quiero que una mujer gobierne mi vida. El acuerdo era casarse.

—Vamos a ver... ¿Ha hecho tu esposa algo que te haya disgustado?

—Sí.

No añadió nada más, por lo que el vicario hubo de preguntar.

—¿Y puede saberse qué ha hecho tu flamante mujer para contrariarte?

—Se empeña en que desayunemos juntos, en que durmamos en la misma cama, quiere saber dónde voy, con quién estoy... ¡Soy un hombre! ¿Quién da explicaciones a su esposa hoy en día?

—Así que para alejarla y que te deje en paz, te has inventado que tienes una amante. Y por lo

que veo no le ha sentado nada bien...

—Te has fijado en mi mejilla ¿verdad? Sigue roja, por lo que veo.

—Un poco, sí. Te ha atizado bien.

Cuando la conoció hacía prácticamente un año, le advirtió a su amigo de que esa mujer no iba a conformarse con poco. Lady Margaret era de una belleza casi celestial, pero lo que más llamaba la atención en ella era la seguridad con la que hablaba, se comportaba y regía.

—Se ha vuelto loca cuando le he dicho que mantenía a una mujer en una casa en el pueblo y que me iba a verla.

La discusión era mucho peor de lo que estaba explicando. Había acusado a su esposa de ser demasiado posesiva con él. Él gritó, ella gritó más y cuando le dijo que no era ni la mitad de mujer que la otra que lo complacía sin concesiones... ella levantó la mano y lo abofeteó. En honor a la verdad él se lo merecía y lo sabía, porque la había herido profundamente. Su esposa se apresuró a disculparse al comprender el acto involuntario que había llevado a cabo.

—Te conozco y advierto que hay mucho más ahí ¿cierto?

—Lo hay. —No iba a explicar todos los detalles de esa discusión tan íntima y que lo estaba mortificando.

—¿Me vas a explicar de una santa vez qué es lo que pasa para que te ayude a resolverlo y pueda ir a ganar un poco de dinero para invertirlo en mi iglesia? —Dorset parecía estar mudo y él tenía prisa por volver a la partida. La sacristía, además de ese mueble, necesitaba otros arreglos.

—Es muy violento y privado.

—Conozco todos tus secretos.

—Ella está embarazada.

—Lo sé. Pediste secreto de confesión y te absolví. La fecha de la boda estaba puesta y, aunque no fue correcto que te dejases llevar por tus... digamos bajos instintos, comprendí que estabas enamorado y que no pudiste esperar.

—Sé que lo sabes y que me costó cincuenta libras la absolución de mi pecado.

—La familia Gillner estaba al borde la indigencia, con ese dinero subsistirán un tiempo hasta que se recuperen de la pérdida de la cosecha.

—No me importan las cincuenta libras, sé que das un buen uso al dinero que te doy.

—¡Dorset, que no tengo todo el día!

—No puedo hacer el amor con mi esposa —dijo en un susurro, pero muy alterado.

—¡Ah! Entiendo... bueno... creo... creo que hay unas hierbas que... —comenzó a decir el cura algo inquieto.

—No es eso.

—Maldita sea Dorset, ¡explícate de una vez!

—No está bien que un hombre de Dios, maldiga. —Le sonrió tratando de aligerar la carga de la conversación.

—Sí, sí, rezaré cuarenta oraciones en cuanto me digas lo que sucede.

—Bien. Tú lo has querido. Mi esposa es muy exigente en todos los aspectos.

—En los carnales —argumentó el cura, a lo que el conde asintió.

—Margaret es fantástica, pero desde que me dijo que llevaba una criatura en su seno no la he tocado y está disgustada.

—¿No consumaste el matrimonio?

Era increíble. Su amigo no había resistido la tentación de hacer suya a la mujer, pese a que no se habían leído los votos, y justo cuando tenía la bendición del Todopoderoso y la ley lo amparaba ¿decidió ponerse célibe?

—Sí, lo sé. No estuvo bien, pero tengo un buen motivo para mantenerme apartado de mi esposa.

—¿Cuál es ese motivo? Porque pudiste haberlo empleado antes, ya sabes...

—La deshonré, pagué mi penitencia. Eso no tiene remedio, Hopkins. No le des más vueltas.

—De acuerdo. Sigue.

—Mi motivo es la seguridad de ella y de mi heredero.

—Podía ser una niña —le recordó.

—Será un niño. Tendré por lo menos tres hijos varones que aseguren mi título —rebatí con presteza la idea del cura.

Tenía un amigo que había tenido cinco hijas a las que tuvo que casar bien, y rápidamente, para que ellas no se quedasen sin nada cuando el siguiente en la línea de sangre llegase para echar a la familia de la casa familiar.

—Bien, si tú lo dices, así será.

—Entonces comprendes por qué debo mantenerme apartado de ella y por qué he tenido que decirle que tengo una amante.

Su esposa lo tenía enfermo de necesidad. Le dijo en el tiempo de cortejo, —cuando se enteró de la existencia del futuro bebé—, que no debían acostarse más. Se habían casado y ella se había convertido en una tentadora. Esa mañana mismo Margaret se presentó desnuda en su habitación y se metió en la cama sin darle tiempo a negarse a nada. El conde huyó como alma que lleva el diablo para no hacer una tontería.

—Lo siento, pero no lo entiendo, Dorset.

—¿Y si perjudico la salud del niño mientras...? Ya sabes...

—¡Oh!

—¿Ese es tu consejo? ¿Un simple oh?

—Te honra que te preocupe el bienestar de tu esposa y tu hijo.

—Vaya, gracias —dijo bufando.

—Samuel, ven aquí. —El párroco llamó al recién estrenado médico del pueblo para arrojar luz sobre el asunto. Fue una suerte que el muchacho estuviese allí jugando a las cartas, al igual que él. El aludido se personó ante el párroco—. Toma asiento, porque tenemos una consulta que hacerte.

—Como guste padre. Milord. —Hizo una inclinación de cabeza para saludar debidamente al conde de Dorset.

—Somos hombres y estábamos aburridos aquí, debatiendo sobre un tema extraño. Verás, Samuel, tenemos un amigo, milord y yo, cuya mujer está embarazada. El conde apuesta treinta libras a que un hombre debe mantenerse alejado de su esposa si esta está encinta, pero yo sostengo justo lo contrario. ¿Quién gana?

—Usted, padre. Los derechos conyugales, siempre que se lleven a cabo con cautela, no están contraindicados en un embarazo.

En esos precisos instantes fue cuando el conde de Dorset se levantó raudo de la silla y echó a correr.

—¿He dicho algo malo, señor Hopkins? —preguntó con extrañeza el galeno.

—En absoluto. El conde tiene prisa por regresar a su casa. —El cura se carcajeó a gusto. Vio en la puerta a su amigo y le gritó—: ¡Me debes treinta libras más, Dorset!

—¡Las pagaré con gusto! —señaló alto y claro el conde mientras subía a su montura.

Los personajes pertenecen a la trilogía *Hermanas Davenport*, que será publicada a partir de febrero.

<https://www.megustaleer.com/autor/vernica-mengual/0000962211/>

Un arcón lleno de regalos...

Viktoria Yocarri

¡Oh, Navidad, Navidad! La temporada favorita de toda la familia; la época del año en la que hacemos muñecos con la nieve que cae gentil sobre nuestros tejados. Es la temporada en la que los comercios se colman de felices compradores, gente dichosa que disfruta el privilegio de obsequiar a los suyos un poco de afecto, para luego brindar con ellos en un ambiente de concordia por los fragmentos de vida compartidos durante el año.

¿Qué sería de la Navidad sin todo lo que la reviste? Costumbres y sensaciones tan características como las posadas o el dulce olor de la sidra. Símbolos navideños que —como la voz de mi madre que me hablaba del secreto de los Reyes Magos, una historia que me contaba cuando no podía conciliar el sueño— parecen diluirse en el olvido o, por lo menos, transformarse.

En el cuento, los Magos se valían de duendes que estaban al tanto del comportamiento de los niños todo el tiempo. Gaspar era el encargado de repartir golosinas, miel y frutas. Melchor dejaba ropa o zapatos, y a Baltasar le tocaba la peor parte, pues él debía «castigar» a los niños malcriados dejándoles carbón o leña.

Pensar en mi madre solo me hace extrañarla. Era bonita y divertida en una forma ligera y despreocupada. A la hora de dormir me narraba anécdotas cotidianas que representaban su vida diaria, historias que me hacían reír tanto que me dolía el estómago. También le gustaba escribir. Yo solía examinar su trabajo y trataba de imitarla lo mejor que podía. Ella me hacía bromas por la forma tan seria en que yo abordaba incluso la idea más sencilla. «Se supone que debe ser algo divertido, Julieta», me aconsejaba. «Solo déjalo salir». Y, mientras me pregunto si sigo creyendo en *la magia de la Navidad*, te observo, pateas con tus piecitos hacia arriba y abajo y me tiendes los brazos, Converso contigo, Elena, tenemos una charla de verdad. «Mi vida se siente tan unida a la tuya que me parece imposible que algo malo pudiera pasarme ahora. Sin embargo, supongo que el amor te da una falsa sensación de seguridad», te confieso.

Lo pienso por un momento. Haberme enamorado de Alejandro y continuar estándolo, sí me ha dado una sensación de seguridad. ¿Cómo podría dañarnos algo? Y entonces me dedicas la sonrisa más amplia que yo te hubiera visto antes. Me haces tan feliz. Verte crecer es algo fantástico de contemplar. Disfruto de cada momento. «¿No es una suerte», inquiero en voz alta, «que, de algún

modo, aunque fuera tan poco probable, haya encontrado a Alejandro Rivera y nos enamoráramos locamente?»

Me fascina verte crecer, pero a la vez no me gusta que el tiempo vuele de esta manera. Quiero atesorar cada momento, cada sonrisa, cada abrazo y cada beso. Supongo que tiene que ver con que me gusta que me necesites. Cada momento desde que naciste, te advertí que sería una madre estupenda.

Han pasado casi dos años que me quedé embarazada y me has tenido ocupada. Eres incansable. No te quedas quieta ni un segundo. A los once meses tus palabras favoritas son: papá, mamá. Quién habría creído que cada momento que paso contigo me llenara de felicidad y asombro de un modo increíble.

Ayer te llevamos a comprar tu primer árbol de Navidad. Sencillamente te fascinó. Las calles de San Francisco estaban repletas de turistas y residentes con abrigos de lana y ropa de franela. Compradores, vendedores y curiosos se arremolinaban junto a nosotros. En los comercios sonaban las canciones navideñas y en las veredas los músicos callejeros daban lo mejor de sí. Todo el mundo al parecer estaba acompañado de otra persona que sonreía y carcajeaba.

Al volver a casa, colocamos el primoroso árbol salpicado de nieve artificial sobre un pie de terciopelo y lo cubrimos de regalos que me hicieron recordar los que recibía de niña. Tú comenzaste a sonreír y yo me puse triste. Extraño a mis padres: sus fiestas ruidosas, los bailes, el bacalao, los romeritos, los dátiles, las nueces y las avellanas.

Estar ahí, contigo, con Alejandro, me hizo pensar en lo que sucedería el día que tuviéramos esa conversación, la de tu origen. «Creí que tú eras mi padre», tal vez dirías. «Y claro que lo soy», te respondería Alejandro. «Pero soy tu padre adoptivo. Genaro es tu padre biológico. Él y tu madre te concibieron. Luego, yo la conocí». Aunque también espero que nunca tengamos que hablar de ello.

Haber dejado México sigue siendo una herida en mi alma, y aún lucho por saber en quién me he convertido después de dos años de vivir en Estados Unidos. Tengo muchos recuerdos y también cosas que hubiera querido cambiar. Sé que, llegado el momento, Alejandro querrá hablarte sobre Genaro, pero yo no. Yo no quiero hablar de él nunca más.

No sé por qué, pero la vida por lo general es más complicada de lo que esperamos, Elena. Me parece que no hay nada como estar, sin importar dónde. La nuestra es una historia de amor, hija. Mía, tuya y de tu padre. Trata de lo magnífico que es encontrar a la persona indicada. Y atesorar cada momento con ese alguien especial. Cada milisegundo.

Recuerdo la primera vez que vi a tu padre y soy incapaz de borrar esa imagen de mi memoria. Ahora mismo puedo ver esa sonrisa tan bella en su rostro, tiene los brazos ocupados, porque te lleva en ellos. Creo que captura a la perfección lo especial y único que es.

Entramos en tu dormitorio y contempló tu lámpara de princesas que dibuja alegres sombras a media luz. Y tiro de la cuerda de la caja de música en tu cuna y comienza a sonar *Estrellita, ¿dónde estás?*. Me encanta esa canción, Elena. Me encanta tu música y no me canso de oírla.

Me acerco a tu cuna y toco tu dulce mejilla; acaricio tu cabello, siempre tan suave; acerco mi nariz a la tuya y la rozo con suavidad. «Te amo, pequeña. Te veré por la mañana». Alejandro me toma de la mano y nos vamos a la cama y experimentamos la segunda mejor cosa que existe en mi universo.

Los padres y los hijos precisan de comunicarse más. A muchos nos da miedo expresar nuestras emociones, pero yo no quiero que eso nos suceda. Quiero poder decirte siempre lo que siento, Elena.

Como ahora.

Alejandro y tú duermen. Me levanto para terminar de escribir y no puedo evitar volver a recordar que he llorado mis pérdidas, pero por primera vez reconozco lo que he ganado. Aún hay más por decir, por ver, por aprender, por gozar, por divertir. Porque se termina un año y empieza otro que seguramente será mejor y porque comprendo lo que he logrado hasta este momento y me doy permiso de seguir adelante, sin temores, con Alejandro y contigo, mi preciosa Elena.

Julietta es la protagonista *Perdóname... me enamoré*.

<https://www.megustaleer.com/libros/perdname-me-enamor/MES-106278>

<https://www.facebook.com/vyocarriautora>

Antología de relatos románticos. Navidad 2019



No importa en qué lugar del mundo se esté, la Navidad es ese momento del año en el que todo puede suceder.

Ya sea encontrar un nuevo amor o revivir el que se tiene, la época festiva nos lleva a ver hacia nuestro interior y descubrir la sencillez de la vida. Porque todo es más fácil cuando existen esos guiños felices que nos iluminan el camino.

Ana Álvarez nació en Sevilla, el 2 de Abril de 1959. Cursó estudios de bachillerato y auxiliar administrativo, tarea que realizó un tiempo. Ha escrito durante toda su vida, y desde los veinte años siempre novelas románticas contemporáneas, que solo leía su hija por timidez. Fue ella quien le animó a publicar en Internet, y las muchas lecturas y comentarios que recibieron sus escritos le animaron a autopublicar y a enviar los primeros capítulos de dos de ellas a la Selección RNR, donde fueron publicadas. A partir de este momento, su trayectoria como escritora del género ha sido imparable vendiendo miles de ejemplares de cada una de sus novelas y recibiendo una excelente acogida por parte de los lectores.

Ana Castellar nació en Asturias en febrero de 1979, decidió estudiar psicología. Desde pequeña es una amante de la lectura, le da igual el género, sin embargo, la novela romántica siempre ha sido su favorita. Escribir es algo que le apasiona desde siempre, por eso un día decidió dar el gran paso: se atrevió a crear su propia novela y a aceptar el reto de mostrarla a los lectores.

Ana E. Guevara. Nacida hace treinta y cuatro años en Cartagena, Murcia. En 2007 se licenció en Odontología en la Universidad de Murcia y ese mismo año se fue a vivir a Francia con la intención de quedarse un par de años, aunque lleva allí desde entonces. Está casada y tiene dos hijos. Además de escribir le encanta viajar, leer y la fotografía y ha procurado incluir a sus hijos en esas aficiones. Tiene un blog de maternidad donde comenta cosas de su vida como madre; y colabora con la plataforma online de profesionales de salud *El Médico de mi Hijo*. También colabora haciendo reseñas sobre películas y series en el e-zine Goblín Panzudo con el seudónimo de Morgana.

Arlene Sabaris. Graduada en Administración de Empresas con una Maestría en Finanzas, sin embargo, su gran pasión es escribir, por lo que realizó estudios técnicos de Periodismo en el Instituto Dominicano de Periodistas. Tiene además un Diplomado en Derechos Humanos y ejerce su profesión en un organismo de cooperación internacional.

Ha publicado artículos de interés en revistas varias y ha sido ganadora del concurso de blogs del Banco Interamericano de Desarrollo sobre educación y género, con su artículo *De Princesas y*

Superhéroes, donde resaltó la importancia de la igualdad en la crianza de los niños.

Desde niña, escritora de poemas, canciones, cuentos y novelas, ha recibido reconocimientos en diversos certámenes, siendo el más reciente la selección de su historia “La heroína de fuego” por la Casa de Francia, para su libro de relatos *Mujeres inspiradoras* en marzo de 2018.

Desde hace tres años ha publicado diversas historias en plataformas digitales como son los cuentos *Sueños recurrentes*, *La niña*, *La Rusalka*, *La heroína de fuego*.

Ava Cleyton está ligada a la literatura en cuerpo y alma. Licenciada en Filología Hispánica por la UNED, ha desarrollado toda clase de actividades relacionadas con el apasionante mundo de las letras. Su primera novela *El tiempo de la razón perdida*, fue publicada en 2009. Mujer comprometida Ava ha autopublicado *Koke, diario de un valiente*, e-book. Diversos reconocimientos en el camino demuestran su valía. Estos son algunos de ellos: Primer premio en Certamen literario 4º aniversario Atento Toledo con el relato *Patente de Corso* (2010), Finalista Concurso Miguel Delibes (Atento nacional) con *El marido engañado y la teleoperadora excelente* (2011), Premio Narrativa Corta Palabras de Mujer 2012 con *Lunas Vacías...*

Berla Marbel nació en Benalúa de Guadix (Granada, Andalucía) en la década de los setenta. En la actualidad, reside en un pintoresco pueblo de la costa de Alicante, con su marido y dos perros. Su pasión por los libros la lleva escribir sus propias historias desde edad muy temprana. Tras descubrir la literatura romántica, rápidamente se ve atrapada por el género. Un interés por la narrativa que queda plasmado en cada página de *Espirales en el ombligo*, su primera obra publicada, así como en *Mi tierra eres tú y Te tengo en mi piel*, todas ellas forman parte de la serie «Segundas oportunidades». Además, ha publicado también *Última entrega*; una historia corta y ha participado en varias antologías, como *Corazonhadas*, que se gestó en favor de AECC. La autora ha creado en Internet su propio espacio virtual; una página que lleva por título «El amor y otras psicopatías».

Betina Shablíko nació en Buenos Aires donde reside actualmente y se desempeña como Traductora literaria de inglés y docente de idioma extranjero. Vivió tres años en Italia, época en la que tomó cursos de Arte y estudió teatro. Dada su pasión por el séptimo arte y la fotografía, sus narraciones se caracterizan por tener un fuerte componente audiovisual. Disfrutaba más en contacto con la naturaleza que en la ciudad, y desde pequeña se ha visto envuelta en innumerables líos por defender a los animales, por lo que hoy día expresa su amor por ellos a través de sus personajes,

en un incansable intento de crear concienciación.

Chris de Wit. Nací en Córdoba, Argentina pero crecí en Paraná, Entre Ríos. Allí ejercí mi profesión de ingeniera agrónoma por muchos años hasta que emigré de mi país para casarme con mi esposo, que vive en Dinamarca. Tenemos dos hijos maravillosos, y gozamos de la compañía de nuestra perra y tres gatos. Hace unos años, me licencié como pedagoga y trabajo en una escuela, donde también doy clases de teatro y español. Medito y estoy muy conectada con la cultura maya. Desde muy pequeña he sido una voraz lectora de libros de diferentes géneros, pero es en el año 2010 donde descubro el género de la novela romántica y me apasiono completamente con él. Al poco tiempo, decido escribir mis propias historias.

Christine Cross es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre al ritmo del corazón. Twitter: @martaljnb; Blog: <https://martalujan.wordpress.com/>

Daniel de la Peña. Zaragoza (1983). Escritor y productor de audiovisuales. Desde joven siempre ha sentido curiosidad por el mundo de la comunicación. Autor de *Triunfadoras*, *Un regalo prodigioso* y *Triunfadoras 2.0*. Ha firmado entrevistas de portada para la revista Mujer del periódico *El Mundo Cantabria* y para *Divinity*. Defensor de la igualdad, apasionado de las entrevistas y de las comedias. Actualmente es uno de los influencers más reconocidos de Aragón y compagina la escritura, con entrevistas y su trabajo en redes sociales.

Encarna Magín nació en Girona. Actualmente vive en Banyoles rodeada de su marido, el amor de su vida, sus tres hijos y un perrito de lo más travieso. Le encanta leer, aunque la debilidad por la novela romántica la ha llevado a iniciarse en el precioso oficio de la escritura. Siempre tiene en mente nuevas historias. Historias que hilvana entre girasoles y al lado de la chimenea de su hogar, y de las que espera que sus lectores disfruten tanto leyéndolas como lo hace ella escribiéndolas.

Eneida Wolf es el seudónimo bajo el que escribe esta barcelonesa nacida en 1991. Graduada en Derecho, posteriormente hizo el máster de AGT. Participó en muchos de los juegos florales de su colegio y posteriormente colaboró en la revista de la universidad. Apasionada de la historia, de culturas distintas, viajera incansable y cinéfila. Lectora voraz, le gusta sumergirse en sí misma para crear distintos mundos que plasma en sus historias.

Fabiola Arellano nació en Aguascalientes, México, en 1979. Estudió Informática, aunque su verdadera pasión siempre ha sido escribir. Trabajó en la radio, en el departamento de creatividad, diseñando campañas publicitarias y haciendo guiones para comerciales. Más tarde fue asistente de producción de un programa matutino en *Televisa Aguascalientes*, y posteriormente estuvo en la comisión de filmaciones. Y fue allí donde una compañera y amiga le preguntó si alguna vez había pensado en escribir como profesión. Y a partir de ahí inició su carrera como escritora.

Francine J. C. (Tarragona 1974). Es la quinta de seis hermanos. Casada y madre de dos hijos. Le gusta dar largos paseos por el río y pintar al óleo. Siempre encuentra el momento para disfrutar de una novela, sobre todo de las románticas. De mente soñadora, siempre activa y creadora de historias, animada por su marido empieza a escribir en 2015 y finaliza su primera novela, disfrutando, como nunca, de cada línea que escribía, y tras lo cual, es consciente de que no podrá dejar de hacerlo nunca. Actualmente vive con su familia en Ourense.

Karen Delorbe nació en Buenos Aires, Argentina, en 1979. Eligió estudiar profesorado de lengua y literatura. Comenzó escribiendo, en su adolescencia, relatos cortos de terror. En el 2008 decidió probar algo distinto e incursionó en la literatura juvenil. En el 2013, publicó *El ángel de la oscuridad*, su primer romance paranormal.

Actualmente, se dedica a escribir novelas románticas, paranormales y de fantasía, aunque prefiere no encasillarse en un solo género.

Kathia Iblis nació el 17 de mayo en San Miguel de Tucumán, provincia de Tucumán, Argentina. Soñadora y despistada, incluso cuando no está sentada escribiendo, los personajes no dejan de rondarle, exigiéndole ser escuchados. Durante muchos años luchó contra su verdadera vocación. Como toda adolescente se rebeló ante la presión de seguir la carrera de Literatura y Letras, lo que la llevó a incursionar en otras áreas que abarcaron la psicología, la traducción y, finalmente, el

profesorado de inglés. Su mente y su netbook rebosan de personajes ansiosos de ver la luz y siempre tiene un nuevo proyecto entre manos.

Laura A. López nació en la ciudad de Luque, Paraguay, el 05 de Julio de 1988, actualmente reside en la misma ciudad. Se graduó en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, está casada y tiene una hija.

Se inició en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente *El ente*, de Frank De Felitta, y luego Juan Salvador Gaviota. Hace unos años encontró una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leyó todos los del género romance de época, por lo que decidió participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuenta con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género *chick-lit*.

Laura Kaestner nació en Buenos Aires, el 29 de octubre de 1970. Ha estudiado diversas carreras relacionadas con el turismo y la hotelería, pero aún enseña en una escuela primaria pública las materias de Prácticas del Lenguaje y Ciencias Sociales.

Casada con Gustavo y fruto de ese amor tiene dos hijos, Alondra y Eric.

Desde niña se dedicó a leer, pasando por cuentos tradicionales como *Marta y Joreg* y *Platero y yo* hasta más adolescente inclinándose por la poesía de Bécquer y Neruda, lo cual generó en ella la pasión hacia este género y comenzó a escribir poemas a los 15 años.

Sus novelas, aunque realizadas con personajes de ficción, son imaginadas en su mayoría por situaciones cotidianas, diálogos que escucha en sus viajes al trabajo, lugares en los cuales sueña que ocurren escenas que luego plasma en su escritura.

Ha editado una novela en Wattpad la cual se titula *No engañes a tu corazón*. Esta primera historia ha recibido muchos premios.

Participó de la antología de amor *14 corazones a través del tiempo*, junto con otras trece autoras argentinas, con el cuento *Voto por amor*, donando lo recaudado a obras benéficas.

Lucía de Vicente es una periodista madrileña que tiene la suerte de dedicarse a hacer aquello que más le gusta: escribir. Y cuando deja su trabajo en los medios para dedicarse a la familia y a otros menesteres laborales, se da cuenta de que necesitaba seguir reflejando historias en un papel. Historias que, si ya no podían ser las de los personajes a los que antes entrevistaba, bien podrían ser aquellas que ella misma creara y a las que hasta ahora nunca había podido poner el fin por falta de tiempo. Pero, como no solo de ilusiones vive la mujer, contribuye en lo que puede a la

economía familiar como correctora literaria *freelance*. En noviembre de 2011, su relato *Una respuesta espontánea* fue premiado en el concurso de Ediciones Rubeo *Ese amor que nos lleva*, y publicado en una antología que salió al mercado en febrero de 2012. En diciembre de 2011, su micro relato *Dispuesto a morir* fue premiado para formar parte de la antología *100 mini relatos de amor y un deseo satisfecho* de Éride Ediciones, publicada en febrero de 2012. También fueron seleccionados su relato *Querer no es poder*, para la antología digital editada y distribuida desde el blog Mundo paralelo, que vio la luz el 27 de septiembre de 2012, así como el micro relato *Amor Efímero*, para la antología *Epidermis* de Ediciones Rubeo, que salió al mercado el 20 de octubre de 2012.

Mar P. Zabala nació en Salamanca, ciudad donde se crió y realizó sus estudios. Licenciada en Ciencias Físicas actualmente compagina su trabajo como profesora con la escritura. Aficionada a la literatura, el cine, el teatro y de las buenas series su imaginación trabaja sin parar. En junio de 2016 publicó su primer cuento infantil *Buky* al que le siguió en diciembre de 2016 *María y la tienda de Antigüedades*. En enero de 2017 publicó su primera novela de misterio *Dos calles más abajo*, y en julio llegaría *Pasado Imperfecto*, su segunda incursión en el género.

María Acosta nació en Salgar, Antioquia, en 1973. Cursó sus estudios universitarios en la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín y tiene un posgrado en Tesol-Spanish de la Universidad de West Virginia, Estados Unidos. Tiene una comunicación directa con el mundo espiritual desde su nacimiento y durante más de una década se ha dedicado a trabajar con los ángeles impartiendo sus enseñanzas y sabiduría por medio de conferencias, talleres y asesorías privadas. Es autora de *Llamados al amor divino a través de los ángeles* (2005), *Mantenerse en la luz con la ayuda de los ángeles* (2007) y *Surviving College with Angels* (2010).

María José Avendaño nació en Buenos Aires en el año 1979. Publicó su primera novela, *Florence encanta, pero también embruja* en el año 2016, bajo el seudónimo de M.J. Maravend. Durante los dos siguientes años, publicó *La transformación de Lilith* y *Cuidado con lo que deseas, Nadin*, todas historias cortas paranormales.

En el año 2018 estuvo en el stand de la Asociación Argentina de Escritores de la Feria Internacional del libro de Buenos Aires.

Tomó clases de escritura con Gabriela Margall y Solange Cãmahuer.

Apasionada de los libros desde siempre, le encantan las comedias románticas pero también las novelas de terror; su autor preferido es Stephen King, a quien considera su escritor favorito.

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

Marion S. Lee es el seudónimo con el que escribe esta autora nacida en Cádiz, en 1970. Técnico en Relaciones Públicas, trabajó como secretaria de dirección y gerente de una empresa durante años. Comenzó escribiendo pequeños relatos de aventuras cuando era una adolescente y siempre soñó con escribir aquellas escenas que poblaban su mente. Lectora empedernida, le apasiona el género romántico, y se decanta por el romance contemporáneo para contar sus propias historias. Escribe de manera regular en la red desde hace casi dos décadas.

Sus novelas publicadas son “Sueña conmigo” (Selección Bdb — 2016), “Hasta que tú llegaste” (Selección Bdb — 2017), también ha sido editada en papel, de la mano de Ediciones B de bolsillo. “Y a ti te prometo la luna” (Selección Bdb —2018) y “Solo con un beso”, (Selecta — 2019). En enero de 2020 publicará su siguiente novela “Cien destinos junto a ti”, también con el sello Selecta.

Actualmente vive en San Fernando (Cádiz), con su marido y sus dos hijos, y continúa imaginando historias que, espera, poder escribir algún día..

Mavi Tomé. Licenciada en Derecho por la UMA, Máster en PRL y Máster en y Asesoría Laboral, oposita al Cuerpo de Gestión de la Administración Civil del Estado. Es una apasionada de la Historia de España y de las Monarquías Europeas, pasión que combina con la escritura.

Anteriormente, ha participado en dos libros colaborativos: Encrucijadas y Palabras Mayores; también ha escrito un libro de cuentos: *Cuentos para Noches de Invierno. La Menina del Louvre* es su primera novela y espera que no sea la última.

Maya Moon es el seudónimo de María Moreno. Nacida en Jaén en 1971, es Licenciada en

Filología Inglesa. Compagina su actividad como escritora con su trabajo como profesora de inglés en un instituto de Educación Secundaria. Divorciada y madre de dos hijas, actualmente vive en Rincón de la Victoria (Málaga).

Mayeda Laurens. Nacida en Madrid, pero afincada muy lejos de allí, Mayeda Laurens lleva años dedicada a la escritura en todas sus facetas. Sin embargo, siendo una empedernida lectora de novela romántica, nunca hasta ahora se había animado a escribir este género.

La divertida comedia romántica, *Atrapada en el botón de tu vaquero*, es la primera de muchas otras historias de amor y humor que ya rondan por su cabeza.

Mayte Pascual (Abril 1979). Nació en Madrid, donde vive actualmente junto a su marido y sus dos hijos. Estudió periodismo y realización de televisión. Aunque ha trabajado en varios sectores, siente predilección por la edición de video, otra forma de escribir historias, pero con imágenes, trabajo que compagina con la corrección de textos. Ávida escritora y devoradora de libros, descubrió su amor por la escritura ya de niña, cuando las historias que leía no eran suficientes y los libros le duraban un suspiro.

Mile Bluett nació en La Habana y actualmente vive en México con su hermosa familia. Estudió Derecho, Psicología y un master en Psicoterapia. Escribe desde la adolescencia y el amor a la literatura ha sido una constante en su vida.

Es autora Best Seller en Amazon. Ha publicado la saga *Herederos del mundo* (2016), distopía que consta de (I) *Atrévete a sentir*, (II) *Tierras Inhóspitas* y (III) *La Búsqueda del Arcoíris*. También es autora de los romances contemporáneos, *Buscándome te encontré I* (2017) y *No te dejaré escapar II* (2018). Su mayor éxito es la novela romántica de época *Amor Sublime* (2017). Sus obras han destacado en diversos Top 100 de Amazon.

La autora refiere: «Hay dos hombres en mi vida que son capaces de hacerme temblar el alma. Uno tiene los ojos color del amanecer y el otro de un tono de azul que aún no logro definir. Uno es mi esposo y el otro mi hijo».

«Soy una mujer orgullosa de serlo. Pienso que antes de dar un paso hacia atrás hay que dar dos hacia delante. Considero que si le pusiéramos el mismo énfasis a la inteligencia emocional que a la adquisición de conocimientos, seríamos más felices y el mundo sería menos cruel».

«Amo el agua, la cama y mi laptop. El agua porque repara y nutre cada célula de mi cuerpo, la cama porque tiene múltiples usos imprescindibles para amanecer con una sonrisa y mi laptop

porque es ahí donde sucede la magia».

Mimi Romanz es el seudónimo que esta autora utiliza para sus novelas. Nació un 2 de enero, en Buenos Aires, Argentina. Es una escritora que disfruta con el hermoso proceso de crear una obra. Si bien estudió una carrera muy alejada del mundo de las letras, la pasión por la escritura siempre estuvo en ella. La timidez ha sido algo que siempre la ha acompañado y caracterizado, es por ello que encontró en la escritura una forma de sacar lo que no podía decir de frente. Miles de nuevas historias siguen creándose en su mente, aunque las relegue a unos pequeños bocetos y las archive en el ordenador a la espera de ser retomadas. También es correctora literaria.

Mina Vera es el seudónimo que utilizo para firmar mis obras, centrándome principalmente en novela romántica, en casi todos sus subgéneros. Nací en Bilbao en junio de 1981, y desde entonces ya no pude estarme quieta. El interés por la creatividad y la redacción me llevó a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas en la Universidad del País Vasco, aunque el mercado laboral me ha llevado a trabajos más comerciales que creativos. Tal vez por ese motivo, acabé fusionando esa inquietud creativa con mi pasión por la lectura. Así que un día, comencé a escribir esas historias que revoloteaban por mi cabeza.

Nadia Noor (1977). Es originaria del Europa de Este, pero desde hace más de veinte años vive en Valencia. Es ingeniera técnica y tiene un máster en Políticas de Integración Ciudadana. Trabaja en el departamento de exportación de una empresa y dedica todos sus ratos libres a escribir, que es su gran pasión. Tiene tres novelas publicadas con varias editoriales.

Natalia Sánchez Diana nació en Valencia en 1983, aunque creció en Requena, hasta que decidió estudiar Publicidad. Se especializó en diseño gráfico y durante unos años trabajó como freelance, pero su verdadera pasión siempre ha sido escribir, por lo que en 2017 se lanzó a la autopublicación. Desde hace cinco años es mamá a tiempo completo, pero siempre saca tiempo para leer clásicos, documentarse sobre la época victoriana y sumergirse en la cultura japonesa.

Nieves Hidalgo es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde

siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Nunila de Mendoza nació en Lima, Perú, el primero de abril de 1973. Está casada, tiene dos hijos y es odontóloga. Escribe desde hace muchos años cuentos y novelas de ficción. Es una apasionada de la literatura inglesa romántica y ha sido finalista en concursos de escritura internacionales.

Nuria Rivera nació en Badalona (Barcelona), en 1967. Reside en Barcelona. Es psicóloga especialista en psicología clínica y psicoanalista de profesión. Tiene un máster en salud mental, numerosos cursos de especialización y un doctorado en Clínica y aplicaciones del psicoanálisis. Fue presidenta de una Asociación Psicoanalítica y dirigió su revista. Codirige un blog de escritos psicoanalíticos con otros colegas, donde ha publicado algunos artículos. La lectura y la escritura de ficción son sus aficiones más importantes. Realizó el Itinerario para Narradores de Novela en la escuela de escritura del Ateneo Barcelonés y Novela histórica. En mayo de 2017 publicó *El destino tiene otros planes* (Ediciones B, Selección de B de Books). Fue Finalista en el VIII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR con *La pasión dormida* y en enero de 2018 publicó *Algunas mentiras* (PRHGE, Selección B de Books).

Olga Hermon. Soy mexicana. Vivo y resido en la ciudad de Hermosillo, Sonora. A la edad de quince años descubrí el mundo del romanticismo escrito con la primera historia de amor que leí, a partir de entonces, devoré cuanta novela cayó en mis manos y hasta la fecha, sigue siendo mi pasión. Pero poco a poco fue creciendo en mí una necesidad. De pronto descubrí que deseaba ser yo misma la que creara las historias; soñaba con ser la responsable de hacer vibrar los corazones de los lectores con mis propias novelas. Fue así como 2010, después de descubrir RNR, me atreví a iniciar este fascinante transitar. Doy gracias a Dios porque ha estado conmigo, poniendo en mi camino a personas increíbles que han guiado mis pasos.

Paula Alaimo. Soy Argentina y nací en Capital Federal el 24 de marzo de 1970, estoy casada y tengo un hermoso varón. Me recibí de Locutora Nacional y trabajo como Asistente Administrativa. Desde chica disfruté de la lectura y cada tanto escribía pequeñas notas, situaciones que no pasaban de las dos carillas, en el año 2014 comencé a dibujar una historia, y a partir de ahí no pude parar. Por suerte la diosa de la inspiración no me ha abandonado, seguimos haciendo camino tomadas de la mano.

Facebook: <https://www.facebook.com/autorapaula.alaimo>

Instagram: @paulaalaimo

Twitter: @PaulaAlaimo

Perla Rot es una mujer que vive a través de las letras. Amante de la naturaleza y los animales, tiene su hogar en el lugar del mundo en el que desea estar. La lectura es una de sus pasiones, y así lo demuestra la biblioteca que posee, la que sigue creciendo día a día. La escritura llegó a su vida cuando más la necesitaba. Sus primeros escritos son un par de relatos que guarda con mucho cariño. Pero pronto se decidió por la novela, y la romántica fue el género que más la atrajo. Realizó talleres literarios que la ayudaron a encontrar su propia voz, su estilo. La sensualidad es un elemento que no falta en sus escritos, una manera de seducir al lector, de animarlo a adentrarse en la pasión que desprenden sus palabras.

Rossalyn Callum es el seudónimo de la autora cordobesa Rosa María Calvo Luque. Correctora de textos y lectora voraz desde la infancia, vive en la ciudad andaluza con su marido, dos hijas, un perro y dos cobayas. A través de la plataforma Wattpad, presentó el borrador de su primera novela, *El corazón del highlander*, un *time travel* desde el Nueva York contemporáneo hasta el año 1567 en las Highlands escocesas, basado en un hecho real, en el que combina el romance y la ambientación histórica con pinceladas *chick-lit* de la narrativa más actual, y que recibió un premio Watty 2016 con solo siete capítulos publicados. Desde entonces, ha participado en varias antologías junto a otros autores, ha sido jurado en diversos concursos literarios, colaboradora en revistas digitales y traductora. Rossalyn adora la historia, la música antigua, la magia y el chocolate, y busca la forma de saltar las barreras del tiempo para unir el pasado y los mundos imaginarios con la realidad.

S. F. Tale es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el

que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.

Sara Lis. Nacida en Barcelona en Julio de 1983. Finalizó los estudios superiores en comercio y marketing. Desde su infancia le brotó una vena creativa que saciaba con el dibujo. Pero hace unos años descubrió que con la escritura su imaginación podía cobrar vida tras reflejarla en un papel. Aquello le entusiasmó y ahora no hay quien la pare. Reside en un pueblecito rodeado de naturaleza que le inspira a crear nuevos relatos.

Sebastián A. Tognocchi (Argentina, Buenos Aires, 23 de agosto 1984), estudió licenciatura en Ciencia Política, es Técnico en Comercio Exterior, Coordinador General de OMEGA Producciones & Gira de Bares, y escritor

Vanessa Lorrenz es una autora mexicana nacida en Coatepec, Veracruz, el 20 de enero de 1987. En la actualidad reside en Veracruz.

Es licenciada en ciencias de la educación.

Sus grandes pasiones son la lectura y la docencia.

Es una apasionada de la novela romántica y fanática de muchas escritoras de este género. Tiene varios títulos publicados en diferentes plataformas y su intención es seguir publicando nuevas novelas.

Verónica Mengual se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compagina su trabajo como redactora del semanario comarcal Canfali Marina Alta de Dénia desde 2006 con su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante, Jane Austen. Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora.

Viktoria Yocarri. Nació en México en 1972, bajo el signo de Capricornio. Estudió Contador

Público en el Instituto Tecnológico de Monterrey. Inspirada por encontrar mi propio credo, me aventuré a seguir el llamado de las letras.

Actualmente reparto mi tiempo entre la escritura, mi negocio de jardinería y profesora de secundaria.

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Ana Álvarez, Ana Castelar, Ana Guevara, Arlene Sabaris, Ava Cleyton, Bela Marbel, Betina Shablíko, Chris de Wit, Christine Cross, Daniel de la Peña, Encarna Magin, Eneida Wolf, Fabiola Arellano, Francine JC, Karen Delorbe, Kathia Iblis, Laura Adriana López, Laura Kaestner, Lucia de Vicente, Mar P. Zabala, María Acosta, María José Avendaño, Marian Arpa, Marion S. Lee, Mavi Tomé, Maya Moon, Mayeda Laurens, Mayte Pascual, Mile Blues, Mimi Romanz, Mina Vera, Nadia Noor, Natalia Sánchez, Nieves Hidalgo, Nunila de Mendoza, Nuria Rivera, Olga Hermon, Paula Alaimo, Perla Rot, Ross Callum, Sara Lis, Sebastián Tognocchi, S. F. Tale, Vanessa Lorrenz, Verónica Mengual, Viktoria Yocarri.

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-07-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Alberobello en Navidad

Arlene Sabaris

- [1] Alberobello está situado en el corazón de la región italiana de Apulia, el «tacón de la bota», y es uno de los pueblos más extraños y pintorescos del país. Fundado en 1797, es actualmente uno de los destinos turísticos más importantes del sur de Italia; se conoce por sus *trullos* (en italiano, *trulli*): edificaciones cilíndricas blancas con techos cónicos de piedra que le hacen parecer un pueblo de cuento de hadas y duendes, pues su belleza es casi «irreal».
- [2] Traducción: Es tarde... me he casado con otro, has perdido tu oportunidad.

Aquel ansiado primer beso

Mina Vera

- [3] Petrina: bragueta.

Índice

Antología de relatos románticos. Navidad 2019

Prólogo

Érase una vez... Ana Álvarez

La despedida. Ana Castellar

Una sola vez en la vida. Ana Guevara

Alberobello en Navidad. Arlene Sabaris

La Navidad con Martina es divina. Ava Cleyton

Demonios. Bela Marbel

La merecida Navidad de Phillipe. Betina Shabliko

El anhelo de Frank. Chris de Wit

El regalo de Navidad de lady Belinda. Christine Cross

¡Un beso muy osado! Daniel de la Peña

Magia de Navidad. Encarna Magin

Lo que esconde un beso. Eneida Wolf

Evangeline. Fabiola Arellano

Besos de verdad. Francine JC

Un milagro navideño. Karen Delorbe

Antes de la medianoche. Kathia Iblis

Las barreras del amor. Laura Adriana López

Sonríeme la próxima Navidad. Laura Kaestner

Un regalo de reyes muy especial. Lucía de Vicente

Llévame a tu corazón. Mar P. Zabala

Una Navidad animal. María Acosta

Saludo real de amor. María José Avendaño

Bajo la luz de la luna. Marian Arpa

Alguien nuevo por Navidad. Marion S. Lee

Un regalo de mi ángel de la guarda. Mavi Tomé

Volver a verte por Navidad. Maya Moon

De maravilla. Mayeda Laurens

Atrévete a soñar. Mayte Pascual

El señor del Alba. Mile Bluett

Bajo el muérdago. Mimi Romanz

Aquel ansiado primer beso. Mina Vera

Matrimonio pactado. Nadia Noor
Un diente de león bajo la nieve. Natalia Sánchez
Ni aunque pasen mil años. Nieves Hidalgo
Navidad en Garden House. Nunila de Mendoza
Dulce navidad en Minstrel Valley. Nuria River
Una Navidad inolvidable. Olga Hermon
Entre verduras y filósofos. Paula Alaimo
Caerás en mi red. Perla Rot
Leannan dia Diathan. Ross Callum
El mejor regalo. Sara Lis
Nochebuena en sus labios. Sebastián Tognocchi
La Navidad en casa de los Blackstone. S.F. Tale
Nieve en tu corazón. Vanessa Lorrenz
Señor Hopkins, un vicario amable. Verónica Mengua
Un arcón lleno de regalos... Viktoria Yocarri

Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos
Notas